

A CUTTER GROGAN THRILLER

RICOCHET

BOOK

4

TY

PATTERSON

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

RICOCHET
LOS THRILLERS DE CUTTER GROGAN
LIBRO IV

TY PATTERSON

ÍNDICE

[Consigue un libro gratis](#)
[También de Ty Patterson](#)
[Agradecimientos](#)
[Sin título](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)
[Capítulo 75](#)
[Capítulo 76](#)
[Capítulo 77](#)
[Capítulo 78](#)
[Capítulo 79](#)
[Capítulo 80](#)
[Capítulo 81](#)
[Capítulo 82](#)
[Capítulo 83](#)
[Capítulo 84](#)
[Capítulo 85](#)
[Capítulo 86](#)
[Capítulo 87](#)
[Capítulo 88](#)

[Capítulo 89](#)

[Capítulo 90](#)

[Más Libros](#)

[Capítulo extra desde París](#)

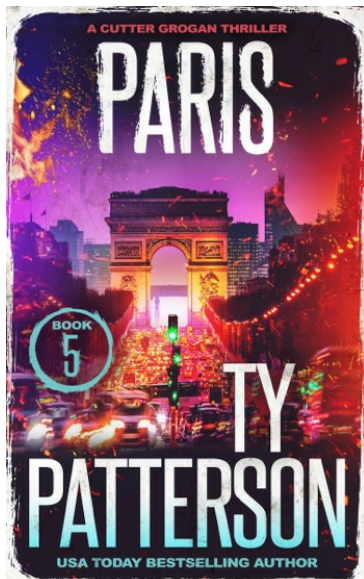
[Mensaje del Autor](#)

[Libros de Ty Patterson:](#)

[Sobre el autor](#)

CONSIGUE UN LIBRO GRATIS

Haz clic [aquí](#) para descargar The Watcher, una novela corta exclusiva para los suscriptores del boletín de Ty Patterson



Descubre Paris, [aquí](#), el próximo thriller de Cutter Grogan

Únete al grupo de lectores de Ty Patterson en Facebook, [aquí](#)

TAMBIÉN DE TY PATTERSON

Zeb Carter Thrillers

Quince libros en la serie y contando

Cutter Grogan Thrillers (Universo Zeb Carter)

Nueve libros en la serie y contando

Hawke and Stryker Thrillers (Universo Zeb Carter)

Dos libros y contando

Zeb Carter Short Stories

Tres libros y contando

Warriors Thrillers (Universo Zeb Carter)

Doce libros en la serie

Gemini Series (Universo Zeb Carter)

Cuatro thrillers en la serie

Warriors Series Shorts (Universo Zeb Carter)

Seis novelas cortas en la serie

Cade Stryker Series

Dos thrillers de ciencia ficción militar

Derechos de autor ©2024 por Ty Patterson, Three Aces Publishing Ltd. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser copiada, reproducida en cualquier formato, por cualquier medio, electrónico o de otra índole, sin el consentimiento previo del titular de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

AGRADECIMIENTOS



Dicen que se necesita todo un pueblo para producir un libro. En mi caso, han estado involucrados varios continentes. Es cierto que el trabajo de un autor es solitario, pero escribir es solo una parte de la publicación de un libro.

Mis lectores beta, que se encuentran en todo el mundo, son mis primeros evaluadores. Les debo una enorme gratitud por dar forma a todas las palabras que escribo.

Ellos son:

Dori Barrett, Laura Rachwalik, Jobins MJ, Simon Alphonso, Steve Panza, Maria Stine, Ann Finn, Don Waterman, Kimber Krahn, Robin Eide Steffensen, Blanca Nichols, Loz Yeung, Charlie Carrick, Martin Pingere, Terrill Carpenter, Kathryn Defranc, Dave Davis, Mike Duncan, Donna Young Hartridge, Shadine Mccallen, Shell Levy, Wanona Koeppler, Marion McNulty Hulse, Gerry Kenny, Rob Fox, Dan Gherasim, Toni Osborne, Theresa Ann Kari, JoAnn Cates Lewis, Cathie M Jones, Debbie McNally, Sylvia Foster, Beth Perry, Mike Davis, Pat Barling, Mary Kauffman, John Spiller, Dave Campbell, Mark Campbell, Cathy Silveira, Franca Parente, Jan Fisher, Nancy Schmit, Claire Forgacs, Pete Bennett, Eric Blackburn, Margaret Harvey, Jim Lambert, Jimmy Smith, Suzanne Mickelson, Brad Werths, Allan Coulton, Paula Artlip, Pat Ellis, Linda Collins, Tricia Cullerton, Alun Humphreys y Jennifer Anderson.

Donna Rich, mi correctora de estilo, y Doreen Martens, mi editora, han sido invaluables en el pulido del libro.

Por último, un agradecimiento especial a Debbie Gallant, Tom Gallant, Michelle Rose Dunn y Cheri Gerhardt, quienes me han apoyado desde el principio.



A mi esposa e hijo por sus sacrificios al apoyarme



*Pero el cazador también era la presa,
Pues muchas de mis flechas abandonaron mi arco solo para buscar mi propio pecho*

— Kahlil Gibran

—¿Cutter Grogan?

—Sí, ¿quién habla?

Rara vez respondía llamadas de números desconocidos, pero había contestado esta por reflejo.

—Un momento, por favor.

Esperó un rato hasta que otra voz se puso al teléfono.

—¿Cutter?

Se enderezó aunque estaba solo en su habitación de hotel en el centro de Washington D.C.

—Sí, señora.

—¿Puede pasar por aquí esta noche?

Tengo un vuelo a Nueva York a las nueve de la noche. Pero no lo dijo en voz alta. —¿A su apartamento, señora?

—Sí, Cutter.

—Estaré allí, señora.

Uno no rechazaba una invitación de Amy Breland, presidenta de la Cámara de Representantes.

CUTTER FUE A LA RESIDENCIA DE GEORGETOWN DE UNA DE LAS MUJERES MÁS PODEROSAS DEL país y pacientemente pasó por los controles de seguridad. Un agente lo condujo en el ascensor y hasta la puerta, que se abrió en cuanto se acercó.

—Cutter —exclamó la presidenta, mientras lo tomaba del brazo y lo hacía entrar. Lo examinó críticamente e inspeccionó sus muñecas en silencio.

—¿No se han desvanecido? —dijo, refiriéndose a las marcas de quemaduras que había sufrido cuando rescató a Sophie y Lauren, su hija y nieta, de una banda de tráfico sexual.

—Con el tiempo, señora. Tienen menos de una semana.

Ella asintió y lo condujo al interior de la residencia, cuyas ventanas del salón daban al Potomac.

—¿Por qué están ellos aquí, señora? —se detuvo en seco e inclinó la cabeza al ver a Peyton Quindica, agente especial a cargo del FBI, una estrella en ascenso destinada a grandes alturas en la agencia, y a Gina Difiore, detective de primer grado del NYPD, en una asignación a largo plazo en el FBI. Dos de los mejores investigadores que había conocido. Sus amigos, aunque Difiore nunca lo admitiría.

—Todo a su tiempo, Cutter.

—Si sirve de algo —dijo la detective en voz baja cuando se sentó a su lado—, no queremos pasar más tiempo del necesario contigo.

—Estás mintiendo —replicó—. Echas de menos mi encantadora personalidad.

Su relación era así.

Agradeció a la presidenta por la taza de café que le ofreció y esperó que la reunión no fuera sobre su remuneración.

Le he dicho muchas veces que no quiero pago por lo que hice.

Apenas había dado el segundo sorbo cuando una figura apareció desde el interior del apartamento. Se puso de pie de inmediato, derramando la bebida caliente sobre sus manos y muslos.

—Bien hecho —susurró Difiore mientras ella y Quindica se ponían de pie.

—Por favor, siéntense —dijo Jill Dalton, vicepresidenta de los Estados Unidos, haciendo un gesto—. Espero que ese café no estuviera demasiado caliente, Sr. Grogan. ¿Quiere ir al baño?

—No, señora vicepresidenta —dijo, con la cara ardiendo de vergüenza mientras se secaba las manos y los muslos con una toalla de papel.

—Jill —continuó Breland cuando él recuperó la compostura— quería esta reunión. Si recuerdas, fue ella quien te recomendó conmigo en primer lugar.

—Sí, señora.

¿Qué quiere la vicepresidenta conmigo? ¿Por qué están aquí Quindica y Difiore?

—He oído lo que hizo, Sr. Grogan...

—Cutter, señora vicepresidenta.

—Señora bastará —rió—. Amy, Lauren y Sophie me han contado lo que hiciste.

Su participación había sido encubierta, y el FBI se había llevado todo el crédito por el rescate. Procedimiento operativo estándar para él. No necesitaba la fama, ni la notoriedad que a menudo venía con casos tan visibles. Su negocio de "Arreglos" se basaba en mantener un perfil bajo.

—No eres un empleado del gobierno ni un contratista, Cutter...

—Serví en Delta, señora —dijo, adivinando hacia dónde se dirigía—. Puede que haya visto mi expediente. Lo que se discuta aquí se quedará conmigo.

—Gracias. ¿Has oído hablar de DFTF? Es una organización benéfica mundial.

—¿Médicos para los Olvidados? Sí, señora. Me los encontré en Oriente Medio y África.

—Imaginé que podrías haberlos conocido. Samira Latif es una joven doctora que trabaja con ellos. Veintiocho años. Se graduó de la Universidad de Damasco, trabajó en un hospital local durante unos años y encontró su verdadera vocación proporcionando atención a quienes los terroristas lastimaron. Se unió a DFTF.

—Samira —continuó la vicepresidenta— se movió por toda Siria, Irak, Turquía e Irán, ayudando a refugiados, víctimas del terror, afectados por nuestros bombardeos. —Sonrió con gravedad—. Cualquiera que necesitara atención. No trabajaba sola. Había muchos otros médicos y enfermeras con ella. DFTF no tiene lealtad a ningún país y es apolítica.

¿Era? ¿Está muerta?

—Debido a que se mueven tanto y son bien recibidos por las poblaciones locales, escuchan mucho.

—A Samira no le gustaba lo que los terroristas habían hecho a su país y a Irak. Se oponía amargamente a sus puntos de vista fundamentalistas. Encontró una manera de contactarnos y comenzó a proporcionarnos inteligencia.

—Su información era tan precisa que pudimos eliminar varios objetivos sin daños colaterales. Has estado en el terreno. Sabes lo raro que es eso.

—Sí, señora.

—Su flujo de información se detuvo hace una semana. Su última ubicación conocida fue Mosul. Creo que conoces bien la ciudad.

—Sí, señora.

—¿La encontrarás y la traerás de vuelta?

Cutter se quedó boquiabierto.

—¿Yo, señora? Esto es una misión para nuestros servicios de inteligencia. Zeb Carter...

—De la Agencia. Lo he conocido. Clare, su directora, es nuestra amiga. Ellos te recomendaron conmigo en primer lugar. Sí, acudí a ellos. Están en otra misión. Pero...

¡No interrumpas! Difiore le dijo sin hablar, enojada, cuando él iba a hablar.

—Esta es una misión para una sola persona, alguien que conozca muy bien el país, pueda hacerse pasar por un local, hable el idioma, sea un operativo experimentado. Tú cumples con todos esos requisitos.

—Hay cientos de soldados en servicio activo que cumplen con esos requisitos, señora. Además, yo ya me retiré del juego. No realizo misiones militares. No soy contratista de nuestras fuerzas armadas.

—¿Quién dijo que esto era una operación militar, Cutter? Esto es definitivamente una operación civil de búsqueda y rescate. Está dentro de su área de especialización.

Cutter miró alrededor del apartamento mientras pensaba rápidamente. *¿Por qué está sola? Este tipo de misión no se informa en una casa particular. Debería haber analistas, oficiales superiores... algo falta aquí.*

—¿Qué es lo que no me está contando, señora?

Dalton sonrió brevemente. —Muy bien. Me preguntaba si harías esa pregunta. Yo fui la receptora de la inteligencia de Samira. Yo, nadie más en el país.

Cutter la miró fijamente.

—¿Te estás preguntando cómo una joven doctora siria podría comunicarse con la Vicepresidenta de los Estados Unidos?

—Sí, señora —encontró su voz.

—Ella nunca me ha conocido ni hablado conmigo. No me conoce. Samira ni siquiera sabe que nos está proporcionando información de inteligencia.

—¿Cómo obtuvo esta información entonces, señora? —Cutter estaba seguro de que la confusión en los rostros de Quindica y Difiore se reflejaba también en el suyo.

—Me la transmitió una trabajadora del DFTF, una amiga cercana de Samira, Laila Ahmed.

—¿Por qué se pondría *ella* en contacto con usted, señora?

—Es mi hija. Estamos distanciadas.

Cutter la miró conmocionado. Por un momento pensó que no había oído correctamente, pero la expresión en el rostro de la vicepresidenta lo confirmó.

Un barco hizo sonar su bocina, el sonido llegaba débilmente a través de los gruesos cristales mientras la embarcación navegaba por el Potomac. Difiore y Quindica miraban boquiabiertos a la vicepresidenta cuando se volvió hacia ellos.

—No entiendo, señora. ¿Su hija está en Oriente Medio? ¿Sola?

—¡Café! —Breland se puso de pie antes de que Dalton pudiera responder—. Eso te ayudará a asimilarlo.

Cutter asintió y la acompañó a la mesa auxiliar, donde ella sirvió la bebida en tazas. Él las colocó en una bandeja y sirvió a la vicepresidenta, Quindica y Difiore, ocultando una sonrisa cuando la detective tomó su bebida sin decir palabra. *Todavía está procesando lo que dijo la vicepresidenta; de lo contrario, no desperdiciaría la oportunidad de hacer un comentario sarcástico.*

—Laila Ahmed es su nombre encubierto —continuó Dalton cuando se sentaron—. Harper Dalton, ese es su verdadero nombre. Tiene veintiséis años. Fue a Stanford para un posgrado en derecho. No le gustó, lo dejó. A Phil y a mí no nos gustó eso. —Sonrió con tristeza mientras miraba por la ventana—. Tuvimos una gran pelea... se fue de casa, lo que no fue fácil, ya que tenía protección del Servicio Secreto. Vivió en DC durante un año, haciendo trabajos ocasionales. En una librería, como asistente ejecutiva de un CEO. —La vicepresidenta se frotó el puente de la nariz y suspiró—. Se unió al FBI. Completó su entrenamiento y luego renunció después de ocho meses.

Suena como una rebelde, reflexionó Cutter. *¿Quindica sabe algo de esto?* Había notado que se tensaba cuando la vicepresidenta mencionó el nombre de Harper.

—Tuvimos otra pelea —interrumpió Dalton sus pensamientos—. Me acusó de usar mi influencia para que entrara en el FBI. No lo hice. Harper es inteligente, trabajadora; logró ser seleccionada por sus propios méritos. Sin embargo, ella no me creyó. Dijo que tuvo un camino fácil en Quantico. Eso no era lo que quería. Y esa fue la última vez que la vimos. Esto fue hace dieciocho meses —respondió a la pregunta que estaba a punto de hacer—. Desapareció. Eludió a su equipo de seguridad y se esfumó...

—¿Por qué esto no salió en las noticias, señora? —interrumpió Difiore, frunciendo el ceño—. No recuerdo haber oído nada de esto.

—Lo mantuvimos en secreto mientras investigábamos. Pero ella se puso en contacto dos días después. Después de que Phil y yo hubiéramos envejecido cien años. Me envió un mensaje para

decir que estaba a salvo. En Estambul. Alertamos a la embajada local, hicimos que agentes del FBI volaran desde sus oficinas en Jordania, pero no pudieron rastrearla. Seguía enviando mensajes todos los días para decir que estaba a salvo. Harper es terca pero no es estúpida. Sabe que tiene valor para criminales y terroristas. Una semana después, envió un mensaje de texto para decir que se había unido a Médicos por los Olvidados. Envío una fotografía de ella misma con una túnica larga, muy bronceada. *Conoce a Laila Ahmed, la nueva voluntaria*. Esas fueron sus palabras.

—¿Harper ha estado en Oriente Medio durante dieciocho meses? —Cutter negó con la cabeza incrédulo—. ¿Y los medios no se enteraron de nada?

La vicepresidenta se limpió una lágrima y sonrió temblorosamente. —Como dije, lo encubrimos. La información sobre terroristas comenzó a llegar un par de meses después. Ella enviaba nombres, ubicaciones y tiempos aproximados. Samira obtenía la información. Estaba bien establecida en la región; la gente confiaba en ella y hablaba abiertamente con ella. Escuchaba cosas. Harper y ella eran amigas. Probablemente discutían esto entre ellas, como: *¿Cómo te fue el día?* Mi hija me transmitía la información. A veces incluso enviaba nombres de carreteras e identificación de vehículos.

Tomó un sorbo de su café y se limpió los labios. —El presidente estableció un pequeño grupo inicialmente. Catlyn Feder, la Directora de la CIA, Lizzie Kahn, Directora de Seguridad Nacional, Daniel Klouse, Asesor de Seguridad Nacional... Lo sé —añadió, sonriendo levemente—, no suena como un grupo pequeño, pero era un círculo de alta confianza. El Pentágono y la CIA verificaron la información las primeras veces que la transmití y, después, actuaron en consecuencia.

—¿Ellos saben sobre Laila Ahmed? —preguntó Cutter.

—No. El presidente, Amy, Catlyn, Clare, el Director de la Agencia y Daniel. Nadie más lo sabe.

—Deben haber preguntado de dónde venía la información.

—Catlyn y yo lo resolvimos. Fue Clare quien lo sugirió en primer lugar. La CIA pasará la información como si fuera suya, de un agente encubierto en Oriente Medio.

—Deberían poder rastrear su teléfono —estalló Difiore—. La hija de la vicepresidenta... Me cuesta creer que no pueda ser rastreada.

—Eso es lo que pensamos nosotros también —asintió la vicepresidenta—. Ya dije que Harper es inteligente. Usa teléfonos desechables. Ella y su equipo están en constante movimiento. Rara vez pasan más de una semana en el mismo pueblo o ciudad.

—Pueden rastrear el teléfono de Samira.

—El mismo problema.

—Pueden preguntarle a MXLO, señora.

—Lo hicimos. Usar teléfonos desechables es como una medida de seguridad para ellos. No a todo el mundo en Irak y Siria le gusta lo que hacen. Mucha gente piensa que son tapaderas para agencias de inteligencia occidentales. Tienen valor como rehenes. Toman precauciones, como teléfonos celulares cambiables. Sus oficinas no tienen información precisa sobre el paradero de su gente...

—¿Cómo es eso posible?

—Es una zona de guerra allá —respondió Cutter—. Además de las medidas de seguridad que toman, la infraestructura de comunicaciones en el país es mala. Todas las organizaciones de voluntarios allí trabajan en pequeñas células. Se reportan periódicamente con sus oficinas locales, pero pueden estar fuera de contacto durante períodos prolongados.

—Tiene razón. Cada ambulancia, con su personal dentro, es una célula. Hay tres en la de Harper. Ella, Samira y su conductor, Rahman, que sigue el mismo protocolo de seguridad. DFTF tiene esta cultura de que sus voluntarios sean libres de moverse y prestar servicio con una supervisión mínima. Ese es su punto de venta; así es como se diferencian de otras organizaciones benéficas médicas. Los médicos y el personal se sienten atraídos por ellos porque no tienen que rellenar formularios ni hacer informes diarios.

—Vigilantes, pero que proporcionan atención médica.

—Has dado en el clavo. No presionamos demasiado a la organización. No queríamos que nadie se preguntara por qué el gobierno de los Estados Unidos estaba interesado en uno de sus voluntarios.

—¿Cómo sabe que es Harper quien le envía los mensajes, señora? ¿Hacen videollamadas?

—¿Videollamadas? —La vicepresidenta resopló—. No conoces a mi hija. No quiere saber nada de Phil ni de mí. La única razón por la que está en contacto es porque sabe que no es solo otra joven estadounidense. No, ella no usa FaceTime, Skype ni WhatsApp. Solo mensajes de texto. Tenemos un protocolo...

—Palabras seleccionadas —adivinó Cutter—, para indicar que está a salvo y que no está bajo ningún tipo de coacción.

—Sí. Además, Catlyn hace que su equipo técnico verifique cada mensaje para comprobar su consistencia. Es ella.

—¿Qué pasó hace una semana?

—Nos dio información sobre Nasser Akhtar y Sayyid Azer.

A *fuera de Mosul, Irak*

FARIS AKBAR SE BAJÓ DE SU TOYOTA HILUX CUANDO ESTE SE DETUVO EN EL POLVORIENTO camino que hacía las veces de calle principal. Se ajustó las gafas de sol sobre los ojos con un dedo delgado y examinó el pueblo.

Unos cuantos edificios achaparrados, irradiando calor bajo el sol vespertino. Un letrero de una tienda de comestibles traqueteaba con el viento. Ni un alma se movía.

—Abbas —habló suavemente por un teléfono móvil encriptado—, ¿qué estás viendo?

—Nada, Faris. Ni patrullas del ejército. Ni furgonetas de policía. Garbir está despejado.

—¿Dónde están los aldeanos? Está demasiado silencioso.

—En el edificio de la escuela. Los ancianos han convocado una reunión.

—Envía a algunos de tus hombres allí. Vamos a entrar.

Akbar terminó la llamada y se acarició la barba. Sabía de antemano sobre la reunión, razón por la cual había programado su llegada para ese momento. Miró arriba y abajo de la calle, asintió a sus hombres y se puso en marcha.

Garbir, un pequeño pueblo a ciento sesenta kilómetros al norte de Mosul. El Tigris se extendía a su derecha en la distancia. A unos cien kilómetros al noroeste estaba la frontera con Siria. A una distancia similar, hacia el norte, se encontraba la frontera con Turquía.

Un pueblo pequeño, con una población de trescientas almas. No tenía ninguna importancia particular. La agricultura era el sustento principal de sus habitantes. La mayoría de sus jóvenes habían emigrado a las grandes ciudades en busca de trabajo. Algunos de sus pobladores se habían unido a varios grupos de milicianos y células del ISIS, algunos de los cuales habían muerto. Cientos de pueblos similares se encontraban dispersos por Irak y sus países vecinos.

Garbir era insignificante. Excepto por lo que había ocurrido hacía una semana.

Akbar avanzaba por la calle con cuatro hombres siguiéndole. Su dishdasha negro, la túnica larga que le llegaba hasta los tobillos, ondeaba con el viento mientras caminaba rápidamente. No vaciló cuando vio a cuatro hombres entrar en la calle por el extremo opuesto.

—Quedad de guardia fuera —ordenó cuando se unieron a su grupo. Asintieron en silencio y sacaron rifles de debajo de sus túnicas. Él siguió adelante, pasando casas y la tienda de comestibles, que estaba cerrada, y giró hacia el patio de la escuela. Era pequeño, sucio, salpicado

de envoltorios de plástico y papel. Subió los pocos escalones hasta el patio de hormigón que recorría la longitud del edificio, ignoró las varias puertas cerradas y se dirigió a aquella tras la cual se oían voces. Se detuvo un momento para quitarse la dishdasha, bajo la cual llevaba un uniforme de combate, y luego irrumpió en la sala.

Cientos de pares de ojos se volvieron hacia él mientras bajaba por el pasillo entre los bancos escolares hacia el frente de la sala. Varios hombres mayores estaban sentados en sillas junto a la pizarra.

—¿QUÉ ES ESTO? ¿QUIÉN ES USTED? —gritó uno de ellos.

Akbar sacó una pistola y disparó al aire como respuesta. Gritos y alaridos resonaron mientras los aldeanos intentaban huir. Fueron detenidos por los hombres armados en la puerta, que blandían sus rifles de manera amenazante.

—SENTAOS —tronó Akbar.

—¿Quién es...?

Se giró hacia el anciano que había hablado y le apuntó con su arma a la cabeza.

—Di una palabra más y morirás —gruñó.

—¿Reconocéis este uniforme? —Señaló su pecho cuando los aldeanos se acomodaron inquietos y temerosos en sus bancos.

—Así es —sonrió maliciosamente cuando una mujer gimió—. Yo y mis hombres, todos somos combatientes del ISIS.

Una mujer lloró suavemente.

—Un dron estadounidense destruyó un vehículo cuando salía de vuestro pueblo —continuó mientras los rostros asustados lo miraban—. Justo antes de que se incorporara a la carretera. Sabéis quién iba en él. Nasser Akhtar y Sayyid Azer. Dos de nuestros mejores soldados.

—No sabemos...

La mirada fulminante de Akbar bastó para silenciar al hombre en la primera fila.

—Alguien en vuestro pueblo informó a los estadounidenses de su presencia. El traidor les dio los detalles de su vehículo. No hay otra manera de que nuestros enemigos pudieran matarlos. ¿Quién los traicionó?

—¿QUIÉN? —rugió cuando nadie respondió.

—No sabemos nada de eso —dijo el anciano en voz baja.

—ESTÁIS MINTIENDO. Solo vuestro pueblo sabía de su presencia. Se detuvieron en Garbir para comer. Alguien debe haberlos reconocido y llamado a los estadounidenses.

—No fuimos nosotros —intentó de nuevo el anciano.

Akbar se volvió hacia él y lo golpeó en la sien con el cañón. El aldeano se desplomó, pero nadie corrió en su ayuda.

—¿Nadie? —El terrorista entrecerró los ojos mirando a los residentes—. ¿Nadie tiene el valor de dar un paso al frente?

—Muy bien —dijo después de un momento. Escudriñó la reunión y se dirigió a la segunda fila. Agarró a una niña pequeña, separándola de su madre, quien gritó y lo arañó en un intento desesperado por rescatar a su hija.

Akbar la golpeó con el puño, luego arrastró a la niña que protestaba y lloraba hasta la pizarra y la sujetó por el pelo.

—Garbir merece ser castigado —susurró y le disparó en la cabeza.

Washington DC

—ESO FUE EN GARBIR, EN EL NORTE DE IRAK —RECORDÓ CUTTER LA NOTICIA DEL ASESINATO DE los terroristas en un ataque con drones.

—Harper me pasó la información —asintió el vicepresidente—. Samira había oído a los aldeanos hablar de su presencia. Ella y Harper sintieron curiosidad y fueron a la calle, y allí estaban. Sentados en una cama de madera, comiendo. Mi hija los describió a ellos y a su vehículo. Tuvimos suerte. Teníamos un Reaper que había despegado de nuestra base en Erbil. Muy pocos saben que tenemos una base de drones allí. Estaba dentro del alcance. Confirmó la ubicación de los terroristas y los atrapó cuando salían del pueblo.

—¿No has tenido noticias de Harper desde entonces? —preguntó Difiore suavemente.

—No. —Una sombra cruzó el rostro de Dalton—. Llamé al último número desde el que me envió un mensaje. No hubo respuesta. Catlyn hizo que nuestra embajada contactara discretamente con el DFTF. No estaban preocupados. Dijeron que Samira y Laila estaban en el campo, en el norte de Irak. Tampoco habían tenido noticias de ellas, pero estaban seguros de que estaban a salvo. Conseguimos que una patrulla militar fuera a Garbir. Confirmaron que las mujeres habían estado en el pueblo ese día, pero se habían ido antes del ataque.

—¿Necesitas un mapa? —preguntó Breland cuando Cutter sacó su teléfono.

—Sí, señora.

—Vamos a mi estudio.

Siguieron a la presidenta hasta su oficina, donde encendió un portátil, lo conectó a un proyector y abrió una aplicación de mapas.

Cutter hizo zoom en el norte de Irak e identificó el pueblo. —Esa parte del país es como una zona de guerra. Grupos de milicianos respaldados por Irán, grupos armados apoyados por Turquía, combatientes kurdos que están en conflicto con el gobierno iraquí porque quieren la independencia, y todos ellos luchando por el territorio, ganando dinero mediante la extorsión, matando, compitiendo entre sí por el dominio político. El Ejército iraquí está sobrepasado y no puede lidiar con todos ellos. Para los policías, es como librar una batalla perdida. Hay tantas bandas por ahí que no pueden seguirles la pista. Muchos de ellos están corrompidos. Diablos, no solo ellos, también funcionarios del gobierno y políticos. —Negó con la cabeza—. Muchos de

ellos están comprados. Y luego están los terroristas. El EIIL. Se esconden en las montañas de Hamrin y Makhmur. —Señaló una masa de tierra adyacente al Kurdistán, en el norte—. Tienen cuevas, búnkeres, desde los que realizan incursiones. Están bien equipados, bien financiados, y según los informes, se están reagrupando y reconstruyendo.

—Tiene razón —asintió la vicepresidenta—. He visto los informes. Lais Hadi es el terrorista más prominente allí. Lo hemos estado buscando durante un tiempo. Akhtar y Azer estaban en su célula.

—Ella, Samira y Rahman deberían dirigirse a Erbil, a nuestra base militar —reflexionó Cutter.

—No lo harán —dijo Dalton con desesperación—. Probablemente piensan que no están en peligro.

Miró el mapa durante un largo momento, recordando su tiempo en el país. *Si el EIIL tiene a esas mujeres... se estremeció interiormente. Pero encontrarlas no es una misión para una sola persona. Un equipo encubierto debe estar sobre el terreno.*

Salió de su reflexión para encontrar a las mujeres agrupadas, con expresiones graves. Quindica murmuraba con seriedad, y las demás asentían. Las dejó en su discusión, fue a la sala de estar y se sirvió otra taza de café. Bebió un sorbo mientras se acercaba a la ventana y observaba cómo navegaba un barco turístico por el río. Se volvió cuando oyó a las mujeres entrar en la sala de estar.

—¿Qué? —preguntó al ver sus expresiones.

—Recibimos un informe de inteligencia —dijo Quindica sin rodeos—, cuando estábamos en el estudio. Una niña fue asesinada en Irak.

—¿Era...?

—Era joven. En edad escolar.

¿A dónde quiere llegar con esto?

—La arrancaron de los brazos de su madre y la mataron frente a todo el pueblo los terroristas del EIIL. Los informes son confusos, ya que esto se difundió en las redes sociales y nuestra gente aún lo está verificando. Pero esa es la esencia.

—¿Dónde fue esto? —susurró Cutter, sintiendo un frío pavor invadirlo.

—Garbir.

Un reloj hacía tictac en algún lugar de la sala. Ningún otro sonido rompía el silencio hasta que una niña salió del interior de la casa y abrazó al orador.

Sophie, la hija de Amy Breland, a quien Cutter había conocido en un caso anterior.

Lo escuché todo, le dijo por señas. *¿Qué vas a hacer?*

Él la miró ciegamente mientras el frío se extendía dentro de él. —¿Cómo se llamaba?

—No lo sabemos, Cutter —respondió Quindica—. Un camionero que pasaba se enteró, lo informó a la policía, y así es como nos llegó la noticia eventualmente. Nadie en Garbir está hablando.

—Necesitaré todo lo que tengamos sobre los terroristas. —Sus ojos seguían fijos en Sophie, quien le sostenía la mirada.

Dalton contuvo el aliento bruscamente. —¿Quieres decir que...?

—Necesitaré todo sobre Harper y Samira también. Sí, señora, iré.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —exigió Difiore—. ¿El asesinato de esa chica?

—Sí —respondió, consciente de que Sophie aún lo observaba—. La Had cree que alguien en el pueblo filtró la presencia de sus hombres, lo que provocó que los mataran.

—Ese tiroteo fue una demostración —adivinó la detective—. Castigando al pueblo.

Se enderezó e inconscientemente se tocó el hombro, donde normalmente descansaba su Glock en su funda. Había entregado el arma al equipo de protección del vicepresidente antes de subir al apartamento. —¿Pueden conseguirme esos archivos esta noche?

—Sí. —Asintió nerviosamente, aún en shock por su revelación—. Algunas cosas... lo que sé de Harper, podría llevar algo de tiempo.

—Tiene mi número, señora. Le haré saber cómo puede...

—¿Te vas de inmediato? —interrumpió Difiore sorprendida.

—Sí. No tengo nada que me retenga. Pensaba tomarme un descanso al volver a Nueva York... eso puede esperar.

—Puede hacer que envíen esos archivos a nosotros, señora —dijo Quindica, dirigiéndose a la vicepresidenta—. Se los haremos llegar a Cutter.

—¿Por qué? Eso solo añadirá otra capa en las comunicaciones.

—Vamos contigo. Gina y yo.

Las miró a ella y luego a la detective con incredulidad. —¿Ustedes dos? Eso es Irak, no DC ni ninguna ciudad americana. No hay reglas allá. Cada occidental está en riesgo. ¿Qué van a...?

—Necesitas apoyo, inteligencia. Podrías necesitar respaldo armado, un equipo para sacarte si las cosas se ponen feas. Seremos tu enlace. Coordinaremos con varias agencias y nuestro

agregado del FBI en Bagdad.

Aunque la agencia federal tenía un mandato doméstico, también contaba con oficinas en varias ciudades del mundo para coordinar con agencias de inteligencia extranjeras. En algunos casos, la agencia también llevaba a cabo operaciones en el extranjero, si sus investigaciones lo requerían.

—Trabajo solo.

—No te acompañaremos.

—No conocen el idioma.

—Somos el FBI —se burló la detective—, por si lo has olvidado. Tenemos hablantes fluidos de árabe en nuestra oficina.

—ISIL, los grupos de milicianos... ustedes mismas serán objetivos de alto valor.

—Somos conscientes de los riesgos. No pretendemos adentrarnos mucho en el país.

—Bart nunca autorizará esto.

Bart Jamison, director del FBI. Amigo de Cutter desde su tiempo en el ejército.

—Ya lo ha hecho —dijo Difiore, sonriendo triunfalmente.

Eso es de lo que deben haber estado hablando en el estudio.

—No hago informes diarios —se dirigió a la vicepresidenta—. Yo...

—Soy consciente de ello. Amy me informó sobre cómo trabajas.

—Por eso vamos nosotras también —intervino Quindica—. Mantendremos a la vicepresidenta al tanto.

—Tampoco les daré actualizaciones de progreso.

—No las necesitamos. —Difiore le sonrió sin humor—. Sabremos dónde estás en todo momento.

—No llevaré ninguna etiqueta GPS.

—Grogan —dijo ella con impaciencia—, sabemos cómo trabajas. Estamos ahí para facilitar tu investigación. No somos el enemigo.

—No quiero que vayan en el mismo vuelo que yo —dijo obstinadamente.

—Joder —maldijo la detective y se cortó rápidamente cuando Sophie sonrió—. Nos pondremos en contacto contigo una vez que lleguemos al país.

Negó con la cabeza con incredulidad. —¿No tienen otros casos? ¿Van a dejarlo todo para ser mi enlace?

—Díselo —dijo Quindica cuando Difiore permaneció en silencio.

—Criptomonedas —dijo la detective—. Hemos estado investigando cómo se han utilizado para financiar actividades criminales. Estamos trabajando con varias otras agencias internacionales.

—Han encontrado vínculos con el terrorismo —adivinó.

—No solo con ellos, sino con grupos milicianos en el Medio Oriente, que tienen conexiones con el crimen organizado aquí, en Europa y Rusia.

—Estaban planeando ir a Irak, de todos modos.

—Correcto. Ya que estaremos allí, también podemos actuar como tu respaldo.

—No necesito respaldo —dijo, levantando la barbilla.

—Eres tan fácil de provocar.

Cutter levantó las manos en señal de rendición cuando Sophie se rió.

—Tengo una condición —dijo, volviéndose hacia la vicepresidenta.

—¿Cuál?

—No traeré a su hija sola. También traeré a Samira Latif y a Rahman. Harper las ha puesto

en peligro. Los terroristas, si se enteran, no les importará que no hayan tenido nada que ver. Las torturarán y las matarán.

Ella ha perdido más que Harper.

—Me he adelantado, Cutter —dijo la vicepresidenta, sonriendo—. Ya he pensado en eso. Tu misión es traerlas a ambas. Agilizaremos su ciudadanía. Harper dijo que ninguna de las dos tiene familia; eso debería facilitarles la salida... pero, ¿aceptará ella?

—Déjelo a mí, señora —la miró con nuevo respeto. *Un político de menor categoría me habría dicho que trajera de vuelta solo a la estadounidense.*

La vicepresidenta buscó en su bolso y sacó una chequera.

—Más tarde, señora —la detuvo—. Podemos discutir eso cuando regrese con su hija y su amiga.

Ella lo miró inquisitivamente y luego a Amy Breland, quien se encogió de hombros. —Te lo advertí. Cutter es así.

—Cualquier cosa que necesites... —Dalton se detuvo cuando Sophie tiró de ella.

La vicepresidenta miró a la niña, quien hizo señas rápidamente.

—Confía en él —tradujo la portavoz—. Yo confío. La abuela confía.

La abuela, Amy Breland.

—Esa es toda una recomendación, Cutter —la vicepresidenta parpadeó conteniendo las lágrimas—. Hay algo que deberías saber —tomó aire profundamente y apretó la mano de Breland buscando fuerza—. Tuvimos una oportunidad en Irak, cuando nos dijo que se había unido recientemente a DFTF. Podríamos haber hecho todo lo que dijiste. Presionar a la organización, enviar un equipo de extracción y sacarla... Phil y yo lo hablamos. Decidimos dejarla vivir su vida, aunque conocíamos los riesgos. Nos habría odiado por ello, y cualquier contacto que tengamos hoy habría terminado. Fue una decisión de padres, no una tomada por la Vicepresidenta de los Estados Unidos y su esposo. Es algo con lo que vivimos cada día —se derrumbó y sollozó en el hombro de la portavoz.

Se enderezó después de un rato y se secó las lágrimas. Estrechó la mano de Cutter con firmeza y susurró temblorosamente: —Trae de vuelta a Harper y a Samira.

—¡GROGAN!

Cutter se detuvo en la acera fuera del edificio de la portavoz y esperó a que Difiore y Quindica lo alcanzaran.

—Irak no será un paseo...

Difiore desestimó su advertencia con un gesto y lo miró inquisitivamente.

—Te conocemos desde hace tiempo. Hay algo que le ocultaste a la vicepresidenta. ¿Qué era?

No le sorprendió su intuición. *Ella y Peyton son las investigadoras más inteligentes que he conocido.*

—El asesinato de esa chica no fue solo una advertencia para los aldeanos —dijo en voz baja—. Hadi no se detendrá hasta saber quién filtró la información.

Los ojos de Difiore se abrieron de par en par cuando comprendió la implicación.

—ISIL —dijo con voz ronca— empezará a cazarlas.

Cutter fue a Union Station, a una taquilla, y colocó su Glock y la funda en la bolsa de gimnasio que había dentro. Inspeccionó las otras armas en el interior, abrió una bolsa y revisó varios pasaportes. Cada identidad venía con una historia completa que resistiría las comprobaciones más rigurosas.

Sacó uno iraquí, inspeccionó la fotografía y lo deslizó en su chaqueta.

Aram Zafar: esa sería su tapadera. Un empresario con múltiples intereses comerciales en Irak y los países vecinos, que se estaba expandiendo hacia América.

Necesitaré usar lentillas, cambiar mi peinado y dejar crecer mi barba incipiente. Transfirió varios fajos de billetes a su bolsa de gimnasio y escondió su pasaporte estadounidense en un compartimento oculto. Lo encontrarían si lo registraban. *Si llega a eso, mi tapadera no importará. Habré sido capturado por hostiles.*

Fue a las duchas públicas, se refrescó y se puso lentillas marrones. En una cafetería del vestíbulo, compró un billete de avión para una salida nocturna a Bagdad, con regreso abierto. Inició sesión en su correo electrónico, respondió a varias consultas comerciales y configuró un mensaje automático de *ausencia*.

Con los preparativos completos, se recostó y tomó un sorbo de café. *Tendré que conseguir armas en Irak.* Tenía contactos en el país, proveedores de confianza que equipaban a operativos encubiertos. *O puedo llamar a alguien más,* pensó por una corazonada.

IDLIB, SIRIA

ZEB CARTER DESPERTÓ AL INSTANTE CUANDO SINTIÓ VIBRAR SU TELÉFONO. LO BUSCÓ A TIENTAS en el suelo a su lado, mientras comprobaba automáticamente sus alrededores. Estaban acampados a las afueras de Idlib, en una granja abandonada rodeada de denso bosque. Había suficiente vegetación seca en el suelo para alertarles de cualquier aproximación. Además, tenían dos drones de larga duración dando vueltas en el aire, que les avisarían de cualquier presencia vehicular o humana.

Cogió su teléfono y reconoció el número entrante. Estaba a punto de levantarse sigilosamente cuando una voz lo detuvo.

—Estamos despiertos —los dientes de Bwana brillaron en la oscuridad.

Zeb sacudió la cabeza con pesar hacia la silueta oscura que era su amigo. Otras seis figuras

estaban esparcidas por el suelo, y a lo lejos estaban sus vehículos, camuflados para confundirse con la línea de árboles.

—Es Cutter.

—¿Qué quiere? —gruñó su amigo.

—Aún no ha contestado la llamada —Beth contuvo un bostezo.

Zeb aceptó la llamada y levantó un dedo para silenciar a sus amigos—. ¿Sí? —Puso la llamada en altavoz como una ocurrencia tardía.

—¿Te desperté?

Zeb permaneció en silencio.

—¿Cómo pude olvidarlo? —la sonrisa de Cutter se transmitió a través del teléfono—. Las charlas triviales no son lo tuyo. ¿Tienes algún escondite en Irak? ¿En Mosul?

Zeb se incorporó. Beth y Meghan se apoyaron sobre sus codos mientras Bear se estiraba.

—¿Estás en Irak?

—Lo estaré en unas veinticuatro horas. Un caso de persona desaparecida.

—¿Desaparecida en Mosul?

—Esa fue la última ciudad conocida.

—¿Por qué tú? Los investigadores locales pueden ayudar. También hay buenos policías. No todos son corruptos.

—Larga historia. No puedo entrar en detalles. ¿Tienes suministros? Puedo acudir a mis fuentes si no tienes.

—Sí. Meg y Beth tienen los detalles.

—¿Qué necesitas? —La gemela mayor se acercó al teléfono.

—¿Estás con Zeb?

—Todos estamos aquí.

—¿Estáis en una misión?

—¿Conoces la iglesia en la calle Nínive? —ignoró la pregunta de Cutter.

—Sí.

—Hay una tienda de bicicletas enfrente. Su almacén tiene una pared oculta. Placas de presión para abrirla. Te enviaré un mensaje con la secuencia. La caja está ahí dentro. HK-416, Glocks, granadas, gafas de visión nocturna, chaleco antibalas, un par de Barretts... todo lo que necesites estará en ella.

—¿Tienda de bicicletas? ¿Por qué habéis...?

—No necesitas saber por qué, cómo ni cuándo.

Asintió y sonrió para sí mismo al ver cómo lo habían puesto en su lugar.

—Gracias...

—También te enviaré el código para desbloquear la caja. Hay un problema. Creemos que la tienda ha sido tomada por un grupo de milicianos. Todavía venden bicicletas, pero la organización la usa como lugar de reunión. Siempre hay dos o tres hombres en la tienda.

—¿Dos o tres hombres? —se burló Beth—. Cutter los atravesará como un cuchillo caliente en mantequilla.

—Deberías poder encargarte de ellos —dijo Zeb por encima de sus risas.

—Gracias. Os debo una.

—Sí, nos la debes —coincidió Meghan.

—Estará cruzando la frontera —dijo Bear suavemente cuando terminó la llamada.

Zeb se tumbó en el suelo y miró hacia el cielo.

—Podría necesitar ayuda —añadió Broker.

Zeb permaneció en silencio.

—Nuestra misión no llevará mucho tiempo —sugirió Chloe—. Sabemos dónde está Livshenko, su rutina; todo lo que tenemos que hacer es eliminarlo.

—¡Está bien! —Levantó las manos en señal de rendición—. Nos desviaremos hacia la frontera una vez que hayamos terminado aquí.

Reprimió una sonrisa cuando las gemelas chocaron los cinco y Bwana hizo crujir sus nudillos ruidosamente.

DC

Cutter leyó el mensaje que Meghan envió y memorizó el diseño de la tienda de bicicletas, la ubicación de la bóveda y la secuencia de apertura.

¿Cómo saben que el escondite aún está allí?

Son Beth y Meg, se burló para sí mismo. Habrán encontrado una manera de rastrearlo. Probablemente lo etiquetaron con GPS y lo equiparon para autodestruirse si alguien lo manipula.

Intenta mantenerte vivo, le envió Beth en un mensaje.

Sacudió la cabeza y estaba a punto de responder cuando apareció otro mensaje.

Más te vale no estar muerto cuando lleguemos.

Difiore.

Renunció a responder a cualquiera de ellas.

No hay manera de que pueda ganar contra esas cuatro.

M *ontañas Hamrin*

LAIS HADI PRESENTABA UNA FIGURA IMPONENTE MIENTRAS CAMINABA HACIA EL BORDE DE LA cueva y miraba fijamente el valle que se extendía abajo.

Cuando el grupo terrorista fue derrotado en Irak y Siria, los supervivientes se refugiaron en la cordillera, donde habían construido redes de túneles y cuevas. Se dividieron en células más pequeñas y llevaron a cabo ataques contra la población civil en ambos países y contra objetivos gubernamentales.

Varias células del EIIL se habían formado y coordinado entre sí para realizar ataques contra objetivos gubernamentales. Se comunicaban con organizaciones terroristas y se atribuían la responsabilidad de asesinatos en todo el mundo.

El ataque con cuchillo en un mercado belga en el que murieron tres civiles; el grupo terrorista dijo que fue llevado a cabo por uno de los suyos. Londres, San Francisco, México, Yakarta, Nueva Delhi: los ataques solitarios continuaban. La organización terrorista podría haber sido derrotada en Irak y Siria, pero no estaba acabada.

Hadi observaba las montañas ondulantes con ojos de halcón. Sus hombres se escondían en recovecos y grietas, desde donde podían disparar a los hostiles que se acercaran. Los intentos del ejército iraquí de expulsarlos estaban condenados al fracaso porque no conocían el terreno como los terroristas.

Aquí estamos a salvo.

—Sayidi —Faris Akbar entró en la cueva por un túnel trasero y se acercó a él.

El líder terrorista se volvió hacia él y asintió cuando su lugarteniente se detuvo respetuosamente a unos metros de distancia.

—Niaz está llamando —su hombre sostenía un teléfono encriptado—. Quiere que te reúnas con los otros líderes. Dice que deberíamos trabajar juntos y no individualmente al llevar a cabo los ataques.

—Él dirige nuestras páginas web, nuestras revistas, se encarga de atribuirse el mérito cada vez que ocurre un asesinato... ninguno de ellos me necesita.

—La nuestra es la célula más grande, sayidi. Tú eres nuestro jefe. El mundo sabe que eres el líder del EIIL.

—Conoces mis sentimientos sobre este asunto —dijo Hadi con fiereza—. Nuestros días de gloria han pasado. Nuestro sueño de un Califato... eso no sucederá. Los países occidentales, incluso los países árabes, nunca permitirán que eso ocurra. Pero en Irak podemos construir algo. Podemos destruir este gobierno y tomar el poder. Estos otros grupos de milicianos... podemos destruirlos. Irán, Siria, Turquía, los kurdos, puede que los respalden, pero somos más inteligentes y más grandes que ellos —sonrió de manera escalofriante—. Y sabemos cómo matar. No, no estoy interesado en reunirme con estos otros líderes del EIIL. Dile que estoy ocupado.

Esperó a que su ayudante terminara de hablar suavemente por teléfono y luego lo miró con el ceño fruncido. —¿Qué pasó en Garbir?

—Maté a una chica, sayidi, frente a los aldeanos.

—Bien. Vuelve después de unos días y empieza a interrogarlos. Necesitamos saber quién traicionó a Akhtar y Azer ante los estadounidenses.

—Sí, sayidi.

—¿Qué hay de los mecánicos?

—Los llamé, sayidi. Todavía están trabajando en la minería de las monedas. Dijeron que lleva tiempo. Tienen que tener cuidado. Si las autoridades notan que su taller está consumiendo demasiada energía, podrían sospechar.

—Necesitamos esas criptomonedas.

—Se lo he dicho.

—Ve a Mosul —gruñó Hadi—. Díselo en persona.

Los ojos de Akbar brillaron. Sabía lo que eso significaba.

—Iré mañana, sayidi.

Harper Dalton se lavó la cara en el baño del restaurante y comprobó que sus lentillas seguían en su lugar. Se secó con una toalla de papel, ajustó su hiyab y salió en su personaje de Laila Ahmed.

Se abrió paso a través del pequeño local y se acercó a Samira, que estaba en una mesa exterior. Su ambulancia, una furgoneta blanca equipada con material médico y pintada con los colores de la DFTF, estaba aparcada a lo lejos. Rahman, su joven conductor, estaba cambiando una rueda. Ella lo saludó con la mano, recibió un asentimiento de cabeza y se dirigió hacia su amiga.

—Media hora más —dijo, estirándose después de sentarse—, y entonces estaremos en Mosul. Agua caliente, camas cómodas... Estoy deseando que llegue ese momento.

Samira no respondió. Continuó leyendo el periódico extendido sobre la mesa.

—¿Qué ocurre?

Contuvo la respiración cuando la doctora se secó una lágrima discretamente.

—Samira —se inclinó hacia adelante con urgencia—. ¿Qué ha pasado?

Agarró el periódico, lo giró y repasó rápidamente los diversos artículos. Era una publicación local, con informes sobre acontecimientos regionales. La apertura de una escuela en un pueblo cercano, el suministro de agua corriente en otro... los leyó rápidamente. Ninguno de ellos parecía ser digno de hacer llorar a la doctora. Estaba a punto de preguntarle a su amiga cuando lo vio en la parte inferior de la página.

Niña asesinada a tiros en Garbir frente a los aldeanos.

Se le encogieron las entrañas al leerlo. Sus dedos temblaron cuando apartó el periódico.

—Ocurrió ayer —susurró.

Samira asintió. —ISIL. Ese informe no está completo —su voz tembló—. Les oí hablar de ello cuando estabas en el baño —señaló con un movimiento de hombro a un grupo de hombres que se dirigían a su polvoriento Toyota—. Dijeron que los terroristas estaban castigando al pueblo por ese ataque con drones.

Harper clavó las uñas en sus muslos con fuerza. Su respiración se entrecortó mientras luchaba por controlar el pánico creciente.

—Estuvimos allí, ese día —continuó la doctora—. En Garbir. Sabíamos de la presencia de esos terroristas. Aquella anciana a la que estaba tratando no paraba de hablar de ellos.

—Lo recuerdo —susurró Harper.

—Esa niña —los ojos de Samira se llenaron de lágrimas—. Ella no tenía nada que ver con ese ataque con drones —reprimió un sollozo, buscó en su bolso para sacar un pañuelo y se secó

las lágrimas.

—¿Rahman lo sabe?

Samira asintió bruscamente. —Le mostré el artículo. Dice que no deberíamos quedarnos por aquí. Nos iremos tan pronto como termine de cambiar esa rueda. Son animales, estos terroristas. La gente inocente no tiene ningún valor para ellos.

—Sí lo tienen —la voz de Harper sonó distante—. Son moneda de cambio para los asesinos. Utilizan a los civiles para publicidad.

—Esos hombres decían que los asesinos volverán a Garbir, para interrogar a los aldeanos.

Yo hice eso. Yo fui la responsable de su asesinato.

Sintió ganas de vomitar mientras el pánico y la culpa aumentaban en su interior.

Contrólate, pensó Harper frenéticamente. Tomó varias respiraciones profundas y juntó las manos para evitar que temblaran. —Descubrirán que estuvimos allí ese día. Muchos terroristas ya piensan que DFTF trabaja con los americanos. No deberíamos ir a Mosul; tienen una red de espías allí.

—Estoy de acuerdo. Vayamos a Siria. Cruzando la frontera. No nos detendrán.

—Deberíamos informar a la base de Mosul...

—¡No! —Samira la interrumpió con firmeza—. Hablé con Ijaz y le dije que pasaríamos más tiempo en el norte de Irak. No puso objeciones.

Harper la miró sorprendida. —¿Sospechas que los terroristas tienen a alguien en nuestra organización?

—No, pero cuanto menos gente lo sepa, mejor.

No he contactado con mamá desde ese ataque con drones. Debe estar muerta de preocupación.

Su naturaleza rebelde surgió con ese pensamiento. *Soy una adulta. Tengo mi propia vida. Le mandaré un mensaje cuando estemos en Siria.*

Cuarenta y cinco minutos más tarde, iban a toda velocidad por la Autopista 1, una de las principales arterias del país, que va de Bagdad a Qamishli en Siria. Esta había sido una de las secciones más peligrosas, con terroristas controlando grandes partes de ella.

Harper miraba por la ventana el paisaje que pasaba mientras Rahman conducía con pericia, y Samira actualizaba su diario en su portátil.

Tierras onduladas y áridas salpicadas de cascos de vehículos militares y camiones destruidos. Restos de la guerra contra el terrorismo y los conflictos más recientes entre milicias. Pueblos y camionetas llenas de agricultores, un tractor que se movía lentamente, caballos. Una mujer con un atuendo colorido la miró mientras pasaban junto a otro vehículo y saludó tentativamente. Harper respondió involuntariamente con una sonrisa que se desvaneció cuando su pánico regresó.

Nunca volveré a hacer eso, se juró. No le contaré a mamá sobre más terroristas.

Sin embargo, la culpa permaneció.

DESPUÉS DE DEJAR EL FBI, HARPER HABÍA TRABAJADO UN TIEMPO EN DC CON MARY-ANN Kleeter, una experimentada periodista de guerra. Kleeter, sin saber quién era ella, ya que Harper estaba disfrazada de gótica, estaba preparando una serie sobre Irak y Siria.

Las fotografías la habían impactado. La destrucción en estos países, el vandalismo del patrimonio cultural, la desesperación en los rostros de la gente... estaban tan lejos de su vida protegida y privilegiada.

Decidió: Irak era donde iría. Continentes lejos de sus padres controladores, una vida lejos de su identidad como la hija del vicepresidente.

Se enseñó árabe a sí misma, practicando durante horas cada día, viendo videos, escuchando cintas, frecuentando barrios y restaurantes de Oriente Medio, para sumergirse en el idioma.

Se volvió fluida en ello, aunque aún hablaba con acento americano. Eso podía explicarse por su tapadera: Laila Ahmed, una estudiante iraquí que cursaba estudios superiores en Estados Unidos. Su adinerada familia, que había financiado sus estudios, estaba en Bagdad.

Su historia de fachada requería documentación a prueba de escrutinio. Kleeter ayudó con eso, sin saberlo.

Harper sabía que el periodista había entrado en Irak con una identidad falsa. Tenía acceso al ordenador y los diarios del corresponsal. No le costó mucho esfuerzo localizar los contactos del reportero, personas que podían proporcionar pasaportes falsos y leyendas. El dinero de su cuenta fiduciaria, que había cobrado, lubricó las transacciones sin preguntas.

Se tiñó el pelo de negro con mechas rubias. Usaba lentes de contacto marrones y practicaba llevar el hiyab. Había comprado varios teléfonos desechables en Estados Unidos y voló a Bagdad con la última actualización de su tapadera.

Su familia había muerto en un ataque con coche bomba en un mercado de Bagdad. Afligida, Laila Ahmed había tenido suficiente de estudios y de Estados Unidos. Quería servir a su país natal.

Al llegar a Irak, le envió un mensaje a su madre diciendo que estaba a salvo y en Estambul. Una mentira deliberada, para vengarse de su madre.

Se unió a DFTF como voluntaria y entró en un mundo diferente. Médicos dedicados de todo el mundo, incluido Oriente Medio, que proporcionaban atención de emergencia a los afectados por la guerra. La organización funcionaba con donaciones caritativas, no cobraba por sus servicios, y sus ambulancias eran bien conocidas en Irak y Siria.

HARPER SE ASOCIÓ CON SAMIRA LATIF Y RAHMAN EN SU TERCER MES. LOS TRES AYUDARON A traer un bebé al mundo en un pueblo en las afueras de Tikrit en su primera llamada de emergencia como equipo.

Eufóricos por haber traído una nueva vida al mundo, celebraron esa noche en un restaurante local y llegaron a conocer las historias de cada uno.

Samira tenía una historia similar a su tapadera, excepto que ella había estudiado en Siria.

—Universidad de Damasco —dijo la pequeña doctora con una sonrisa—. Mis padres querían que trabajara en un gran hospital, que abriera mi propia consulta, que me casara bien... ya sabes cómo va eso. Yo no quería eso. Quería trabajar en pueblos pequeños y aldeas, donde la atención médica es inexistente. Tuvimos discusiones. Una gran pelea el día de mi graduación. Dejamos de hablarnos y luego, un año después, murieron. Asesinados por un terrorista suicida.

Harper le apretó la palma cuando la doctora apartó la mirada y se limpió una lágrima.

—Todos nosotros —dijo Rahman en voz baja—, toda la gente de DFTF de Oriente Medio, hemos experimentado pérdidas. ¿Yo? —Se encogió de hombros cuando ella lo miró—. Soy huérfano. Mis padres me enviaron a un campo de refugiados en Siria cuando comenzó la guerra civil. Tenía diez años entonces. Esa fue la última vez que los vi. Los mataron en Alepo. Crecí hasta ser adulto en ese campo y, cuando lo dejé, hice algunos trabajos ocasionales antes de unirme a DFTF.

—¿Tus padres y tu hermano fueron asesinados en Bagdad? —preguntó Samira.

—Sí —Harper asintió y comenzó a contar su historia de fachada.
—Tienes un ligero acento americano, aunque no es muy notable.
—Naam —Harper se rio. Había preparado respuestas para una pregunta así—. Lo adquirí cuando estudiaba en América. Quería encajar.
—¿Cómo era allí?
—Diferente...
—¿Es más libre? —preguntó Rahman.
—Naam, en el sentido de que las mujeres pueden vestir como quieran. Pueden ir a donde elijan. Nadie les dicta nada. América no es un mal país —dijo, defendiendo su patria.
—Lo sabemos. —Samira le dio una palmadita en la mano—. Ninguno de nosotros en DFTF cree en cómo los terroristas lo describen. Claro, ese país ha cometido muchos errores aquí, pero los estadounidenses también nos han ayudado.
—¿No te sientes amargada? —le preguntó a la doctora más tarde durante la cena—. ¿Por lo que hicieron los terroristas?
—Lo estuve. —La médica tragó un bocado de baba ganoush—. Durante varios meses después de que muriera mi familia. Pero cuando empecé a trabajar aquí —señaló con el hombro hacia su ambulancia—, me di cuenta de que no estaba sola y que miles de personas habían sufrido más que yo.
—¿Los grupos terroristas y las milicias no exigen que tratemos a su gente?
—La carta de nuestra organización es clara. Trabajamos solo con civiles. Pero sí, a veces nos detienen hombres armados y enmascarados y nos llevan con los ojos vendados a tiendas para tratar a alguien que está herido. Somos cuidadores, ante todo.
Harper los miró a ella y a Rahman en la tenue luz del restaurante del pueblo. Washington D.C., su vida como hija del vicepresidente, su entrenamiento en Quantico, parecían estar a un mundo de distancia. Incluso su pelea con sus padres se sentía pequeña e insignificante.
—No quiero trabajar con ningún otro equipo de DFTF —admitió.
—Eso es bueno —dijo Samira, riendo—, porque no íbamos a dejarte ir. Trabajamos bien juntos.
Se hicieron amigos. Se convirtieron en familia.

UN MES DESPUÉS, ESTABAN EN UN PUEBLO CERCA DE ERBIL. LOS RESIDENTES LES AYUDARON A montar una tienda y formaron una fila para ser tratados por sus dolencias. Una herida en el muslo que supuraba donde un caballo había pateado a su dueño, dolores abdominales de una madre, niños con varias dolencias, y el último paciente, un hombre con un disparo en el hombro.

Harper se quedó paralizada cuando él se acostó en su improvisada cama de tratamiento y se levantó la camisa.

—¿Cómo te hiciste eso? —preguntó Samira en tono conversacional mientras lo examinaba.

—Matones del ISIL. —El aldeano hizo una mueca—. Vinieron temprano por la mañana, en sus Jeeps. Llamaron a varias puertas... tonto de mí, abrí. Entraron corriendo y exigieron que les sirviera comida. Me negué, y esto es lo que obtuve.

—¿Has estado así todo el día?

—Sí, sayyidati —gimió cuando la médica lavó la herida y la preparó para la cirugía—. Solo fueron unas horas. Había rumores de que vendría vuestra ambulancia, así que esperé. Fue Afzal, el que disparó. Lo reconocí inmediatamente. Sus carteles están en todos los pueblos. El gobierno lo quiere... —Apretó los dientes con fuerza y se quedó en silencio cuando Samira le inyectó un

anestésico.

Harper ayudó a la doctora con la operación y limpió después. Sacó su teléfono cuando estaba en el baño y envió un mensaje de texto rápidamente.

Afzal. Terrorista del ISIL. En un pueblo a tres millas al norte de Erbil, hace cuatro horas. En un Jeep negro, acompañado por otros cuatro hombres.

Su pecho palpitaba mientras terminaba de enviarlo y, como una ocurrencia tardía, envió otro mensaje.

Estoy a salvo. No me contactes.

Se limpió el sudor de la frente con dedos temblorosos y guardó el teléfono en el bolsillo. Había actuado impulsivamente al informar a su madre sobre la presencia de los terroristas. *A Samira y Rahman no les gustará si se enteran.*

¿Cómo van a enterarse? No saben quién soy.

Estoy traicionando su confianza. DFTF no se involucra en política. Los voluntarios no delatan. Así es como se han ganado la confianza de la gente.

Se mordió el labio ante ese pensamiento.

Samira odia a los terroristas. Quiere que se haga justicia. Ha hablado de ello a menudo.

Eso tampoco ayudó a aliviar su culpa.

—¡Laila! —la llamó el médico desde fuera—. Date prisa, tenemos que ir al siguiente pueblo.

—Ya voy —respondió.

Se miró en el espejo roto mientras se lavaba las manos.

Tengo que hacerlo. No podría vivir conmigo misma si no lo hiciera.

Se armó de valor y se reunió con sus amigos.

—Te has tardado mucho —dijo el doctor, riendo, cuando se abrocharon los cinturones en la ambulancia y Rahman los sacó de allí.

—Me sentí mareada —admitió Harper—. Era mi primera herida de bala.

—¿No viste de esas en América? —preguntó el conductor con incredulidad.

—No, no todo el mundo lleva armas allí.

—Verás más de esas, y heridas mucho peores. Terroristas, grupos de milicianos, el ejército... son los civiles los que quedan atrapados en medio y sufren. Toma —Samira le entregó un teléfono nuevo—. Tira el tuyo por la ventana.

—¿Por qué?

—Práctica de DFTF —respondió Rahman con seriedad—. Hace un año, varios de nuestros médicos fueron secuestrados por una banda de milicianos y algunos fueron ejecutados. Asumieron que estábamos informando sobre ellos al ejército. Probablemente lo viste en las noticias. Desde entonces, cambiamos nuestros números y teléfonos con frecuencia para que sea difícil rastrearnos.

—¿Cómo sabe Ijaz cómo contactarnos?

—Ese sitio web de mensajería segura. Lo has usado algunas veces. Ingresaré nuestros nuevos números cuando nos detengamos. Él no los verá, pero el sistema enrutará sus llamadas a nosotros automáticamente. Así es como nos mantenemos conectados entre nosotros.

—Eso suena como *Misión Imposible* —dijo Harper con admiración.

—Muchas de las organizaciones benéficas aquí usan sistemas similares. Es lo que tenemos que hacer para brindar ayuda.

—Y mantenernos con vida —añadió Samira en voz baja.

UN SOBRESALTO SACÓ A HARPER DE SUS RECUERDOS.

Afzal fue el primer terrorista que había reportado a su madre. Al día siguiente, leyó sobre él en un periódico: muerto en una redada al amanecer por el ejército iraquí, a varios kilómetros de la aldea de Erbil. Ningún inocente resultó herido en la operación.

Se convirtió en un hábito después de eso. Mensajes de texto cortos cada vez que oía hablar de terroristas. Reemplazando su teléfono inmediatamente después.

La culpa que sentía cada vez que miraba la cara sonriente de Samira y la sonrisa de Rahman... la enterraba profundamente en su interior.

—¿Cuánto falta para la frontera? —Se estiró y ahogó un bostezo.

—Otra hora —Rahman le sonrió.

Miró a Samira, que dormía entre ellos. Se inclinó y le apartó un mechón de pelo de la frente, colocándolo detrás de la oreja de la doctora.

—Está agotada —dijo a la defensiva cuando el conductor la miró de reojo.

—Te gusta.

—Por supuesto. Es mi amiga. Tú también me caes bien, pero no tanto. Necesitas bañarte más a menudo. Apesta. —Arrugó la nariz.

Él no sonrió ante su broma.

Su rostro se sonrojó mientras él seguía mirándola.

—¿Qué? —exigió, para ocultar su vergüenza.

—Es bueno.

—¿Qué es bueno?

—Lo que estoy viendo.

—No sé de qué estás hablando.

—No juzgo, Laila. Soy feliz cuando ustedes dos son felices.

—Concéntrate en conducir —dijo irritada y se volvió hacia la ventana.

No hay nada entre nosotras, se dijo con resolución. *Samira es una amiga, nada más.*

Y deseó que esa voz interior no resoplara con diversión.

Cutter leyó los paquetes que Difiore le había enviado. Un extenso expediente sobre Harper Dalton, otro más pequeño sobre Samira Latif y varias páginas sobre Médicos por los Olvidados.

Se encontraba en un asiento de ventanilla de clase ejecutiva en el vuelo de Washington D.C. a Catar, donde haría transbordo para el segundo tramo hacia Bagdad. Los viajeros a su alrededor estaban dormitando o viendo películas. Él tenía su pantalla abierta, discretamente girada para que no se viera desde el pasillo, mientras leía.

Su atención volvía constantemente a la doctora siria que había perdido a sus padres en su último año de estudios. Asesinados en la explosión de un terrorista suicida cuando entraban a un cine. Era la única superviviente de la familia. Miró su fotografía. Menuda. Ojos marrones. Una amplia sonrisa para la cámara. Cabello oscuro volando al viento.

Harper Dalton era más alta. Cabello claro, ojos azules, facciones finas, con un aire de obstinación evidente en su mentón prominente. Su fotografía como Laila Ahmed no ocultaba esa naturaleza rebelde.

Sonrió para sí mismo mientras apagaba la pantalla. Las dos mujeres eran diferentes. Una había nacido privilegiada; la otra había vivido en un país asediado por la guerra.

Sin embargo, en el fondo son iguales. Ambas son fuertes, seguras de sí mismas y no se echan atrás. Había inferido eso de los expedientes. Guardó su pantalla y miró por la ventana mientras el avión volaba a través del cielo oscuro.

Estaría solo, en un país hostil. Tenía que convencer tanto a Harper como a Samira de que salir con él era lo mejor.

Primero tendré que encontrarlas. Antes de que lo hagan los terroristas.

DIECIOCHO HORAS DESPUÉS, CUTTER ATERRIZÓ EN BAGDAD TRAS UNA BREVE ESCALA EN DOHA.

—¿Aram Zafar? —El oficial de control fronterizo en el aeropuerto lo comparó con su pasaporte falso.

—Sí, señor —El árabe, con el acento correcto, le salió de forma natural, como si nunca hubiera estado fuera de Irak.

—Soy ciudadano iraquí, sayidi —afirmó lo obvio—. Tengo muchos negocios —Sonrió—. Restaurantes por todo el país, centros comerciales... Estoy expandiendo mis operaciones por todo Irak, Turquía e Irán, y también en América. Exportando nuestra cultura. Regreso de una visita muy exitosa allí. Mire —Sacó una tarjeta de visita con el nombre de un restaurante elegante y la

firmó. La deslizó por el mostrador hacia el oficial—. Ese tiene la mejor comida de Bagdad. Presente esa tarjeta al camarero y comerá gratis.

El oficial miró alrededor y se guardó la tarjeta en el bolsillo discretamente. Selló el pasaporte de Cutter y se lo devolvió.

—Bienvenido de vuelta a Bagdad.

—Gracias.

Se registró en un hotel turístico en el distrito de Mansour, en un barrio de clase alta, y pasó la tarde deambulando por la ciudad, refrescando sus recuerdos.

Bagdad era diferente de sus visitas anteriores. Ya no había edificios bombardeados ni restos de automóviles por todas partes, ni el constante lamento de las sirenas. Sin embargo, la presencia obvia de vehículos policiales y militares indicaba cuán inestable seguía siendo el país.

Al día siguiente fue a un concesionario de coches usados y compró uno de los modelos más comunes, un Toyota Land Cruiser oscuro. La carrocería estaba rayada; la parte trasera tenía una abolladura; pero los neumáticos estaban en buen estado, el motor arrancaba y el aire acondicionado funcionaba. Pagó en efectivo, llenó el tanque y varias latas con gasolina, y se puso en marcha.

Autopista 1, hacia Mosul. Una ruta bien mantenida, con doble carril en la mayor parte del trayecto. Había mucho tráfico, incluyendo frecuentes patrullas militares. En un momento, un helicóptero voló bajo. Cuando miró hacia arriba, vio que tenía insignias de la fuerza aérea. Sintonizó una emisora de radio local y escuchó al primer ministro terminar un discurso en el que prometía expulsar a todos los terroristas.

Buena suerte con eso, resopló. La única forma en que eso puede suceder es si el país se une, todas las facciones se juntan y los grupos de milicianos respaldados por extranjeros se disuelven. Eso no ocurrirá en mi vida.

Se detuvo en una estación de servicio al lado de la autopista para cenar y, después de alimentarse, partió. Miró brevemente en dirección al Campo Speicher, una base militar en la que el EIIL había ejecutado a cientos de cadetes.

Sus labios se tensaron mientras pisaba el acelerador y conducía hacia Mosul.

Cutter entró en Mosul a las diez de la noche mientras la oscuridad extendía su manto sobre la ciudad. Condujo más allá de la Base Militar de Ghazlani, al sur de la ciudad, y se detuvo en un puesto de té en la Costa Derecha de la ciudad.

Sorbía su bebida mientras un vehículo policial pasaba junto a él. El resplandor de las luces de la calle teñía de amarillo el cielo sobre la ciudad. Una neblina de polvo flotaba en el aire y, incluso a esa hora tardía, se podían oír bocinas y ruidos de tráfico.

Mosul era la capital de la gobernación de Nínive, una ciudad histórica con un rico patrimonio cultural. Cristianos asirios vivían junto a árabes, kurdos, yazidíes y varios otros grupos étnicos. En la orilla izquierda del río Tigris se encontraba la Ciudad Vieja, antaño centro económico de Mosul. En la orilla derecha del río estaban la Universidad de Mosul, las Ruinas de Nínive y la antigua ciudad asiria. En su momento, se había distinguido por su industria petrolera, comercio, educación y patrimonio.

El Tigris formaba una marcada división geográfica dentro de la ciudad. La orilla oeste tenía calles estrechas, callejones abarrotados y poblaciones densas, mientras que el lado este estaba más extendido, con barrios más exclusivos y salarios más altos.

Por eso el EIIL se basaba principalmente en la orilla izquierda, reflexionó Cutter. *Esos barrios abarrotados les facilitaban tomar el control de los edificios y desaparecer de la vista.* Esta era la razón por la que las fuerzas iraquíes y occidentales habían podido liberar la orilla derecha más rápidamente.

Mientras contemplaba la ciudad, sus labios se tensaron al pensar en los terroristas. La otrora gran ciudad estaba ahora marcada por edificios en ruinas, bajo los cuales yacían enterrados miles de cuerpos y bombas y minas sin explotar. *La mayoría de ellos en la orilla izquierda.*

Había un programa en curso para recuperar los cuerpos y desactivar los explosivos, pero el avance era lento y se veía obstaculizado por la corrupción sistémica y la apatía.

Una población de cerca de dos millones se había reducido a poco más de un millón y medio. El lado oeste de la ciudad había visto la mayor parte de su economía desgarrada. Puestos de té, como aquel donde estaba sentado, vendedores de frutas y pequeños negocios estaban regresando lentamente, pero eran un fuerte contraste con el bullicio del este, donde la vida parecía haber vuelto a una especie de normalidad.

—¿Ha viajado mucho, sayidi? —el vendedor interrumpió sus reflexiones. Llevaba una dishdasha blanca deshilachada en las mangas y con manchas de polvo y sudor. Su cabello gris era rizado y profundas arrugas marcaban su rostro.

—He estado conduciendo todo el día —Cutter se estiró.

—Bienvenido a Mosul, si este es su destino.

¿Mi destino? Riley lo era, cuando estaba viva.

—Ya veremos —dijo, sonriendo—. Depende de algunos negocios que tengo.

—Ya no es lo que era —el vendedor siguió su mirada hacia la cúpula de una mezquita—. Pero es mi hogar.

—¿Ha visto todo?

—Todo, sayidi. Decapitaciones, tiroteos... Saqué cuerpos de debajo del hormigón con mis propias manos. ¿Somos mejores que ellos? —Asintió hacia un perro callejero en la calle—. Al menos ellos no se vuelven contra los suyos.

Cutter había visto lo peor de la humanidad, pero también había visto lo mejor.

—Inshallah, vendrán días mejores.

—Inshallah —el vendedor estuvo de acuerdo y sonrió por la generosa propina que recibió—. Viaje con cuidado, sayidi.

—Lo haré.

Cutter encendió su Land Cruiser y se unió a la carretera Al Jamhuriya. Asintió con aprobación mientras pasaba frente al Museo de Mosul, que había sido saqueado por los terroristas y ahora estaba siendo restaurado en un esfuerzo mundial. Continuó hasta el recién abierto Puente Al Hurriya, cruzó el Tigris y entró en el este de la ciudad.

Fasiliyah era su destino, el barrio que se extendía justo más allá del punto donde la Autopista 80 atravesaba la ciudad. Era un barrio bien integrado, con edificios residenciales, mercados, bancos, talleres, una comisaría de policía y oficinas comerciales. Giró en una calle lateral y pasó junto a una escuela secundaria para niñas.

Mosul Bicycles se encontraba en la intersección con un callejón. Junto a ella había un local de comida para llevar, una peluquería y un puesto de periódicos. Al otro lado de la calle había otra hilera de tiendas.

Cutter dio la vuelta para una segunda pasada y entró en el callejón. Una entrada lateral a la tienda. La pared se extendía hasta la siguiente estructura, que resultó ser un restaurante que daba a la siguiente calle lateral.

Dio la vuelta y revisó de nuevo la tienda de bicicletas. Una reja de hierro cubría el escaparate, a través del cual podía ver bicicletas dispuestas en la tienda. No detectó cámaras. Un par de faros destellaron en su espejo retrovisor. Un vehículo de policía, que había girado en la calle. Aceleró y salió de la calle lateral, dirigiéndose a un hotel cercano a la universidad, donde se registró.

CUTTER REGRESÓ A LA TIENDA DE BICICLETAS A LA HORA DEL ALMUERZO DEL DÍA SIGUIENTE. Aparcó en la calle y se puso las gafas de sol mientras caminaba hacia la tienda. La reja de hierro había sido levantada y una brillante iluminación interior llenaba el interior. Una ráfaga de aire fresco del aire acondicionado lo recibió cuando empujó la puerta oscurecida.

—¿Puedo ayudarte, sayidi? —lo saludó un hombre corpulento.

—Ahora no —Cutter sonrió—. Déjame echar un vistazo a lo que tienes.

—Tómate tu tiempo, sayidi.

Dos hombres más detrás del mostrador. Todos ellos corpulentos y barbudos. El vello facial no era una característica distintiva, ya que la mayoría de los hombres en el Medio Oriente lo tenían. Todos parecían estar en sus treinta. Sin tatuajes ni cicatrices visibles. Sin armas. *No exhibirían armas abiertamente*, pensó, frunciendo el ceño mientras pasaba los dedos por el asiento acolchado de una bicicleta.

Un cliente entró en la tienda y preguntó sobre un modelo al hombre que se le había acercado. Los hombres detrás del mostrador no levantaron la vista. Continuaron hablando en voz baja mientras miraban algo en una pantalla. Detrás de ellos había una puerta, que permanecía cerrada. *La bóveda está por ahí.* No detectó cámaras en el techo ni en las esquinas.

Cutter examinó más bicicletas antes de sacudir la cabeza con tristeza. —Fuera de mi presupuesto —le dijo al empleado de la tienda y salió.

REGRESÓ POR LA NOCHE. UNA CHAQUETA OSCURA Y CERRADA, JEANS NEGROS, ZAPATOS CON suela Vibram y guantes en las manos. Una máscara en el bolsillo trasero por si necesitaba usarla. Se acercó a la tienda de noche después de estacionar su vehículo en la siguiente calle lateral.

Todas las tiendas estaban cerradas, aunque el local de comida para llevar aún olía a kebabs calientes. Su estómago rugió, recordándole que habían pasado varias horas desde que había comido. *Más tarde*, se prometió a sí mismo.

Giró hacia el callejón y, después de confirmar que estaba vacío, trepó por la pared lateral y subió al techo de la tienda de bicicletas. Un tanque de agua. El ventilador del aire acondicionado. Tuberías. Y más allá, lo que estaba buscando. Una puerta empotrada en el techo de concreto, para acceso de mantenimiento.

Era de metal y estaba cerrada desde adentro, pero había grietas alrededor del marco. *No puedo romper ese concreto.* Metió la mano en su mochila y sacó un soplete de vapor metálico. Se puso sus gafas y presionó el botón de encendido. El encendedor interno activó el cartucho de termita encapsulado, que contenía una mezcla de óxidos metálicos. El vapor metálico salió disparado a cinco mil grados y quemó la puerta con un siseo.

Cutter cortó un agujero lo suficientemente grande para deslizarse y se estremeció cuando la pieza que había cortado cayó dentro de la tienda con un estruendo audible. Se alejó de la puerta, se arrastró hasta el borde del techo y miró hacia afuera.

El sonido no había activado ninguna alarma. Contuvo la respiración cuando un auto entró en la calle, pero pasó sin detenerse ni disminuir la velocidad.

Volvió a acercarse a la puerta de metal y probó con cautela los bordes irregulares del agujero. Todavía estaba caliente. *No puedo esperar a que se enfríe.* Devolvió el soplete a su mochila y alumbró a través del agujero. Un piso de baldosas, a quince pies debajo. El trozo de metal redondo que había cortado yacía a unos metros de distancia. Podía ver una mesa en la que una bicicleta estaba montada sobre un soporte, herramientas colgadas en un estante de pared y varios botes de aceite, trapos de limpieza y diversos equipos. Cutter se puso la mochila y la ajustó bien. Se levantó a su altura completa, dio un paso hacia el agujero y se dejó caer por él.

ATERRIZÓ SUAVEMENTE Y SE MOVIÓ INSTANTÁNEAMENTE HACIA LA OSCURIDAD DE LA habitación. Se quedó allí durante varios momentos, atento a los sonidos y la sensación de la tienda. La ligera brisa que entraba por el agujero que había cortado le trajo los olores a aceite y grasa. Iluminó con su linterna alrededor y examinó la habitación con más detalle. Frunció el ceño cuando llegó a un banco de pantallas en una mesa de esquina. Estaban en modo de reposo, y debajo, montado en la pared, había un banco de lo que parecían servidores y equipos extraños. *Una especie de computadoras.* Un grueso manojo de cables había sido pegado con cinta adhesiva y serpenteaba a través de un agujero en la pared.

¿Para qué son esos? Una tienda de bicicletas no necesitará ese tipo de computación. Esos

tipos que vi por la mañana podrían ser del grupo de milicianos del que me advirtieron Meg y Beth. Inspeccionó los servidores de nuevo, como si tuvieran alguna pista. No llegó a ninguna conclusión. Se encogió de hombros, tomó varias fotografías con su teléfono y fue a la sala de exposición para confirmar que estaba vacía. Esa pantalla en el escritorio que esos hombres estaban mirando... eso se parece más a lo que tendría una tienda minorista.

Averiguar qué estaba haciendo la organización no era la razón por la que estaba en Irak. Cutter fue a la pared en la parte trasera de la habitación en la que estaba y movió la mesa de metal frente a ella. Se agachó y sopló el polvo y las telarañas de la pared y la inspeccionó. La puerta falsa no se veía bajo su luz. Se levantó a su altura completa y arrancó la lámina de goma montada en la pared en la que estaban sujetas las herramientas. Se inclinó, presionó sus palmas, usando la maniobra que las gemelas le habían enviado por mensaje, y contuvo la respiración.

No se encendieron luces. Ninguna máquina zumbó o hizo clic. En su lugar, una sección de la pared se deslizó hacia adentro y rodó hacia un lado, fuera de la vista. Cutter iluminó con su linterna el interior y se maravilló brevemente de los rieles metálicos sobre los que estaba montada la pared falsa.

¿Cuándo instaló esto la Agencia? Todavía hay grasa en ellos. El interior del escondite estaba revestido con una lámina para burlar los dispositivos de rayos X y Lidar. La caja fuerte, del tamaño de una maleta de viaje, estaba allí, brillando bajo su luz.

Cutter alcanzó el interior, agarró el asa de metal y gruñó por su peso. La arrastró hacia afuera y la colocó cuidadosamente en el suelo. *¡Tiene ruedas!* Se limpió el sudor de la frente y pensó en su escape. *No puedo llevármela por el techo. Es demasiado pesada. ¿La entrada lateral?* Fue a la sala de exposición e inspeccionó la puerta de metal. Tenía un candado y no parecía estar alarmada. *Eso funcionará.* Trabajó las almohadillas de presión nuevamente hasta que la pared falsa volvió a su posición y movió la mesa de vuelta a su lugar. Quitó varios carteles montados en la pared y estantes de herramientas. Desenganchó la bicicleta de la mesa central y la tiró al suelo. Revisó la habitación hasta que estuvo satisfecho de haberla desordenado lo suficiente para disfrazar su verdadera intención.

Llevó la caja fuerte con ruedas a la sala de exposición e inspeccionó las diversas bicicletas. Seleccionó la más cara y cortó su cable de seguridad. *Tengo que hacer que parezca un robo.* También dirigió la máquina y fue a la puerta lateral. Reemplazó el cartucho en su soplete de vapor metálico por uno nuevo y quemó su cerradura.

Cutter salió a la noche, dirigiendo la bicicleta con su mano izquierda y la caja fuerte con la derecha. Justo como un civil de Mosul tomando el aire nocturno.

La cámara oculta debajo de una baldosa falsa del techo en la sala de exposición capturó su salida.

La calle estaba vacía cuando Cutter llegó a su Land Cruiser. Apoyó la bicicleta contra el vehículo y colocó la caja fuerte en la parte trasera. La abrió y silbó suavemente al ver el conjunto de armas perfectamente ordenadas que los gemelos habían mencionado.

Me pondré eso. Tocó la armadura corporal pegada en el interior. Se quitó la chaqueta y se puso la protección, diseñada para un ajuste universal y que podía ajustarse con correas.

Era ligera, hecha de nanotubos de carbono; los tubos individuales se flexionaban y endurecían al impacto para absorber el choque. *El equipo de Zeb las diseñó a medida. Tienen la mejor BFD de todos los productos disponibles.*

BFD, Deformación de la Cara Posterior, era el daño que sufría la parte trasera de la armadura al atrapar y detener una bala. Menos era bueno, más era malo. La Agencia trabajaba con organizaciones secretas de investigación en defensa para diseñar armaduras tipo tela que pudieran usarse debajo de la ropa cotidiana. Ninguna capa protectora era a prueba de balas contra todos los calibres, y lo que los amigos de Cutter habían creado proporcionaba la mejor flexibilidad y comodidad, a la vez que ofrecía la potencia de parada que necesitaban en sus misiones.

Cutter se puso una funda de hombro de kydex, sacó una Glock 19, le insertó un cargador y la enfundó. Se guardó un par de cargadores más en el bolsillo y sonrió cuando extrajo una hoja Amtac Northman, completa con funda de cuero. La sujetó en el interior de su tobillo después de una última inspección, luego cerró la caja fuerte. *Como prometieron Meg y Beth, tiene todo lo que necesito.* Plegó los asientos traseros para hacer espacio para la bicicleta y cerró la puerta trasera. Se dirigía al asiento del conductor cuando oyó un ruido de forcejeo.

¿Qué fue eso? Ladeó la cabeza y escuchó. Se encogió de hombros cuando no se repitió. *Probablemente un perro buscando comida.* Se subió al asiento y estaba cerrando la puerta cuando oyó un gemido.

Eso no es un animal. Sonó como una mujer.

Tomó su linterna, salió del vehículo y cerró la puerta suavemente. Caminó por la calle, buscando cautelosamente el origen del sonido. *Podría ser una pareja, teniendo un momento a solas.* La siguiente casa parecía deshabitada, a juzgar por su estado ruinoso. Había una estructura en ruinas después de esa, pero cuando se acercó, le llegó una voz ahogada.

—Déjame, sayidi. Por favor.

Cutter se quedó helado. *Eso no suena como una pareja amorosa.* Oyó forcejeos, un gruñido áspero y una bofetada. Se acercó a la casa en ruinas con cautela, escuchando de dónde venían los sonidos, y entró en el patio. La puerta, parcialmente abierta, cedió cuando la empujó con el

hombro.

Dos figuras sombrías en el suelo, retorciéndose. Maldiciones ásperas del hombre, sonidos inarticulados de la mujer.

—¡SUÉLTALA! —rugió Cutter.

Encendió su linterna para iluminar el rostro aterrorizado de una mujer, ojos abiertos de terror, un hombre sobre ella, su mano presionada sobre su boca.

—¡LÁRGATE! —gritó el agresor. Abofeteó a la mujer y se puso torpemente de pie.

¡Es el hombre de la tienda de bicicletas! El que se me acercó.

—¡VETE! NO TIENES NADA QUE HACER AQUÍ.

—Llamaré a la policía, señora —lo ignoró Cutter.

—No, por favor —suplicó ella.

—TÚ, TE DIJE QUE TE FUERAS...

El hombre se abalanzó sobre él.

Cutter lo esquivó fácilmente y resbaló en lo que parecía una lámina de plástico en el suelo. Recibió el golpe entrante en el cuello y jadeó cuando el aire salió de sus pulmones de golpe. Dobló una rodilla cuando el atacante volvió a golpear, atrapó el brazo que se agitaba por el hombro, agarró la camisa del hombre y tiró hacia adelante, usando el impulso del hombre para propulsarlo en una carrera torpe.

Giró instantáneamente cuando el atacante se estrelló contra la pared. El hombre maldijo y se tambaleó mientras se recomponía. Miró a la mujer y al recién llegado, juró y huyó por la puerta.

Cutter comenzó a perseguirlo y se detuvo inmediatamente cuando la mujer sollozó. *¡No puedes dejarla sola!*

—Déjeme llamar a la policía, señora —se volvió hacia ella—. Ellos se encargarán de esto.

—No, no, sayidi. —Se cubrió la cara con las manos y lloró—. No los quiero.

—¿Qué tal el hospital? —preguntó con delicadeza.

—No, llegaste justo a tiempo.

Fue hacia la puerta para darle privacidad cuando ella empezó a ajustarse la ropa, y cuando se volvió a mirarla de nuevo, estaba de pie. Su abaya era más bien como un elegante caftán con bordados de seda, debajo del cual llevaba pantalones sueltos.

—No puede dejar esto sin denunciar, señora.

—¿Eres nuevo aquí? —Lo miró con furia—. ¿Sabes cómo me verían cuando todos se enteren de lo que pasó?

Aceptó su reproche con un silencioso asentimiento. —¿Lo conoce?

—Fui a su tienda hoy, la de bicicletas... me reconoció.

¿Es conocida?

—¿No sabes quién soy? —Se rio amargamente cuando él no reaccionó—. ¿No has oído hablar de Nusrat Khan? ¿La maestra cuyo padre y hermano se unieron a los terroristas?

—Soy nuevo en la ciudad, señora. Soy Aram Zafar... tengo algunos negocios en la ciudad, pero no vivo aquí. Estaba regresando a mi vehículo, que está estacionado cerca, cuando escuché los sonidos... —Se interrumpió.

—Gracias, sayidi, por lo que hiciste. Si no hubieras venido... Supongo que la hija de Abbas Khan es un blanco fácil para los violadores. —Se secó las lágrimas, luego recogió su bolso del suelo, se lo colgó al hombro y pasó junto a él hacia la puerta.

—¿Vas a casa?

—¿A dónde más podría ir?

—¿De noche? ¿Sola, después de lo que pasó? ¿Tienes coche o algún vehículo?

—Me las arreglaré.

—La llevaré a casa, señora...

—¿Esperas una recompensa de mí? —Le lanzó una mirada furiosa—. Lo que él intentaba hacer... ¿es eso lo que quieres de mí, como agradecimiento?

Cutter se estremeció. *Está herida. Está atacando. No reacciones.*

—Lo siento, sayidi —sus hombros se hundieron—. Estoy enfadada...

—Lo entiendo, señora. La llevaré a casa, si me lo permite. Dijo que ese hombre la reconoció... podría seguir por ahí. No es seguro que vaya sola a casa.

Ella asintió y lo siguió a la calle. Cutter se mantuvo varios pasos por delante, con las manos cerca del cuerpo y la chaqueta medio abierta para poder sacar el arma fácilmente. *¿Cómo la trajo ese tipo aquí? ¿Qué la hizo ir con él?* Tenía muchas preguntas, pero no las hizo. Decidió volver a visitar la tienda durante el día. *No puede haberme reconocido. Mi linterna los iluminaba a ellos; yo estaba mayormente en la sombra.*

La mujer no hizo ningún comentario cuando llegaron a su Land Cruiser. Subió en silencio al asiento trasero y miró la moto, pero se mantuvo callada.

—Thawra —dijo ella cuando sus ojos se encontraron en el espejo retrovisor.

—¿Lado oeste? ¿Al otro lado del río?

—Naam. Sí.

—Debes de tener muchas preguntas —dijo ella cuando se acercaban al puente Hurriya.

—Es tu historia para contar —se encogió de hombros—, o no.

—Todos nos rechazaron. —Volvió la cabeza hacia la ventana—. Cuando Baba e Iqbal, que es mi hermano, se unieron al ISIL. Ya no están vivos. Murieron en los combates, cuando el ejército recuperó la ciudad, pero la gente tiene mucha memoria... no han olvidado. Me miran y ven a la familia terrorista. Mi madre murió después de la liberación. Solo quedamos yo y mi hermano menor. Él aún está en la escuela. Tuve suerte de conseguir trabajo como maestra en la Ciudad Vieja, en una escuela. Pero la historia de mi familia me persigue dondequiera que vaya.

Hizo una pausa, como si esperara preguntas. Él no las hizo. Condujo a través del puente y entró en Farouk, un barrio de camino.

—Ese hombre tiene una tienda de bicicletas cerca de donde me encontraste. Había ido allí antes, por la tarde, para comprar una bicicleta para mi hermano, pero eran caras. Ese hombre dijo que podía hacer algo con el precio, pero que necesitaba el permiso del gerente. Me pidió que lo encontrara en una tetería. Eso no es inusual. —Sonrió tristemente—. Es como muchos hombres aquí me tratan cuando me reconocen. Fui porque era el cumpleaños de mi hermano. Me compró té, y eso es todo lo que recuerdo... hasta que desperté y él estaba encima de mí. —Respiró entrecortadamente y se limpió la cara—. Gracias de nuevo, sayidi.

—No hay necesidad de eso. Cualquiera habría ayudado.

—¿Lo harían?

Ella lo guio hasta su casa, un edificio viejo de dos pisos en una calle estrecha.

—¿Estarás segura aquí?

—Sí. Él no vendrá aquí. Tengo buenos vecinos, aunque no respeten a mi familia. Estoy segura de que no volverá a mostrar su cara ante mí.

Movió los dedos en un pequeño saludo y entró en la casa.

Cutter se alejó conduciendo, dio una vuelta y regresó a la entrada de la calle. Aparcó detrás de un carrito de mano, desde donde tenía vista a la entrada del edificio de ella, y se acomodó para pasar la noche.

Nusrat Khan estaba segura de que su atacante no volvería.

Cutter no lo estaba.

Hakim Elamin llegó a la tienda de bicicletas a las nueve de la mañana y se detuvo abruptamente ante la escena.

Las bicicletas que antes estaban ordenadamente dispuestas en la sala de exposición ahora estaban esparcidas por el suelo. Rashad y Yasir, sus copropietarios, estaban de pie con las manos en las caderas mientras evaluaban los daños.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hakim al unirse a ellos.

—Un ladrón —dijo Yasir con seriedad—. Entró por la noche y se llevó nuestra bicicleta más cara.

—¿Por dónde entró?

—Por el techo, hacia el almacén.

Hakim corrió hacia la parte trasera y regresó varios momentos después.

—¡Se ha llevado los servidores! —susurró gritando en pánico.

—Tranquilo —Rashad le apretó el hombro—. Estaban allí cuando llegamos. Los desconectamos y los pusimos en nuestro coche. Nadie los ha tocado. Lo hemos comprobado. No, este hombre iba tras la bicicleta. No se llevó nada de dinero de debajo del mostrador.

—¿Lo tenéis en las cámaras de seguridad?

—Sí. Pero es extraño. Llevaba una especie de bolsa consigo.

Entrecerró los ojos mientras examinaba a su amigo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te has hecho en la cara?

—No es nada —Hakim se dio la vuelta.

Rashad lo detuvo.

—Ya sabes nuestra regla —dijo su amigo con fiereza—. No hay secretos entre nosotros.

—Sí —asintió Yasir—. ¿Qué ha pasado, Hakim? Ese moratón en tu cara parece que has estado en una pelea.

—Me resbalé en el baño.

—¿En el baño? —se burló Rashad—. Hemos estado en tu casa. No hay nada en lo que resbalarse allí. Es un suelo de hormigón duro. ¿Qué pasó?

—¿Os acordáis de Nusrat Khan, la profesora... —comenzó Hakim, de mala gana.

—Sí. La atendiste por la tarde. Se fue con las manos vacías. Dijiste que no podía permitirse nuestros precios.

—Le pedí que se reuniera conmigo por la noche. Le dije...

Yasir maldijo, lo agarró por los hombros y lo sacudió salvajemente.

—¿Cuántas veces te hemos dicho que controles tus impulsos? ¿Cuántas veces? No podemos

arriesgarnos a que la policía se fije en nosotros. No podemos llamar la atención. Somos una tienda de bicicletas, en lo que a todos respecta. Pero tú... tú te dejas llevar por tu...

—¡BASTA! —siseó Rashad—. ¿Qué pasó, Hakim? ¿La secuestraste? ¿Luchó contigo y te dio ese moratón?

—No —dijo el agresor avergonzado—, fue un desconocido.

—¿Quién?

—No lo sé. Era de noche. Estábamos en esa casa destrozada a dos calles de aquí...

—¿Tan cerca? —gritó Yasir—. ¿Es que no tienes sentido común?

Rashad lo calló con un gesto de la mano e indicó a Hakim que continuara.

—Debió de oír nuestros ruidos y entró. Me lancé contra él, pero se agachó y golpeé la pared. Así es como me hice este moratón.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Me escapé de allí.

—¿Dónde está Nusrat Khan?

—No lo sé. Salí corriendo.

Rashad maldijo suavemente y se pasó los dedos por el pelo.

—¿Ha ido la policía a tu casa?

—¿La policía? No. ¿Por qué iban a hacerlo?

—¿Por qué? —gritó Yasir—. ¡Porque la violaste!

—No lo hice. Este hombre entró antes de que pasara nada.

Hakim tropezó cuando Rashad le dio un fuerte puñetazo en el hombro. Recuperó el equilibrio y se frotó la articulación con aire enfurruñado mientras sus amigos caminaban por la tienda, hablando entre ellos.

—¿Qué? —preguntó cuando se acercaron a él con las mandíbulas apretadas.

—Tenemos que irnos. Ven con nosotros —dijo Rashad con los dientes apretados.

—¿Ir a dónde? ¿Qué pasa con nuestra tienda? Deberíamos llamar a la policía...

—¿Policía? —Yasir negó con la cabeza enojado—. ¿Eres estúpido? Podrían descubrir lo que hemos estado haciendo. No, no podemos arriesgarnos a eso. El ladrón robó una bicicleta. Podemos vivir con esa pérdida. Pero lo que tú hiciste... eso es mucho más arriesgado para nosotros. Necesitamos controlarlo.

Hakim lo entendió.

—¿Atrapar a Nusrat?

—Sí —dijo Rashad secamente—. Y silenciarla. No hay otra manera. Podría armarse de valor e ir a la policía, y entonces estaríamos en un problema mayor. Vamos.

—Podría estar en su escuela.

—Necesitamos confirmarlo. Y si está allí, la cogeremos cuando termine.

Cutter observó un coche acercarse al edificio de la profesora y tocar la bocina una vez. Una mujer al volante. Otra mujer a su lado.

¿Las habrá enviado ese matón?

Nusrat Khan, vestida como si fuera a su escuela, salió de la entrada, les hizo un gesto con la mano y subió al asiento trasero.

Cutter se agachó en su asiento cuando el vehículo pasó, luego arrancó su coche, dio un giro en U y los siguió a distancia.

Su preocupación disminuyó al ver a las mujeres conversar mientras conducían. Desapareció cuando se detuvieron frente a una escuela de niñas en la calle Nineveh en la Ciudad Vieja y entraron.

Las otras mujeres también deben ser profesoras. Nusrat debe compartir el coche con ellas.

Bostezó y se estiró mientras el cansancio lo alcanzaba. Había permanecido alerta toda la noche y la falta de sueño le estaba pasando factura.

¿Volverá el matón?

No, decidió después de un rato. *Lo habría hecho durante la noche. Debe estar seguro de que ella no irá a la policía. ¿Por qué lo haría? Con los antecedentes de su familia, ¿actuaría la policía? Podrían pensar que se lo merecía.*

Sus manos se apretaron en el volante mientras una ola de furia lo invadía. Respiró profundamente hasta que la niebla roja se disipó, luego condujo de vuelta a su hotel.

Haría una visita a la tienda de bicicletas y luego volvería a su misión.

Con esa promesa, se tiró en la cama y se durmió.

CUTTER SE DESPERTÓ A LAS TRES DE LA TARDE Y SE DUCHÓ. SE CAMBIÓ CON ROPA LIMPIA, TOCÓ la armadura y negó con la cabeza. No la necesitaba todavía.

Condujo hasta un restaurante que recordaba de su visita anterior. Estaba en Dhubat, un antiguo barrio árabe en la orilla este, donde vivían muchos oficiales militares. Calles limpias, tiendas elegantes, muchas de ellas vendiendo artesanías iraquíes.

Aparcó detrás de una fila de coches, entró y dio su pedido a un camarero que se apresuró a atenderlo. Cogió un periódico abandonado de la mesa de al lado y lo hojeó. Hizo una mueca cuando leyó sobre un coche bomba el día anterior en Tikrit. Lo apartó cuando llegó su comida y comió tranquilamente mientras planeaba su salida de Mosul.

Tengo que llegar a Garbir. ¿Hoy o mañana?

Al día siguiente, decidió. No quería llegar al pueblo de noche.

Pagó su comida y condujo hasta Fasiliyah. Frunció el ceño cuando vio que la tienda de bicicletas estaba cerrada. Aparcó frente a ella y miró a través de la reja. Seguía en el estado en que la había dejado la noche anterior. *¿No la arreglaron ni llamaron a la policía?*

—Está cerrada, sayidi —un anciano salió del local de comida para llevar de al lado—. Vinieron por la mañana, pero cerraron poco después.

—¿Por qué? Quería comprar una bicicleta. ¿Sabe a qué hora volverán?

—No, sayidi. Se mantienen apartados. No piden comida de nuestro local, aunque somos sus vecinos.

Cutter le dio las gracias mientras crecía en él una sensación de inquietud.

Cualquier negocio normal llamaría a la policía, pensó, pero luego se corrigió. Estos tipos no son gente común. Son una fachada para algún grupo de milicianos. No involucrarían a la policía.

¡Nusrat!

Corrió hacia su Land Cruiser, dio la vuelta y aceleró. *¿Habrán ido a por ella?*

EL TRAMO DE LA CALLE NINEVEH FRENTE A LA ESCUELA ESTABA ABARROTADO DE COCHES, autobuses y padres a pie.

Era la hora de salida. Las estudiantes salían en masa del edificio y se dirigían a sus vehículos o comenzaban a caminar a casa. Cutter intentó examinar todos los vehículos aparcados, pero había demasiados.

Ahí está el coche que recogió a Nusrat. Las profesoras siguen dentro. Podría entrar y advertirle, pero si esos matones están aquí, podrían reconocerme.

No podía arriesgarse a que se fueran y fueran tras la profesora otro día. *Tengo que terminar esto hoy, si están aquí.*

Esperó.

NUSRAT Y SUS AMIGAS SALIERON A LAS SEIS DE LA TARDE. CONDUJERON HASTA UN RESTAURANTE en la Ciudad Vieja, cenaron y salieron cuando ya era de noche.

Cutter las siguió a una distancia considerable mientras conducían hacia su casa. Nadie las seguía. Ningún hombre de aspecto amenazador las abordó. El violador no estaba a la vista.

Tengo que detenerla antes de que entre en su edificio. Podrían estar dentro.

Entraron en un tramo desierto de carretera en Thawra que tenía varios edificios abandonados a cada lado, cuando un SUV salió de un callejón y embistió el coche de las profesoras.

Cutter pisó el acelerador instintivamente cuando el pequeño coche se desvió y se detuvo en el costado de la carretera. Tres hombres saltaron del SUV y corrieron hacia él. Vio algo oscuro destellar en sus manos.

¡Armas! Desabrochó su chaqueta mientras se acercaba y frenó bruscamente en ángulo. El hombre más cercano lo miró de manera intimidante y agitó su arma, como diciendo: *sigue conduciendo*.

Eso podría funcionar con civiles; no conmigo.

—Déjenlos en paz —gritó desde detrás de su puerta entreabierta.

Barba, el hombre que le había hecho gestos, estaba alerta, con su pistola baja a un costado. Bajito, el segundo hombre de la tienda, estaba en la puerta trasera del coche. Violador estaba en la ventana de Nusrat. Ambos lo miraban.

—¡ES ÉL! —gritó Violador—. ¡Estuvo en la tienda ayer! ¡Debe haber sido el extraño!

Cutter lo vio. El destello de emoción en el rostro de Barba. La forma en que su hombro se tensó. Era consciente de las partículas de polvo que giraban en el aire nocturno. El olor a gasolina de su vehículo. Las voces aterradas de las maestras.

Barba levantó su arma.

Tres contra uno. Tres inocentes. No eran las mejores probabilidades, pero había enfrentado peores.

—No lo hagas —advirtió Cutter.

Veinte pies entre él y los hombres armados. Las luces de su vehículo y el de los matones iluminaban la escena.

El arma de Barba se elevó. Bajito también se giró, y su mano se movió hacia su cintura.

Cutter no fue consciente de desenfundar. Su mano izquierda abrió de golpe la puerta mientras se agachaba detrás de ella. Su Glock se elevó suavemente, ojo a la mira, mira al pecho de Barba. Disparó una vez. Falló. Un disparo golpeó el techo del Land Cruiser y silbó en la noche. Apretó el gatillo de nuevo. Barba se tambaleó. Le disparó una segunda vez y se lanzó hacia adelante cuando Bajito corrió hacia él, gritando, tratando de agarrar su arma, que se elevaba.

Cutter apartó su mano armada con un movimiento casual y estrelló su cañón contra la sien de Bajito. Lo derribó con otro golpe tremendo, pateó su arma lejos y se desplazó rápidamente en cuclillas hacia el coche de las maestras. Las mujeres gritaban. Podía oír las protestas de Nusrat y podía verla pateando y golpeando mientras Violador la arrastraba fuera.

—VOY A DISPARARLE —gritó mientras apuntaba el arma a su sien.

—Déjala ir.

—VOY A DISPARARLE. ¿ME OÍSTE? —gritó Violador salvajemente mientras empujaba a la maestra frente a él y rodeaba la parte trasera del coche.

Cutter calculó los ángulos. Su Glock estaba a la altura del hombro, apuntando al matón. Estaba al descubierto. Ocho pies entre él y Violador, quien usaba a Nusrat como escudo con solo su cabeza visible. Barba yacía inmóvil en el suelo. Ningún sonido de Bajito, que estaba detrás de él. No se oían vehículos o personas acercándose. Estaban solos en su burbuja violenta.

—¡SUELTA TU ARMA! —rugió el matón—. NO TE LO DIRÉ DE NUEVO. LA MATARÉ A ELLA Y LUEGO A TI.

Respiraba con dificultad mientras Nusrat luchaba por liberarse. Apretó su brazo izquierdo alrededor de su cuello, y su arma se elevó unas pulgadas por encima de su cabeza mientras intentaba controlarla.

Cutter aprovechó su oportunidad.

La bala atravesó la cabeza de Violador. Su cuerpo permaneció de pie por un par de momentos y luego se desplomó en el suelo.

Nusrat gritó y corrió hacia sus amigas, que habían salido del coche. Se abrazaron, sollozando, mirando con ojos desorbitados los cuerpos en el suelo.

Cutter las ignoró mientras caminaba de vuelta hacia Bajito con cautela y lo revisó.

Muerto. Debo haberlo golpeado más fuerte de lo que pensé.

Barba y Violador estaban en un estado similar. Fue al vehículo de los matones y confirmó que estaba vacío. Frunció el ceño cuando vio el equipo informático en el maletero.

Eso estaba en la tienda. ¿Por qué lo habrán sacado?

Lo pensó por un momento y luego se encogió de hombros. No era su problema. La policía podría investigarlo.

—¿Qué... quién eres...? —gritó una de las mujeres con voz aguda cuando se acercó a ellas.

—Por favor, no nos haga daño —suplicó la otra maestra.

—No lo haré —respondió—. Nusrat. NUSRAT. —Elevó su voz para llegar a la maestra.

Ella volvió su rostro lleno de lágrimas hacia él.

—Respiren profundamente. Todas ustedes.

Gimotearon y temblaron, pero hicieron lo que les sugirió.

—¿Cómo...? —Nusrat se interrumpió y se estremeció mientras miraba a Violador y rápidamente apartaba la cabeza.

—Supuse que vendría por ti de nuevo. No sabía que traería al resto de sus amigos. No tenía tu número de teléfono; de lo contrario, te habría llamado.

—¿Quién eres? Nusrat, ¿quién es él? ¿Lo conoces? —preguntó la maestra de aspecto mayor, mientras se recomponía.

—Naam. Él es... un amigo.

—¿Amigo? ¿Quiénes son estos otros hombres?

Cutter asintió alentadoramente cuando Nusrat lo miró.

Su pasado puede seguirla a todas partes, pero no debe permitir que gobierne su vida.

—Ese hombre. —La maestra señaló temblorosamente a Violador—. Trabaja en esa tienda de bicicletas en Fasiliyah. Les dije que iba allí. Me agredió anoche. Este hombre me salvó. Si no hubiera llegado a tiempo, yo habría sido...

—¿Anoche? ¿Quiénes son los otros hombres?

—Trabajan en la misma tienda.

—¿Por qué no nos lo dijiste? ¿Llamaste a la policía?

—¿Policía? Sabes lo que piensan de mi familia.

—¡Nusrat! —La maestra mayor la sacudió—. No todo el mundo es así. Tienes que aprender a confiar en la gente. Sayidi —dijo, volviéndose hacia Cutter—. Ahora creo que entiendo. Gracias. No sé qué planeaban hacer con nosotras...

—Creo que querían a Nusrat, pero cuando vieron que estaban juntas, no podían arriesgarse a dejarlas ir.

—¿Estuvo esperando aquí todo el tiempo? —preguntó la segunda maestra.

—No. Las seguí desde la escuela. Las habría advertido, allí o en el restaurante, pero no estaba seguro si estos hombres también las seguían.

Miró de reojo los cuerpos y luego a ellas.

—Hemos visto cosas peores, sayidi —La maestra mayor leyó su mente—. Esto no es nada. Olvida usted dónde estamos. En Mosul.

—Deberían llamar a la policía.

Nusrat se tensó e hizo ademán de protestar, pero las otras maestras la interrumpieron. —Tiene razón.

—Saben cómo me trataron —estalló ella.

—Llamen al coronel Reyhan Kader. Es el comandante del equipo SWAT de Mosul. Él sabrá qué hacer. Las tratará con respeto.

Lo miraron fijamente.

—Coronel... —Nusrat se interrumpió.

—Reyhan Kader. Anoten su número. —Cutter lo recitó mientras la maestra mayor lo escribía en la palma de su mano.

—¿Cómo lo conoce?

Somos amigos.

—Es un buen policía. Él se encargará de esta investigación. Cuéntenle todo. Lo que pasó ayer y hoy. Díganle también que hay algunas computadoras de aspecto sospechoso en su coche.

—¿No se queda?

—No. Mi trabajo en la ciudad ha terminado. Tengo que estar en otro lugar. Deberían llamar a sus amigos o familiares hasta que llegue la policía.

—Estaremos a salvo aquí —afirmó la segunda maestra—. Nuestras casas no están lejos, y la policía no tarda en llegar.

Nusrat sacudió la cabeza desconcertada. —Sayidi, ¿quién es usted realmente?

Miró su chaqueta, bajo la cual había enfundado su Glock. —¿Qué clase de hombre de negocios es usted?

—Kader se encargará de su seguridad —Cutter esquivó sus preguntas—. Pero no creo que vayan a tener más problemas.

—Nos quedaremos con ella unos días —le aseguró la maestra mayor. Una mirada de entendimiento apareció en sus ojos—. ¿Hombre de negocios? No creo que eso sea lo que es usted.

Cutter se dirigió a su Land Cruiser sin responder, subió y se alejó conduciendo. Las vio hacerse más pequeñas en el espejo retrovisor y desaparecer cuando salió de la carretera. Giró bruscamente a la izquierda para dar un amplio rodeo y volver al lugar del ataque desde un ángulo diferente.

Visualizó el vecindario en su mente y serpenteó por los callejones y calles hasta que calculó que estaba cerca. Apagó el motor y se deslizó silenciosamente junto a edificios oscuros. Había algunas luces en algunos de ellos, pero nadie se había asomado al oír los disparos.

Los disparos, para ellos, significan terroristas o grupos de milicianos. No quieren

involucrarse en lo que sea que esté pasando.

Redujo la velocidad cuando oyó las suaves voces de las mujeres y miró a través del callejón por el que habían irrumpido los atacantes. Las maestras estaban acurrucadas juntas, apoyadas contra su vehículo dañado.

Les había dicho a las mujeres que no habría más amenazas, pero no hacía daño asegurarse.

Esperaré hasta que llegue Kader.

La policía llegó veinte minutos después, con luces parpadeantes y sirenas que despertaron al vecindario y atraieron a los curiosos.

Un hombre alto, delgado y canoso bajó del SUV principal y se dirigió con autoridad hacia las mujeres mientras gritaba órdenes. Lanzó varias preguntas a las maestras mientras examinaba los cuerpos y los vehículos dañados.

—Omar —ordenó Kader a un teniente—, mantenga a la multitud alejada. Localice todos los casquillos gastados. Haga espacio para las ambulancias.

—Sí, señor.

—Cuénteme de nuevo qué pasó aquí —dijo después de volverse hacia las mujeres.

Su barba raspó mientras se frotaba la mandíbula y escuchaba a la mujer que se había presentado como Nusrat Khan. —¿Bicicletas Mosul? —interrumpió—. Omar, investiguelo. Continúe, señora.

Escuchó en silencio hasta que ella terminó, luego tomó declaraciones similares de las otras maestras.

—Este hombre que las salvó... ¿les dio mi nombre?

—Sí, señor —respondió Nusrat—. Aram Zafar. Dijo que era un empresario pero que no vivía en la ciudad. No dijo cómo lo conocía a usted. Se lo pregunté, pero no respondió.

—Describalo.

Alto, delgado, parecía cualquier hombre iraquí; barba incipiente, cabello oscuro, ojos oscuros, nada distintivo en él. La descripción encajaría con unos cuantos millones de hombres en el país.

Kader hizo arreglos para que escoltaran a las mujeres a la casa de Nusrat Khan cuando terminara las formalidades con ellas. Cruzó los brazos.

—Señor —dijo Omar, acercándose a él—. Esa es Nusrat Khan.

—Sé quién es. La reconocí.

—Esto podría estar relacionado con su padre y su hermano.

—Lo investigaremos. ¿Llamó a la tienda de bicicletas?

—Nadie contesta. Pero encontramos las identidades de los hombres muertos: Hakim Elamin, Rashad Abood y Yasir Kazmi. Hakim fue el hombre que la agredió. Están registrados como dueños de la tienda. Lo verifiqué. He pedido a una patrulla que interroge a los vecinos.

—¡Señor! —gritó un oficial mientras miraba dentro del maletero del coche de los atacantes.

Kader y Omar se apresuraron a mirar.

—¿Ve esto? —El policía señaló el equipo en el vehículo.

—Servidores y computadoras —susurró Omar.

Kader reflexionó sobre el hecho de que el hombre misterioso, Aram Zafar, le había dicho a Nusrat que estuviera atenta a ese tipo de equipo.

—Mantengan este lugar acordonado —ordenó cuando dejó la escena después de otra hora para regresar a su oficina en la Jefatura de Policía de Al Hadba en la Ciudad Vieja.

Ordenó a su ayudante que le trajera té y, mientras lo bebía, encendió su computadora. Buscó los nombres de los tres hombres muertos. Sin antecedentes penales. Bicicletas Mosul parecía ser un negocio limpio. Pagaba impuestos regularmente y era rentable.

¿Por qué una tienda de bicicletas tendría ese tipo de computadoras?

Llamó a su unidad de tecnología para que revisaran el equipo tan pronto como Omar lo trajera. Colgó, buscó a Aram Zafar y obtuvo un resultado inmediato del Aeropuerto Internacional de Bagdad.

Amplió la fotografía del pasaporte y se reclinó. El hombre parecía de Oriente Medio, pero Kader sabía que era un camaleón que podía pasar por muchas nacionalidades, hablaba varios idiomas con fluidez y se mezclaba fácilmente con la población local.

Cutter Grogan. ¿Qué estás haciendo en Mosul, amigo mío?

Buscó en su teléfono celular un número que estaba registrado bajo otro nombre.

¿Seguirá activo?

Se encogió de hombros y envió un mensaje.

Necesitamos reunirnos.

Cutter tenía que intentarlo.

Fue a la oficina de DFTF en la Ciudad Vieja y pidió hablar con el gerente.

—Espere aquí, sayidi, veré si está disponible —le dijo una mujer que llevaba hiyab.

Se sentó en un banco mientras miraba a su alrededor. Algunas personas, hombres y mujeres, con teléfonos y computadoras. Un gran mapa del país, en el que había varias banderas. Un dispensador de agua. Un ventilador de techo giraba perezosamente aunque el aire acondicionado estaba a toda potencia. Parecía una oficina gubernamental.

La mujer salió por una puerta y le hizo un gesto con la cabeza. La siguió dentro de la pequeña habitación y le agradeció cuando ella se fue.

—Ijaz Mansour —el gerente le estrechó la mano y le indicó una silla—. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Quieres ser voluntario? Puedes dejar tus datos...

—Soy demasiado viejo para eso —sonrió Cutter.

—Nadie es demasiado viejo para ayudar a los demás.

—No es por eso que estoy aquí.

Mansour parecía tener unos cuarenta años. Mechones plateados en su cabello, líneas alrededor de sus ojos y labios, barba bien recortada. Tenía varios teléfonos celulares dispuestos frente a él. Una pantalla a su lado mostraba algún tipo de hoja de cálculo, y en la pared lateral había un mapa del país similar al de afuera.

—Mi nombre es Aram Zafar —dijo Cutter, presentándose—. Tengo varios restaurantes en Iraq. Algunos aquí también. Me estoy expandiendo a servicios de carretera. Restaurantes adjuntos a gasolineras. Me interesan lugares en el norte. Hay menos competencia allí debido a las bandas de milicias y la falta de ley.

—Disculpe, señor Zafar —interrumpió Mansour cuando hizo una pausa—. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? No nos dedicamos a los negocios.

—Llego a eso. Me dirijo al norte de Iraq hoy. Conduciendo. Estaré revisando las Carreteras 1 y 2, cerca de las fronteras con Siria y Turquía. Hay mucho tráfico de camiones allí, lo que será bueno para el negocio. ¿Tienen alguno de sus voluntarios allí? ¿En caso de alguna emergencia?

—Sayidi —dijo el gerente, riendo—, dice que es un empresario exitoso. ¿Va a ir a esa parte del país sin ningún apoyo? Debería tener su propio personal médico. Eso es lo que hacen la mayoría de los empresarios. Viajan con todo un equipo.

—No soy como los demás, por eso tengo éxito. Mantengo los costos bajos. ¿Por qué debería contratar médicos cuando nuestro país tiene excelentes servicios?

—¿Quiere utilizar una organización de voluntarios, aunque puede permitirse sus propios

médicos?

—¿No prestan un servicio? ¿O discriminan entre ricos y pobres?

—Sayidi, si conociera DFTF no preguntaría eso. Ayudamos a quien lo necesite, pero solo trabajamos en aldeas donde no hay hospital ni clínica. No trabajamos en ciudades. Pero lo siento, no puedo decirle si tenemos gente en esa región.

—¿Por qué no?

—Seguridad, señor. Debe saber que no a todos en el país les gusta lo que hacemos. Hay gente que dice que somos espías occidentales. Otros dicen que ayudamos a terroristas y grupos milicianos. Tenemos que proteger a nuestra gente. No puedo dar sus ubicaciones. En cualquier caso —levantó las manos impotente—, yo mismo no sé dónde están.

—¿Cómo es eso posible?

—Sayidi, ¿ha estado en esa parte del país? —Mansour señaló el mapa en la pared—. Esa área de la que habla no tiene nada de importancia. Hay montañas; es tierra árida, pequeñas aldeas... sin grandes ciudades, sin fábricas. Mis unidades conducen en sus furgonetas, yendo de una aldea a otra. Estarán aquí un día, allá al siguiente.

—Eso no parece seguro. ¿Qué pasa si les sucede algo? Seguramente están en contacto diario.

—Tenemos nuestras formas de mantenernos en contacto, pero lo siento, no puedo decirle más.

—Esas banderas —Cutter inclinó la cabeza hacia el mapa—. ¿Es ahí donde están sus equipos?

—No. Esas son las últimas aldeas en las que estuvieron.

Cutter se acercó al mapa y lo inspeccionó. —Garbir —reflexionó cuando vio la aldea debajo de una bandera—. ¿No es ahí donde mataron a esa niña de la escuela?

—Horroroso. Naam, teníamos una furgoneta allí, pero eso fue mucho antes de que ocurriera el tiroteo.

—¿Esa unidad seguirá en la región? Está en el área que voy a visitar.

Mansour miró su reloj con impaciencia. —Sayidi, le he dicho todo lo que puedo. Tenga —le dio una tarjeta de visita—. Si necesita ayuda médica, puede llamar a nuestro centro de atención. Si tenemos algo cerca, y quién puede ayudar, lo haremos. Pero también debería tener los números de los hospitales más cercanos. Y, sayidi, aún le recomiendo, si va a ir allí, que no vaya solo. Vaya con un equipo.

Puedo entrar en su oficina por la noche, reflexionó Cutter mientras salía de la oficina de DFTF, y revisar lo que hay en su computadora.

¿Pero y si está diciendo la verdad?

Puedo esperar hasta la noche, o puedo conducir hasta Garbir.

Condujo hasta Garbir.

G arbir, norte de Irak

CUTTER LLEGÓ A LAS AFUERAS DE LA PEQUEÑA ALDEA AL ANOCHECER, JUSTO CUANDO EL SOL SE ponía en el horizonte.

Se había desviado de la Autopista 1 y tomado rutas más pequeñas y caminos de tierra, guiado por su sistema de navegación por satélite. La unidad, que había estado en la caja fuerte, estaba conectada a un satélite de la Agencia que lo guiaba por carreteras que no existían en los sistemas comerciales.

Se detuvo al borde de la carretera cuando la aldea apareció a la vista. Se lavó la cara con agua, bebió varios tragos y dejó que la suave brisa lo refrescara. Rebuscó en la caja fuerte y sacó un portátil resistente a impactos y un teléfono satelital, y encendió la pantalla. Navegó por la conexión segura de la red, inició sesión en el sistema de la Agencia e hizo una llamada por internet.

La llamada rebotaría de un servidor proxy a otro por todo el mundo antes de llegar a su destino.

—¿Sí? —lo saludó una voz inexpresiva.

—¿Me extrañaste?

—Como a un agujero en la cabeza —respondió Gina Difiore sin calidez—. ¿La has encontrado?

—Solo han pasado cuatro días desde que entré al país.

—Es tiempo suficiente.

—No, no la he encontrado —espetó—. Si la vicepresidenta quería resultados tan rápido, debería haber seguido mi consejo. Debería haber enviado a nuestra embajada aquí y una unidad de fuerzas especiales para buscar a Harper.

—Relájate, Cutter —intervino la voz de Quindica—. No lo provoques —le dijo a su compañera en un aparte.

—Me divierte hacerlo.

—Sigo aquí —les recordó.

—¿Dónde estás? —preguntó la agente especial a cargo del FBI.

—Cerca de Mosul —mintió. *No necesitan saber mi ubicación exacta.* Eran sus amigas, pero

no tenía intención de reportarse ante nadie.

—¿Vas a Garbir?

—Sí. ¿Pueden conseguirme la matrícula del vehículo de Samira y Harper?

—Vamos un paso por delante —Difiore sonrió con suficiencia y recitó el número—. Es un Mercedes, pintado con los colores de DFTF. El problema es que no hemos podido localizar el vehículo. Ni siquiera la vigilancia por satélite ha ayudado. Hay cientos de furgonetas blancas o de apariencia blanca y...

—Consigan un dron.

—La vicepresidenta no quiere eso.

—Es su hija.

—Está en una situación difícil, Cutter. Incluso si organizáramos lo del dron, llevaría tiempo examinar las imágenes... tú estás en el terreno ahora.

—Sí —asintió distraídamente. *Una de esas estaba fuera de la oficina de Mansour.*—. ¿Cómo lo conseguisteis?

—Tenemos nuestros métodos.

—¿Vigilancia con drones?

—No.

—¿Habéis hackeado el sistema de DFTF!

—No puedo confirmar ni negar...

—Ahórratelo. ¿Tenéis su número? Podéis localizar...

—No es tan simple, Cutter —dijo Quindica, suspirando—. Utilizan un sitio web para la administración, el seguimiento de sus voluntarios, prácticamente todo. El sistema enruta las llamadas entrantes o salientes a través de internet...

—Sus oficinas nunca marcan un teléfono.

—Correcto. Lo que significa que los voluntarios pueden cambiar sus números, actualizarlos en el sistema sin que las oficinas lo sepan.

Cutter frunció el ceño.

—Debe haber algún administrador o técnico que pueda conseguir esos números.

—Oh, los conseguimos. El problema es que los registrados para Samira y Harper ya no están activos.

—¿Cuándo fue su último registro?

—Lo están haciendo todos los días, pero es a través del sitio web.

—¿Dónde están?

—En el norte de Irak. Nada más específico. Suben fotografías de las personas que han tratado. Samira y su conductor, Rahman, aparecen en la mayoría de ellas.

—¿Harper?

—La última fotografía de ella fue hace seis días. No hay muchas de ella.

—Inteligente. No quiere arriesgarse a mostrarse.

—Sí —coincidió Difiore secamente—. Está disfrazada, no es reconocible como la hija de la vicepresidenta, pero está siendo cautelosa. Te enviaremos las fotos recientes.

—¿Han identificado las aldeas o los pacientes?

—Estamos trabajando en ello. Pero no hay una base de datos con la que comparar. Las casas parecen iguales; no hay características identificables en las fotografías.

—Tendrás que hacerlo de la manera difícil, Cutter —intervino Quindica—. Sigue su rastro rápidamente.

Por eso estoy fuera de Garbir.

—Envíenme todas las fotografías satelitales también, desde el momento en que estuvieron en la aldea.

—¿Irás a las aldeas que tenían furgonetas blancas? —adivinó Difiore.

—Sí. ¿Algún rumor sobre los terroristas o grupos de milicianos?

—El grupo de Lais Hadi ha emitido un comunicado diciendo que vengarán la muerte de Akhtar y Azer.

—Lo leí. ¿Algo más?

—No.

—¿La policía ha avanzado algo en el asesinato de la chica?

—No. Ni siquiera han identificado quiénes fueron los asesinos.

—Los aldeanos no están hablando.

—Así es.

—¿Pueden conseguir la ubicación del ataque con drones, donde mataron a Akhtar y Azer?

—¿Quieres ver si esa es la ruta que podrían haber tomado Samira y Harper?

—Sí.

—Es información clasificada.

Dejó que su silencio flotara en el aire.

—Te la conseguiremos.

—¿Dónde estáis?

—Mosul.

Se irguió. —¿*Mosul*? Pensé que estarían en Bagdad. Tienen que volver a la capital. Cualquier lugar al norte de allí no es seguro para ustedes. ¿No se enteraron del atentado en Tikrit? Pueden llevar a cabo su investigación desde la embajada...

—Basta —ordenó Difiore—. Estamos a salvo. Nos hemos instalado en la oficina de enlace de nuestro ejército aquí. Tenemos un equipo de protección.

—Es mi misión encontrar a Harper, Samira y Rahman —gruñó él—, no la suya...

—Cutter —la voz de Quindica era fría, dura, una voz de autoridad—. Estamos en Mosul para nuestra investigación. Estamos. Seguras. Aquí.

Respiró pesadamente y asintió, aunque ellas no pudieran verlo. —¿Han contactado con la policía iraquí?

—Sí...

—Vayan con el coronel Reyhan Kader. Era el comandante del equipo SWAT de Mosul, pero ahora tiene el mando operativo de la división de policía en la ciudad. No hablen con nadie más.

—Quieres decir que es de confianza —adivinó Difiore.

—Sí.

—¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Sabe él que estás en Irak?

A estas alturas sí lo sabe. Lo habrá deducido de lo que Nusrat le contó.

—No me he puesto en contacto con él.

—¿Cuándo vas a ir a Garbir?

Ahora mismo.

—Les haré saber lo que descubra.

Mosul

—ESTÁ EN GARBIR, O CERCA DE ALLÍ —DIJO DIFIORE CUANDO CUTTER COLGÓ.

—Sí, lo supuse por la forma en que contestó. Reyhan Khan. —Quindica levantó la vista de su pantalla—. Lo investigué mientras estabas en la llamada. Tiene una excelente reputación. Trabajó con las fuerzas de la Coalición en la liberación de Mosul. Su unidad sufrió muchas bajas. Perdió a su familia cuando los terroristas los atacaron, pero siguió adelante. El gobierno iraquí le otorgó su más alta condecoración militar, aunque no pertenece a las fuerzas armadas.

—Si Cutter confía en él, yo también.

—Sí. De todos modos, necesitamos ayuda policial. He informado a Europol, a los canadienses, a los australianos y a todas las demás agencias con las que estamos trabajando, que tomaremos la iniciativa en esta parte de la investigación.

—Vamos a conocerlo.

KADER LEVANTÓ LA VISTA CUANDO OMAR IRRUMPIÓ.

—¿Sí?

—¡Sayidi! —El hombre apenas podía contener su emoción—. Hay dos mujeres aquí para verlo.

—¿Quiénes son? ¿De qué se trata?

—Estadounidenses, sayidi. Del FBI. No me dijeron de qué se trataba. Dijeron que solo hablarían con usted. Tienen algunos soldados con ellas, para protección.

—¿Estadounidenses? —Kader se reclinó en su silla—. *¿Estará esto relacionado con lo que sucedió anoche?* Miró involuntariamente su teléfono. Cutter aún no respondía. *No*, negó con la cabeza. *¿Por qué le interesaría al FBI un intento de violación?*

—Hazlas pasar y trae algo de té.

Se puso de pie cuando el ayudante regresó con las mujeres.

Ambas eran morenas, de ojos oscuros y vestían trajes impecables, tan altas como él, y caminaban con tranquila confianza.

—Coronel Kader, soy Peyton Quindica. —La primera mujer le entregó su tarjeta—. Agente

Especial a Cargo del FBI. ¿Está bien si hablamos en inglés? Si no, tengo un traductor...

—El inglés está bien, señora —sonrió—. Aunque el mío quizás no sea tan bueno como el suyo.

—No apuestes por ello. —La segunda mujer se adelantó—. Gina Difiore, detective del Departamento de Policía de Nueva York. Trabajo con ella.

—¿NYPD? —Kader les estrechó la mano y les indicó que tomaran asiento.

—Larga historia. Dejaré que Peyton empiece.

—Dirijo un Grupo de Trabajo Conjunto —comenzó la primera mujer—, que investiga el uso de criptomonedas por parte de terroristas y el crimen organizado. Estamos trabajando con varios socios aliados. Europol, la Policía Federal Australiana, la RCMP de Canadá y algunos otros. Creemos que varias de las células escindidas del EIIL y grupos de milicias están utilizando ciertas monedas para realizar sus negocios. Sus intercambios están en la darknet, sitios de internet que son altamente seguros y solo pueden ser accedidos por personas que tienen la dirección y los privilegios.

Se detuvo cuando Omar entró en la habitación con una bandeja de bebidas.

—Me tomé la libertad de pedir té. ¿Está bien? —preguntó Kader. Sonrió cuando la detective alcanzó ansiosamente su taza.

—El chai es bienvenido —dijo, tomando un sorbo y cerrando los ojos con deleite—. Necesitaba esa dosis de azúcar.

Él se relajó ligeramente ante su uso de la palabra local para la bebida. *Estos estadounidenses están haciendo un esfuerzo por relacionarse.*

—¿Cómo es que una detective de Nueva York termina con el FBI?

—Sucede más a menudo de lo que la gente cree. Peyton estaba dirigiendo una investigación en Nueva York y me asignaron a ella. Trabajamos bien juntas y, cuando terminó, me asignaron al FBI a largo plazo.

Asintió en comprensión y miró a la SAC del FBI. —Criptomonedas, billeteras... ¿qué tiene que ver eso conmigo? Tenemos una división de cibercrimen que podría ayudar. Puedo hacer algunas llamadas y conseguir que se reúnan con ellos.

—Los conocemos, coronel. Hemos hecho contacto y nos estamos reuniendo con sus oficiales en Mosul. Pero creemos que usted podría ayudarnos más.

—No recibí ningún aviso de su llegada. ¿No suele el FBI programar estas reuniones con anticipación?

—Lo hacen, señor; así es como nos reunimos con sus homólogos. Pero nuestro amigo mutuo nos pidió que nos reuniéramos con usted.

—¿Amigo mutuo? —Kader alzó las cejas.

—Cutter Grogan.

Apartó su taza y las miró con asombro. —¿Cutter? ¿Lo conocen?

—Muy bien. Nos está ayudando con otra cosa.

—Sí, es un amigo —dijo la detective arrastrando las palabras—, pero no le digas que yo dije eso.

—¿Todavía está aquí, en Mosul?

—Está en Irak. No puedo decirle más que eso —respondió la agente del FBI.

—Lo que quiere decir —resopló la neoyorquina—, es que nosotras mismas no sabemos dónde está. —Frunció el ceño cuando registró las palabras de Kader—. *¿Todavía aquí?* ¿Se reunió con él?

—No. —Se relajó y apartó sus archivos—. ¿Saben lo que hizo ayer?

Las mujeres se miraron entre sí y luego a él. Negaron con la cabeza simultáneamente.

—No nos dice nada —se quejó la detective—. ¿Qué hizo? ¿Iniciar una pelea? ¿Dispararle a alguien?

—Lo último, señora. —Kader sonrió y las informó sobre los eventos de la noche anterior.

—Eso suena justo como él. —Quindica asintió lentamente—. ¿Está en problemas? ¿Hay una orden de arresto contra él?

Kader se levantó de su asiento y abrió la puerta. —Omar —le dijo a su ayudante que estaba en un escritorio afuera—, asegúrate de que no nos molesten. ¿Ofreciste bebidas a los soldados?

—Naam, sayidi.

El coronel cerró la puerta y volvió a su asiento. —Cutter Grogan no está en problemas —dijo suavemente—. Pero Aram Zafar, el hombre que disparó a esos matones, es buscado para interrogatorio. Solo interrogatorio —repitió al ver sus expresiones—. Las declaraciones de Nusrat Khan y los otros profesores fueron muy claras. Él los ayudó. Tengo que cerrar el expediente, y para eso necesito su declaración.

—Buena suerte con eso —resopló Difiore.

Kader la miró fijamente y soltó una carcajada. *Estos estadounidenses... me agradan.* —Parece que conocen bien a Cutter.

—Ha sido un dolor de cabeza para nosotras durante varios años.

El coronel frunció el ceño. ¿Dolor?

—También es un amigo. —Quindica leyó su confusión—. Gina tiene una relación complicada con él.

—Subestimación —dijo la detective en voz baja.

—Criptomonedas. —A Kader le intrigó su comentario, pero decidió no profundizar en ello. Dirigió la conversación de vuelta a su presentación—. No puedo ayudarles mucho en eso.

—Sí puede, sayidi —dijo formalmente la agente especial del FBI—. Sabemos que Bagdad y Mosul son las dos ciudades donde los grupos que nos interesan están minando las monedas. Estamos trabajando con la Policía iraquí en su capital, pero aquí necesitamos su ayuda.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Conoce algún frente terrorista o de milicias en la ciudad?

—Naam, puedo darle una lista de ellos. Hay cuatro: dos en la Ciudad Vieja; uno está en la Costa Izquierda y otro en la Universidad de Mosul. Una compañía de taxis, dos restaurantes y el último es la casa de un profesor.

—¿Estos son frentes? —La detective frunció el ceño.

—Aún no estamos seguros, sayyidati. Tenemos una red de informantes, desarrollada cuando yo dirigía el equipo SWAT. Informaron de mucho tráfico peatonal en esos cuatro lugares.

—¿Han detenido a alguien?

—No. Todos ellos aparecieron en nuestro radar recientemente. Mis hombres están vigilando los lugares, fotografiando a las personas que entran y salen. Hemos hecho listas y estamos comprobando cada persona. El profesor es conocido por sus clases incendiarias. No —respondió, sonriendo, cuando sus visitantes lo miraron interrogantes—, no sale abiertamente diciendo que apoya a los terroristas. Es inteligente. Dice que deberíamos hablar con la gente, entender sus puntos de vista...

—No se equivoca —dijo la detective.

—Naam, sayyidati, pero cuando dijo que el terrorista de uno es el revolucionario de otro, nos pusimos alerta. Ahora mismo, no tenemos nada para arrestar a los hombres en esos lugares, ni a sus visitantes. Pero, ¿cómo les ayudará todo esto?

—Empezaremos con lo básico. Consumo de energía. —Deslizó una fotografía sobre su escritorio—. Esa es una fotografía satelital de Mosul por la noche. Piense en ella como un mapa de calor. Cada edificio tiene su firma térmica basada en cuánta energía, electricidad o calefacción, consumen sus residentes. Las fábricas tienen huellas más grandes, mientras que las casas tienen más bajas. Retrocedimos en el tiempo para comparar estas firmas térmicas, y lo que ve es lo que nos alertó.

Kader pasó sus dedos sobre la superficie brillante mientras examinaba los edificios circulados. Cada uno tenía un halo amarillo a su alrededor. *Treinta y ocho*, contó.

—Todos estos parecen ser edificios residenciales —dijo mientras levantaba la cabeza.

—No todos —le corrigió Quindica—. Son una mezcla de casas y pequeñas unidades comerciales, como locales de comida para llevar. Todos están consumiendo más energía de la que consumían anteriormente. Por ahora, no hemos considerado oficinas, plantas de fabricación, refinerías... edificios grandes.

—Firmas térmicas... ¡Estoy perdido! ¿Qué significa eso?

—¿Cuánto sabe sobre criptomonedas?

—Sé lo suficiente. Todos los oficiales superiores hemos asistido a cursos de formación sobre ello.

—Excelente. Entonces, no necesitamos entrar en lo básico. Irak ha prohibido el uso de criptomonedas, pero eso no ha detenido a las bandas criminales y a los terroristas. Bitcoin es bien conocido, pero sus transacciones son un registro público en la red. Por eso los criminales no lo usan. Van por las nuevas monedas privadas, donde las direcciones de los comerciantes, los montos de las transacciones, los saldos de las billeteras, los historiales, están ofuscados.

Kader tomó la fotografía y la agitó en el aire. —¡Minería! Usted dijo que estos grupos estaban haciendo eso.

—Correcto —sonrió Difiore—. Mineros, personas que agregan transacciones a los libros contables de criptomonedas. Son recompensados con monedas por su trabajo. Pero es una actividad que requiere equipo especializado, los equipos de minería, y consume electricidad. Esas ubicaciones en esa fotografía podrían ser mineros.

—Las casas o pequeños negocios serían una buena cobertura para los terroristas —estuvo de acuerdo el coronel—. Ahora entiendo por qué vinieron a mí. Quieren más información sobre ellos.

—Sí. ¿Nos ayudará, sayidi? Podemos ir a su división de ciberdelitos, pero...

—No saben en quién confiar. Lo entiendo, sayyidati...

—Los terroristas pueden no tener informantes en la policía —Quindica se encogió de hombros—. Pero los grupos de milicias, hay tantos, y algunos incluso están organizados por gente rica que quiere tomar negocios ilegalmente. Si nuestra investigación se filtra a ellos, podría propagarse.

—No tiene que explicarlo. Soy consciente de cómo son las cosas en mi país —dijo Kader con tristeza—. Haré que mi gente investigue estas ubicaciones y les informaré.

—Discretamente, sayidi. No queremos... —La agente especial del FBI se encogió de hombros y pareció avergonzada—. Perdóneme. Usted dirigió el equipo SWAT durante la lucha contra los terroristas. Sabe todo sobre trabajar encubiertamente.

Kader sonrió y miró la imagen de nuevo. —Esos frentes que estamos vigilando, no están en su fotografía.

—Podrían estar siendo utilizados para otra cosa. Centros de intercambio de información, reclutamiento, casas de seguridad.

—Naam. ¿Puedo quedármela?

—Es para usted. Tiene mi tarjeta.

—Me pondré en contacto con ustedes tan pronto como obtenga las direcciones. —Sus ojos se volvieron astutos—. Incluso puedo verificar si esos residentes han comprado algún equipo informático especial, cuáles son sus facturas de electricidad...

—¿Puede hacer todo eso?

—Esto es Irak. —Kader sonrió ampliamente—. El dinero o el poder, o ambos, pueden conseguirte cualquier cosa. Yo no tengo dinero, pero tengo algo de influencia.

Se puso de pie y acompañó a sus visitantes fuera de su oficina.

—Cutter... Espero que haya dejado Mosul.

—¿Por qué dice eso? —Difiore se volvió hacia él mientras subía a su vehículo.

—Si limpia mi ciudad, ¿qué trabajo tendré yo?

Cutter condujo por la calle principal de Garbir y se detuvo cerca de una tetería. A pocos metros había una tienda de comestibles, en la que pudo ver movimiento. Un perro trotaba por la polvorienta calle y se aliviaba contra una pared. Una mujer cruzaba la calle lentamente, con la cabeza gacha.

—¿Ha venido de lejos, señor? —El tendero le trajo un vaso de bebida, sin que se lo pidiera.

Cutter asintió en agradecimiento y dio un trago. —Desde la carretera. Estoy recorriendo el país, buscando ubicaciones.

—¿Ubicaciones para qué?

Ocultó una sonrisa ante la curiosidad del hombre. *En casa, habría alzado una ceja. Aquí, en los pueblos, es normal que la gente sea curiosa.*

—Soy un hombre de negocios. Estoy buscando abrir varias gasolineras en esta parte del país.

—Debería hablar con los ancianos del pueblo, señor. Ellos podrían tener más información para usted.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Está de suerte. Se están reuniendo en la escuela. Allí —señaló calle abajo—. No tiene pérdida.

Cutter le dio las gracias, pagó su bebida y se puso en marcha a pie. Pasó por delante de la tienda de comestibles, cuyos dueños y clientes lo miraron con curiosidad. *No habrá muchos visitantes en el pueblo vistiendo vaqueros, camiseta y gafas de sol.* El olor a comida procedente de una casa. El tintineo de los utensilios. La voz alzada de una madre, la respuesta de un niño, que se desvaneció al llegar a la escuela.

Un pequeño patio embarrado que hacía las veces de zona de juegos. Un único edificio de hormigón con varias aulas. Se dirigió a la puerta trasera, donde se oían murmullos, y la empujó para abrirla.

Quince personas en la sala. Cuatro hombres mayores al frente, en sillas. Otro hombre de pie, dirigiéndose a ellos. El resto de los aldeanos estaban dispersos en bancos.

La discusión se detuvo cuando entró y se reanudó cuando sonrió disculpándose y tomó asiento discretamente.

El agua potable era el tema de conversación, con el aldeano suplicando a los ancianos que hicieran arreglos para un mayor suministro. Dijeron que plantearían el asunto a las autoridades del distrito e hicieron señas para pasar al siguiente tema.

Cutter escuchaba mientras observaba al resto de los asistentes, la mayoría de los cuales eran hombres. Sus ojos se detuvieron en una mujer que estaba sentada en un banco lejano con la

cabeza inclinada, sus labios moviéndose suavemente como si estuviera rezando. Llevaba una abaya oscura y no daba ninguna indicación de sentir su mirada.

—¿Quiere discutir algo, señor?

Cutter se puso de pie y se acercó a los hombres sentados al frente cuando un anciano del pueblo se dirigió a él.

—Soy Aram Zafar —comenzó su historia—, un empresario de Bagdad. Mosul es mi segundo hogar. Tengo restaurantes, centros comerciales y muchos otros establecimientos por todo el país. Quiero empezar a instalar estaciones de servicio a lo largo de la carretera en esta parte de Irak.

—¿Va a poner una cerca de Garbir? —uno de los hombres se inclinó hacia adelante.

—Si encuentro una buena ubicación.

—Nuestro pueblo se beneficiará enormemente. Habrá empleo, mejores instalaciones...

—Ese es el plan.

—¡Aquí! —Otro anciano se acercó a un mapa descolorido colgado en la pared y señaló con un dedo huesudo—. ¿Ve dónde se curva la carretera? El agua de lluvia se acumula allí en una gran depresión en el suelo. Debería instalarla allí. Es una parada natural para la gente. Está a menos de ocho kilómetros de Garbir.

Varios aldeanos se unieron a la discusión con entusiasmo mientras proponían diferentes ubicaciones.

—¿No es ahí donde mataron a esos terroristas? —Cutter señaló el mapa. *Esa es información clasificada, pero estoy seguro de que saben dónde sucedió. Fue en la puerta de Garbir.*

—Naam —un hombre más joven asintió con entusiasmo—. Fui a ver los restos después. El ejército lo acordonó rápidamente, pero pude ver los escombros.

Yo también lo comprobé antes de venir aquí. Esos restos siguen allí en el camino polvoriento. Nada más. La ruta desaparecía en terreno accidentado después de un tiempo, proporcionando una cobertura natural, que era por lo que los terroristas la habían tomado. *Si Harper no lo hubiera reportado, Akhtar y Azer habrían escapado.*

—Me pregunto cómo sabían los americanos que estaban allí.

—Tienen sus métodos —murmuró un anciano—. Señor, por favor piense en nuestro pueblo cuando decida una ubicación. Garbir ha sufrido mucho. Cualquier cosa que nos traiga empleo y mejore a nuestra gente será bienvenida.

—Definitivamente lo tendré en cuenta.

—Inshallah, sucederá. Soy Yusuf Jabbar...

—Él lidera nuestro consejo —interrumpió otro anciano—. Rotamos esa posición cada dos años.

Jabbar asintió y dio una palmada para captar la atención de todos. —¿Hay algo más que discutir?

Nadie habló.

—Muy bien. Reunámonos la próxima semana.

Cutter esperó con Jabbar hasta que los aldeanos salieron. Sus ojos se dirigieron a la mujer, que permanecía sentada y no había mostrado interés en las discusiones.

—Esa es Bisma Kazmi —susurró el jefe del consejo—. Es la madre de Soraya. Soraya... fue la que mataron los terroristas.

—Naam —murmuró Cutter mientras observaba la cabeza inclinada de la madre.

—Yo estaba allí —Jabbar se estremeció—. No hablamos de ello con extraños, pero ya que va a ayudar a Garbir...

Cutter miró su rostro arrugado y sus ojos confiados y luego a la madre. Se sintió pequeño. Se

sintió avergonzado por darles falsas esperanzas.

—Estoy en las etapas muy tempranas de planificación, señor —tragó saliva.

—Lo sé. Venga.

Cutter fue con Jabbar, quien se detuvo en el banco de la madre.

—Señora —dijo suavemente—, la reunión ha terminado. Tengo que cerrar la escuela.

Bisma se puso de pie lentamente y salió arrastrando los pies de la sala de reuniones. Su rostro estaba arrugado, sus ojos oscuros, mechones grises en su cabello descubierto.

Finales de los veinte, calculó.

Se hizo a un lado para dejarla pasar y siguió a Jabbar mientras salían de la escuela.

—Soraya —suspiró el anciano mientras cerraba la habitación con llave y bajaba las escaleras—. Tenía ocho años. Siempre sonreía. Siempre bromeaba.

—La policía...

—¿Policía, *sayidi*? —exclamó Jabbar con amargura—. Aquí en el norte de Irak, solo están los grupos de milicianos, los terroristas y nosotros. Nadie viene a ayudarnos. Hay algo de publicidad cuando ocurre algo como esto. Llegan furgonetas de televisión y reporteros de todas partes, y luego nos olvidan rápidamente.

Cutter siguió con la mirada a la madre mientras bajaba lentamente por la calle.

—Su marido bueno para nada —continuó el anciano— la abandonó tan pronto como nació Soraya. No quería la responsabilidad de una hija. Bisma la crió ella sola. Trabajaba en la tienda de comestibles, trabajaba en sus campos, trabajaba y trabajaba y hacía todo lo posible para darle una buena vida a Soraya. Y entonces llegaron esos terroristas.

Miró al cielo y lo amenazó con el puño.

—¿Sabe usted lo que hace en estas reuniones? Nada. No habla con nadie. No participa en ninguna discusión. Se sienta allí sola y reza. ¿Sabe usted por qué reza?

Cutter negó con la cabeza en silencio.

—Reza por una larga vida. ¿Sabe por qué?

Cutter no interrumpió su discurso.

—Porque así es como quiere ser castigada. Viviendo cada día con ese recuerdo. Viviendo cada día con el pensamiento de que no se levantó de un salto para interponerse entre su hija y ese terrorista. Bisma Kazmi quiere vivir mucho tiempo porque no quiere olvidar.

G arbir y el norte de Irak

CUTTER OBSERVÓ LA FIGURA DE LA MADRE ALEJARSE EN LA DISTANCIA Y DESAPARECER AL doblar una esquina. Sintió los ojos de Jabbar sobre él y supo que su expresión era sombría y salvaje, con la furia sin disimular en su rostro. No encontraba palabras, y asintió brevemente cuando el anciano le apretó el hombro.

—Esos terroristas podrían volver —la voz de Cutter sonó distante y sombría a sus propios oídos.

—Naam. Lo sabemos. Esta vez, lucharemos.

El anciano sonrió sin humor. —Somos conscientes de que nos derrotarán y matarán fácilmente, pero no les dejaremos pasar por encima de nosotros. Tomamos esa decisión en la primera reunión después de que Soraya fuera disparada. Viaja seguro, sayidi. Háznoslo saber si podemos ayudar en tus planes.

Cutter fue al puesto de té y pidió otra bebida.

—¿Le ayudaron los ancianos, sayidi? —preguntó el vendedor.

Bebió un sorbo, la bebida caliente ayudándole a controlar su rabia. —Naam. ¿Reciben muchos visitantes?

—¿Aquí, en Garbir? Raramente. Usted es el único después de los médicos. Y esos asesinos.

—¿Sabe el pueblo cómo murieron esos otros terroristas? ¿Alguien de Garbir llamó a la policía?

—No, sayidi. —El hombre negó con la cabeza—. Sabemos ocuparnos de nuestros propios asuntos. Podemos oler a terroristas y milicianos a kilómetros de distancia. No queremos tener nada que ver con ellos. Les serviré té si vienen aquí. Otras personas podrían darles comida si quieren. Mustafa —señaló con la cabeza hacia la tienda de comestibles— les venderá provisiones. Pero no hablamos con ellos. Queremos que salgan de Garbir lo más rápido posible.

Cutter le pagó, tranquilizado de que los aldeanos no sospecharan que el equipo DFTF había informado sobre la presencia de los terroristas.

Sin embargo, a Hadi no le llevará mucho tiempo descubrirlo, pensó sombríamente, si envía a sus hombres de nuevo. Cuando, no si. Los aldeanos podrían contraatacar, pero esos asesinos los superarán y los harán hablar. Tengo que encontrar a Samira y su equipo, rápidamente.

Salió del pueblo en coche y aparcó al lado del camino de tierra. Se lavó la cara y se secó con una toalla. Sintiendo fresco, estaba subiendo al vehículo cuando vio el halcón.

Estaba arriba en el cielo, dando vueltas perezosamente, observando a su presa, el único movimiento en el cielo. Lo miró durante un largo rato y cambió de opinión.

Acamparía en su Land Cruiser por la noche y procedería al siguiente pueblo donde había visitado una furgoneta blanca.

EL SONIDO DEL MOTOR LO DESPERTÓ, GRUÑENDO SUAVEMENTE PERO HACIÉNDOSE MÁS FUERTE A medida que se acercaba.

Cutter levantó la cabeza pero no se movió de otra manera. Su vehículo estaba escondido en un matorral, bien alejado de la ruta hacia el pueblo, fuera de la vista. Tenía una buena vista del camino, y mientras observaba, un vehículo largo se acercó con las luces apagadas. Redujo la velocidad, dio la vuelta y se detuvo con las luces traseras hacia el pueblo.

Eso es para una huida rápida.

Se abrieron las puertas y se movieron sombras.

Cinco de ellos.

Una cerilla se encendió, iluminando a hombres de aspecto rudo y barbados. Armas cruzadas sobre sus pechos. Uno de ellos encendió un cigarrillo, dio una profunda calada y movió la cabeza hacia el pueblo.

¡Los hombres de Hadi!

Cutter se puso el chaleco antibalas sin pensarlo y se colgó la funda del hombro. Agarró varios cargadores de repuesto y su Amtac y salió de su vehículo sigilosamente.

Corrió agachado hasta el vehículo de los tiradores, una Hilux oscura, vehículo estándar para milicias y terroristas. Comprobó que estuviera vacía y siguió a los hombres.

Me verán si miran hacia atrás.

Se salió del camino, bajó a una cárcava que corría paralela a la ruta, y se acercó más.

—La madre de esa chica, era bien formada. Espero que la consigamos.

—No tenemos tiempo para eso —dijo otro hombre irritado—. Escuchaste lo que dijo el jefe. Agarrar a uno o dos aldeanos, extraer información de ellos, matarlos e irnos.

—Agarrémosla. Quiero poner mis manos sobre ella.

—¿Solo tus manos? —intervino una tercera voz.

Los hombres rieron groseramente.

Puedo acabar con ellos desde atrás. No reaccionarán lo suficientemente rápido.

Estaban en un terreno más alto, pero menos de diez metros los separaban de él. Había suficiente luz ambiental para disparar.

Están agrupados muy cerca. Varias ráfagas largas deberían bastar.

Su Glock se deslizó en su mano, pero cuando la levantó, los hombres redujeron la velocidad y dos de ellos se separaron. Llegaron al borde del camino, sobre la cárcava, y se desabrocharon los pantalones.

Cutter era una sombra oscura en la cárcava. Estaba lo suficientemente cerca para oírlos aliviarse. Pensó en Bisma Kazmi, en su deseo de vivir mucho tiempo, y su Glock y Amtac cambiaron de manos sin pensamiento consciente.

Se lanzó hacia arriba de la cárcava en tres largas zancadas, saliendo de la noche como la muerte.

Los dos hombres lo percibieron. Giraron sus cabezas, pero antes de que pudieran reaccionar,

ya estaba sobre ellos.

Un corte controlado y salvaje de su cuchillo a través del cuello del primer asesino. Su impulso lo llevó al segundo hombre, que abrió la boca. Pero antes de que emergiera algún sonido, el Amtac se hundió profundamente en la garganta del terrorista. Cutter lo sacó y lo arrojó lejos.

Los sonidos de su ataque y los cuerpos cayendo alertaron a los hombres de adelante. Se dieron la vuelta. Uno de ellos gritó mientras alcanzaban sus rifles.

Cutter se tiró al suelo mientras dejaba caer su cuchillo y levantaba su Glock. Su primera ráfaga cosió al hombre de la izquierda. Las balas entrantes silbaron sobre su cabeza mientras disparaba al segundo hombre.

El tercer tirador gritó de rabia y cargó contra él, disparando a ciegas. Cutter rodó desesperadamente por el camino y, justo cuando se deslizaba hacia la cárcava, el hombre se le acercó con un rugido triunfante.

Su grito se convirtió en un alarido de pánico cuando Cutter le agarró el tobillo y lo hizo caer. Cutter le aplastó el codo contra la garganta al terrorista mientras este caía sobre él. Le agarró el pelo al asesino y le propinó repetidos puñetazos en el cuello mientras se deslizaban por la pendiente hasta detenerse en la parte inferior.

Era el que quería violar a Kazmi.

El asesino intentó defenderse. Pateaba y golpeaba mientras gruñía, pero Cutter no le dio tregua. La furia en su interior era oscura y profunda, y alimentaba sus golpes que caían indiscriminadamente sobre el terrorista, hasta que el hombre dejó de luchar y quedó inerte, y aun así Cutter siguió golpeando hasta que le dolió el brazo.

Tomó una respiración profunda y ronca mientras se echaba hacia atrás, y luego se enderezó al recordar a los otros hombres.

Tengo que revisarlos.

Apartó el cuerpo del terrorista, encontró su Glock y subió cautelosamente por la cañada. Los asesinos a los que había apuñalado yacían boca arriba, con la mirada perdida, mientras que los otros estaban desparramados donde les había disparado.

Cutter buscó en la oscuridad su Amtac y lo encontró atascado debajo de una pequeña roca. Limpió la hoja y la enfundó. Introdujo un nuevo cargador en su Glock y la guardó en la funda.

No puedo dejar estos cuerpos aquí. Hadi enviará más hombres para vengarse de la aldea. Tendré que deshacerme de ellos en otro lugar.

Encontró las llaves de la Hilux en uno de los hombres que había apuñalado, se las guardó en el bolsillo y arrastró los cuerpos hasta el vehículo. Los cargó en la parte trasera, cerró la puerta trasera y apoyó la frente contra ella mientras inhalaba bocanadas de aire.

—¿Quién eres?

Cutter se lanzó hacia un lado, rodó sobre su hombro y levantó su Glock para apuntar al que había hablado.

Observó con incredulidad a la figura que se le había acercado sigilosamente y permanecía inmóvil en medio del camino.

¡Bisma Kazmi!

Reconoció su rostro pálido y su abaya oscura.

Guardó su arma y se puso de pie.

—Lo vi todo —dijo ella, antes de que él pudiera responder—. Estaba allí. —Señaló detrás de ella sin darse la vuelta—. Esa roca grande, cerca de la entrada del pueblo. Es un buen escondite. Me siento allí todas las noches, observando. Esperando a que Hadi envíe a sus hombres.

—¿Por qué?

Quería decir, *por qué tú, por qué no alguien más que pueda vigilar*, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

—¿Qué más puedo hacer?

Una suave brisa agitó su abaya. Un mechón de cabello le cayó sobre el rostro, pero no se lo apartó. Permaneció inmóvil, inexpresiva, observándolo con ojos oscuros.

—Aram Zafar. Te escuché en la reunión. Dijiste que eras un hombre de negocios. ¿Qué clase de hombre de negocios mata a cinco terroristas?

—Tengo un negocio, sayyidati —respondió. Era un solucionador. Resolvía los problemas de las personas que habían sido defraudadas por el sistema. Secuestros, niños arrastrados a pandillas criminales, extorsiones, personas desaparecidas; se encargaba de la mayoría de los casos. *No le mentí. Ese es mi negocio.*

—¿Estás tras Hadi? —preguntó ella, como si no lo hubiera escuchado—. ¿Quién eres? ¿Policía? ¿Mukhabarat? —Se refería al Servicio de Inteligencia Nacional Iraquí.

—No estoy tras Hadi.

Ella lo observó durante un largo rato y luego asintió.

—Samira, Laila y Rahman. Es a ellos a quienes buscas.

—¿Por qué dices eso? —Mantuvo la sorpresa fuera de su voz.

—Te escuché preguntarle a los ancianos cómo supieron los americanos de la presencia de los terroristas. Esos voluntarios. Eran los únicos recién llegados al pueblo ese día. Solo ellos podrían haber llamado a la policía, que debió haber informado a los americanos. Los estás buscando. No puedes ser una mala persona. Mataste a estos hombres... quieres protegerlos de Hadi. Sabes que él no descansará hasta encontrar a quienes traicionaron a sus hombres. Gasolineras... eso es solo

una excusa para visitar todos los pueblos y buscarlos.

Cutter Grogan podía mentir como el mejor. Podía poner una cara de póker, una apariencia inexpresiva que desconcertaba a los interrogadores. Pero necesitó todas sus habilidades para controlar su asombro ante la forma en que la madre había unido todas las piezas.

—Tú... ¿cómo...?

—Trabajé con ellos —continuó ella con calma—. Ayudé a Samira y a Laila en su clínica. Incluso ayudé a Rahman a cambiar el aceite de su vehículo. Nos hicimos amigos.

No sabía qué decir y se quedó allí, en silencio, mirando a Bisma Kazmi, que no se había movido ni un centímetro.

—Misharah.

—¿Qué? —logró articular finalmente.

—Misharah. Iban a los pueblos de alrededor y más allá. Está al noreste. No está lejos, pero las carreteras no son buenas. La mayoría de esos lugares son incluso más pequeños que Garbir. Samira, Laila y Rahman son los únicos médicos que verán. Una vez que terminaran con todos los pueblos, regresarían a Mosul.

—Cómo...

—Los escuché. Incluso vi a Rahman trazar una ruta en el mapa.

No le pregunté a nadie en Garbir a dónde fueron. Eso habría sido sospechoso. Pero ella lo supo todo el tiempo.

—Deberías encontrarlos antes de que los terroristas los alcancen.

—Ese es el plan.

—¿Qué harás con eso? —Miró más allá de él, hacia el vehículo del asesino.

—Lo conduciré lejos para que Hadi no sospeche que fueron asesinados aquí.

—¿No tienes un vehículo?

—Naam, sayyidati —señaló hacia el matorral—. Lo he escondido allí.

—¿Cómo regresarás a él?

—Caminaré.

—Eso te llevará toda la noche y el día. Enséñame a conducir tu vehículo. Te seguiré. Puedes dejarme en Garbir cuando regreses.

—Es la única manera —dijo ella cuando él la miró fijamente.

—¿Los habitantes del pueblo no notarán que te has ido?

—Solo Jabbar sabe de mi vigilia. No se preocupará si me ausento por un tiempo. Se sabe que me mantengo sola. Especialmente después de lo que pasó. Y Hadi no enviará más gente. ¿Por qué lo haría? Espera que esos hombres hagan su trabajo y regresen.

Tiene razón.

—Espera aquí, sayyidati.

Fue a su Land Cruiser y lo condujo hasta el camino. Lo giró para enfrentar la ruta de salida y se bajó.

—Iremos por caminos de tierra donde no habrá mucho tráfico —le dijo cuando ella subió. La ayudó a abrocharse el cinturón de seguridad y le señaló los diversos controles.

—Es automático. No tienes que hacer mucho una vez que hayas arrancado. Dirige para seguirme y frena cuando lo necesites. Haz destellar las luces —tocó el interruptor— si tienes algún problema. Iré delante de ti.

Dio un paso atrás y le indicó que condujera varios metros.

Kazmi comenzó con un tambaleo, estabilizó el vehículo y condujo varios metros.

—Eso es genial —la animó mientras corría a su lado—. Aplica los frenos ahora y espera

aquí. Traeré el otro vehículo.

Cutter consultó el mapa de la región en su teléfono cuando subió al vehículo de los asesinos y buscó rápidamente.

Lo abandonaré más allá de Gawasha, donde las milicias respaldadas por Irán están activas.

Le hizo un gesto para que lo siguiera cuando se puso a su altura y partieron.

Bisma Kazmi, una madre en duelo, conduciendo por primera vez en su vida, y Cutter Grogan, con los cuerpos de los matones muertos en la parte trasera, en la oscuridad, dirigiéndose hacia territorio hostil.

Llegaron a su destino, un barranco a diez kilómetros de Gawasha, a las dos de la madrugada.

Cutter había tomado caminos de tierra y evitado pueblos para llegar allí. Se habían detenido varias veces para que él pudiera revisar a Kazmi, durante las cuales ella no había entablado conversación, prefiriendo mirar fijamente hacia la noche.

Él había respetado su silencio y mantenido la distancia. No se habían cruzado con nadie excepto con un pastor de cabras que dormía bajo el cielo junto a su rebaño. El hombre no se había despertado cuando pasaron, ni siquiera cuando uno de sus animales baló lastimeramente.

Cutter se bajó de su vehículo en el barranco e hizo señas a Kazmi para que se detuviera bien atrás.

—Espere dentro, sayyidati —le dijo cuando ella bajó la ventanilla—. No tardaré mucho. Apague las luces.

Regresó al vehículo de los asesinos, arrastró los cuerpos fuera, los colocó en el suelo y los fotografió con su teléfono. *Esa es la prueba que necesitaré.* Los rodó hasta el borde del abismo, los empujó y tomó una foto del oscuro barranco.

Se quitó la chaqueta y la usó para limpiar el volante, las manijas de las puertas y cada parte del vehículo que había tocado. Estaba seguro de que no lo revisarían en busca de huellas, pero no quería correr riesgos. Envolvió la prenda alrededor de su palma, puso el vehículo en punto muerto y lo empujó con todas sus fuerzas hacia el barranco.

El vehículo se resistió por un momento y luego rodó lentamente, se mantuvo precariamente sobre el borde durante varios segundos y luego cayó con un estruendo satisfactorio.

Estaba sudando cuando regresó a su Land Cruiser, consciente de los ojos de ella sobre él. Sin embargo, Kazmi no habló mientras él sacaba su botella de agua y bebía profundamente. Se alejó para darse distancia y marcó un número.

Y cruzó los dedos.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando una voz respondió.

—Es usted hombre muerto si esto no es importante —dijo Beth Petersen secamente.

— **S**e trata de unos cuantos sicarios muertos.

—¿Tú los mataste?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Cinco.

Oyó un amortiguado "¿Quién es?" Meghan.

—Necesito ayuda.

—¿Por qué otra razón me llamarías?

—Quiero que se sepa que un grupo miliciano los mató. Sus cuerpos están en un cañón, a cierta distancia de Gawasha. Revisa tu teléfono. Te envié fotografías.

—¿Quiénes son? —preguntó ella después de un momento.

—Los hombres de Lais Hadi. Habían ido a Garbir en busca de información. Yo estaba allí por casualidad.

—¿Lais Hadi, el terrorista del ISIL?

—Sí.

Ella guardó silencio durante tanto tiempo que tuvo que comprobar si la llamada seguía conectada. Lo estaba.

—Pensábamos que estabas buscando a una persona desaparecida.

—Así es. Hadi está involucrado.

—¿Qué grupo miliciano?

—Elige cualquiera que esté activo en esta región. Todos luchan entre sí y contra los terroristas.

—Quieres que sean sospechosos; de lo contrario, él podría enviar más hombres a ese pueblo.

—Sí.

—El grupo miliciano lo negará.

—Hadi no les creerá.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Lo que significa que lo haremos.

—¿Cómo?

—Redes sociales.

—¿Pueden hacerlo así, sin más?

—No nos insultes.

Él sonrió cuando ella colgó abruptamente y regresó a su vehículo, donde Kazmi lo observaba sin expresión.

Ella no preguntó a quién había llamado ni por qué se había alejado para hacerlo. Permanecía sentada e inmóvil, como si el tiempo no tuviera significado para ella.

No lo tiene. Yo era así cuando perdí a Riley.

Los llevó de vuelta, pasando junto al pastor de cabras, que aún no se había despertado. Eran las cuatro de la mañana cuando llegaron a Garbir.

—No entres en el pueblo —dijo ella, deteniéndolo cuando se disponía a entrar—. Déjame en la roca.

Ella se bajó cuando él se detuvo y se volvió hacia él.

—Deberías descansar. Has estado despierto toda la noche. Puedes irte por la mañana, cuando estés fresco. Yo montaré guardia.

Lo consideró por un momento y asintió.

Tiene razón. Apenas puedo mantenerme despierto.

—Tú también deberías.

—No lo necesito —dijo ella con tono cortante.

Él condujo hasta la espesura, apagó el motor y se quedó dormido en cuestión de minutos.

CUTTER FUE DESPERTADO POR EL INCESANTE PARLOTEO DE LOS PÁJAROS QUE GRAZNABAN SOBRE su vehículo. Bostezó, se estiró y entrecerró los ojos ante la luz del sol que le daba en la cara.

Salió y se lavó la cara, se refrescó lo mejor que pudo y se cambió de ropa. Encendió el Land Cruiser y salió de la espesura hacia el camino.

Y parpadeó con asombro cuando vio a Bisma Kazmi apoyada contra la roca.

—¿Sigues aquí? —Se bajó después de acercarse a ella.

—Dije que montaría guardia.

No parecía cansada. Su abaya no tenía suciedad, nada que indicara que había dormido en el suelo.

—Misharah —le recordó ella.

—Sí. Me voy ahora.

—Aram Zafar. —Pronunció su nombre como si lo estuviera probando en voz alta—. Tú también has experimentado una pérdida. Puedo verlo en tus ojos.

—Naam.

—¿Era alguien cercano a ti?

—Naam.

—¿Te culpas por ello?

Él asintió.

—¿Se vuelve como dice la gente? ¿Que el tiempo lo cura?

—Sayyidati, no hay un solo día en que no desee que ella estuviera conmigo. Murió hace muchos años, pero el dolor sigue ahí. El tiempo... —Sonrió con amargura—. Solo ayuda a hacerlo más llevadero.

—¿Ella? ¿Tu esposa?

—Naam.

Ella asintió lentamente, como si él hubiera confirmado algo para ella. —No te importa morir. Eso es lo que te hace tan peligroso.

Él no supo cómo responder a eso y no dijo nada mientras el peso de los ojos de ella caía

sobre él y lo evaluaba.

Pasaron largos momentos, y entonces su máscara cayó. La emoción cruda en su rostro y en sus ojos le hizo estremecerse interiormente.

—Aram Zafar. —Su voz era un susurro, pero le llegó—. Dijiste que no estás interesado en Lais Hadi.

—No lo estoy.

—Pero ¿puedes hacerme una promesa?

Él esperó.

—Si te encuentras con sus hombres, ¿puedes tratarlos de la misma manera que anoche?

—Lo prometo. Toma mi tarjeta. —Se la entregó—. Mi número está en ella. Si necesitas algo y puedo proporcionártelo, lo haré.

Ella la tomó sin mirarla. No respondió cuando él le hizo un gesto con la cabeza, subió a su vehículo y se alejó. Su figura se hizo más pequeña en el espejo retrovisor, una mujer vestida de oscuro, cargando con su culpa, su dolor y su rabia, ocultándolo del mundo tras una fachada pétrea.

Tuvo que obligarse a relajarse, a agarrar el volante con suavidad, a reprimir las emociones y los recuerdos que habían surgido con sus palabras.

Yo era así.

Parpadeó rápidamente y se rindió, rugiendo de rabia y angustia en la inmensidad del norte de Irak, donde nadie podía oírlo.

Más calmado, recordó su conversación.

Él, Cutter Grogan, no hacía promesas vacías.

Cumpliría su palabra.

Mosul

FARIS AKBAR ENTRÓ A LA CIUDAD EN SU SUV BLANCO, ACOMPAÑADO DE TRES HOMBRES. SU dishdasha era negra y deliberadamente sucia. El extremo libre de su gutrah, el pañuelo para la cabeza, estaba envuelto casualmente alrededor de la parte inferior de su rostro, como si fuera para bloquear el polvo. Sus hombres vestían de manera similar mientras conducían con las ventanillas bajadas. Había sacos de grano en la parte trasera para respaldar su coartada: eran agricultores del norte de Irak que habían venido a la ciudad a vender sus productos. Sus rifles yacían a sus pies, al alcance de la mano.

Akbar estaba seguro de que no los reconocerían. La policía no sabía de su existencia y, aunque Abbas, su conductor y el tercer tirador eran hombres buscados, estaba seguro de que podían viajar con seguridad.

Tenían informantes en Mosul y en la policía, pero Abbas no les había informado de su llegada. Cuanta menos gente lo supiera, mejor.

No nos llevará mucho tiempo. Necesito decirles a Yasir, Hakim y Rashad que trabajen más rápido.

Sus labios se curvaron anticipando lo que eso significaba. *Quizás mate a uno de ellos, solo para mostrar lo serios que somos. Lentamente, y hacer que los otros dos miren.*

Hadi le había ordenado ir a Mosul hace aproximadamente una semana, pero una pelea con un grupo de milicianos le había quitado tiempo. *No perdimos a ningún hombre, pero perdimos tiempo.* Se había puesto en contacto con su líder y, después de confirmar que Hadi estaba a salvo, había procedido a la ciudad.

Miró impasible hacia adelante mientras reducían la velocidad en un cruce donde varios policías estaban parados frente a su vehículo. Sus hombres respiraron aliviados cuando los policías les hicieron una señal perezosa para que continuaran a través del tráfico.

Los dueños de la tienda de bicicletas eran simpatizantes del ISIS. Su gente había luchado junto a los terroristas y había sacrificado sus vidas por la causa. Ellos también habían querido unirse a los asesinos, pero Hadi los había detenido.

—Sois jóvenes —les dijo una noche, alrededor de una fogata fuera de Mosul—. La policía no sospecha de vosotros. Podéis ayudar mejor a nuestra causa siendo civiles.

Los hombres, que entonces tenían poco más de veinte años, habían discutido apasionadamente pero finalmente accedieron a los deseos del líder. Iniciaron la tienda de bicicletas con fondos proporcionados por Hadi, y como estaban interesados en la tecnología, habían comenzado a minar para la organización.

La organización terrorista se había metido en las criptomonedas mucho antes de que las fuerzas de la coalición la derrotaran en Irak y Siria. Utilizaban monedas privadas, intercambios en la darknet, para comerciar con armas, suministros médicos y equipos. Tenían varias células dirigidas por civiles no combatientes que formaban el grupo de minería para obtener nuevas monedas.

Toda la operación, dirigida por el liderazgo central, fue destruida por las fuerzas de la coalición, que se apoderaron de los equipos de minería, arrestaron a los simpatizantes civiles y se hicieron con las billeteras; las criptomonedas nunca más fueron vistas por las células fragmentadas sobrevivientes.

El grupo de Hadi había escapado con un tesoro de moneda dura en dólares estadounidenses, euros y libras esterlinas británicas, junto con equipos de minería y algunas billeteras sobrevivientes a las que tenían acceso.

Él y Akbar reclutaron a estudiantes apasionados de la universidad y reiniciaron una operación cripto solo para su célula.

Habían aprendido una dura lección del colapso del ISIS.

Financiaron a los simpatizantes para que obtuvieran el equipo y formaran un grupo de minería, porque ahí es donde se podían encontrar economías de escala.

Al mismo tiempo, consiguieron que grupos más pequeños o individuos minaran en solitario. Eso era menos eficiente y necesitaba más electricidad y conllevaba un mayor riesgo de ser detectado. Sin embargo, Hadi estaba dispuesto a soportar eso. No quería depender únicamente del grupo.

La tienda de bicicletas era una operación de minería en solitario. También era la célula de mejor rendimiento de este tipo. Yasir, Hakim y Rashad robaban electricidad de sus vecinos y también de los cables del vecindario y podían minar con más éxito que el resto de los mineros individuales.

Su producción ha bajado recientemente, meditó Akbar mientras su conductor serpenteaba por el tráfico hacia Fasiliyah. Siguen dando excusas, que tienen que tener cuidado al robar electricidad. No tenían este problema antes. Se han vuelto perezosos y arrogantes. Necesitan que se les dé una lección.

Él se encargaría de eso.

Él era el miedo.

—No te detengas —espetó y se sentó alerta cuando vio la furgoneta de la policía fuera de la tienda de bicicletas—. Sigue conduciendo.

—Naam, sayidi.

—¿Qué está haciendo la policía aquí? —susurró Abbas desde atrás—. Faris, la tienda está cerrada.

—Sí, lo vi. ¿Viste a alguien dentro? —Akbar ajustó el espejo retrovisor mientras pasaban y sacudió la cabeza con disgusto cuando no captó nada.

—No, sayidi —respondió el conductor—. Estaba cerrada y vacía.

—Ninguno de ellos ha contestado sus teléfonos ni respondido a mis mensajes durante dos días.

—¿Los han arrestado, sayidi? —preguntó el tercer hombre.

—No. —Akbar negó con la cabeza—. Nuestros informantes de la policía nos lo habrían dicho si lo hubieran hecho. Ve a su casa en el lado oeste, en Ghazlani —le ordenó al conductor.

Apretó firmemente las mandíbulas mientras su vehículo se dirigía hacia el Tigris y cruzaba el puente. Sus ojos estaban ausentes mientras consideraba cómo torturaría a los hombres por su irresponsabilidad.

—Hemos llegado, sayidi —dijo el conductor, sacándolo de sus pensamientos.

—Iré solo —informó Akbar a sus hombres mientras salía a la pequeña calle bordeada de casas antiguas. Un vendedor de frutas pregonaba su mercancía en voz alta mientras empujaba su carrito por el vecindario. Una mujer pasó rozándolo, tirando de su hijo reluciente, que chupaba un dulce.

El terrorista examinó la casa de dos pisos. Era propiedad de un hombre de negocios cuya familia vivía en la planta baja y alquilaba las habitaciones superiores a los dueños de la tienda de bicicletas. Subió las escaleras al costado del edificio y frunció el ceño ante el candado en la puerta de madera.

Podría derribarla, pero eso podría alertar al dueño, que querrá una explicación.

Pegó una sonrisa en su rostro mientras bajaba y golpeaba la puerta del dueño.

—Sayyidati —dijo respetuosamente cuando la esposa del hombre de negocios la abrió—. Soy Munir Abood, el tío de Yasir. ¿Lo ha visto? Vivo en Bagdad y estaba en la ciudad por trabajo. Pensé en visitarlo, pero no está en casa. Intenté llamarlo a su teléfono, pero no contesta.

—No, sayidi —negó con la cabeza—. Vive con sus amigos, arriba. No los hemos visto ni oído en unos días. Pero salen temprano y regresan tarde. Es normal que no los veamos durante semanas.

—Gracias, sayyidati. Iré a su tienda y esperaré allí.

—Volvamos a Fasiliyah —gruñó cuando regresó a su vehículo—. Pasemos por la tienda.

Nada había cambiado cuando regresaron. La tienda seguía cerrada y los policías seguían presentes.

—Estaciona cerca de algún restaurante. Esperemos a que regresen.

—ESO FUE RÁPIDO —DIJO GINA DIFIORE, SONRIENDO, CUANDO ELLA Y PEYTON QUINDICA entraron en la oficina de Reyhan Kader—. Pensábamos que tardarías unos días en revisar esas ubicaciones. ¿Tienes algo para nosotras?

—Vengan conmigo, sayyidati —respondió el coronel. Agarró la foto satelital de su escritorio e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

La detective miró su rostro serio y luego a su compañera, quien se encogió de hombros y siguió al oficial de policía.

—Pueden acompañarme en mi vehículo —dijo Kader, abriendo la puerta trasera de su vehículo blindado—. Su patrulla puede seguirnos.

—¿Vamos a algún lugar lejano, sayidi?

—No, al otro lado del río, en el lado este.

—Suenas misterioso —bromeó Quindica.

—Ya lo verán cuando llegemos —Kader no esbozó ni una sonrisa. Subió junto a su conductor y murmuró una dirección que Difiore no alcanzó a oír.

Escribió un mensaje en su teléfono y se lo mostró a Quindica sin enviarlo.

Apuesto a que tiene que ver con Cutter.

—Podrías tener razón —murmuró la SAC del FBI.

Su viaje no duró mucho. El conductor de Kader encendió la sirena, lo que hizo que el tráfico se dispersara, y en poco tiempo estaban llegando a una calle.

—Fasiliyah —Difiore la reconoció de los mapas y fotografías que habían memorizado.

—Así es, sayyidati —respondió Kader, al escucharla—. Tiendas, lugares para comer, pequeños negocios, oficinas, todo está aquí.

—Ábranla —ordenó con un gesto a un oficial que estaba parado frente a una tienda.

—¿Una tienda de bicicletas? —exclamó Difiore cuando entraron. Observó las diversas bicicletas en exhibición y se volvió hacia el oficial—. ¿Por qué estamos aquí, coronel?

Kader fue al mostrador, buscó detrás de él y encendió las luces interiores. Colocó la foto satelital sobre el mostrador y señaló una de las imágenes térmicas, que tenía una cruz encima.

—Mi gente aún está revisando las otras direcciones, pero esta —levantó la cabeza para señalar la tienda— la reconocí de inmediato. Tenía que confirmarlo, por eso necesitaba un día.

—¿Qué tiene de especial esta tienda? —Difiore se acercó a una bicicleta y la inspeccionó.

—Esos tres hombres a los que Cutter mató... eran los dueños.

Difiore giró bruscamente la cabeza hacia él y luego miró a Quindica, quien estaba atónita.
¿Qué sabe Cutter sobre estos hombres?

La agente especial a cargo del FBI leyó su expresión y se volvió hacia Kader.

—Explícalo.

—¿Explicar a Cutter? —La expresión sombría del oficial dio paso a una breve sonrisa—. ¿Quién puede hacer eso? Nusrat me pasó un mensaje de él, diciendo que debería revisar las computadoras en su auto.

Difiore rodeó el mostrador e inspeccionó la pantalla sobre él.

—¿Auto? ¿Computadoras? ¿Esta? Parece la que tendría una tienda.

—No, sayyidati.

Ella y Quindica lo siguieron hasta el almacén, donde señaló un grueso manojó de cables en el suelo, debajo de una mesa de esquina.

—Había varios monitores en esa y varios equipos en el maletero cuando Cutter les disparó. Debieron haber estado en esa pared. No sé por qué los quitaron. Nosotros los tomamos. Han estado en mi vehículo todo este tiempo.

—¿Están...?

Difiore se interrumpió cuando Kader hizo un gesto de *síganme* y las condujo fuera de la tienda hacia su vehículo. Su conductor se puso en alerta y abrió la puerta trasera.

—Esos son equipos de minería —exhaló suavemente al reconocerlos—. ¿Por qué Cutter...?

—No estaba interesado en ellos —interrumpió Quindica—. Por eso los dejó en el auto, para el coronel. Debe haber estado buscando otra cosa.

—Ella tiene razón —el oficial las llevó de vuelta al interior de la tienda y fue a la trastienda. Señaló el techo—. ¿Ven esa puerta de acceso, cómo ha sido quemada? Algún tipo de soplete térmico hizo eso. Esta tienda tuvo un intruso en la noche que entró por ahí, pero él...

—¿Cutter?

—Miren esto —Kader fue al monitor en el mostrador y presionó teclas. Mostró una grabación de cámara y la reprodujo.

—Eso —dijo, sonriendo ampliamente—, se parece a Cutter, ¿no?

Difiore miró por encima de su hombro a la figura alta que apareció en el cuadro y observó cómo recogía una bicicleta y quemaba un agujero en la puerta.

—Se ha teñido el pelo y dejado crecer la barba incipiente —observó el coronel.

—Sí, es él —concordó ella.

—No estaba interesado en los equipos de minería. Buscaba otra cosa. Esa maleta —Kader

señaló el maletín de viaje que Cutter estaba rodando.

—Podría haberla traído con él —objetó Quindica.

—Parece pesada. ¿Por qué habría...?

—Sayyidati, ¿notaron esto? —El oficial las llevó de vuelta al almacén y señaló la caja fuerte en la pared.

Difiore se agachó e inspeccionó la puerta oculta, que había sido forzada, y el espacio de almacenamiento más allá.

—Mis hombres hicieron eso —comentó Kader—. Detectaron el espacio hueco en la pared y lo derribaron. Esa puerta funcionaba con sensores de presión. Mi suposición es que el maletín de viaje de Cutter estaba en esa caja fuerte.

¡Armas! adivinó Difiore al instante. *No puede haber otra explicación. Necesitaba equiparse, y este debe haber sido el alijo.*

¿Por qué las escondería aquí, sin embargo? Se encogió de hombros. *Se lo preguntaremos.* El porqué no era importante. *No para nosotras*, pensó mientras miraba a Quindica, quien asintió imperceptiblemente. Su compañera había llegado a las mismas conclusiones.

—Tantas preguntas —Kader se puso las manos en las caderas mientras inspeccionaba la habitación—. ¿Por qué nuestro amigo irrumpió aquí? ¿Fue una coincidencia que Hakim Elamin, el hombre que atacó a Nusrat, trabajara aquí? Vieron que se llevó una bicicleta, para que pareciera un robo. No lo habría reconocido en esa grabación si no lo hubiera tenido en mente. Se disfrazó muy bien... hay algo en esa maleta —suspiró y sacudió la cabeza—. ¡Cutter! Necesito hablar con él.

—¿No lo necesitamos todos? —dijo Difiore con ironía—. ¿Ven con lo que tenemos que lidiar?

—Naam, sayyidati. Él es un... ¿cómo lo llaman? Un dolor en el trasero.

—Eso es.

—¿Tienen un número para contactarlo? Le envié un mensaje al que tengo, pero no ha respondido.

—Le diremos que te llame cuando hablemos con él, lo cual puede ser dentro de mucho tiempo. Ya sabes cómo es.

—¿Por qué está en el país, sayyidati? —Kader fijó sus ojos de halcón en las estadounidenses.

—No podemos decírtelo, sayidi —respondió Quindica respetuosamente—, pero no está interesado en la operación de este grupo. Dudo que siquiera sepa que están vinculados a los terroristas.

—Estamos investigando sus antecedentes. Desgarraré sus vidas. Pronto —dijo el coronel, casi para sí mismo—, sabremos quiénes eran exactamente Hakim Elamin, Rashad Abood y Yasir Sheikh.

Difiore echó un último vistazo a la habitación y siguió al oficial mientras salía de la tienda.

Ella y Quindica subieron en silencio a su vehículo para ser llevadas de vuelta a su oficina.

—Coronel —le preguntó suavemente cuando estuvieron a solas—. Ese equipo...

—Me preguntaba cuándo llegarían a eso —se rió entre dientes—. Mis hombres no han registrado esos equipos de minería en nuestro sistema. Ni siquiera hemos registrado que los encontramos en la tienda. Llénenlos. Tienen expertos que pueden investigarlos.

—¿Así de simple? —preguntó Quindica sorprendida.

—Sayyidati —dijo Kader, sonriendo—, esto es Mosul. Soy un oficial muy importante, uno prominente. Hay mucho que puedo hacer sin ser cuestionado. Pero —advirtió con un dedo en alto—, deberían informarme de lo que encuentren.

—Lo haremos —prometió Difiore—. ¿Qué hay de Cutter?

—No lo he identificado en nuestro informe. Con su apariencia actual... nadie puede rastrearlo hasta su verdadera identidad. No pude mantener la grabación de la cámara fuera de nuestro sistema; eso habría sido demasiado para encubrir. Pero Cutter debería llamarme.

—No podemos prometer eso, pero transmitiremos su mensaje. Si *nos* llama.

FARIS AKBAR MALDIJO EN VOZ BAJA MIENTRAS OBSERVABA LA JEFATURA DE POLICÍA DE AL Hadba desde el otro lado de la calle. Tenía los prismáticos pegados a los ojos mientras estaba sentado en su vehículo y observaba a las dos mujeres hablando con Kader. Conocía al coronel. Todo el mundo en Irak conocía al oficial de policía que había moldeado a su unidad SWAT en una fuerza de combate de élite que se enfrentaba al ISIL. Sabía que el hombre había sido ascendido a jefe de operaciones.

—Sayidi —exclamó Abbas—, ¡les está entregando los equipos!

—Puedo verlo —respondió Akbar con dureza. Maldijo en voz alta cuando las mujeres subieron a su vehículo y salieron, acompañadas por su escolta militar.

—Síguelas —le espetó a su conductor—. Y, Abbas, haz algunas llamadas. Averigua si Hakim, Rashad y Yasir han sido arrestados. Esa puede ser la única explicación para este desastre.

—Naam, sayidi.

Akbar controló su ira mientras seguían a las mujeres a través del Tigris y hacia Dhubat.

—Sayidi... —comenzó Abbas.

—Lo sé —gruñó Akbar y le hizo un gesto a su conductor para que siguiera conduciendo cuando el convoy de las mujeres entró en el complejo de enlace militar estadounidense. Era un edificio de color crema, apartado de la calle con un muro de tres metros rodeándolo, y tenía una seguridad intensa—. Son estadounidenses. Necesitamos averiguar quiénes son y por qué están aquí. —Repasó las fotografías que había tomado cuando estaban vigilando fuera de la tienda de bicicletas y en la jefatura de policía.

Tienen nuestros equipos. Respiró con fuerza y sacudió la cabeza para aclarar su furia. —Volvamos a la tienda —ordenó.

AKBAR HIZO QUE SUS HOMBRES IRRUMPIERAN EN LA TIENDA A ALTAS HORAS DE LA NOCHE. ABBAS usó sus cizallas para cortar la cadena y los candados de la policía en la tienda, mientras el resto de los hombres de Akbar vigilaban la calle.

—No enciendan las luces —dijo el terrorista a sus hombres—. Hay suficiente luz que viene de la calle.

Fue al mostrador y encendió la computadora. Sus labios estaban apretados, sus ojos duros, sus mandíbulas tensas en el resplandor de la pantalla. Escribió la contraseña de administrador, que estaba garabateada en una nota pegada al escritorio. Desplazó por las diversas carpetas hasta que llegó a las que almacenaban las grabaciones de las cámaras de seguridad. Reprodujo la grabación del día y gruñó cuando no contenía nada más que la tienda vacía. Fue al día anterior y luego al anterior a ese.

Se detuvo al ver a los tres propietarios, que estaban en la tienda, inspeccionando los daños. Cerraron poco después, y la grabación mostró una tienda vacía.

Han estado desaparecidos durante dos días. ¿Habrán robado la tienda?

Reprodujo la grabación del día anterior y contuvo la respiración bruscamente cuando vio a la

figura alta entrar en la sala de exposición desde la tienda. Akbar observó asombrado cómo el intruso seleccionaba una bicicleta y se dirigía a la puerta lateral. Algo brilló intensamente, y luego el hombre la empujó y salió de vista, llevándose la máquina consigo.

¡Lleva algo más con él! Una maleta. ¿De dónde la sacó?

Maldijo a los propietarios por no instalar una cámara en la trastienda. *Al menos pusieron una cámara HD.*

Reprodujo la grabación de nuevo, haciendo pausas de vez en cuando para absorber cada detalle del ladrón.

—Abbas —llamó, sin apartar la vista de la pantalla—. Revisa la trastienda. ¿Hay alguna forma en que un ladrón pudiera haber entrado? ¿Hay algún tipo de escondite que no conociéramos?

—¡Sayidi! Tienes que ver esto —respondió su hombre después de un rato.

Akbar fue a la trastienda y miró hacia donde señalaba el dedo de Abbas, al agujero en la puerta de acceso. *Vino por ahí.*

Siguió el brazo de su lugarteniente hasta la caja fuerte en la pared. *Y ahí es donde habría estado la maleta, a menos que la trajera consigo.*

No, negó con la cabeza. *Eso tenía que haber estado en la tienda todo el tiempo. Vino por eso y se llevó la bicicleta para despistar a todos.*

Algo le molestaba. Un recuerdo lejano. Se mordió los labios mientras volvía al mostrador y reproducía el metraje de nuevo.

Miró fijamente al ladrón, que llevaba ropa oscura. Era alto, con pelo oscuro y barba incipiente. Se movía con una gracia fácil, y la manera en que manejaba la bicicleta y la maleta de viaje indicaba una fuerza tremenda.

¿Qué hay en él? ¿Lo he visto antes?

Akbar pausó la grabación cuando el intruso miró al techo, como si buscara cámaras. Estudió la cara del hombre, que fue capturada en alta definición.

Pelo oscuro, barba incipiente, ojos oscuros. No, no había visto al hombre antes.

¿Por qué entonces su radar interno se activaba?

Reprodujo el video de nuevo y jadeó.

¿Podría ser él?

No. ¿Cómo podría serlo?

Pero la forma en que el hombre se movía, la forma de su cara, la manera en queladeaba la cabeza...

Las entrañas de Akbar se contrajeron de miedo. Su respiración se entrecortó.

No puede ser él.

Pero cuanto más miraba, más seguro estaba.

Un hombre muerto había vuelto a la vida.

—**F**ueron a Mazri —le dijo el tendero a Cutter.
 Misharah. Diez de la mañana del día siguiente. Cutter estaba en la única tienda del pueblo, que vendía de todo, desde frutas y granos hasta equipo agrícola.
 El dueño de la tienda parecía estar de humor para conversar.
O quizás solo está feliz de tener un cliente, pensó, sonriendo para sí mismo, mientras compraba una bolsa de manzanas y le daba un mordisco a una.
 —¿Estás seguro de eso?
 —Samira y Laila —dijo el hombre, sonriendo y lanzándole una mirada cómplice—. Son muy guapas. Ningún hombre puede olvidarlas rápidamente. Estuvieron aquí después de realizar su campamento médico. Compraron provisiones, alimentos. Les vendí algunas de las mismas manzanas que tú has llevado. Las escuché planeando su viaje.
 —¿Cuánto tiempo estuvieron aquí?
 —Un día completo. Llegaron por la mañana y se fueron por la tarde.
 —¿Acamparon en la furgoneta?
 —Al aire libre. El clima es bueno. El año pasado vinieron otros médicos. Tenían tiendas de campaña con ellos. No le pregunté a Samira y Laila, pero deben tener un equipo similar. ¿Las conoces?
 —De lejos.
 Cutter salió de la tienda y miró calle abajo. No había ningún vendedor de té en Misharah.
Me llevan como una semana de ventaja. Podrían estar en cualquier parte.
 Se apresuró hacia su Land Cruiser y condujo hacia Mazri.

—LES SUPLIQUÉ QUE FUERAN A BAJILA —DIJO EL VENDEDOR DE TÉ EN MAZRI, ASINTIENDO CON entusiasmo—. Mi tía está allí. Se rompió la pierna cuando perseguía a una de sus cabras. Estaba sufriendo mucho. Me alegré tanto de ver la furgoneta de DFTF cuando llegó aquí. Ayudé a Rahman, su conductor, a limpiar el vehículo y les di bebidas gratis.
 —¿Fueron a ese pueblo? —Cutter controló su impaciencia.
 —Naam, creo que sí. Solo hay dos entradas a este pueblo. La que tú has tomado, que es desde el oeste, y la otra, que va hacia el noreste, donde está Bajila. Se fueron por ese camino.
 —¿Les diste algún número? ¿Para contactarte en caso de que se perdieran?
 —No, sayidi. En cualquier caso, la recepción aquí es muy mala. ¿Ves? —Sacó su teléfono y le mostró a Cutter la falta de barras en la pantalla.

—¿Cómo te comunicas con otros pueblos?

—Tenemos que salir a las carreteras más grandes. Allí conseguimos señal.

BAJILA ESTÁ A UNA HORA DE DISTANCIA EN COCHE. CUTTER VISUALIZÓ EL MAPA EN SU MENTE mientras su vehículo traqueteaba por el camino polvoriento y desigual. Está en un arco que se curva hacia el sur. ¿Planeaban regresar a Mosul después de visitar tantos pueblos como pudieran en el norte?

Sus labios se tensaron mientras miraba hacia el horizonte. *La frontera iraní no está lejos. Varias milicias están activas en la región.*

El escondite de Hadi estaba en las montañas Hamrin y Makhmur, hacia el sur. *Sin embargo, su grupo viaja por todo el país*, pensó sombríamente. También había terroristas del PKK en las montañas Quandil, en la frontera entre Irak e Irán. *Ninguno de ellos molesta a los voluntarios, pero podrían obligarlos a tratar a sus heridos.*

Aceleró más su vehículo mientras se precipitaba por el sendero hacia Bajila.

BAJILA ERA MÁS GRANDE QUE LOS PUEBLOS ANTERIORES QUE HABÍA VISITADO. TENÍA DOS restaurantes, ya que muchos visitantes pasaban por allí para llegar a los lugares de picnic en el cercano río Little Khabur.

¿Por qué se detuvieron aquí? se preguntó cuando pasó conduciendo frente a una clínica médica. *¡Combustible!* La respuesta le vino cuando vio la larga fila en una gasolinera.

Cutter interrogó a los empleados y no obtuvo resultados. Fue al primer restaurante y obtuvo respuestas similares.

Dio en el clavo en el segundo.

—Yo las atendí —dijo el joven muchacho, que parecía tener apenas unos trece años y sonrió mostrando todos sus dientes—. En esta misma mesa donde estás sentado.

—¿Cuándo fue eso?

El camarero limpió su mesa con un trapo sucio y regresó con su comida.

—Hace cinco o seis días —dijo, frunciendo el ceño. Miró un periódico que se agitaba en la mesa de al lado y su rostro se iluminó. Lo agarró y comprobó la fecha.

—Este es el de hoy. Ellas estuvieron aquí hace una semana —dijo con confianza.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Estaban leyendo ese artículo. Parecían molestas por ello.

—¿Qué artículo?

¿Por qué tengo que extraer las respuestas de esta manera? Cutter suspiró internamente.

—El tiroteo de esa chica. —El chico pareció sorprendido, como si fuera obvio—. En Garbir. Estaba en el periódico de ese día.

Cutter se enderezó. —¿Cómo sabes que estaban leyendo ese informe?

—Porque, sayidi. —El camarero chasqueó la lengua con impaciencia—. El periódico estaba doblado justo en ese artículo. Limpié la mesa después de que se fueron y lo volví a doblar. Espera. Creo que aún podríamos tenerlo.

Corrió adentro y habló con el dueño, quien señaló hacia el interior del restaurante. El chico regresó, sonriendo triunfalmente mientras sostenía la publicación.

—No tiramos nada, por si le encontramos otro uso. ¿Ves? —Hojeó las páginas y señaló un pequeño informe—. Esto es lo que estaban leyendo.

No tiene nada que yo no supiera ya, pensó Cutter mientras lo leía rápidamente y levantaba la mirada hacia el chico.

—¿Las escuchaste decir algo?

—No, sayidi —chasqueó los dedos—. La doctora estaba llorando y cuando la otra...

—¿Laila?

—No sé sus nombres. Ambas llevaban batas blancas, pero la doctora tenía su... ¿cómo se llama? Ese instrumento que se ponen en el pecho para escuchar el latido del corazón.

—¿Estetoscopio?

—Naam. Lo tenía en el bolsillo; así supe que era la doctora. La otra se unió a ella; creo que había ido al baño, y hablaron en voz baja. Sí, definitivamente estaban alteradas.

—¿Notaste todo eso?

—Era un día lento, sayidi. Y —su rostro se enrojeció— eran hermosas. No dejaba de mirarlas.

—¿No escuchaste nada?

—No, sayidi —negó con la cabeza y luego se golpeó la frente teatralmente—. ¡Soy un tonto! ¿Cómo pude olvidarlo? ¡Le serví té al conductor, sayidi! —exclamó con entusiasmo—. Estaba junto al vehículo y hablaba solo cuando me acerqué.

—¿Qué decía?

—Siria. Solo escuché ese nombre.

Cutter sintió como si le hubieran dado un puñetazo, pero mantuvo su expresión impasible. Interrogó al camarero por más detalles, pero el chico no recordaba nada más. Le dio una generosa propina y comió su comida mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

¿Se fueron a Siria? ¿Por qué lo harían?

Miró el artículo con la mirada perdida hasta que las palabras se enfocaron.

Tiene sentido. Habrían deducido que alguien en Garbir las identificaría ante los hombres de Hadi. Cruzar la frontera... es una jugada inteligente. Todos esperarían que regresaran a Mosul. Los voluntarios de DFTF tienen permiso especial para cruzar las fronteras circundantes. Pueden ir libremente a Siria, Irán y Turquía.

Pero Siria no es más segura. Sus ojos se entrecerraron. Hadi también opera allí.

Mosul

FARIS AKBAR OBSERVÓ LAS IMÁGENES DE LA CÁMARA DE SEGURIDAD DURANTE MUCHO TIEMPO, hasta que Abbas se movió impaciente.

El terrorista asintió inconscientemente. Tenían que irse. No era seguro estar en la tienda. Alguien que pasara podría notar que habían entrado a pesar de la cinta policial. Grabó el video en su cámara y rebuscó en el cajón hasta encontrar una memoria USB. Copió la grabación en ella, la borró del ordenador y, tras pensarlo brevemente, eliminó toda la carpeta para asegurarse de que no quedara rastro de su presencia.

—Vámonos —ordenó y salió apresuradamente de la tienda—. Conduce de vuelta a donde fueron las mujeres.

—Eso es de los americanos... —comenzó Abbas.

—Lo sé. Conduce pero no te detengas. Quiero ver qué tan bien protegido está.

Abandonó cualquier idea de atacar el complejo cuando pasaron por delante. *Demasiados guardias. No conozco la distribución interior y solo tengo tres hombres conmigo.*

—Abbas —gruñó—, ¿averiguaste qué pasó con Hakim, Rashad y Yasir?

—Sayidi, nuestro informante quiere reunirse. Está demasiado asustado para decir algo por teléfono.

—¿Reunirse? ¿Cree que eso es más seguro?

—Dice que los teléfonos pueden estar intervenidos...

—Organízalo. De inmediato. Tú —Akbar se dirigió al hombre al lado de Abbas—. Bájate aquí. Vigila ese complejo y avísanos en cuanto salgan las mujeres.

—¿Saldrán tan tarde por la noche?

—Quédate ahí hasta que amanezca. Tienen que salir en algún momento.

—Naam, sayidi. —El tirador saltó cuando el conductor redujo la velocidad y luego desapareció por un callejón.

—¿Cómo se llama este informante?

—Fariyas —respondió Abbas.

—Vamos a conocerlo.

—LOS REVISAREMOS POR LA MAÑANA —DIJO QUINDICA CUANDO DIFIORE ABRIÓ EL MALETERO del coche e inspeccionó el equipo de minería y otros aparatos—. Sus números de serie podrían ser rastreables. Podríamos averiguar quién los pagó, si tenemos suerte.

—Sí, también podríamos conseguir direcciones —dijo la detective con un resoplido sarcástico—. ¿Desde cuándo ha sido tan fácil para nosotras?

—Vale la pena intentarlo. —Su compañera le dio un golpecito afectuoso con el hombro.

—Sí. También obtendremos el ordenador de la tienda. Quién sabe, la cartera podría estar almacenada en él. Deberíamos pedirle a Kader que busque discos duros también.

—Por la mañana. —Quindica reprimió un bostezo y entró en su apartamento.

Difiore se quedó en la ventana mientras la agente especial del FBI se duchaba y observó cómo el resplandor amarillo de las farolas se extendía sobre la ciudad.

—¿Qué pasa? —Quindica se acercó a ella.

—Cutter está ahí fuera, en alguna parte.

—Él sabe lo que hace.

—No es por él. Harper. No le ha enviado mensajes a su madre desde el asesinato de Garbir.

—Está siendo inteligente. Está viva.

—Más le vale —dijo Difiore con fiereza—. De lo contrario, ya sabemos lo que hará Cutter.

—No descansará hasta encontrar a quien la mató.

AKBAR Y ABBAS FUERON A PIE HASTA EL CARRITO DE MANO, QUE HABÍA SIDO CONVERTIDO EN UN puesto de té.

—Dos té —ordenó su lugarteniente y se ajustó la dishdasha cuando una brisa fría recorrió la ciudad vieja.

Akbar bebió en silencio cuando el anciano canoso les sirvió y asintió brevemente cuando Abbas le tiró discretamente de la manga. Un hombre se acercó al carrito y pidió una bebida. Vestía camisa y pantalones oscuros y parecía anodino. Cabello y barba entrecanos, ojos cansados y barriga flácida.

—Te has tomado tu tiempo —gruñó su lugarteniente cuando los tres hombres se alejaron del carrito.

—Tuve que escabullirme de casa —se defendió Fariyas. Miró a Akbar y sus ojos se apartaron de la feroz mirada del terrorista.

—¿Qué tienes para nosotros?

El soplón lo miró a él y luego al lugarteniente, quien asintió alentadoramente.

—Habib, Yasir y Rashad están muertos.

Akbar se puso rígido.

—¿Muertos? ¿Cómo?

—Los mataron hace tres días, cuando intentaron abusar de unas mujeres. Aquí. —Sacó un periódico doblado de su bolsillo y señaló un artículo.

Akbar lo arrebató y lo leyó rápidamente. —Esto no tiene sus nombres.

—Mi jefe, Kader, trabaja así. Deliberadamente oculta los nombres de las personas a los medios. Pero no hay duda de que son esos hombres. Una de las mujeres los identificó, y había papeles en sus bolsillos con sus nombres.

El terrorista siseó de rabia mientras leía el informe de nuevo. —Esos hombres —rugió entre dientes—. No pudieron controlarse.

Akbar escupió al suelo al pensar en el coronel Reyhan Kader. Cómo le habría gustado

capturar al oficial y matarlo lentamente.

—¿Quién era este tirador? ¿Este hombre que los mató? —exigió.

—El jefe no lo sabe. Las mujeres dijeron que pasaba en un coche y se detuvo para ayudar.

—Fue muy conveniente que llevara una pistola y supiera usarla —dijo Akbar con sarcasmo.

—No lo sé —respondió Fariyas con hosquedad—. Solo soy un oficinista.

—¿Quiénes son estas mujeres que están con tu jefe? —El terrorista le mostró al soplón las fotografías en su teléfono.

—Son americanas. FBI.

Akbar retrocedió como si le hubieran picado. —¿FBI? ¿Estás seguro?

—Naam. Me siento justo afuera de la oficina del coronel. Los oí presentarse al jefe. Sus nombres... —Fariyas arrugó el rostro y se rindió. Sacó un bolígrafo y escribió laboriosamente en el periódico.

—Pey... ton... Quin... dica. Gina Difi... ore —pronunció Akbar lentamente—. Por esto los estadounidenses son débiles —sacudió la cabeza con disgusto—. Promueven a las mujeres en nombre de la igualdad. ¡Mujeres! ¿Has oído algo tan estúpido?

—Criptomonedas. Están investigando su uso por parte de terroristas.

Akbar no se preocupó por esa revelación. Él y Hadi habían considerado los riesgos al establecer sus operaciones. Los beneficios eran mayores que las preocupaciones.

—¿Sabes cómo se enteraron de la tienda de bicicletas en Fasiliyah?

—Por el uso de electricidad, sayidi. Esos dueños la estaban robando de los vecinos. Escribí el informe para el jefe. Los estadounidenses tenían imágenes satelitales de Mosul. Habían marcado edificios que emitían mucho calor. El jefe usó esas fotografías para identificar esa tienda de bicicletas.

—Lo has hecho bien —lo felicitó Akbar y asintió a su lugarteniente, quien le pasó un fajo de billetes al soplón—. Mantén los ojos y oídos abiertos y llama a Abbas tan pronto como oigas algo.

—Mencionaron otro nombre —dijo el informante, con la esperanza de recibir un pago mayor.

—¿Qué nombre? —El terrorista se volvió hacia él.

Fariyas miró con conocimiento el rollo en la mano de Abbas.

—Dale un poco más —suspiró Akbar.

—Era otro nombre estadounidense —dijo el informante, guardando rápidamente los billetes—. Lo recordé porque era muy inusual.

—¡Suéltalo ya!

—Cutter Grogan.

Akbar sintió un zumbido en los oídos y retrocedió tambaleándose. Se sacudió la mano de Abbas con impaciencia y el movimiento le despejó la cabeza.

—¿Cutter Grogan? ¿Estás seguro de eso?

—Naam, sayidi. ¿Cómo podría inventarme ese nombre?

—¿De qué hablaban?

—Parecía que eran amigos.

—¿Está en Irak?

—Eso es lo que entendí. Pero es todo lo que escuché.

—Ve, y recuerda llamar a Abbas.

—Naam, sayidi —Fariyas se escabulló y la noche lo engulló.

—¿Qué sucede, sayidi? —le preguntó Abbas suavemente.

—Un error que cometí —dijo Akbar con dureza mientras miraba a la distancia—. Que quizás pueda rectificar.

EL VEHÍCULO SE DETUVO JUNTO AL CARRITO DE MANO A LAS CUATRO DE LA MAÑANA. EL coronel Reyhan Kader se bajó y se acercó al anciano. Estaba solo, vestido de civil, y solo el brillo de sus zapatos lo identificaba como alguien importante. La brisa pegó su camisa al pecho y momentáneamente delineó el arma en su cintura.

—Hussein —abrazó al vendedor, que salió de detrás de su puesto—. ¿Cómo estás, amigo mío?

—Esperando morir, sayidi. Cada día es igual. ¿Y usted?

—Lo mismo. Pero ya me conoces. Me llevaré a algunos hombres malvados conmigo.

—Ruego que así sea, sayidi. ¿Lo de siempre?

—Naam.

El coronel saboreó su té con un chasquido apreciativo de sus labios mientras observaba a su informante más antiguo. *Él también lo perdió todo y a todos por culpa de los terroristas.* Los hombres se habían unido mientras buscaban los cuerpos de sus familiares entre los escombros de Mosul, y con el tiempo el dueño del puesto de té se había convertido en un informante de confianza.

—Fariyas —dijo el vendedor después de un rato—. De su departamento. Se reunió con dos hombres.

—¿Los reconociste?

—No, sayidi. Tampoco pude escuchar nada. Se alejaron caminando y hablaban en voz baja.

Kader no dijo nada. Conocía lo suficiente a Hussein para saber que el informante se tomaría su tiempo, lo contaría a su manera. Había distribuido fotografías de todos los miembros de su departamento a su red personal de soplones en la ciudad. Fariyas, el oficinista, había estado en su radar durante un tiempo.

—Su hombre recibió dinero de ellos. Eso lo vi.

Hussein alcanzó debajo de su estufa y sacó un periódico que había usado como soporte.

—Esto se le cayó del bolsillo cuando se iba. Sus visitantes no lo notaron. Parecían estar absortos en lo que fuera que él les había dicho.

Kader frunció el ceño mientras leía el artículo en el pliegue, sobre el asesinato de los dueños de la tienda de bicicletas.

—Dele la vuelta —le dijo Hussein cuando hizo ademán de devolver la publicación.

El coronel se quedó paralizado al ver los nombres garabateados en el papel.

—¿Les mostró esto a los hombres?

—Naam, sayidi.

Se dio la vuelta y habló urgentemente por su teléfono celular.

—Omar, lamento molestarte tan tarde...

—Estaba despierto, sayidi. Intentando esas posiciones de yoga que me comentó. Mi esposa me animó a levantarme temprano.

—Bien. Haz que nuestros mejores tiradores vayan a donde se hospedan los agentes del FBI. Pídeles que estén en alerta, discretamente.

—Sayidi, están en el complejo militar...

—Lo sé. Pero quiero que nuestra gente esté allí también.

—¿Serán atacados?

—No lo sé. Es mejor prevenir.

—Me ocuparé de inmediato.

Kader colgó y se volvió hacia Hussein, quien había estado escuchando con curiosidad.

—¿Son estadounidenses?

—Naam. Oficiales del FBI. Mujeres.

—Ah... —el vendedor de té lo alargó. Todos sabían cómo consideraban los terroristas a las mujeres.

—¿Arrestará a Fariyas?

—No. Es más útil así, pensando que no es sospechoso.

Fue el antojo de Difiore por un desayuno iraquí lo que las llevó a salir del complejo. Quindica insistió en que comieran en el complejo militar, pero fue anulada.

—Quiero probar esos pasteles de dátiles que tienen —dijo la detective obstinadamente.

—Podemos pedirlos aquí también.

—Quiero probarlos en un restaurante iraquí. El entorno influye en su sabor.

—¿En serio?

—Sí —ante eso, la SAC se rindió.

Difiore se acercó a su equipo de protección, que estaba en su vehículo fuera del complejo.

—Diego, vamos a ese lugar —dijo, señalando un restaurante en la calle—, a buscar algo de comer.

—No deberían...

—¡Bah! No está lejos. Pueden vigilarnos desde aquí.

—Lleven su vehículo. No vayan a pie.

—¡Está justo ahí!
—Señora...
—Está bien. Pero no necesitan seguirnos.

SE VOLVIÓ PARA UNIRSE A SU COMPAÑERA, QUIEN HIZO UNA MUECA RESIGNADA Y SE LIMPIÓ EL sudor de la frente. Eran apenas las ocho de la mañana, pero la temperatura ya estaba cerca de los treinta y cinco grados, con las emisiones del tráfico aumentando el calor.

Difiore rozó sus nudillos contra los de Quindica mientras subía a la parte trasera de su vehículo e instruía al conductor.

—¡ESTÁN SOLAS! —EXCLAMÓ AKBAR EN VOZ BAJA MIENTRAS OBSERVABA A LAS MUJERES SUBIR a su vehículo—. Solo está su conductor con ellas.

—Sus hombres de protección están en la puerta del complejo —susurró Abbas, aunque estaban en su vehículo.

—Esta es nuestra oportunidad.

—Sayidi —dijo su lugarteniente con duda—, estamos en medio de Dhubat. Los soldados estadounidenses no están lejos. ¿Cómo planea llevarse a las mujeres?

—Abbas, síguelos —ordenó Akbar al tercer hombre, que escuchaba en silencio—. No discutas. No sabemos cuándo volveremos a tener una oportunidad así. Esta es nuestra mejor oportunidad.

—¿Cómo las capturamos?

—Acércate. Colócate detrás de ellas. Mataré a su conductor una vez que salgan de su vehículo. Bashir, ¿tienes granadas contigo?

—Sí, sayidi —el hombre se palmeó los bolsillos de sus pantalones cargo.

—Bien. Sal del vehículo tan pronto como tenga a las mujeres. Usa las granadas para atacar a los soldados y escapa a pie. Las explosiones crearán una distracción para que podamos huir. Puedes regresar a las montañas. Abbas, ¡están reduciendo la velocidad!

Akbar saltó de su vehículo mientras observaba a las mujeres del FBI bajar del suyo. Las vigiló discretamente mientras se abría paso entre la gente para acercarse a ellas. Su mano derecha se deslizó dentro de su camisa para agarrar su arma cuando las mujeres parecieron dirigirse a un restaurante.

Tengo que atraparlas antes de que entren.

A su derecha y detrás estaba el vehículo de las estadounidenses con su conductor dentro. *Está demasiado lejos para ser una amenaza.* Por el rabillo del ojo, pudo ver cómo su vehículo se colocaba en paralelo mientras caminaba.

¡Ahora! Comenzó a sacar su arma.

—¿RECUERDAS AQUELLA VEZ EN NUEVA YORK —MURMURÓ QUINDICA MIENTRAS SE ALEJABA DE Difiore—, cuando nos siguieron por ese callejón?

—¿Tú también lo sientes?

—Puedo *verlo* en el reflejo de esa tienda. Un hombre acercándose a nosotras. Su mano está en su... ¡ARMA!

Difiore giró sobre sus talones. Su mano derecha voló hacia su bolso y sacó su Glock. Identificó inmediatamente al hostil mientras se agachaba. Su arma se elevó. Alguien gritó. Un motor rugió y una sombra apareció. Un segundo hombre saltó de un vehículo en movimiento y lanzó algo hacia ellas.

—¡Granada! —gritó Quindica. Lacónicamente, como si ser bombardeada fuera algo cotidiano.

Difiore falló su primer disparo cuando el primer hostil se lanzó al suelo. Hubo una explosión y nubes de polvo y fragmentos de vidrio llenaron el aire.

La detective rodó desesperadamente para cubrirse detrás de un puesto de periódicos volcado.

¿Dónde está? Sus ojos ardían por el humo, sus oídos zumbaban por la explosión, mientras trataba de encontrar al hostil entre la multitud de personas que huían en pánico. Giró la cabeza para ver a Quindica, que se había arrodillado. Su arma estaba a la altura del hombro, su rostro tenso.

¿A qué está apuntando?

¡Al bombardero!

Él estaba de pie en medio de la calle repentinamente despejada, su mano alcanzando otra granada. Un motor rugió cuando un SUV se acercó. Un cuerpo se levantó de la acera y se lanzó hacia él.

¡Ese es él!

Difiore levantó su arma cuando el arma de Quindica resonó. La detective vio caer al bombardero en su visión periférica mientras apuntaba. Maldijo cuando los civiles se amontonaron frente a ella y, para cuando su línea de tiro estuvo despejada, el vehículo de escape se alejaba a toda velocidad. El hostil la miró impasiblemente mientras su vehículo se alejaba, y luego desapareció de la vista.

Difiore maldijo y levantó su arma cuando se acercaron pasos apresurados.

—¡No disparen! —gritó Kader mientras corría, dando órdenes a los oficiales que inundaban la escena.

—¿Cómo llegaste aquí tan rápido? —La detective echó un vistazo a Quindica y suspiró aliviada cuando su compañera hizo un gesto de *estoy bien*.

—Tenía a mis hombres apostados fuera de su complejo —respondió el coronel. Se detuvo para ladrar varias instrucciones y se volvió hacia ella.

—No hay bajas —dijo, respondiendo a su pregunta no formulada—. Tuvimos suerte. Esa granada explotó en la calle, pero nadie estaba cerca. Su conductor, su equipo de seguridad, todos están a salvo.

—¿Por qué enviaste a tu equipo? —Quindica se acercó a ellos.

—Solo una precaución.

Difiore escrutó su rostro, pero el coronel tenía su cara de póker y no revelaba nada.

—Tu disparo fue bueno —felicitó a la SAC—. Acabó con el bombardero. Mis hombres también le dispararon, pero tu bala lo alcanzó.

—Peyton fue la mejor tiradora de su división en Quantico —presumió la detective. Su sonrisa desapareció mientras observaba los escaparates destrozados en la acera y la multitud de curiosos contenidos por los oficiales—. Deben haber estado buscando los aparatos. No mucha gente sabe que estamos en el país, y no hemos estado aquí el tiempo suficiente para hacer enemigos.

—Naam —asintió Kader—. Deben haber estado vigilando la tienda y nos siguieron desde allí. No hay otra forma de que supieran que los aparatos están con ustedes. Haré que mis

hombres revisen otras tiendas en Fasiliyah para ver si alguna tiene cámaras de seguridad. Podrían estar en algunas grabaciones, si tenemos suerte.

—¿Por qué no nos disparó cuando tuvo la oportunidad? —Quindica se refería al hostil que las había seguido.

—Nos necesitaba como rehenes —adivinó Difiore—, para escapar. ¿Lo reconoces? —Inclinó la cabeza hacia el cuerpo del bombardero en la calle.

—No —respondió el coronel—. Hadi tiene muchos soldados. No estoy familiarizado con todos ellos. Revisaré nuestros archivos, pero no tengo muchas esperanzas.

—¿Y qué hay de él? —dijo Quindica con voz arrastrada mientras reproducía un clip en su teléfono—. Lo grabé mientras escapaba. Obtuve una buena vista cuando nos miró.

Kader se sobresaltó como si lo hubieran picado. Sus ojos se endurecieron mientras se inclinaba alrededor de la SAC y reproducía la grabación.

—¿Quién es? —exigió Difiore—. ¿Lo conoces?

—Naam. Es un fantasma.

—¿Fantasma?

—Ese es Faris Akbar. ¿No han oído hablar de él?

—No hemos estado siguiendo a terroristas en Irak —dijo Quindica secamente.

—¿Cutter no les habló de él?

—¿Cutter? —preguntó Difiore con brusquedad—. ¿Cuál es su conexión con Akbar? ¿Por qué es un fantasma?

—Porque Cutter lo mató. O eso creía, pero está muy vivo.

—¿Esto fue durante una de sus misiones Delta?

Kader las miró por un largo momento y verificó que no hubiera nadie más al alcance del oído.

—No se los dijo —dijo, casi para sí mismo.

—¿Decirnos qué? Basta de misterios. ¿Qué deberíamos saber?

—No era una misión militar. Cutter estaba por su cuenta. Yo lo puse tras la pista...

—¿Por su cuenta? ¿Pista? Coronel...

—Faris Akbar era el lugarteniente de Tayyib Mansoor. Él sujetó a Riley mientras el terrorista la decapitaba.

A Difiore se le cayó la mandíbula. Lo miró fijamente. No, Kader no estaba bromeando. Su rostro era grave, su tono serio. Miró a Quindica, que estaba en un estado similar de shock.

—Él solo nos habló de Mansoor —jadeó el detective—. Pero solo después de que hubiéramos leído su expediente, el no censurado.

—Es así. Volvió cuando se había recuperado. Vino a mí en busca de información. Le di los últimos paraderos conocidos de Mansoor y Akbar. Los rastreó y...

—¿Qué hay de Mansoor? —interrumpió Difiore—. ¿Está vivo también?

—No. Recuperamos los restos de su cuerpo y lo identificamos. No hay duda al respecto. No está vivo. Había otro cuerpo cerca del suyo, quemado hasta quedar irreconocible. Asumimos que era el de Akbar. Debió de arrastrarse cuando recuperó la consciencia y poner ese cuerpo allí para engañarnos.

Su rostro se tornó más sombrío. —Hadi tiene un soplón en mi departamento, un empleado de bajo nivel. No lo he arrestado porque es útil. Le doy información falsa y he atrapado a varios terroristas. Akbar, que parece ser el lugarteniente de confianza de los terroristas, se reunió con mi...

Difiore adivinó adónde quería llegar.

—Faris Akbar sabe que Cutter está en el país.

—Naam. Y debemos asumir que también conoce su tapadera, como Aram Zafar.

Norte de Irak

—NECESITO CRUZAR LA FRONTERA. CUTTER ENTRECERRÓ LOS OJOS MIENTRAS HABLABA, mirando hacia arriba. Cielo despejado. Algunas nubes. Ni un alma alrededor.

Había pasado la noche en las llanuras más allá de Bajila después de su visita al pueblo. Ir a Siria requería preparación y documentos, de los cuales no tenía ninguno. Sin embargo, tenía contactos.

—¡Cutter Grogan! —respondió el interlocutor con deleite—. ¿Eres tú?

—Sí —sonrió a través del teléfono—. Me he enterado de que te va bien.

—Tuve suerte.

—¿Suerte? Mayor General Salah Akram, diriges la Decimoquinta División de Fuerzas Especiales de Siria. Has llegado lejos desde aquellos tiempos en que combatíamos terroristas juntos.

—Casi me matas.

—En Raqqa, lo recuerdo. —Ambos estaban encubiertos, operadores solitarios. Cutter estaba entonces en Delta; se había topado con un campamento terrorista que parecía desierto y estaba saliendo de una tienda cuando Akram saltó de su escondite y lo atacó. El oficial sirio, que estaba en su propia misión encubierta, había asumido que era un terrorista. Los dos hombres forcejearon hasta que Cutter tomó ventaja y estaba a punto de hundir su cuchillo en la garganta del hombre cuando su cautivo maldijo en árabe sirio.

—Suerte para mí que reconocieras mi acento.

—Sí. —No le dijo a su amigo lo cerca que estuvo de ignorar sus instintos y matarlo esa noche. Su causa común los había unido, y con el tiempo se hicieron amigos. El oficial sirio era uno de los pocos militares que no apoyaban el régimen de su país. *Pero no puede hacer mucho al respecto abiertamente, no mientras esté en el ejército.*

Akram se puso serio cuando Cutter mencionó la frontera.

—¿Cruzar qué frontera? ¿La de Siria?

—Sí.

—Llámame a otro número.

Cutter lo anotó en la palma de su mano, colgó y marcó después de unos minutos.

El sirio contestó inmediatamente.

—Este es un número seguro que muy pocos conocen.

Ha salido de su oficina, adivinó Cutter por el ruido de fondo. Probablemente esté en su vehículo.

—¿Cuál es el problema con entrar a mi país? Hasta donde yo sé, no estás en ninguna lista negra. —La voz del oficial se agudizó—. ¿O es que planeas no usar tu pasaporte estadounidense? ¿Dónde estás, Cutter?

—En Irak.

—¿Estás usando otra identidad?

—No puedo decirte más.

—¿Quieres mi ayuda para cruzar a mi país pero no puedes decirme nada? —La voz de Akram se elevó.

—Lo que estoy haciendo no tiene nada que ver con tu país, tu gobierno, tu ejército o tus civiles.

—¿Estás cazando terroristas?

—No. Deje Delta hace un tiempo.

—Lo sé. Te has convertido en una especie de investigador privado.

—Algo así.

Oyó al oficial tamborilear con los dedos y suspirar.

—¿No es una misión estadounidense contra mi país?

—No.

—¿Qué puesto fronterizo?

—Rabia. —Era el punto de control más al norte entre los dos países. *Es el más cercano a Bajila. Es donde habría ido si quisiera cruzar rápidamente.*

—Tienes suerte. Tengo gente de confianza allí.

—¿Hacen un seguimiento de las organizaciones de voluntarios cuando entran en Siria?

—¿En la frontera? No de todas. Las que tienen una dispensa especial... las dejamos pasar sin papeleo.

DFTF es una de esas organizaciones. Los guardias fronterizos no habrían tomado nota de la ambulancia de Samira.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad? Graban todo, ¿no?

—Correcto. ¿Por qué haces todas estas preguntas?

No puedo decírselo.

—¿Puedes conseguirme una grabación de todos los cruces de vehículos de hace unos ocho días?

—No pides mucho, amigo mío, ¿verdad? —Akram maldijo—. Primero, quieres cruzar. ¡Y ahora, esto!

Cutter permaneció en silencio.

—Te debo mucho. —El oficial suspiró—. Muchísimo. Mi vida, todo. Déjame ver qué puedo hacer. ¿Cómo te hago llegar los videos?

—Súbelos a un sitio seguro. Te enviaré el enlace por mensaje. Hazlo fuera de tu oficina...

—Sé cómo funciona esto. ¿Qué identidad estás usando?

—Aram Zafar, un empresario iraquí.

—Un ciudadano. ¿Por qué no me sorprende? Envíame los detalles de tu pasaporte y toda la información que puedas. Informaré a mi gente de que eres uno de los míos. Un operativo encubierto.

—Cruzaré hoy.

—Lo suponía. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti? ¿Una fiesta de bienvenida? ¿Un banquete? —preguntó Akram con sarcasmo.

—Solo el cruce y los videos. Nada más —dijo Cutter, sonriendo—. Te debo una.

—No, no me debes nada —respondió el oficial—. Lo que hiciste por mí nunca podrá ser pagado.

Cutter envió el enlace y sus datos a Akram y se cambió a ropa limpia. Partió de las llanuras, conduciendo con cuidado por el terreno irregular. Tomó un camino de tierra que eventualmente se uniría a la Carretera 2, desde donde podría llegar al cruce fronterizo. El polvo se arremolinaba alrededor de su vehículo, reduciendo la visibilidad, confiando en el aire acondicionado de su Land Cruiser para domar el calor en el interior.

Dudo que tengan refrigeración en sus cabinas, pensó mientras se acercaba a una fila de camiones cuyos conductores estaban de pie fuera.

—¿Cuál es el problema? —preguntó, bajando la ventanilla mientras se acercaba a un hombre con camisa y pantalones caqui que observaba el interrogatorio.

—Control. —El hombre lo miró de arriba abajo, escupió en el suelo y se alejó.

¿Aquí? Cutter frunció el ceño y miró a través del parabrisas. A lo lejos, podía ver a un grupo de hombres uniformados rodeando a algunos de los conductores, que gesticulaban furiosamente. *Probablemente un control de seguridad*, pensó encogiéndose de hombros, *para contener a las milicias*.

Avanzó cuando la fila se movió y el mismo hombre que había respondido a sus preguntas regresó.

—¡Documentos! —exigió.

—¿Quién eres tú?

—¡Documentos! —repitió el hombre y levantó su camisa para mostrar una pistola en su cinturón.

Estos no son soldados iraquíes. Cutter entregó su pasaporte al hombre, quien hojeó las páginas.

—¿Aram Zafar? —Examinó la fotografía y miró hacia arriba.

—Naam. Soy un empresario de Bagdad.

—¿Empresario? ¿De qué tipo?

—Restaurantes. Gasolineras. Centros comerciales.

—Debes ser muy exitoso... —El hombre se interrumpió cuando se produjo un alboroto adelante—. Espera aquí. —Le arrojó el pasaporte de vuelta y se apresuró a unirse a los guardias.

Como si pudiera ir a algún lado. No hay otra ruta.

Cutter deslizó el pasaporte en su bolsillo interior y salió del vehículo. Bostezó, se estiró, y se detuvo de repente cuando los guardias comenzaron a golpear a los conductores.

—¡Oye! —gritó y dio varios pasos adelante.

—No lo hagas. —Otro conductor salió de su camión—. Ocupate de tus asuntos.

—¿Puedes ver lo que están haciendo? ¿Cómo pueden los soldados...?

—¿Soldados? —El hombre rió cínicamente—. No son del ejército iraquí. Son milicias locales. Patrullan esta parte del país. Cobran dinero de protección a todos los que usamos estas carreteras. Esos conductores deben estar sin efectivo, por eso los están golpeando.

Un fuerte gemido llegó hasta ellos, seguido por los sonidos de metal golpeando carne. Los hombres armados estaban estrellando las culatas de sus rifles contra los cuerpos de los conductores.

—¿Cuántos son? —preguntó Cutter con tensión.

—Esos cuatro, y ese hombre de caqui con quien estabas hablando. Los veo todo el tiempo cuando paso por esta ruta. Será mejor que tengas tu dinero listo cuando te acerques.

Cutter avanzó cuando uno de los matones disparó al aire.

—¡Sayidi! ¿Qué estás...?

Ignoró al conductor. *Esos cuatro hombres están agrupados.* El Hombre de Caqui se acercaba a ellos, de espaldas a Cutter. Los otros conductores estaban en sus cabinas o de pie afuera, observando. *Ninguno de ellos va a ayudar. ¿Por qué lo harían? Tienen que usar estas carreteras. No quieren morir aquí.*

—¡Alto! —Cutter avanzó a zancadas, su cuerpo relajado, su mano derecha levantada hacia su pecho—. ¿Por qué los están golpeando?

—Zafar. —El Hombre de Caqui se dio la vuelta y bloqueó su avance—. Te dije que es un puesto de control.

—¿Puesto de control? Ustedes no son soldados iraquíes ni policías. ¿Quiénes son...?

—¡VUELVE A TU VEHÍCULO!

Cutter estaba lo suficientemente cerca para ver la rabia en sus ojos y las canas en su barba. El olor a sudor y ropa sucia llegó hasta él. Le dio un rodillazo en la ingle y lo siguió con un puñetazo en la garganta. El Hombre de Caqui cayó al suelo, gimiendo de agonía.

¿Armas? Cutter lo registró rápidamente. *Nada.*

—Detengan la golpiza —gritó a los cuatro atacantes, que continuaban su asalto. *Todavía están juntos. No se han dado cuenta de que les falta un hombre. Están acostumbrados a controlar estas carreteras. Parece que nadie los ha desafiado; eso los ha vuelto descuidados.*

Divisó su vehículo, una Hilux maltrecha, que estaba estacionada de lado en el camino, bloqueando el primer camión.

—¡Tú! —Uno de los atacantes le señaló—. Regresa. Espera tu turno.

—Su turno para ser golpeado —otro de los hombres se burló mientras estrellaba la culata de su rifle en la cabeza de un conductor.

Cutter sintió un frío recorrerle ante sus risas groseras. El tipo de hielo que tensaba sus nervios, encendía sus sentidos y lo preparaba para la guerra.

—No tienen autoridad aquí.

—¿Autoridad? ¿Escuchaste lo que dijo? —El Hombre Burlón miró a sus amigos con incredulidad—. Esta es nuestra autoridad. —Levantó su AK-47.

Cutter agarró el cañón con su mano derecha y lo empujó hacia arriba mientras su izquierda agarraba el guardamanos y empujaba el arma contra el pecho del hombre. Liberó el arma con un tirón salvaje y golpeó al Hombre Burlón hasta derribarlo.

—Alto —gruñó Cutter mientras giraba el rifle con experticia y lo apuntaba a los milicianos—. Váyanse.

—TÚ... —uno de los agresores gritó y levantó su arma.

Cutter le disparó en el pecho y a otro atacante en la pierna.

El hombre restante se quedó paralizado.

—Suelta tu arma.

La arrojó al suelo.

—Patea lejos los rifles de tus amigos.

El atacante hizo lo que se le ordenó.

—No te saldrás con la tuya —gruñó—. Nosotros...

Cutter balanceó el cañón de su AK y le rompió la mandíbula.

—No hables —dijo suavemente—. Llévate a tus hombres contigo. Los que disparé no están muertos. No vuelvan a esta carretera. Han visto de lo que soy capaz. Si me entero de que están aterrorizando esta región de nuevo, los cazaré y los mataré donde estén.

El hombre sollozó de dolor y se agarró la cara.

—¡Muévete!

Tropezó hacia sus amigos y los arrastró hasta su vehículo.

Cutter observó cómo ayudaba a los otros a subir, se puso al volante y se alejó.

—Sayidi —dijo uno de los camioneros, inclinando la cabeza respetuosamente—, nadie nos había ayudado nunca. Fuimos a la policía varias veces y denunciarnos a estos hombres al ejército, pero no hicieron nada.

—Podrían volver.

—Si lo hacen, la vida volverá a lo que era. —El hombre se encogió de hombros. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa—. Pero fue bueno verlos llorar como bebés. Que Alá esté contigo.

Cutter subió a su Land Cruiser y pasó junto a los camioneros, y entonces recordó al Hombre de Caqui.

¿Adónde se fue? No estaba en la Hilux.

Buscó al hombre en su espejo retrovisor y lo encontró tendido de lado, gruñendo, con su teléfono en alto.

Me grabó. ¿Debería acabar con él?

Negó con la cabeza. *No matarás.*

Observó cómo el hombre se hacía más pequeño en su espejo y se preguntó si se arrepentiría de esa decisión.

— **T**e dije que fueras a Mosul —Lais Hadi agarró a Faris Akbar y lo empujó contra la pared de la cueva—. Te dije que hicieras que los dueños de la tienda de bicicletas nos consiguieran más monedas. Eso era todo lo que tenías que hacer. Ir en silencio. Infundirles el temor de Alá. ¿HICISTE ESO? —El líder terrorista gritó en la cara de su lugarteniente—. ¡ESOS HOMBRES ESTÁN MUERTOS! ¡NUESTROS EQUIPOS SE HAN IDO! ¡TODA NUESTRA OPERACIÓN EN MOSUL HA TERMINADO...!

—Yo no tuve nada que ver con eso...

—¡Atacaste a unas mujeres! —Hadi golpeó a Akbar en el pecho con su puño—. ¡Mataste a Bashir! *En silencio*, eso es lo que te dije. *Ve en silencio*. Haz las cosas sin que nadie se entere. ¿HICISTE ESO?

Akbar no respondió. Conocía la ira de su jefe. Había visto a Hadi disparar a sus propios hombres por responderle. Había visto al comandante cortar el cuello de un soldado por desobedecer órdenes.

Hadi lo empujó con disgusto y caminó en silencio. —Necesitamos dinero. Se nos está acabando. Contábamos con esas monedas de Mosul. La agrupación de minería no es tan exitosa como esas tres. Sabes todo esto.

—Naam, sayidi.

El tono sumiso de Akbar pareció calmar a su líder.

—¿Sabes lo que pasó en tu ausencia? Había enviado a algunos hombres a Garbir. Para extraer información de los aldeanos sobre quién traicionó a Akhtar y Azer. Nunca llegaron.

—¿Qué quieres decir?

—Naeem —Hadi chasqueó los dedos—. Muéstrale a Faris lo que encontraste.

Naeem Iqbal, su experto técnico, que también era responsable de todo su contenido en línea, se acercó con su teléfono.

—Esto fue publicado por el Ejército de Qaim hace dos noches.

Matamos a los perros de Hadi cerca de Gawasha. Será mejor que los terroristas no entren en nuestro territorio.

Había fotografías de los hombres en el suelo y otra de un barranco.

—Conozco esta zona —Akbar hizo zoom en las imágenes—. Está a varios kilómetros de Garbir. ¿Por qué fueron nuestros hombres allí?

—¿Quién sabe? —gruñó Hadi—. ¿Viste su otro mensaje?

Naeem mostró otro mensaje.

El Ejército de Qaim no mató a los hombres de Hadi. No sabemos quién envió ese mensaje.

—Investigué esa primera cuenta, la que reclamó la responsabilidad —explicó el experto en informática—. Publica noticias de Qaim. ¿Por qué la segunda cuenta negaría ese mensaje?

Akbar sabía que todos los grupos de milicianos en Irak usaban múltiples identidades en las redes sociales para publicar. *Nosotros también tenemos algunas.*

—Están mintiendo —escupió Hadi—. Están jugando. Hemos luchado con ellos varias veces en esa región. Actúan como si fueran los dueños, pero nadie puede impedir que nuestros combatientes vayan a donde queramos. También hemos matado a muchos de los suyos.

—¡AHORA —rugió con repentina ira mientras sacudía a su lugarteniente—, ¿LO VES? NO SABEMOS NADA SOBRE LOS TRAIADORES DE GARBIR. NOS ESTAMOS QUEDANDO SIN DINERO. HICISTE QUE MATARAN A BASHIR Y NOS CONSEGUISTE ATENCIÓN NO DESEADA!

Akbar esperó a que pasara la tormenta, pero antes de que pudiera hablar, Hadi miró alrededor.

—¿Dónde está Abbas?

—Le pedí que se quedara en Mosul y siguiera a esas mujeres.

—¿Dijiste que son agentes del FBI?

—Eso es lo que me dijo nuestro informante. Están investigando nuestra actividad en criptomonedas.

—Pueden hacer eso todo lo que quieran. Nunca encontrarán nuestras monedas ni nuestras operaciones. Pero esos equipos...

—Los recuperaré, sayidi. Encontraré una manera. Sé lo difícil que es reemplazarlos. Hay algo más que deberías saber. El hombre que mató a Habib y a los demás, lo conozco.

—¿Quién es?

—Un soldado estadounidense, de Delta, una de sus unidades de Fuerzas Especiales. Su nombre es Cutter Grogan.

—¿Qué pasa? —exigió Akbar ante su expresión.

—Sabes que estuve con Tayyib Mansoor, sayidi...

—Sí, te encontré, apenas con vida. Todos pensaron que estabas muerto. El mundo todavía lo cree. Por eso te pedí que fueras discreto en Mosul, pero ¿me escuchaste?

—Sayidi, este hombre, Cutter Grogan... ¡yo lo maté!

—**L**o habíamos estado cazando durante mucho tiempo después de que destruyera nuestra célula. Uno de nuestros informantes en la base de Mosul nos dio una pista. Había oído por casualidad a los amigos de Grogan decir que estaba en Turquía. De luna de miel con su esposa.

—Los encontramos, sayidi —exclamó Akbar al recordar el suceso—. Los torturamos a ambos. Tayyib y yo. Yo sujeté a su esposa mientras Mansoor le cortaba la cabeza. Él y yo, ambos, acabamos con él después de eso.

—Pero estaba vivo.

—Naam. Ese fue nuestro primer error. No lo comprobamos y dejamos su cuerpo en Turquía. Volvió, cazándonos, y nos encontró en nuestra cueva en las montañas Hamrin. Mató a Tayyib y me disparó y apuñaló. Me dejó por muerto.

—Ya sé todo eso, Faris —dijo Hadi con impaciencia—. ¿Cuál es tu punto?

—¿Por qué está en Irak? No puede ser una coincidencia que haya matado a nuestros mineros. El líder terrorista asintió mientras reanudaba su paseo.

—Él no tiene las plataformas. Me mostraste ese artículo de periódico. Esos hombres estaban acosando a esa maestra. Este hombre, Grogan, simplemente estaba allí para salvarlos.

—Estaba en la tienda de bicicletas. Viste el video.

—Sí, y me mostraste la maleta que se llevó consigo. Iba tras lo que sea que hubiera dentro. No se llevó las plataformas. No —Hadi negó con la cabeza de manera definitiva—. No creo que este americano nos esté persiguiendo. No me importa por qué está en el país.

Agarró la camisa de Akbar y lo acercó hacia sí. —Sé cómo te sientes respecto a él. Pero —levantó un dedo en señal de advertencia—, yo no soy Tayyib Mansoor. El americano no significa nada para mí. Tienes dos misiones. Recuperar esas plataformas y descubrir quiénes son los traidores de Garbir. Solo esas dos misiones. Eres mi amigo, Faris, pero no dudaré en usar mi cuchillo contigo si buscas venganza. ¿Entiendes?

—Naam, sayidi —asintió Akbar obedientemente. Compuso una expresión sumisa—. No vi a muchos de nuestros combatientes. ¿Dónde están?

—Envié a algunos de ellos a través de la frontera con Siria para recuperar a esas mujeres yazidíes. Ya sabes, las que fueron liberadas por los americanos. Naeem dijo que ha captado rumores de que se están escondiendo en algunos pueblos de allí. Son nuestra propiedad. Las necesitamos para mantener felices a nuestros hombres. No te preocupes por ellos. Te he dicho lo que tienes que hacer.

Akbar inclinó la cabeza. Tenía una tercera misión, pero no se lo diría a Hadi.

Cutter Grogan y él tenían asuntos pendientes.

Y esta vez, se aseguraría de que el americano estuviera realmente muerto.

Siria

—¿ERA ESE EL ÚLTIMO DE LOS PACIENTES? —PREGUNTÓ SAMIRA MIENTRAS SE ENCOGÍA DE hombros y se masajeaba la nuca.

—Naam —respondió Harper y le trajo un cuenco de agua tibia. La doctora suspiró agradecida mientras se lavaba las manos y la cara y se secaba con una toalla.

Estaban en las afueras de Jaza, un pequeño pueblo al este de Rabia, donde habían realizado un campamento de salud para sus residentes. Habían viajado por ambos lados de este cruce fronterizo desde su llegada al país, deteniéndose por uno o dos días en pequeñas aldeas donde atendían a los lugareños. Su furgoneta Mercedes había sido recibida con gratitud dondequiera que se detenía, con los aldeanos ayudándoles a montar el campamento y a instalar la tienda para el servicio de salud.

Harper salió de la tienda cuando escuchó un ruido metálico y vio a Rahman clavando estacas en el suelo. Preparando los arreglos para dormir.

—¿Necesitas ayuda?

—No —sonrió él—. Ustedes necesitan descansar. Han estado trabajando todo el día. Déjame esto a mí. También prepararé algo para cenar.

—¿Estaremos seguros aquí?

—Ningún lugar en Siria o Irak es seguro.

Ella asintió. *Aquí también hay grupos de milicianos y células terroristas. Pero todos conocen a DFTF. Tenemos paso seguro dondequiera que vayamos.* Metió las manos en los bolsillos y cruzó los dedos. *Espero que eso continúe.* El tacto de su teléfono le trajo una oleada de culpa. Había enviado un breve mensaje de video a su madre al llegar a Siria para mostrarle que estaba a salvo. Había tenido cuidado de no mostrar ningún rasgo identificativo en el fondo. *Eso fue hace una semana. Debe estar muerta de preocupación.* Su vena terca se alzó. *No necesita saber dónde estoy cada momento. Me fui de DC para alejarme de todo eso.*

—Me caes bien —le dijo Samira cuando volvió al interior de la tienda.

Harper se sonrojó mientras observaba a la doctora. Un mechón de cabello le caía sobre la cara, casi ocultándole un ojo. Había fatiga en sus ojos, pero también una pequeña sonrisa en sus labios.

Lo dice de manera amistosa, se advirtió a sí misma mientras su corazón latía con fuerza. — Tú también me caes bien —dijo, jugueteando nerviosamente con su cabello—. De lo contrario, ¿por qué habría venido contigo?

Se giró cuando Rahman se aclaró la garganta.

¿Cuándo entró?

El guiño discreto del conductor indicaba que había escuchado su conversación.

Ella lo miró con enojo a pesar de su vergüenza y ayudó a Samira a empacar sus instrumentos. —¿Volvemos a Rabia mañana?

—Naam —respondió Rahman—. Iremos más allá, hasta la frontera con Turquía. Hay muchos refugiados allí. Sirios que escapan de la guerra civil, iraquíes que quieren llegar a Europa. Los aldeanos de Jaza me dijeron dónde podemos colocar nuestro próximo campamento. He planeado la ruta y me he abastecido de combustible.

—¿Qué haríamos sin ti?

—Aprovechen al máximo mi ayuda —dijo, mirándola a ella y a la espalda de la doctora, con un significado claro.

Harper lo fulminó con la mirada mientras lo empujaba fuera de la tienda.

—¿Harás esto por el resto de tu vida? —le preguntó mientras ayudaba a Samira a doblar las sillas y la mesa de tratamiento.

—¿Esto? ¿Trabajar en DFTF? No —Samira se rio—. Me agotaría. Nadie puede continuar así. Me gustaría abrir mi propia clínica algún día —dijo con nostalgia—. Tal vez en otra ciudad o país, donde sea más seguro, donde no veamos gente muriendo o herida por la guerra. Siria... no me queda nada aquí. ¿Y tú?

Te seguiré a donde vayas.

—Tampoco me queda nada ni nadie en Bagdad.

—Tal vez las dos deberíamos empezar esa clínica. Hacemos buena pareja.

Harper levantó la cabeza de golpe y miró a la doctora con sorpresa. *¿Esa palabra? ¿Qué quiso decir con eso?*

Las mejillas de Samira se hundieron. Sus ojos brillaban.

—Qué... —comenzó Harper cuando Rahman irrumpió dentro.

—Tenemos un problema.

Norte de Irak

—¿QUIÉN DIJO USTED QUE ERA? —ASWAD HAFEEZ VOLVIÓ A REPRODUCIR EL VIDEO Y LO observó.

—Aram Zafar —dijo Kamil Emami—. Fui el único que habló con él. Dijo que era un hombre de negocios de Bagdad.

—Usted es también el que tiene menos heridas —dijo el comandante del Ejército Qaim, lanzándole el teléfono a Emami.

—Me golpeó, sayidi. Perdí el conocimiento durante varios minutos. Además, no tenía un arma.

—Eso es porque no se le puede confiar un arma. Zafar. ¿Vio usted hacia dónde se dirigió?

—Esa ruta se une a la Autopista 2, sayidi. Todos los camiones que detenemos en ese camino se dirigen a Siria.

—Lleve algunos hombres con usted, Emami. Buenos luchadores. Encuentre a Zafar y tráigalo de vuelta. No habrá ido lejos. Esto es Irak. Las carreteras no son tan buenas y alguien lo habrá visto. Necesitamos hacer un ejemplo con él.

—También deberíamos difundirlo en las redes sociales, sayidi. Que lo estamos buscando. Tal vez deberíamos ofrecer una recompensa.

—A veces me sorprende con su inteligencia —dijo Hafeez, asintiendo con aprobación—. Me encargaré de eso. Nadie puede desafiar nuestra autoridad y salirse con la suya.

FARIS AKBAR SE DESPERTÓ CUANDO UN CODO SE CLAVÓ EN SU COSTADO. SE CUBRIÓ LA BOCA Y bostezó, frotándose los ojos.

—¿Dónde estamos?

—A una hora de Garbir, sayidi —le informó el conductor—. Deberíamos llegar antes del anochecer.

—¿Qué pasa? —dijo, volviéndose hacia el hombre que lo había empujado—. ¿Por qué me ha molestado?

—Debería ver esto, sayidi. —El luchador le mostró su teléfono.

—¿Aram Zafar? ¿Ese es el nombre que está usando? —Akbar frunció el ceño y arrebató el teléfono. Reconoció el rostro de Grogan en el breve clip—. El Ejército Qaim lo está buscando. —Exhaló cuando leyó de nuevo el breve mensaje de Twitter—. ¿Por qué?

—Escuché algunos comentarios en la gasolinera, sayidi —dijo el conductor, mirándolo de reojo—. Algunos camioneros hablaban de un incidente cerca de Bajila. Ese es territorio del Ejército Qaim. Decían que un hombre había atacado a los soldados del puesto de control.

—¿Cuándo fue esto?

—Más temprano hoy.

Akbar miró por la ventana mientras su Hilux atravesaba el norte de Irak. Tierra yerma, un pueblo distante, ningún otro vehículo a la vista. Su conductor se mantenía en caminos apenas utilizados y poco conocidos mientras se dirigían a toda velocidad hacia Garbir.

—Muéstreme esa publicación del Ejército Qaim. Donde se jactaban de haber matado a nuestros soldados.

Lo leyó cuando su luchador lo mostró.

Eso fue hace dos días. ¿Y si fue Grogan quien mató a nuestros hombres y publicó eso en Twitter?

Akbar sabía por amarga experiencia que el estadounidense era capaz de una violencia extrema y tenía la capacidad tecnológica para publicar desde una cuenta falsa.

Eso fue obra de Grogan. Estaba seguro de ello. No sabía qué estaba haciendo el estadounidense en la región. Y entonces otro pensamiento lo golpeó.

¡Garbir! ¿Y si Grogan mató a nuestros hombres allí y arrojó los cuerpos al barranco?

—Vaya más rápido —gruñó.

Los aldeanos tenían muchas preguntas que responder, y él las extraería todas.

CUTTER SE DESVIÓ DE LA CARRETERA CUANDO ESTABA A UNA HORA DE RABIA Y CONDUJO HACIA la cuneta de agua de lluvia a su lado. Salió de su vehículo y se estiró. Sacó su botella de agua, bebió un gran trago y se lavó la cara.

Se apoyó contra su Land Cruiser mientras la brisa ligera lo refrescaba y revisaba sus mensajes. La publicación del Ejército Qaim llamó su atención. La estudió por un momento y luego se encogió de hombros.

Hombre de Caqui. Le di mi nombre. No hay otra forma de que la milicia supiera de mí.

Ser perseguido en Irak y Siria no era nuevo para él. *Podría necesitar lo que hay en esas,* pensó, mirando la caja de armas en la parte trasera de su vehículo, *si esos soldados me alcanzan.* Reprodujo el video que Akram le había enviado y avanzó rápidamente hasta donde el Mercedes de DFTF había cruzado el puesto fronterizo de Rabia.

Ese es Rahman al volante y Samira a su lado. Se detuvo en la forma pálida e indistinta detrás de ellos. *Esa tiene que ser Harper.*

Marcó el número de Difiore y cruzó las piernas.

—Están en...

—Eres un hombre buscado. El Ejército Qaim te está cazando. ¿Has visto su tweet?

—Están buscando a Aram Zafar —dijo, sonriendo—. Me veo muy diferente de mi verdadero yo.

—Faris Akbar sabe de ti y tu tapadera.

El mundo se oscureció.

El norte de Irak desapareció y en su lugar quedó un paisaje gris y sombrío. Un rugido llenó los oídos de Cutter mientras los recuerdos regresaban.

El rostro furioso de Faris Akbar. Los ojos ardientes de Hadi mientras levantaba el cuchillo ensangrentado. Los gritos de Riley.

Aulló como un animal herido, pero no había nadie para escucharlo. Levantó el rostro hacia arriba y gritó y lloró.

—Cutter.

Jadeó y miró ciegamente hacia el suelo.

—Cutter.

—¡CUTTER!

La oscuridad se desvaneció. Un camión subió por la carretera y pasó lentamente junto a él, su conductor lo miraba con curiosidad.

—Sí, estoy aquí —era consciente de su respiración agitada. Sintió un ardor en su mano izquierda y la miró. Inconscientemente, había golpeado el costado de su vehículo hasta que sus nudillos sangraron.

Se limpió el sudor de la cara con el antebrazo y tomó un largo trago de agua.

—Cuéntame —dijo con voz ronca y escuchó mientras Difiore se lo explicaba todo.

—Se ha aliado con Hadi —concluyó.

—Envíame ese video.

—Revisa tu teléfono.

Lo reprodujo y observó al hombre en el vehículo que se alejaba. No había duda. Era Faris Akbar. Más viejo, con más arrugas en el rostro, pero era el terrorista.

—¿Kader está seguro de que este soplón le ha revelado mi identidad?

—No lo está, pero es una buena suposición. Te ha dejado varios mensajes...

—El número que tiene de mí... no está activo.

Cutter flexionó los dedos y los examinó. La piel se había roto y la sangre goteaba lentamente. Sin embargo, ningún dedo estaba roto.

—Te dije que te quedaras en Bagdad. ¿Qué te hizo ir a ese restaurante sin tu equipo de protección?

—¿Nos preguntas por nosotros después de lo que acabamos de contarte? —gritó Difiore.

—Faris Akbar sabe que estoy en Irak. ¿Y qué? Nada cambia —respondió Cutter con voz monótona—. No lo estoy cazando. Kader es el policía iraquí más inteligente que he conocido. Él

atrapará al terrorista, y a Hadi también. Si es que alguno de ellos no es asesinado por uno de nuestros drones.

—Nos llamaste por una razón —Quindica. Tranquila. Suave.

—Sí —recordó Cutter—. Están en Siria.

—¿Qué? —La voz de la SAC se tensó.

—Espera —les reenvió el clip de Akram a ella y a Difiore—. Revisen sus teléfonos.

—¡Son ellos! —exclamó Difiore—. Esa persona detrás de ellos tiene que ser Harper con su disfraz.

—Eso pensé.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace ocho días. Encontré su rastro en Bajila, un pequeño pueblo.

—¿Cómo conseguiste este video?

—Tengo contactos.

—¿Pueden averiguar dónde están exactamente?

—Las autoridades sirias podrían, si quisieran. Pero la administración es tan corrupta como la iraquí, y luego está la política.

—Entiendo.

El presidente sirio era la razón de la guerra civil del país. Había reprimido brutalmente a los manifestantes, lo que había desencadenado el conflicto interno que había comenzado hacía diez años. Grupos rebeldes apoyados por países extranjeros, organizaciones extremistas, el EIIL y organizaciones de milicias se involucraron, pero el líder se mantuvo en el poder. *Medio millón de muertos o desaparecidos*, pensó Cutter con tristeza.

—¿Planeas cruzar la frontera? ¿Cómo? —preguntó Difiore.

—Tengo contactos —repitió.

—Podrían estar en cualquier parte. Samira podría ir a Damasco. De ahí es ella.

—Ya no le queda nadie allí. Esta es una mujer que podría haber conseguido un trabajo bien pagado en un hospital privado. No. Estará haciendo lo mismo que hacía en Irak. Ella, Harper y Rahman estarán trabajando en los pueblos pequeños. Estoy seguro de que se mantendrán cerca de la frontera para poder regresar. Aunque DFTF también está activa en Siria, es en Irak donde tienen sus principales operaciones.

—¿Por qué está interesado en ti el Ejército de Qaim?

—Disuadí a algunos de sus combatientes de cobrar dinero por protección.

No pudo evitar sonreír al oír el suspiro de Difiore. No les contó sobre los asesinatos en Garbir. *No necesitan saberlo.*

—Cutter... viaja con cuidado.

—Gina Difiore, ¿es preocupación lo que escucho en tu voz?

Usa mi nombre de pila muy raramente.

Ella colgó.

Se lavó la cara y se bañó los nudillos, dejando que el viento del atardecer lo secase antes de encender su Land Cruiser.

Faris Akbar está vivo.

No es mi misión.

Un frío temor lo invadió ante un pensamiento.

¿Y si Akbar descubre quién es Harper?

Mosul

—TENEMOS QUE IRNOS —DIJO DIFIORE TAN PRONTO COMO COLGÓ—. TENEMOS QUE ESTAR CON él. Akbar, el Ejército Qaim... levántense, empiecen a empacar.

Se movió rápidamente por la habitación y lanzó su ropa dentro de su bolsa de viaje. Empacó el chaleco antibalas y los cargadores de repuesto en su bolsa de emergencia y se volvió hacia Quindica.

—¡Ni siquiera te has movido!

—No creo que...

—¿QUE NO CREES QUÉ? —gritó la detective—. Escuchaste a Cutter. Va a entrar en Siria. Está solo. Los hombres de Hadi y esta milicia lo cazarán. Tenemos que ayudarlo.

Miró fijamente a la SAC, quien se levantó de su silla sin decir palabra y empacó rápidamente.

—Tomaremos nuestro vehículo —dijo Difiore cuando llegaron a la planta baja.

—Diego —le dijo al líder de su equipo de protección—, vamos a la frontera con Siria.

Él la miró boquiabierto.

—¿Frontera? ¿Siria?

—Sí. —Dejó caer su equipaje en la parte trasera de sus vehículos y se dirigió al volante—. A Rabia.

—¿Dónde se quedarán? Necesitamos permiso...

—Diego. —Se volvió hacia él—. Nos vamos, con o sin usted. Yo conduciré. Puede seguirnos.

—Señora, necesitamos...

Ella hizo un sonido inarticulado de rabia, sacó su teléfono y marcó algunos números.

—Señora. —Su voz se suavizó cuando respondieron su llamada—. Necesitamos su ayuda. Harper está en Siria. Tenemos pruebas de eso. Se las enviaré después de colgar. Ella, Samira y su conductor cruzaron hace ocho días. Nuestro equipo de seguridad se niega a acompañarnos. ¿Puede...

—¿Harper está en Siria? —interrumpió la vicepresidenta Jill Dalton.

—Sí, señora. Cutter está cruzando la frontera para buscarlos. Tenemos que estar cerca para

brindarle apoyo.

Difiore guardó silencio cuando escuchó a la madre ahogar un sollozo de alivio.

—Me envió un video hace varios días, mostrando que estaba a salvo. No pudimos identificar dónde estaba. Nada en el fondo que ayudara a determinar su ubicación. Podría haberlo grabado en cualquier momento. No tenía marca de tiempo. Su equipo de seguridad... —La voz de la vicepresidenta se fortaleció—. Déjemelo a mí. Haré algunas llamadas.

MEDIA HORA DESPUÉS, ESTABAN EN LA CARRETERA, DIFIORE CONDUCIENDO A PESAR DE LA insistencia de Diego, mientras él y otros dos soldados los seguían. Dos Land Rovers con vidrios blindados y placas de Kevlar, un compromiso. Él había insistido en vehículos militares, pero ella quería transportes menos llamativos.

Los soldados vestían de civil, también por insistencia de ella, pero con todo su equipo. Carabinas M4, ametralladoras M249 Squad Automatic, armaduras, granadas, comunicaciones seguras... todo lo que necesitarían para su nueva misión.

Difiore condujo con confianza fuera de la ciudad, los neumáticos zumbando en la carretera, el tráfico deslizándose más allá de sus gruesas ventanas. Mosul en la tarde tenía una ligera neblina suspendida sobre ella. Un camión tocó la bocina mientras intentaba adelantarlos. Ella se desvió hacia su carril para bloquearlo y aceleró. De ninguna manera iba a permitir que vehículos lentos la adelantaran.

La ciudad quedó atrás una vez que se unieron a la Carretera 1, un oscuro tramo de asfalto que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—Esto es una mala idea.

Quindica no respondió.

—Me dejé llevar. Diego tenía razón al protestar.

Lanzó una mirada de reojo a su compañera y captó su perfil. Inexpresivo. Mirando al frente.

—No estaba pensando con claridad. Akbar, el Ejército Qaim, Cutter allá afuera, solo... todo eso me afectó.

—Me lo imaginé.

—No objetaste mucho.

—Te conozco desde hace tiempo.

Suspiró, y la tensión dentro de ella comenzó a aliviarse ante el humor seco en la voz de Quindica.

—Nuestra investigación... esos equipos siguen con nosotras. Se suponía que debíamos rastrearlos, reunirnos con el equipo de cibercrimen...

—Aún podemos hacer todo eso. Videollamadas.

—No serán tan efectivas como reunirse en persona. Ayudar a Cutter no es nuestra misión.

—Nos las arreglaremos. Nuestro jefe no nos va a despedir por esto.

—¿Por qué me aguantas?

—Iré contigo a donde quieras, cuando quieras. Estaré contigo en cada momento.

Difiore parpadeó para contener las lágrimas por la forma en que Quindica lo dijo. Extendió la mano a ciegas y le apretó el antebrazo.

A la mierda, pensó y se inclinó para besar la mejilla de su compañera.

—Cuidado —dijo Quindica con sarcasmo—, no queremos que nos detenga la policía por una violación cultural.

La detective se rio y se secó los ojos. Miró a su equipo de seguridad por el espejo retrovisor.

—Me disculparé con Diego. Tenía razón.

—Sí. Aunque cumplió.

El sargento había arreglado el alojamiento para ellas cerca de Rabia. Una pequeña casa, a dos kilómetros del cruce fronterizo, con su propio recinto. El ejército estadounidense se había apoderado de ella durante la guerra contra los terroristas y la había conservado.

Nos quedaremos en el lado iraquí de la frontera para brindar apoyo a Cutter una vez que regrese. No hay nada más que podamos hacer.

—Estará bien. —Quindica asintió hacia el horizonte—. Esto es en lo que es mejor.

Difiore asintió y pisó el acelerador, como si eso pudiera ayudar a mantener a Cutter Grogan a salvo.

Ninguna de las dos notó el coche que las seguía.

Siria

CUTTER SE UNIÓ A LA FILA DE VEHÍCULOS EN EL PASO FRONTERIZO DE RABIA. METIÓ LA MANO EN la guantera y sacó una carpeta con papeles.

No tengo visado sirio, pero Akram se encargará de eso.

Tenía documentos falsificados del Ministerio de Asuntos Exteriores iraquí que declaraban que Aram Zafar estaba en una misión gubernamental y que se le debía proporcionar un paso seguro.

Se los presentó al guardia que se le acercó. El hombre los leyó rápidamente, lo miró y revisó el interior de su Land Cruiser.

—Espera —ordenó y desapareció dentro de la caseta fronteriza. Regresó con un oficial superior, quien se dirigió a Cutter con paso firme.

—Necesitas un visado sirio para cruzar. No lo tienes en tu pasaporte.

—Llama a Tarik Amir —respondió Cutter en un tono aburrido—. Háblale de mí. Pero asegúrate de decirle quién eres. Estoy seguro de que nuestro Ministro de Asuntos Exteriores querrá saber por qué has interferido en una importante misión diplomática.

—He visto suficientes VIPs. Tú no eres uno de ellos.

—Espera. Déjame llamarlo —Cutter sacó su teléfono—. Tú habla con él.

—Sayidi —se enderezó y fingió que su llamada había sido contestada—. Estoy en Rabia. Los guardias fronterizos no me dejan pasar. Me temo que tendremos que posponer la cena con el Presidente de Siria. Lo sé... todos los preparativos están hechos. Los medios de comunicación mundiales estarán allí, esperando que anunciemos este nuevo acuerdo con el gobierno sirio. Pero tendremos que cancelar todo por culpa de estos guardias. ¿Puedes llamar al presidente, por favor? Además, habla con este hombre. Dile lo que ha hecho.

—¡Espera! —El oficial retrocedió cuando Cutter le acercó el teléfono—. Déjenlo pasar —ordenó al guardia—. Por favor, dígame al ministro que no es necesario cancelar nada.

—Sayidi. —Cutter ocultó una sonrisa y habló con gravedad al interlocutor inexistente—. Me están dejando pasar. La cena se llevará a cabo.

Condujo bajo la barrera levantada y cruzó la corta distancia hasta el puesto de control sirio. Presentó su pasaporte al soldado armado, quien lo hojeó rápidamente.

—Consulta con tu comandante —se adelantó Cutter—. Mi nombre estará en su sistema.

—No tienes visado.

—No lo necesito. Ve adentro y compruébalo.

El guardia regresó rápidamente y le devolvió el pasaporte. —Deberías haberme dicho quién eres —dijo en tono acusador.

¿Qué les habrá dicho Akram sobre mí?

—Mi hermano quiere entrar en la Inteligencia Militar. Ustedes —miró a Cutter con admiración— pueden ir a cualquier parte, bajo cualquier cobertura. Apuesto a que estabas en Irak en una misión secreta.

—No puedo hablar de eso.

—¿Qué hay en eso? —El guardia señaló con la cabeza su estuche de armas.

—Armas —le dijo Cutter sin rodeos.

—¡Lo sabía! —El hombre se regocijó en voz baja. Sacudió la cabeza con asombro—. Ustedes, los de Inteligencia Militar... vaya, sayidi. —Se dirigió a un panel y presionó un botón que levantó la barrera cruzada.

—Dile a tu hermano que mencione mi nombre. Aram Zafar —le dijo al guardia—. Me aseguraré de que sea seleccionado.

—¿Ese es tu verdadero nombre?

—Sí.

—Inteligencia Militar —dijo el guardia con asombro y lo dejó entrar en Siria.

Harper miró a Rahman con expresión interrogante.
—¿Qué quieres decir...?

Se interrumpió cuando él se hizo a un lado para dejar pasar a una mujer. Llevaba una abaya negra y un pañuelo oscuro sobre la cabeza, que mantenía inclinada.

—Vino a mí y me dijo que necesitaba ayuda.

La mujer permaneció en silencio, mirando al suelo.

—Habla. Diles lo que me contaste. Aquí estás a salvo.

¿A salvo? ¿La están persiguiendo?

Harper miró a Rahman, quien hizo un gesto tranquilizador.

—Tienen que venir conmigo. Por favor —La mujer finalmente levantó la cabeza. Hablaba en árabe con un acento desconocido.

—¿Ir adónde contigo, okhti? —preguntó Samira con suavidad.

—A Beroj. Necesitamos su ayuda.

Eso está muy al este, cerca de la frontera turca con Irak.

—¿Quiénes son *nosotros*? —interrumpió Harper.

—Mujeres yazidíes —dijo la desconocida con orgullo.

A Harper le impresionaron los brillantes ojos oscuros de la mujer y las marcadas líneas de su rostro.

—Formábamos parte del batallón de combatientes en la guerra contra los terroristas —continuó la recién llegada—. Cuando terminó, regresamos a nuestras aldeas, pero muchas fuimos capturadas por las células supervivientes. Nos convirtieron en esclavas. Beroj es donde muchas de nosotras huimos. Muchas de mis hermanas están heridas y necesitan ayuda urgente.

—¿Has venido desde Beroj para encontrarnos?

—Naam. Fui a pequeñas aldeas para ver si había ambulancias de DFTF. Escuché que estaban aquí y vine lo más rápido que pude. Pero no soy la única. Enviamos mujeres en todas direcciones, incluso en Irak, para conseguir ayuda de DFTF. No podemos ir a la policía ni a grandes hospitales. Muy pocas personas saben dónde nos escondemos.

Sus botas de combate estaban cubiertas de polvo y las suelas desgastadas.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Pero...

—Partiremos por la mañana —le dijo Samira—. De todos modos, planeábamos ir a esa parte del país.

—No. Será demasiado tarde. Algunas podrían morir.

—Rahman...

—Ven, okhti —dijo el conductor con suavidad y la llevó fuera de la tienda.

Okhti. Mi hermana.

—Le di algo de comida y agua. Está en nuestra furgoneta —dijo cuando regresó después de un rato.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —preguntó Harper.

—Caminando, pidiendo aventones a camioneros. Dijo que uno de ellos intentó agredirla. Le rompió la mano.

—¿Samira?

—Conoces las reglas de DFTF —dijo la doctora sin expresión—. No ayudamos a terroristas ni a grupos rebeldes. Solo atendemos a civiles.

—Estas mujeres son víctimas —respondió Harper con fiereza.

—Y son luchadoras —dijo Samira, esbozando una amplia sonrisa—. ¿Creíste que iba a negarme? Estaba bromeando contigo.

Chocó los cinco con Harper y se volvió hacia Rahman.

—Significa conducir de noche.

—No será la primera vez —respondió él.

—Debería haberle hecho algo más que romperle el brazo —dijo Harper acaloradamente, refiriéndose a la recién llegada.

—Lo hizo. Digamos que las capacidades reproductivas de ese camionero podrían no recuperarse.

Norte de Irak

—ESTACIONA A UN KILÓMETRO Y MEDIO DE DISTANCIA —ORDENÓ AKBAR MIENTRAS SU VEHÍCULO se acercaba a Garbir.

—Sayidi, está oscuro... —comenzó el conductor.

—Lo sé. Eso es lo que quiero. Nos hice hacer varias paradas cuando nos acercamos para que no hubiera luz.

—¿Esperas problemas, sayidi? —preguntó un combatiente—. No hay luchadores en ese pueblo. Nadie nos detuvo cuando entramos la última vez.

Grogan mató a nuestros hombres en Garbir. Estaba convencido de ello. Un solo hombre acabó con cinco soldados experimentados. Podría seguir aquí.

—Nunca debemos subestimar a nadie. Nunca debemos dar nada por sentado.

Se bajó cuando el conductor se detuvo y observó cómo el hombre ocultaba el vehículo detrás de un grupo de árboles.

—Caminaremos hasta Garbir —declaró Akbar—, pero mantengámonos fuera del camino. Vayan por esa zanja para que no nos vean fácilmente.

En un momento dado, durante los ocho minutos de caminata, se dio la vuelta para lanzar una mirada fulminante a sus soldados. Su mirada fue suficiente para acallar sus conversaciones y bromas.

Son buenos combatientes, pero hay que recordarles la disciplina una y otra vez.

Eran seis, incluido él. El estadounidense se había enfrentado a un número similar. No, Faris Akbar, el asesino letal, no iba a dar nada por sentado.

Se colocó detrás del hombre que iba en cabeza cuando Garbir apareció a la vista. Se agacharon y observaron durante varios momentos hasta que hizo una señal con la mano y luego se arrastraron sobre sus vientres los últimos cien metros.

—¿Es necesario esto, sayidi?

—¡Silencio! —susurró a gritos.

Se acercaron a la gran roca que marcaba la entrada del pueblo, y cuando Akbar estuvo seguro de que no había amenaza, hizo otra señal con la mano para que se levantaran.

La explosión acabó con el hombre que estaba delante de él.

Faris Akbar se lanzó de lado y rodó instintivamente. Oyó a sus hombres gritar sorprendidos y varios devolvieron el fuego.

—¡ESTÁ DETRÁS DE LA ROCA! —gritó y comenzó a disparar con su rifle mientras se arrastraba rápidamente por el suelo.

La roca se hacía más grande a medida que se acercaba. Era lo suficientemente grande como para ocultar a un adulto, y su superficie desgastada y dentada brillaba en la tenue luz.

Tomó una respiración profunda cuando el rifle de Grogan quedó en silencio.

¡Está cambiando el cargador!

Akbar cargó con un rugido, sosteniendo su rifle frente a él, y se lanzó alrededor del refugio natural. La figura detrás de él se giró ante su aproximación.

¡Ese no es Grogan!

Su dedo se detuvo en el gatillo mientras observaba la abaya y el rostro pálido.

¡Es una mujer!

—¿Tú mataste a nuestros hombres? —gritó mientras se abalanzaba sobre ella. El instinto lo salvó. El cuchillo con el que ella apuñaló le rozó el costado del vientre, y luego él estaba sobre ella.

La abofeteó salvajemente mientras caían al suelo, y había comenzado a estrangularla cuandoladeó la cabeza.

¿Qué es eso?

Oyó gritos provenientes del pueblo y sonidos de disparos.

—Sayidi —dijo su conductor con urgencia—, hay muchos hombres corriendo hacia nosotros. No podemos dispararles a todos.

Akbar maldijo y golpeó a la mujer que se resistía hasta que perdió el conocimiento. La levantó sin esfuerzo y la arrojó sobre su hombro.

—Cúbranme —les dijo a sus hombres y se apresuró de vuelta a su vehículo.

Se retiraron mientras disparaban continuamente, lo que impidió que los aldeanos avanzaran. Llegaron a su vehículo sin bajas.

—Sayidi, nuestro hombre está allí fuera. El que recibió el disparo. —El conductor miró nerviosamente en dirección al pueblo.

—Está muerto. Si no lo está, lo matarán —dijo Akbar sin compasión—. Ese es el precio que todos ustedes pagan por fallar.

Arrojó a la mujer en el suelo del vehículo y encendió la luz interior.

Un soldado jadeó. Otro exclamó bruscamente.

—Esa es...

—La madre de la chica —completó Akbar—. La que disparé. Debe haber estado esperando a que volviéramos. Ahora esperaré a que despierte. Y deseará que también le hubiera disparado.

TODOS TIENEN UN PUNTO DE QUIEBRE.

Bisma Kazmi alcanzó el suyo después de una hora de tortura. No era una luchadora. No era una soldado entrenada. Era una madre que había visto a su hija recibir un disparo del asesino que ahora trabajaba en ella, y esa rabia la hizo durar tanto tiempo.

Pero se quebró cuando el terrorista se bajó los pantalones y se tendió sobre su cuerpo maltratado y ella gritó en la noche, y cuando él se levantó de nuevo y sacó su cuchillo, ella reunió toda su rabia, toda su furia y lo maldijo, que él también moriría salvajemente, y entonces ya estaba más allá de poder hablar.

Jabbar ayudó a colocar el cuerpo de Bisma Kazmi en el patio de la escuela. Se apartó para permitir que las mujeres ajustaran la abaya de la mujer fallecida. La habían limpiado lo mejor posible para que estuviera presentable, pero no se podía ocultar su garganta cortada.

Apretó los dientes con rabia ante la visión y se dio la vuelta.

—Deberíamos haberlos perseguido —dijo un hombre con amargura.

—¿Seguirlos en la noche para que nos eliminaran uno por uno? —replicó—. Ya discutimos esto varias veces. Nuestro deber es proteger la aldea, no perseguir terroristas.

—¡Se llevaron a Bisma!

—No lo sabíamos. Fue de noche.

Había supuesto que la madre había escapado del ataque de los terroristas, pero cuando no reapareció por la mañana, organizó un grupo de búsqueda. Encontraron su cuerpo a varios kilómetros de distancia y por su estado adivinaron lo que había ocurrido.

—¿Por qué la torturaron?

—Ese disparo que escuchamos. Fue ella. Mató a ese hombre que encontramos en el camino. Deben haberle hecho todo eso para castigarla.

—La viola-

Jabbar se volvió ferozmente hacia el aldeano y levantó un dedo en señal de advertencia. —Basta de hablar. Todos sabemos lo que esos animales le hicieron. No hay necesidad de mencionarlo.

Había llamado a la policía y al ejército, pero ninguno se había presentado. *Nunca lo hacen*, pensó con amargura. *Tenemos que cuidarnos nosotros mismos.*

Observó desde varios metros de distancia cómo las mujeres se sentaban junto al cuerpo, muchas de ellas llorando en silencio. Alguien había colocado una vieja fotografía de Soraya junto a su madre. La superficie de cristal captaba la luz y parecía crear un halo alrededor de Bisma Kazmi.

—¿Volverán? —preguntó el dueño de la tetería, acercándose en silencio.

—¿Quién sabe? —Jabbar se encogió de hombros—. La torturaron. Debe haberles dicho todo lo que sabía.

—Ella no sabía quién les contó a los americanos sobre Akhtar y Azer.

—Naam, lo sé. Tenemos que estar alerta.

Tengo que hacer guardia por la noche, como lo hacía Bisma. Nadie más lo hará.

—Sayidi.

Se giró cuando una mujer se le acercó.

—Encontré esto cuando la estaba limpiando. Estaba escondido en su vestido.

Jabbar tomó la tarjeta arrugada y la alisó. *Aram Zafar*. Recordó la visita del empresario. *¿Por qué Bisma tenía su tarjeta? ¿Se habrán encontrado?*

Miró el número y sacó su teléfono. Alá estaba con él. Había señal.

Si la madre llevaba los datos de Zafar, era importante para ella. Lo mínimo que podía hacer para respetarla era informar al hombre.

Siria

CUTTER ESTABA SENTADO EN SU LAND CRUISER CON EL AIRE ACONDICIONADO AL MÁXIMO. SE ENCONTRABA EN OTRA FILA DE CAMIONES. OTRO PUESTO DE CONTROL.

Había identificado pueblos con menos de mil habitantes en un radio de una hora del cruce fronterizo y decidió inspeccionar cada uno de ellos. Había comenzado por la izquierda de la frontera y ya había tachado siete aldeas de su lista antes de llegar a la fila de vehículos.

¿Puesto de control militar?

Siria también tenía varias milicias y grupos armados recorriendo el país. Algunos apoyaban al gobierno, mientras que el resto se oponía. *Todos buscan el poder y no perderán la oportunidad de sacarle dinero a los civiles.*

Se asomó por la ventanilla, pero todo lo que pudo ver fueron camiones y algunos conductores fuera. Salió y preguntó a unos cuantos conductores de quién era este puesto de control, pero tampoco lo sabían.

Regresó al vehículo y se sentó pacientemente. El tiempo se movía de manera diferente en Oriente Medio, más lento. Había poco sentido de urgencia, el ajetreo continuo que marcaba la vida en Nueva York. Estaba en modo de descanso, medio dormitando, cuando sonó su teléfono.

Frunció el ceño ante el número desconocido. *No es Gina ni Peyton.* Podría ser Beth o Meg. Aceptó la llamada, esperando escucharlas.

—¿Aram Zafar?

—Naam. *Es un anciano. ¿Podría ser...?*

—Jabbar, de Garbir.

—Sayidi. —Se enderezó, alerta—. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Es sobre la gasolinera? Todavía estoy buscando ubicaciones. Dije que estaba en las etapas muy iniciales...

—No se trata de eso, Zafar.

Suena cansado. Resignado.

—Los hombres de Hadi regresaron anoche. Ellos...

Un escalofrío recorrió a Cutter.

—¿Acaso ellos...?

—Mataron a Bisma. No sé si lo sabes, pero ella montaba guardia detrás de esa roca fuera de

nuestro pueblo.

—Lo sé. Hablamos cuando regresaba a mi vehículo —respondió aturdido.

—Se la llevaron, Zafar. —La voz de Jabbar tembló—. Y la torturaron. No se detuvieron ahí. Ellos... ellos...

—¿La violaron? —adivinó.

—Naam. —El anciano del pueblo se derrumbó y sollozó—. Son animales, Zafar. Bisma era la persona más gentil del pueblo. Ella y Soraya... las mataron a ambas. Que Alá los maldiga.

—Ella mató a un terrorista. —Jabbar se sonó la nariz y aclaró su garganta—. Su cuerpo estaba en el camino. Colocamos su cuerpo en el pueblo y le dimos una despedida respetuosa. Una de las mujeres que la preparaba para el entierro encontró tu tarjeta. Pensé que deberías saberlo.

—Gracias. Hablamos brevemente, pero incluso en ese corto tiempo pude sentir cuán profundo era su dolor.

—Se ha reunido con Soraya. —Jabbar empezó a llorar de nuevo y colgó sin decir otra palabra.

Cutter podía sentir su pecho palpitando. Ese zumbido en sus oídos era el pulso de su sangre a través de sus venas y arterias. Una abeja zumbaba fuera de su ventana. Podía ver sus alas revoloteando y creyó poder escucharla golpear el cristal y volar lejos.

Un fuerte bocinazo desde atrás lo trajo al presente: un camión recordándole impacientemente que la fila se había movido. Avanzó su vehículo, buscó a ciegas su botella de agua y bebió. Gotas rodaron por su barbilla y mojaron su camisa, pero no se molestó en limpiarlas.

Se sentía frío, vacío, y su voz sonaba como el raspado de papel de lija cuando habló con un hombre que estaba de pie fuera de su ventana.

—¿Cuál es el retraso?

—Uno de los conductores no tiene dinero.

—¿Dinero para qué?

—Para pagar a los guardias.

Cutter esperó a que pasara y se puso su funda de hombro y una chaqueta ligera para cubrirla. Apagó el motor y salió de su Land Cruiser. Caminó pasando varios camiones hasta que el puesto de control quedó a la vista.

Cuatro hombres con ropa de camuflaje descolorida rodeaban a un conductor, que gesticulaba enojado. Dos de los hombres tenían AK-47 en sus manos mientras que los otros tenían sus armas colgadas a la espalda.

—¿Son policía siria o ejército? —Cutter se acercó a ellos.

—Vuelve a tu vehículo. Tu turno llegará —le ordenó un guardia.

—¿Policía o ejército?

—¿No me has oído?

—¿Por qué tienen el puesto de control aquí? ¿Por qué nos están cobrando dinero?

—¡Eso es lo que he estado preguntando! —gritó el otro conductor.

—TÚ... —el guardia le golpeó en el vientre con la culata de su AK—. SI NO TIENES DINERO, ESTO ES LO QUE OBTIENES —gritó.

—¿Son policía o ejército? —Cutter agarró al conductor y lo apartó antes de que pudiera recibir un segundo golpe.

—¡Ninguno de los dos! Son de alguna milicia. Nos acosan...

Cutter lo empujó lejos y se agachó cuando sintió movimiento. El AK del guardia que se acercaba silbó pasando su cabeza. Golpeó el codo del hombre con un golpe salvaje. El guardia

gritó y soltó su arma.

Cutter le dio una patada en la ingle, lo empujó lejos y se enfrentó a los tres guardias, que fueron tomados por sorpresa ante la explosión de acción.

—Vuelvan a donde sea que hayan venido —les dijo fríamente.

No estaban de humor para obedecer. Gritaron con ira y manotearon sus armas. Uno de ellos se abalanzó hacia adelante, con su dedo curvándose alrededor del gatillo.

Cutter dio un paso lateral. Sacó su Glock en un movimiento borroso y le disparó en la cara. Sintió la bala del hombre pasar silbando junto a su rostro mientras pivotaba y le disparaba a un segundo guardia en el hombro. El cuarto hombre estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera embestirlo contra el suelo. Golpeó su sien con el cañón.

Se puso de pie rápidamente, comprobó que ninguno fuera una amenaza y agarró al del Codo Roto por el cuello.

—Mi nombre es Aram Zafar —siseó—. Dile a tu pandilla que nunca pagaré dinero en ningún puesto de control. Asegúrate de que se corra la voz. Ahora, toma a tus hombres, ese cuerpo, y vete.

Abofeteó al guardia para enfatizar su punto, pateó sus rifles lejos y observó con su Glock lista mientras el hombre herido cargaba a sus amigos en una camioneta y se alejaba de manera errática.

—¡Sayidi! —El conductor discutidor se acercó a él—. Lo que hiciste...

—Escuchaste lo que dije. Difunde mi nombre en la comunidad de camioneros. Aram Zafar. Cuéntale a la policía lo que pasó.

—La policía se lleva su parte —dijo el hombre con amargura—. Todos lo hacen. Nosotros somos los que sufrimos.

—Dile a todos los que conozcas. Aram Zafar no pagará sobornos.

Cutter volvió a su Land Cruiser y pasó junto a los camioneros, que lo miraban fijamente. Condujo con cuidado al doblar una curva en el camino, alerta ante posibles emboscadas, pero no había señal de la milicia.

Llegó a Hadad, donde se enteró de que Samira y Harper habían visitado el pueblo unos días antes.

—No, sayidi —respondió un aldeano de aspecto curtido—. No dijeron a dónde irían después.

Encendió su vehículo y condujo hasta el siguiente pueblo, a diez kilómetros de distancia. DFTF también había estado allí, pero esos residentes tampoco sabían dónde se detendría la ambulancia a continuación.

Se le ocurrió cuando estaba saliendo del pueblo.

Condujo tan rápido como pudo por el camino desigual —esperando, rezando— y suspiró aliviado cuando vio la fila de camiones en el puesto de control. No había guardias; parecía que los conductores habían decidido usar el lugar como área de descanso.

Buscó un rostro familiar y encontró al hombre que había rescatado de la paliza.

—Zafar. —El camionero se enderezó y se apartó del grupo de conductores con los que estaba—. ¿Has vuelto?

—¿Viajas por estas carreteras todos los días?

—Naam. Llevo cargas de ida y vuelta desde la frontera turca a pueblos sirios.

—¿Te has encontrado con una ambulancia de DFTF?

—¿Las furgonetas blancas?

—Naam.

—Yo no, pero déjame preguntar a los demás.

Regresó poco después con otro camionero. —Faroukh vio una.

—Naam, sayidi. Me trataron.

—¿Dónde? ¿Quiénes eran? ¿Cuándo sucedió esto?

El hombre se subió el pantalón para revelar un vendaje en la espinilla. —Tenía este corte feo que no sanaba. Su ambulancia se había detenido junto a la carretera para una pausa de té. —No percibió la urgencia de Cutter y se tomó su tiempo para responder—. Dos mujeres y su conductor.

Cutter lo agarró de la manga, pero el camionero aún no se apresuró a responder. —Alá estaba conmigo para que los encontrara y me ayudaran. Esto fue cerca de Jaza —dijo finalmente. Su frente se arrugó—. No, no cerca. Debió haber sido a diez o doce kilómetros del pueblo. Está más adelante en esta carretera, mucho más lejos. Rahman, su conductor, era amable. Me preparó té mientras las mujeres limpiaban mi herida.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó Cutter con tensión.

—Ayer por la tarde —respondió Faroukh sorprendido, como si fuera obvio—. Dejé mi carga, regresé por la noche, y aquí estoy de nuevo con otro cargamento.

—¿Dijeron a dónde iban?

Faroukh miró a lo lejos. Miró al suelo. Cutter casi podía sentir su cerebro trabajando para recuperar el recuerdo.

—¡BEROJ! —exclamó finalmente—. Le dije a Rahman que recogía cargas de la frontera turca y él dijo que allí es donde se dirigían.

—Zafar —llamó el conductor—, ¿adónde corres? ¿Cuál es la prisa?

Cutter agitó las manos en señal de disculpa mientras corría hacia su vehículo. Pisó el acelerador a fondo y se lanzó por la carretera, el frío en su interior haciéndose más profundo.

Ese era Faris Akbar en Garbir.

Estaba seguro de ello. No tenía ninguna confirmación. Jabbar no lo había mencionado, pero Cutter lo sentía en sus huesos.

Faris Akbar era el hombre que había torturado y violado a Bisma Kazmi.

Ella no podría haberlo resistido. Habría confesado lo que sospechaba.

Que los voluntarios de DFTF eran informantes de los estadounidenses.

Norte de Irak

—¡SON LOS VOLUNTARIOS DE DFTF! GRITÓ FARIS AKBAR POR TELÉFONO. HABÍA esperado deliberadamente para llamar bien entrada la mañana, en un momento en que Hadi estaría libre.

—Cálmese —ordenó su jefe—. ¿Por qué está gritando?

—Samira Latif, Laila Ahmed y Rahman Abdul son sus nombres. Son los voluntarios de DFTF. La primera mujer es la doctora, la segunda es su asistente y el hombre es su conductor.

—¿Por qué me está diciendo todo esto?

—Sayidi —dijo Akbar, controlando su impaciencia—, fueron ellos quienes informaron a los estadounidenses sobre Akhtar y Azer. Estaban en Garbir cuando nuestros hombres estuvieron allí.

—¿Cómo lo sabe?

—Secuestre a la madre de esa chica...

—¿Qué chica? ¿La que usted mató?

—Naam. Torturé a su madre y me lo contó todo. No sé si los tres estaban involucrados o solo uno de ellos...

—¿Dónde están ahora?

—La mujer dijo que fueron a Misharah.

—Vaya allí. Siga su rastro. Necesitamos saber cómo estos trabajadores de caridad pudieron contactar con los estadounidenses. ¿Quiénes son? Enviaré a alguien a investigar.

—Creo que tienen una oficina en Mosul, sayidi.

—Naam. Isar es bueno en este tipo de trabajo. También puede ser violento, si es necesario. Lo enviaré. También difundiré la palabra entre todos nuestros combatientes para que estén atentos a su ambulancia. ¿Qué hay de los equipos? ¿Cómo los conseguirá?

—Esas mujeres estadounidenses están cerca de Rabia, en una casa en las afueras. Nuestro equipo está con ellas.

—¿Rabia? ¿Qué están haciendo allí?

—Nada, sayidi. Abbas las siguió desde Mosul. Las tiene vigiladas. Han permanecido en el interior todo el día.

—Gran trabajo, Faris. Atáquelas y recupere nuestros equipos.

—Tienen tres soldados con ellas, sayidi. Deje que Abbas las observe por un tiempo para tener una idea de su rutina. Eso me dará tiempo para averiguar dónde están esos voluntarios.

—Naam, tiene razón. Cuando esté listo para atacar, o tenga a esa gente de DFTE, avísame. Iré con todos nuestros combatientes.

—¿QUÉ DEMONIOS ESTÁ TRAMANDO? —GRITÓ DIFIORE A SU COMPAÑERO—. TWITTER ESTÁ lleno de él.

—Lleno de Aram Zafar.

—Sí. —La detective sacudió la cabeza con impaciencia—. Pero Akbar y Hadi saben quién es. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Ataca un puesto de control de la milicia en Siria y se anuncia? ¿Por qué? ¿Tiene un deseo de muerte?

Se abalanzó sobre su teléfono cuando sonó y aceptó la llamada sin comprobar el número.

—¿Sí? —ladró.

—Están en Beroj.

Puso la llamada en altavoz cuando reconoció la voz de Cutter e hizo señas a Quindica para que se acercara al teléfono.

—¿Quién? ¿Harper?

—Sí. Tuve suerte. Un camionero me habló de ellas. Voy de camino al pueblo.

Difiore entrecerró los ojos mirando el mapa que el SAC había extendido sobre la cama y siguió la línea con el dedo hasta llegar al pueblo.

—Eso está cerca de la frontera turca. ¿Por qué ir allí?

—Van a pueblos pequeños... no es sorprendente que tengan un campamento allí, pero escucha esto. Estaban en Jaza, que está al oeste de Rabia. Salieron de allí ayer para ir al oeste del cruce fronterizo.

Difiore frunció el ceño mientras miraba el mapa. —Sí. ¿Este camionero sabía por qué fueron allí?

—No. Voy de camino.

Ella perdió los estribos por la forma lacónica en que lo dijo.

—¿NO PODÍAS IR TRANQUILAMENTE? ¿TENÍAS QUE ATACAR A ALGÚN GRUPO DE MILICIANOS Y ANUNCIARTE? ¿HAS REVISADO TWITTER...?

Se interrumpió cuando Quindica le apretó el hombro. Difiore suspiró y se frotó el puente de la nariz. —Grogan —dijo—, estoy segura de que tienes una explicación para esto.

—Todos los grupos de milicianos odian a los terroristas.

—¿Qué tiene eso que ver con algo?

—Quiero que se extiendan por Siria e Irak y, si se encuentran con la gente de Hadi, los enfrenten y los mantengan ocupados.

—No te sigo, Grogan. ¿Cuál es tu razonamiento?

—Faris Akbar sabe que Samira, Harper y Rahman son los informantes.

Las uñas de Difiore se clavaron en sus palmas. —¿Cómo pasó eso? —preguntó con voz ronca.

—¿Recuerdas a esa chica que fue baleada? Akbar torturó y mató a su madre.

La detective gimió. El rostro de Quindica se puso pálido.

—¿Cómo podemos ayudar desde aquí? —preguntó Difiore después de un largo silencio.

—No pueden. Regresen a Mosul. Estarán más seguros allí.

Colgó y se limpió la mejilla. Sus dedos salieron húmedos. Los miró ciegamente y sollozó en el hombro de Quindica cuando su compañero la abrazó. Lloró, no solo por Soraya y su madre, sino también por Cutter.

FARIS AKBAR ORDENÓ A SUS HOMBRES QUE DEJARAN SUS ARMAS EN EL VEHÍCULO MIENTRAS IBA al puesto de té en Misharah.

Pidió bebidas para su grupo y bebió apreciativamente mientras observaba el pueblo. No era diferente de cientos de aldeas similares en todo el país. Una calle polvorienta, una cabra balando desde algún lugar, una mujer cargando un cubo de agua.

Campeños. Sus vidas nunca cambiarán, nunca mejorarán.

Sin embargo, su rostro no mostraba expresión alguna. Vestía una dishdasha negra que cubría su uniforme de combate.

—¿Hay algún médico en el pueblo? —preguntó al vendedor—. Tengo una herida que necesito que examinen.

—No, sayidi —respondió el hombre.

—¿Cómo obtienen atención médica?

—Parece que usted es nuevo en esta región, sayidi. Tenemos que ir a las grandes ciudades para recibir ese tipo de tratamiento. Por suerte, las furgonetas de DFTF nos visitan. Hubo una hace aproximadamente una semana. Deberían volver el mes que viene.

—No puedo esperar tanto tiempo. ¿Sabe dónde estarán?

—Van a cientos de pueblos. Podrían estar en cualquier parte. Pruebe suerte en el siguiente.

Akbar esbozó una sonrisa forzada, pagó al vendedor y se dirigió a su vehículo.

El dueño del puesto de té observó cómo los extraños se alejaban en su vehículo, se sirvió un vaso de té y lo bebió rápidamente. La cálida bebida lo calmó, y para cuando terminó, sus manos habían dejado de temblar.

Jabbar de Garbir había informado a todos los pueblos de los alrededores sobre los detalles del asesinato de Soraya. Había descrito a los terroristas con tanto detalle que el vendedor había reconocido a Akbar en el momento en que se bajó de su vehículo. El dueño del puesto de té también estaba al tanto del asesinato de Bisma Kazmi, gracias al mensajero de Jabbar.

Cogió su teléfono para llamar al anciano del pueblo y maldijo cuando descubrió que no tenía señal de móvil. Se olvidó de la llamada y de sus visitantes a medida que su día se fue haciendo más ajetreado.

—VE AL SIGUIENTE PUEBLO —ORDENÓ AKBAR IRRITADO MIENTRAS SALÍAN DEL PUEBLO, SIN saber que la falta de cobertura de red móvil les había salvado.

Siria

HARPER REGRESÓ DE COMPRAR PROVISIONES EN LA ÚNICA TIENDA DE BEROJ. TÉ, LECHE, AZÚCAR, botellas de agua, frutas y varios otros artículos de comestibles y alimentos. Ayudó a Rahman a guardarlos en la furgoneta Mercedes y entró en la casa.

—Ya estás despierta.

—Me quedé dormida. Estaba agotada —respondió Khetam avergonzada.

—No tienes que disculparte —Harper sonrió. Miró por encima del hombro de la mujer yazidí a Samira, quien negó con la cabeza en silencio.

No nos ha dicho dónde están el resto de las mujeres.

Khetam los había guiado a la casa en Beroj la noche anterior. Estaba en el borde del pueblo, apartada del vecindario. Habían entrado esperando encontrar a las mujeres yazidíes heridas adentro, pero estaba vacía.

—Las llevaré por la mañana —había dicho Khetam desafiante.

—¿No confías en nosotros? —le había preguntado Samira, sorprendida—. Somos de DFTF. No informaremos a la policía ni al ejército...

—Naam, sayyidati. Pero tengo que ser cuidadosa. Mis okhti han sufrido durante años. No muchos han venido a ayudarnos. Tenía que asegurarme de que no nos siguieran.

No la habían presionado.

Necesitábamos el descanso de todos modos.

—Estamos listos —le dijo Harper.

—Podemos ir ahora —Khetam se puso de pie.

—¿Está lejos?

—Te lo diré cuando empecemos.

—Karbala —dijo la luchadora yazidí cuando Rahman encendió el motor.

—¿Karbala? —preguntó Samira sorprendida—. Eso está muy cerca de la frontera turca.

—Naam —Khetam sonrió—. Y donde estamos acampadas está muy cerca de la frontera iraquí también. Podemos escapar a cualquiera de los dos países desde allí.

HARPER MIRÓ A SAMIRA CUANDO LLEGARON A KARBALAA Y LA RODEARON, SIGUIENDO LAS indicaciones de Khetam.

—Confía en mí —dijo la mujer yazidí, sintiendo su inquietud—. No está lejos de aquí.

Llegaron al campamento una hora después.

Estaba en un parche de bosque a orillas del Tigris. Siguiendo sus indicaciones, Rahman condujo hasta un claro y se detuvo. Harper bajó y miró alrededor. Alfombra de hierba. El olor del río, cerca. Un profundo silencio, roto solo por el susurro de las hojas.

—¿Dónde...?

Khetam hizo un llamado de pájaro, y el bosque cobró vida.

Lo que ella había pensado que eran solo arbustos se separó para revelar tiendas camufladas, de las cuales emergieron mujeres. Varias tenían rostros duros y llevaban rifles semiautomáticos.

—No hay necesidad de eso, Golleh —le dijo Khetam a la mujer que se acercaba. Estaba vestida con un uniforme de combate y se detuvo a varios metros de distancia, con su arma levantada—. Estos son los voluntarios de DFTF.

Golleh los evaluó durante varios momentos, miró más allá de ellos a su ambulancia, y finalmente se relajó.

—¿Tienen hambre?

El estómago de Harper rugió fuertemente en ese momento, lo que rompió el hielo.

—Era capitana en la Unidad de Mujeres Ezidixan —susurró Khetam mientras seguían a Golleh a través de una tienda, más allá de la cual había un claro más grande. Las mujeres amontonaron comida en sus platos de grandes ollas y se los entregaron a los recién llegados.

Ese era el grupo de combate de mujeres yazidíes, recordó Harper.

—Una vez que la guerra terminó y el EIIL fue derrotado, las soldados volvieron a sus aldeas para encontrar que no quedaba mucho. Maridos, padres... muchos de ellos habían sido asesinados por los terroristas o en la batalla. Nos asentamos de nuevo en la vida lo mejor que pudimos, y luego llegaron los hombres de Hadi. Capturó a muchas de nosotras de nuevo y las llevó a las Montañas Hamrin, donde tiene su escondite. Golleh estaba en mi aldea. Organizó nuestra fuga cuando los terroristas regresaron.

—¿Todas ustedes son de una sola aldea? —Harper observó a las mujeres que se habían reunido alrededor de Samira y Rahman.

—No de una sola. De las vecinas, pero todas somos del Distrito de Sinjar.

Ahí es donde está la mayoría de la población yazidí.

—Se ha derramado mucha sangre en nuestra tierra.

Harper asintió ciegamente. *La Masacre de Sinjar, donde miles de yazidíes fueron asesinados por los terroristas y cientos de mujeres fueron tomadas como esclavas.* Había aprendido sobre ello.

Leí sobre ello en un Starbucks en DC mientras tomaba un café con leche, mientras estas mujeres regresaban de la guerra a hogares destrozados.

—¿Fuiste capturada?

—No —Khetam negó con la cabeza—. Pero mi esposo fue decapitado. Hay muchas allá —señaló al grupo— que fueron esclavas. Fueron rescatadas por las YPG...

—El grupo de combate kurdo. Sé de ellos.

—Naam, ellos liberaron a las mujeres. Cuando los animales de Hadi regresaron a nuestras aldeas, ellas sabían lo que pasaría si fueran capturadas. Se unieron a nosotras.

—¿Dejaron atrás sus hogares, sus familias?

—Nos animaron a escapar. Volveremos cuando Hadi esté muerto.

Lo cual podría ser dentro de mucho tiempo, pensó Harper sombríamente.

—¿CÓMO VIVES CON ELLO? —LE PREGUNTÓ A SAMIRA ESA NOCHE MIENTRAS YACÍAN EN SUS camas en la tienda. Habían atendido a varias mujeres después de su comida, antes de que el anochecer las detuviera.

—¿Vivir con... este sufrimiento? —La doctora se apoyó sobre un codo.

—Naam.

—He aprendido a vivir en el presente. Pienso en lo que estoy haciendo, la ayuda que puedo dar, que podría mejorar sus vidas. Si me detengo en el pasado, me consumiré. Los humanos son capaces de gran crueldad, pero hay muchos de nosotros que somos generosos, que damos. Como tú —sonrió.

El corazón de Harper latía con fuerza. Se le secó la boca. Estaba a punto de hablar cuando la siria sonrió y apagó la luz.

Parpadeó y se rió por dentro. Tiene razón. *Este no es el lugar ni el momento para decir lo que sentimos la una por la otra.*

NORTE DE IRAK

—¡SILENCIO! —RUGIÓ LABEEB ASLAM MIENTRAS SE ACOMODABA SOBRE LA FINA SÁBANA EN EL suelo—. Mañana tenemos mucho terreno que cubrir.

Los veinte combatientes que lo acompañaban se callaron mientras se preparaban para dormir.

Estaban siguiendo las instrucciones de Hadi, de recapturar a las mujeres yazidíes que habían escapado de los pueblos de Sinjar. Labeeb había recogido más rumores de que se estaban escondiendo cerca del Tigris, en el lado sirio.

Mañana. Cruzaremos el río sobornando a los guardias y las encontraremos.

Él había tenido dos esclavas, en la época en que el EIIL gobernaba Sinjar. Esperaba que las mujeres aún estuvieran vivas y formaran parte del grupo que perseguían.

Sus entrañas se estremecieron ante la idea.

Mosul

ISAR SALIK NO ESTABA CONTENTO.

Había llegado a Mosul la noche anterior y había inspeccionado la oficina de DFTF. Cuando amaneció, se quedó merodeando hasta que la oficina abrió y se presentó como voluntario.

Los trabajadores de la oficina se negaron a aceptarlo.

—Tenemos suficiente gente —dijo el gerente, sonriéndole—. Lo que necesitamos es dinero.

¡Dinero! Salik no iba a desprenderse del suyo. No importaba que lo que tenía en el bolsillo proviniera del saqueo a civiles inocentes. Era suyo, y de ninguna manera iba a darle nada de eso a esta organización benéfica.

Le devolvió la sonrisa a la mujer y deseó poder hacer su voluntad con ella. Se escabulló, compró una bebida a un vendedor y contempló su próximo movimiento.

No podía llamar a Hadi e informarle que había fracasado en su primer intento. El líder terrorista lo ejecutaría a su regreso. No, debía haber otra manera de averiguar sobre Samira Latif, Laila Ahmed y Rahman Abdul.

Mientras observaba, Ijaz Mansour salió de la oficina y subió a un vehículo. Estaba solo y parecía estar desarmado.

Salik lo siguió en la motocicleta que había alquilado.

SIRIA

—¿DÓNDE ESTÁN? —GRUÑÓ CUTTER EN VOZ ALTA, FRUSTRADO.

Había buscado en Beroj pero no había encontrado el vehículo de DFTF. Había preguntado a varios aldeanos, pero ninguno había visto a los voluntarios.

—No han estado aquí —dijo un anciano, cojeando con una muleta—. Habría ido a verlos si hubieran estado aquí.

Faroukh no me mentiría. No tenía nada que ganar con ello. ¿Acaso Rahman lo engañó?

¿Por qué lo haría?

Se limpió el sudor y bebió de su botella de agua. Una camioneta pasó rodando, llevando hombres barbudos que lo miraron impasibles. Observó cómo se alejaban mientras planeaba su próximo movimiento. *Recorreré los pueblos de los alrededores. Podrían haber establecido un campamento en uno de ellos.*

MOSUL

SALIK TUVO SU OPORTUNIDAD CUANDO MANSOUR ESTACIONÓ FRENTE A LA OFICINA MUNICIPAL EN la Ciudad Vieja y entró. Se acercó al vehículo de DFTF, un Ford maltratado. Tenía alarma. No podría forzarlo sin llamar la atención. Merodeó por el estacionamiento, tratando de parecer discreto, cada vez más irritado porque un trabajador de oficina estaba desperdiciando su valioso tiempo.

Finalmente, Mansour salió, sujetando un archivo en la mano. El hombre se detuvo para hablar con el guardia de seguridad, le dio una palmada en el hombro y se dirigió a su coche.

Por fin, gruñó Salik para sus adentros. Se bajó de su moto y dejó la llave puesta. Quería que la robaran. Agachó la cabeza y se apresuró mientras Mansour empezaba a abrir la puerta. Rodeó el capó y subió al asiento del pasajero antes de que el conductor pudiera reaccionar.

—¡Conduce! —gruñó mientras apuntaba con su pistola al gerente de DFTF.

IJAZ MANSOUR NO ERA UN SOLDADO. COMENZÓ A GRITAR CON EL PRIMER CORTE Y A CHILLAR cuando Salik le cortó uno de sus dedos.

En media hora, el terrorista había obtenido todo lo que el gerente sabía. Lo cual no era mucho, pero su trabajo había sido extraer lo que el hombre de DFTF sabía, lo cual había logrado. Le cortó la garganta a Mansour y salió del coche.

Había hecho que el gerente lo condujera hasta un edificio bombardeado en Nablus, que era uno de sus lugares favoritos para torturar. Se limpió las manos en la tierra suelta, comprobó que su ropa no tuviera manchas de sangre notables y salió del vecindario para tomar un taxi.

MANSOUR SABÍA QUE SE ESTABA MURIENDO. SU PROPIA SANGRE LO ESTABA AHOGANDO; SUS órganos estaban fallando. Con la última de sus energías, escribió con su dedo en la superficie más cercana.

UN NIÑO PEQUEÑO QUE PERSEGUÍA A UNA CABRA PERDIDA ENCONTRÓ EL CUERPO. CORRIÓ gritando hacia su madre, quien llamó a la policía. Identificaron a Ijaz Mansour por la tarjeta en su billetera.

El coronel Reyhan Kader leyó el informe durante su pausa para el almuerzo.

—¡OMAR! —gritó y, cuando su ayudante se apresuró a entrar, dio una orden—. ¡Tráeme todo sobre el asesinato de Mansour! ¡Ahora mismo!

Apretó los dientes cuando revisó el informe nuevamente. Las raíces de Kader estaban en un pequeño y oscuro pueblo cerca de Basora. Había crecido viendo las ambulancias de DFTF llegar cada mes y la gente haciendo fila para recibir tratamiento. Cualquier ataque a la organización benéfica era personal para él.

Asintió en agradecimiento cuando Omar regresó y le presentó primero un vaso de té y luego la bolsa de evidencia. Kader lo despidió, tomó un sorbo y se puso un par de guantes. Extrajo el archivo, que tenía escritura ensangrentada.

Hadi. Lail

El oficial investigador había concluido que la última palabra se refería a Laila Ahmed, una voluntaria de DFTF. Una joven estudiante de Bagdad que había estado estudiando en Estados Unidos cuando sus padres murieron en un coche bomba. Había regresado a Irak y se había unido a DFTF.

Kader frunció el ceño cuando leyó que la organización benéfica no sabía exactamente dónde estaba Laila Ahmed.

—Naam, sayidi —respondió una mujer a su llamada, sonando como si apenas pudiera contener las lágrimas—. Está haciendo voluntariado con Samira Ahmed, una doctora siria. Rahman Abdul es su conductor. Es nuestro equipo estándar de ambulancia de tres personas. Están en el norte de Irak. Samira se reporta todos los días con fotografías, pero no tiene nada más específico.

—Llámalas...

—La cobertura de red no es muy buena en esa región. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

Kader no quería asustarla. —No —respondió—. Estamos verificando a cada voluntario de DFTF después de lo sucedido...

La mujer estalló en llanto.

Colgó silenciosamente y marcó el número de Difiore.

—Necesitamos reunirnos, sayyidati.

—Eso no será posible a menos que venga a Rabia.

—¿Rabia? —Kader se incorporó en su silla—. ¿Qué está haciendo allí? ¿Sabe lo peligroso que es salir de la ciudad? ¿Por qué no...?

—Ahórreselo, Coronel —Se rió ella—. Ya recibimos un sermón de Grogan. Nuestra investigación nos trajo aquí. ¿Tiene algo para nosotros?

—Hubo un asesinato en Mosul hoy. No creo que esté relacionado con su caso de ninguna manera, pero como Hadi está en su radar, sentí que debían saberlo —Les informó sobre el asesinato de Mansour y sus escritos.

—Laila Ahmed —preguntó Difiore—. ¿Está seguro de que se refería a ella?

¿Qué es eso en su voz?

—Tiene que ser ella —respondió Kader—. No hay nadie más en DFTF con ese nombre. ¿La conoce?

—No, sayidi, ¿por qué la conoceríamos? Por favor, manténganos informados sobre la investigación.

—Naam —Kader colgó y se preguntó qué le estarían ocultando sus amigos americanos.

DIFIORE SE VOLVIÓ HACIA QUINDICA, QUIEN HABÍA ESTADO ESCUCHANDO.

—Samira, Harper y Rahman están en peligro. Hadi está tratando de averiguar exactamente quiénes son.

—Llama a Cutter.

S *iria*

CUTTER GROGAN PATEÓ SU RUEDA CON FRUSTRACIÓN MIENTRAS BEBÍA DE SU BOTELLA DE AGUA. Había rodeado Beroj y revisado seis aldeas antes de detenerse a descansar.

No visitaron ninguno de esos lugares. ¿Dónde pueden estar?

Estaba haciendo malabares con su botella cuando sonó su teléfono, y se le resbaló de la mano cayendo al suelo, derramando su contenido. Maldijo y contestó la llamada.

—Más vale que sea importante —gruñó.

—No lo es —replicó Difiore con brusquedad—. Hadi está intentando averiguar las identidades de Samira, Harper y Rahman.

Sus entrañas se encogieron cuando ella le informó rápidamente. —No visitaron Beroj. Estoy revisando las aldeas de los alrededores. Sin suerte hasta ahora.

—¿Los han... —se interrumpió, temerosa de articular sus miedos.

—No —respondió él con confianza—. Akbar no los ha capturado. Nos habríamos enterado. La gente de aquí habría hablado. Los terroristas no han asaltado ninguna aldea.

—¿Por qué sigues hablando conmigo? ¡Ponte en marcha! ¡Encuétralos!

HARPER SE SECÓ EL SUDOR MIENTRAS SE REFUGIABA BAJO UN ÁRBOL. ELLA Y SAMIRA HABÍAN comenzado a tratar a las mujeres heridas después del desayuno. Habían realizado cirugías menores, recolocado huesos rotos, extraído balas, suturado heridas que se habían abierto... habían estado trabajando sin parar desde la mañana, con Golleh organizando un suministro regular de té y agua.

—¿Cuántas más? —preguntó Harper a la combatiente yazidí, que estaba cerca.

—¿Cuántas más quieres? —La soldado sonrió sombríamente—. Somos treinta aquí. Todas estamos heridas de alguna manera. Incluso yo. —Levantó su mano izquierda vendada. Tres de sus dedos se habían quedado atrapados en una puerta que se cerraba mientras escapaba de su aldea.

—¿Todas ustedes están aquí?

—Tenemos algunas más. Son nuestro perímetro. Nuestros ojos y oídos. Nos advertirán si

algún terrorista viene a Karbalaa. Además, tenemos varias aliadas, mujeres que nos avisan.

—¿Tienen rutas de escape desde aquí?

—Naam. —Golleh asintió pero no elaboró.

Harper se limpió las manos en los pantalones y se unió a Samira para la siguiente cirugía.

NORTE DE IRAK

—TIENE QUE SER LAILA AHMED —INFORMÓ HADI A AKBAR—. ISAR OBTUVO INFORMACIÓN DEL gerente de DFTF en Mosul e hizo varias llamadas a Bagdad e incluso a la universidad en América donde ella estudiaba. Todo coincidía.

—¿Por qué crees que es ella, en ese caso?

—Porque, aunque Ahmed es inteligente, nosotros lo somos más. También hice algunas llamadas a nuestros simpatizantes en América. Uno de ellos fue a su universidad y consiguió su dirección residencial. Nuestro simpatizante entró en su apartamento porque estaba vacío. Escondidos en el baño había papeles. Existe una Laila Ahmed. Es una estudiante. Se parece a la voluntaria de DFTF. Pero la verdadera Ahmed está en Sudamérica en un... lo que ellos llaman una especie de año sabático de dos años. Ella también está trabajando en alguna organización benéfica allí.

—Es una espía estadounidense —susurró Akbar.

—Naam. Debe ser de la CIA. Atrápalas, Faris. Quiero hacer que Laila Ahmed pague por lo que nos hizo. Y esta doctora, Samira Latif, y su conductor. Ellos también tienen que pagar. Encuéntralos.

—Estoy registrando todas las aldeas, sayidi —Akbar no pudo ocultar la frustración en su voz—. Ya sabes cómo es. La gente no es muy cooperativa. Son protectores con la DFTF. Todas las aldeas que visitamos dicen que no han visto la ambulancia recientemente, pero podrían estar mintiendo. Desearía poder disparar a algunos de ellos...

—No hagas eso. Tenemos que hacer esto en silencio.

—Naam. ¿Qué hay de nuestra propiedad? ¿Las mujeres yazidíes?

—Labeeb ha cruzado el Tigris. Está en Siria. Él también está cazando. Las encontraremos pronto. ¿Qué hay de los agentes del FBI?

—Todavía están en su casa en Rabia. Abbas me avisará si van a alguna parte.

—Bien. Encuentra a esta espía estadounidense.

Akbar se acarició la barba mientras instruía a su conductor para que procediera a la siguiente aldea. Le había dicho a Hadi solo una parte de lo que Bisma Kazmi había revelado. Se había guardado el hecho de que Cutter Grogan también estaba buscando a los trabajadores de DFTF.

Debe ser su manejador. O debe estar organizando su regreso a América.

No importaba.

Él, Faris Akbar, atraparía a los voluntarios, y también atraparía a Grogan. Y una vez que Aslam capturara a las mujeres yazidíes... esa sería la guinda del pastel.

—**S**epárense —ordenó Labeeb Aslam a sus combatientes—. Formen tres equipos. Cinco soldados vendrán conmigo a Karbalaa. Un equipo vigilará el acceso al río; el otro cortará la carretera hacia la autopista. Detengan cualquier vehículo que lleve mujeres. Interroguen a los ocupantes y, si tienen alguna duda, maten a los hombres y capturen a las mujeres.

—¿Podemos confiar en el informante, sayidi? —preguntó un combatiente.

—Naam. —Aslam sonrió maliciosamente bajo el sol del atardecer—. Dirige una tienda de comestibles. Ha estado en nuestra nómina durante mucho tiempo. Informó que dos mujeres se abastecieron de comida, vendas y medicinas. No respondieron cuando les preguntó si era para algún hospital o campamento médico. No las reconoció. Dijo que no eran del pueblo. Él conoce a todos aquí. Son ellas —se regocijó—. Estoy seguro. Se están escondiendo en algún lugar de Karbalaa.

—¿Vas a llamar a la puerta de cada casa, sayidi?

—Si es necesario. Pero tengo las direcciones de todas las casas que tienen mujeres. Revisaré esas primero.

HARPER FUE DESPERTADA DE SU SIESTA POR VOCES URGENTES. SE HABÍA ACOSTADO EN SU LECHO después de horas de tratar a las mujeres y se había quedado dormida.

Miró hacia el lecho de Samira. Estaba vacío. Se puso la chaqueta y los zapatos y salió apresuradamente de la tienda.

—¿Qué pasa? —Parpadeó cuando un rayo de sol le dio en la cara y se unió a la doctora, que hablaba en voz baja con Khetam, Golleh y Rahman.

—Tenemos que irnos —respondió Samira con tensión—. Golleh ha oído que hay hombres buscándolas en Karbalaa.

—¿Terroristas? —preguntó Harper con temor.

—Tenemos que asumir que sí —respondió Golleh. Se apartó y dio una palmada, lo que hizo que las mujeres yazidíes se reunieran a su alrededor.

—Empaquen —dijo brevemente la comandante—. Solo llevaremos nuestra ropa, comida y armas. Dejen las tiendas aquí. Nos vamos en media hora.

—¿Cómo? —susurró Harper a Khetam.

—Tenemos vehículos.

—¿Dónde? No los vi.

—Están escondidos en el bosque.

—Ven. —Samira la empujó con el hombro y fue a su tienda—. Tendremos que irnos con ellas. Si nos quedamos, los terroristas podrían capturarnos.

Harper asintió ciegamente mientras metía su ropa en su bolso de mano y se lo entregaba a Rahman, quien lo guardó en la parte trasera de su Mercedes. Se lamió los labios secos mientras observaba a las mujeres yazidíes moverse rápida y eficientemente para cargar sus pertenencias en dos camionetas.

—¿A dónde vamos?

—De vuelta a Irak —respondió Golleh brevemente—. Hay un barranco en la frontera, no lejos de Khanik. Es un terreno brutal, por eso no está vigilado, y más allá está el territorio del Ejército de Qaim. La milicia lo controla. Pero hay un camino por allí. No mucha gente lo conoce.

—¿Los terroristas lo saben?

—Podrían —respondió la comandante sombríamente—, por eso tenemos que irnos inmediatamente. Tú —se dirigió a Samira—, te quedarás en medio de nuestros dos vehículos. Yo iré en el primero.

—Naam. —La doctora no discutió.

—Toma. —Golleh lanzó una radio a Rahman, quien la atrapó expertamente—. Úsala para comunicarte.

Quince minutos después, salieron del bosque, por un sendero apenas visible que rodeaba Karbalaa y se dirigía hacia el sur.

—¿Alguna vez te han perseguido terroristas? —Harper miró a Samira.

—Un par de veces nos siguieron algunos hombres armados. Rahman condujo como si nuestras vidas dependieran de ello y se rindieron. No sabemos si eran terroristas. ¿Tienes miedo?

—Naam —respondió ella con vehemencia—. No quiero ser capturada por estos asesinos.

Podrían decapitarme y transmitirlo en vivo, pensó, estremeciéndose interiormente.

—Confía en Golleh. —La doctora le dio una palmadita en la mano—. No hay nada más que podamos hacer. Podría llamar a Ijaz, pero no tenemos cobertura telefónica aquí.

Podría enviarle un mensaje a mamá. Ella puede sacarnos de aquí.

No, decidió, levantando la barbilla. Si Samira confía en Golleh, yo también lo haré. Ella nos sacará de esto.

CUTTER ESTABA ACALORADO Y SUDOROSO A PESAR DEL AIRE ACONDICIONADO MIENTRAS conducía por Karbalaa. Había llegado al pueblo después de recorrer todos los demás, a medida que se desplazaba hacia el este. *Unos kilómetros más y estaré en Turquía*, pensó con amargura.

Su mal humor desapareció cuando notó que la tienda de comestibles estaba cerrada. *No está oscuro. Las tiendas en esta parte del mundo permanecen abiertas por un tiempo. La gente se reúne allí para socializar.* Recorrió las pocas calles desiertas del pueblo hasta que se encontró con un anciano.

El hombre estaba en cuclillas en el suelo, apoyado contra la pared de su casa. Levantó la mirada cuando Cutter bajó de su vehículo.

—Marhaba.

El anciano asintió y devolvió el saludo.

—¿Dónde está todo el mundo? —Cutter miró calle abajo—. Nunca he visto un pueblo tan desierto.

—¿Vienes de lejos?

—Naam, tengo que cruzar a Turquía antes de que anochezca. Esperaba comprar algo de comida en la tienda.

—Cobardes —resopló el hombre—. Eso es lo que son.

—¿Por qué dices eso?

—Se esconden al primer signo de problemas.

—¿Problemas? —Cutter controló su voz.

—Los hombres de Hadi —el aldeano escupió con desprecio—. Pasaron por aquí. Todos se escondieron cuando oyeron que estaban aquí.

—¿Lais Hadi? ¿El terrorista? ¿Estuvo aquí? ¿Cuándo?

—No él —dijo el hombre irritado—. ¿No escuchas? Seis de sus hombres. Están buscando a unas mujeres.

—¿Cuándo fue esto? —Cutter se agachó junto a él.

—Hace como media hora. Hay rumores de que estas mujeres estaban acampadas en el bosque, río arriba.

—¿Quiénes son? ¿Las mujeres?

—No lo sé.

—¿Sabes dónde están esos bosques?

—Solo conduce a lo largo del río. Encontrarás árboles. ¿Por qué quieres ir allí? Esos asesinos podrían estar allí. Si tienen a las mujeres... temo por ellas.

—No voy a ir allí. ¿No llamarán los aldeanos a la policía?

—No harán nada —dijo el viejo con desprecio—. Marwan, el dueño de la tienda de comestibles, obtiene la mayor parte de su negocio vendiendo a grupos de milicianos y hombres de aspecto rudo. No. Nadie en Karbalaa hará nada.

—¿Tú no te escondiste?

—¿Yo? —El hombre sonrió, mostrando dientes rotos—. He visto de todo en mi vida. ¿Qué me van a hacer a mí?

Cutter le devolvió la sonrisa instintivamente, sintiendo simpatía por el viejo. *Parece que ha estado aquí desde la época de los dinosaurios. Ya no le queda miedo.*

Agradeció al hombre, corrió hacia su vehículo y salió de Karbalaa, conduciendo temerariamente una vez que dejó atrás el pueblo.

Tengo que llegar a Harper y sus amigas antes que los hombres de Hadi.

—**M**anténganse alerta —instruyó Golleh por la radio que descansaba en el regazo de Rahman. Él la había puesto en altavoz mientras seguía el vehículo de la comandante—. Esta carretera lleva a la autopista, pero nos desviaremos en dirección a Khanik y nos dirigiremos hacia el barranco. Este camino se vuelve estrecho y tiene varias curvas. Estén preparados para cualquier cosa.

Harper apretó sus manos con fuerza para evitar que temblaran. Echó un vistazo al espejo lateral, pero la visión del tercer vehículo detrás de ellos no la tranquilizó.

Que lleguemos a Irak con seguridad, rezó en silencio.

Se aferró a la manija de la puerta cuando el Mercedes dio un giro brusco. Creyó ver un destello entre los árboles al lado de la carretera. Algo golpeó su costado.

—¡AL SUELO! —rugió Golleh.

Harper se agachó instintivamente cuando el fuego de los rifles llenó la noche. Gimió suavemente y devolvió el apretón de Samira con fuerza cuando la doctora extendió su mano. El Mercedes se sacudía y balanceaba sobre sus amortiguadores, mientras Rahman mantenía el pie en el acelerador. Los disparos disminuyeron y cesaron después de un rato.

—Despejado —informó Golleh—. ¿Algún herido?

—Ninguno en nuestro vehículo —respondió Rahman.

Harper se enderezó y miró a su alrededor aturdida.

—¿Estamos vivos? —preguntó, conmocionada.

—Lo estamos —rio entre dientes—. Recibimos algunos impactos en los laterales, pero parece que nada fue dañado. Nuestro medidor de combustible no indica fugas.

—¿Qué pasó...?

Se interrumpió cuando varias mujeres charlaron por la radio. *Un par de rozaduras. Nada grave*, entendió.

Contuvo la respiración bruscamente cuando notó el rifle en la mano izquierda de Rahman. Él conducía con naturalidad con la derecha, sus ojos alternando entre los espejos y la carretera.

—No sabía que tenías eso.

—Protección. Viajamos por terreno difícil. Nunca he tenido razón para sacarlo.

—¿Qué pasó? —Harper se inclinó hacia adelante para mirar por el espejo lateral. Vio la segunda camioneta detrás de ellos, pero ningún otro vehículo—. ¿Quién nos atacó? Creí oír...

—Los hombres de Hadi estaban a ambos lados de la carretera —interrumpió Golleh por la radio—. No vi cuántos eran. Pero tan pronto como nos alcanzaron, devolvimos el fuego. Teníamos combatientes en la caja de las camionetas. Esperaba una emboscada así. Estábamos

preparados.

—¿No nos seguirán? —preguntó Harper con temor.

—Podrían. Pero el terreno está a nuestro favor. Vamos por delante y hay demasiadas curvas en el camino. Podríamos tenderles una emboscada, y saben que estamos armados. Serán cautelosos. No pueden adelantarnos. No hay otra pista que la que estamos siguiendo. Estaremos a salvo hasta llegar a Irak.

¿Y una vez allí?

—He estado luchando contra el EIIL durante años, sayyidati —La comandante parecía saber lo que Harper estaba pensando—. Mi responsabilidad es llevar a mis amigos y a ti a un lugar seguro. Prometo que lo haré.

Su voz era dura, inflexible.

—Sayyidati —intervino Khetam desde el camión de atrás—. Hemos confiado nuestras vidas a Golleh. Cuando dice que nos sacará de aquí, le creemos.

—Yo no estaba... —El rostro de Harper ardió de vergüenza. Se mordió el labio y asintió en silencio cuando Samira le dijo sin voz: *no digas nada*.

Cállate, idiota, se reprendió a sí misma. *Este es el país de Golleh. Ella y los yazidíes lo conocen mejor que nadie. Son supervivientes. Créeles.*

—Está bien tener miedo —le dijo Rahman suavemente.

—¿Miedo? Esa no es la palabra.

Su risa grave y la sonrisa de Samira aflojaron la tensión en su interior. Se desplomó en su asiento y se limpió la cara con la manga. Sintió la forma dura de su teléfono en el bolsillo, lo que le recordó algo.

Siempre podía enviar un mensaje a la vicepresidenta Jill Dalton pidiendo ayuda si las cosas se ponían feas.

No quiero contactarla.

Pero la idea de que el poderío del ejército estadounidense estuviera a una llamada de distancia la tranquilizó.

Labeeb Aslam maldijo mientras observaba los vehículos que se alejaban.

—Podemos perseguirlos —comentó uno de sus combatientes.

—¿Por este camino? —se volvió hacia su soldado—. ¿Lo has recorrido? Pueden esconderse en cualquier curva y hacernos pedazos. ¿Alguien está herido?

—No, sayidi —corearon sus hombres.

—¿Qué hay de los hombres en la carretera?

—Los llamaré de vuelta. —Aslam volvió a maldecir.

Había apresurado a su equipo hacia el sendero una vez que habían registrado Karbalaa. Había preparado la emboscada con tres tiradores a cada lado mientras esperaban que pasara el tráfico.

Habían avistado la primera camioneta, con mujeres en ella.

No pensé que dispararían de vuelta y que habría otra camioneta detrás.

Las mujeres en las cajas de los vehículos habían alineado sus rifles y abierto fuego en ambos lados sin exponerse. Habían mantenido el fuego incluso mientras se alejaban, y para cuando Aslam pensó en dispararles a los neumáticos, ya estaban fuera de vista.

¿Cuándo se volvieron nuestras esclavas tan buenas luchadoras? ¿Se habrá unido alguien de la unidad Ezidxan a ellas?

Los vehículos habían pasado tan rápido que no había podido identificar a las mujeres en la cabina.

Esa ambulancia de DFTF con ellas... parecía tener algunas mujeres también.

No importaba. Las capturaría también, si estaban con las yazidíes.

—Rakim —ordenó a su hombre en la carretera—. Se escaparon. Vamos al barranco... únete a nosotros allí. Ten cuidado. Podrían preparar una emboscada. Las mujeres están en dos camionetas. Hay una ambulancia de DFTF con ellas.

—¿Barranco, sayidi? —preguntó su combatiente con sorpresa cuando terminó la llamada—. ¿No irán a la carretera?

—Por esto es que ustedes, idiotas, nunca serán líderes —dijo Aslam con desdén—. Nunca usan la cabeza. Esas mujeres irán a la carretera y ¿qué harán? Ese camino es más grande. Es recto. Será muy fácil para nosotros alcanzarlas y detenerlas. No, estas mujeres yazidíes son inteligentes. Conocen el barranco. Escaparán a Irak por allí. No irán a ninguna otra aldea. Saben que tenemos simpatizantes en todas partes. Déjeme el pensamiento a mí. Saquen nuestro vehículo.

Les dio la espalda a sus hombres y llamó a Rakim en el río, dándole las mismas instrucciones. Sacudió la cabeza cuando subió a su vehículo.

Sus hombres eran buenos luchadores, pero ¿cerebros? Alá no los había dotado de inteligencia.

CUTTER ENCONTRÓ EL BOSQUE FÁCILMENTE Y ESTACIONÓ EN EL GRUPO DE ÁRBOLES MÁS cercano. Se puso su chaleco antibalas, se colocó su camiseta encima y se ajustó la funda de hombro. Sacó un HK-416 del estuche de armas y se metió varios cargadores en los bolsillos de sus pantalones cargo. Entró en el bosque y se dirigió con cautela hacia el río.

Debería haberle pedido a ese viejo un mapa o alguna indicación de cuán grande es este bosque.

Pensó en consultar el mapa en su teléfono, pero no quería perder más tiempo. El olor a humedad se hizo más fuerte mientras se dirigía al este, sus pies rodando fácilmente, inconscientemente, sobre la maleza, distribuyendo su peso como lo hacían los animales.

Ni mujeres. Ni voces ni señales de un campamento.

Se detuvo cuando olió humo. ¿De dónde venía eso? Vislumbró agua a través del follaje y se acercó sigilosamente.

Murmullos, a su izquierda. A varios metros de distancia, a juzgar por el volumen.

Se deslizó como un fantasma, usando los troncos de los árboles como cobertura hasta que llegó al borde de la línea de árboles. Sombras se movían en la orilla fangosa del río.

Siete hombres. Dos de ellos vertían té en vasos desechables y los repartían. Todos tenían armas y vestían de manera similar: pantalones cargo o de combate y chaquetas desgastadas. Uno sostenía una radio en su mano izquierda. Se rio cuando uno de los que servía el té hizo una broma y el resto se unió a la risa.

El Hombre de la Radio estaba a la derecha del grupo. El resto estaba disperso, con los pies separados entre sí. Estaban relajados, sus rifles colgados en el pecho como si no esperaran problemas.

¿Dónde están las mujeres que perseguían?

Decidió obtener respuestas.

Cutter salió de entre los árboles, con su HK cruzado sobre el pecho, suelto y listo.

Al principio, ninguno de ellos lo notó, hasta que el Hombre de la Radio percibió su presencia y se giró.

—¿Qué...? —dejó caer su taza—. ¿QUIÉN ERES TÚ?

—¿Dónde están las mujeres que perseguían?

Por un momento, ninguno reaccionó, y entonces los Sirvientes de Té estallaron en acción. Se lanzaron hacia su izquierda mientras intentaban agarrar sus rifles.

Cutter movió el cañón cinco pulgadas; presión del gatillo de poco más de siete libras. Treinta cartuchos en el cargador, uno en la recámara. Modo de disparo en automático.

Su primera ráfaga acabó con los Sirvientes de Té, que eran los más amenazantes. Sus disparos trazaron una línea a través de sus pechos, algunos impactando en el barro. Continuó disparando, girando hacia el resto, aprovechando su ventaja de sorpresa. Insertó un segundo cargador antes de que el primero se agotara.

Los terroristas respondieron al fuego en el segundo que le tomó recargar. Una bala pasó alta sobre él; el resto se incrustó en el terraplén.

El Hombre de la Radio recibió un impacto en el muslo, donde Cutter había colocado deliberadamente los disparos. El terrorista rugió de dolor y renunció a intentar disparar, en su lugar cargó contra él, blandiendo su rifle como un garrote.

El resto está caído. No están intentando alcanzar sus armas.

Se agachó bajo el golpe salvaje y clavó el cañón en el vientre del atacante, cuyo aliento escapó en un fuerte jadeo. Cutter retrocedió un paso y balanceó su HK en un arco controlado para destrozarle la mandíbula.

El Hombre de la Radio chilló y soltó su arma. Cayó de rodillas y sollozó mientras se tocaba el rostro con cuidado. Cutter le dio una patada en el pecho para enviarlo de espaldas con un grito. Apartó de una patada el arma del hombre, lo registró rápidamente en busca de más armas y encontró una pistola, que arrojó al agua.

Se desplazó lateralmente hacia el resto de los atacantes, que yacían en el suelo. Los Sirvientes de Té lo miraban sin ver. Otros tres gemían suavemente y se estremecían, la sangre tiñendo el barro bajo ellos y oscureciéndolo. El sexto hombre se lanzó torpemente hacia su rifle y cayó hacia atrás cuando un solo disparo le reventó la cabeza.

Cutter apiló sus armas a cierta distancia y volvió con el Hombre de la Radio.

—¿Cómo te llamas?

El asesino hizo ademán de escupirle y aulló cuando el cañón del HK se hundió en las heridas

de su muslo.

—¿Cómo te llamas?

Los dientes ensangrentados del Hombre de la Radio se mostraron en una mueca.

—Vas a morir...

Cutter le disparó en el hombro.

—¿Cómo te llamas?

—¡RAKIM!

—¿Dónde están las mujeres que perseguían?

—¡Se escaparon! Labeeb intentó detenerlas, pero huyeron.

—¿Labeeb?

—Labeeb Aslam —jadeó el hombre—, mi comandante. Estaba en la carretera fuera de Karbalaa. Condujeron rápido y dispararon antes de que pudiera detenerlas.

—¿Estuvieron aquí antes de eso?

—Naam. —El asesino asintió rápidamente y gritó de agonía cuando Cutter le recordó quién estaba al mando con un empujón brutal—. Está allí —dijo, señalando con la cabeza hacia la línea de árboles—. Derecho adentro, en un claro.

—¿Son trabajadoras de DFTF? ¿Estas mujeres?

—¿DFTF? No, mujeres yazidíes.

Cutter no dejó ver su decepción.

—¿Estaban cazando mujeres yazidíes?

—Naam. Pero Labeeb dijo que había una ambulancia con ellas.

—¿Ambulancia?

—¡NAAM! ¿ESTÁS SORDO...?

Chilló ante otra incisión en el muslo.

—Dos camionetas con las yazidíes —murmuró—. Una ambulancia en el medio. Eso es lo que dijo Labeeb.

—¿Así es como te comunicas con él? —Cutter señaló la radio.

—Naam.

—¿Contraseñas?

Los terroristas no usaban contraseñas ni ningún protocolo al llamar. Rakim gimió y lloró, pero soltó todo lo que sabía. Hacia dónde se dirigía Labeeb Aslam. Nabil y su equipo uniéndose al líder.

—Describe este barranco. ¿Dónde está?

Rakim obedeció, jadeando.

—¿Labeeb las atacará solo después de que estén en Irak?

—Naam. —El tirador asintió desesperadamente—. Ese barranco es demasiado empinado. Podemos ser emboscados fácilmente. Solo podemos cazarlas una vez que estemos en terreno despejado.

Rakim miró hacia arriba con temor cuando Cutter se puso de pie.

—¿Por qué persiguen a estas mujeres yazidíes?

Una expresión de sorpresa cruzó el rostro del hombre, a pesar del dolor que sentía.

—Son nuestras.

—¿Vuestras?

—Naam. Son nuestras esclavas. Escaparon. Tenemos que recuperarlas. Hacen felices a nuestros hombres. Son nuestra propiedad.

Cutter le disparó en la cara.

El viaje fue accidentado. El Mercedes se sacudía y traqueteaba mientras Rahman conducía hábilmente, siguiendo la camioneta de Golleh por el camino hacia Irak.

—A la izquierda —les informó la comandante yazidí por radio— está el camino a Khanik.

Harper alcanzó a ver un sendero más ancho antes de que quedara atrás. Se contuvo de maldecir cuando pasaron sobre un bache profundo y se aferró al agarradero del techo.

—No lo hago a propósito —dijo Rahman, riéndose de su mueca.

—No te creo.

El camino descendió bruscamente mientras las colinas se elevaban desde el paisaje árido que tenían por delante. Unos pocos árboles dispersos formaban una línea oscura que se volvía más definida a medida que se acercaban.

El barranco.

Era estrecho, irregular y rodeado de acantilados duros e implacables.

—¿Qué está pasando? —susurró Harper mientras las mujeres saltaban de la camioneta que iba delante.

—Ni idea. —Samira estiró el cuello para revisar el vehículo de atrás—. También están bajando de ese. ¿Golleh? —Tomó la radio—. ¿Qué...?

—Subirán a las montañas y nos seguirán desde arriba.

—¿Por qué?

—Buena visibilidad desde la cima. Nos avisarán si hay terroristas adelante o atrás. Pueden disparar hacia abajo para protegernos.

Samira sonrió al ver la expresión en el rostro de Harper.

—Golleh sabe cómo luchar. Aprendió en el fragor de la batalla.

—Alábame cuando estemos a salvo —espetó la comandante.

—¿Podrán mantenerse a nuestro ritmo? —le preguntó Harper mientras las combatientes trepaban por las laderas a cada lado y se fundían con el entorno.

—Mira el camino. No iremos rápido.

Como si fuera una señal, la ambulancia trepó por un afloramiento rocoso. Fue el comienzo de un viaje que sacudía los huesos y apretaba los dientes a través del fondo de la grieta. Las sombras se alargaban, pero la luz aún era suficiente para que pudieran navegar las curvas pronunciadas.

Harper divisó huesos blancos en lo alto de un saliente.

¿Una cabra? No parecían humanos.

Entendió por qué ni Irak ni Siria se habían molestado en colocar guardias en esa sección de la frontera. El terreno brutal no era propicio para el tráfico fluido de vehículos. *Cualquiera a pie moriría de sed o por un desprendimiento de rocas.*

Cuatro millas de viaje tortuoso. Sus faros subían y bajaban iluminando las laderas desnudas de la montaña. Las rocas y piedras sobresalientes reducían su velocidad a menos de tres millas por hora.

Una brisa fresca fue la primera señal de que las pendientes se estaban nivelando. Harper se inclinó hacia fuera y rozó una roca mientras pasaban junto a ella en el camino y dejó que el aire secara el sudor de su rostro.

—Recuérdame que nunca me queje de las carreteras de Irak —dijo con sarcasmo.

La noche había caído cuando salieron del barranco y se detuvieron para permitir que las combatientes yazidíes se unieran a ellos.

Harper miró la presencia intimidante de las montañas detrás de ellos y se estremeció.

—¿Nos están siguiendo? —le preguntó a Khetam, que había subido a los acantilados.

—No, pero no podemos ver muy lejos atrás. La visibilidad no llega tan lejos.

—Vendrán —dijo Golleh ominosamente—. Los hombres de Hadi y el Ejército de Qaim conocen este barranco tan bien como nosotros. Vendrán en la noche. —Sonrió brevemente ante la alarma en los rostros de los voluntarios—. Pero tenemos tiempo. A la izquierda está el Tigris. —Señaló en la oscuridad—. A unas cinco o seis millas de distancia. Duhok está al otro lado. El distrito de Sinjar y las montañas, donde están nuestros hogares, están a nuestra derecha. Hay algunos pueblos pequeños, la Carretera 1, más caminos, entre medias. Hay un pueblo abandonado a unas cinco millas de aquí. Nos refugiaremos allí esta noche.

—¿Por qué no podemos conducir toda la noche? —preguntó Harper.

Estaremos a salvo una vez que llegemos a Mosul.

—No podemos, sayyidati —respondió formalmente la comandante—. Mi camión se está sobrecalentando. No podemos arriesgarnos a dañarlo. Tal como están las cosas, tendremos que detenernos varias veces para llegar a ese pueblo. No tenemos muchos repuestos con nosotros. Dije que tenemos tiempo porque los hombres de Hadi serán cuidadosos. Tendrán miedo de una emboscada. Estaremos a salvo en ese pueblo. Tenemos muy buena visibilidad en todas las direcciones. Tenemos suficientes municiones para un enfrentamiento si es necesario. Partiremos temprano en la mañana.

—Tenemos que llegar a Mosul —le dijo Samira.

—Naam, lo sé. Las escoltaremos hasta la Carretera 1 por la mañana. Nadie las tocará en ella. Habrá demasiado tráfico.

Harper miró a Samira, que se mordía el labio pensativamente. *Es decisión de ella y Rahman. Conocen el país mejor que nosotros. Ya me siento más segura, ahora que estamos en Irak.*

Una voz interior le dijo que la complacencia estaba fuera de lugar, pero la ignoró.

—Sí —asintió Samira—. Eso nos funciona.

—Vámonos. —Golleh dio una palmada y se dirigió a su camión.

Harper subió al Mercedes y miró hacia atrás a las montañas.

—Estamos a salvo —le dijo Samira con suavidad.

—Lo sé, pero no puedo sacarme de la cabeza a esos asesinos. No les habría importado que fuéramos trabajadores de DFTF.

—Estaremos de vuelta en Mosul mañana —retumbó Rahman—. Le pediremos a Mansour que nos asigne a un territorio diferente.

—Naam —concordó Harper, pero no pudo sacudirse la sensación de peligro.

— **T** en cuidado —susurró Labeeb por la radio mientras se acercaban al barranco—. Somos blancos fáciles para las mujeres si están en las montañas.

—¿Deberíamos cruzar por la mañana, sayidi? —preguntó Nabil, quien se había unido a ellos desde su vigilancia en la carretera.

—No, idiota. Somos trece. Envía a cinco o seis hombres a los acantilados para eliminarlas si están allí y para cubrirnos mientras atravesamos.

Sacudió la cabeza irritado cuando escuchó al hombre dando órdenes. Tenía que pensar en todo. No era de extrañar que Lais Hadi pudiera depender de tan pocos comandantes.

Cinco tiradores se colocaron frente a las luces de su vehículo, parpadeando rápidamente por los faros.

—¿No aprendieron a apartar la vista de las luces? —gritó furioso, sin importarle que los yazidíes pudieran oírlo—. ¡Vayan!

—Sayidi —preguntó Nabil—, ¿no deberíamos esperar a Rakim?

—Lo llamaré en un momento, pero no podemos retrasarnos más. Las mujeres se escaparán si esperamos hasta la mañana.

Tomó su radio.

—RAKIM, ¿DÓNDE ESTÁS? —GRITÓ IRRITADA LA VOZ POR LA RADIO.

Cutter se detuvo y tomó la radio.

No quiero que Aslam sepa que estoy conduciendo.

Respiró con dificultad, como si se hubiera estado esforzando, y alzó la voz imitando la del terrorista muerto.

—Tenemos un problema, sayidi. Nuestro Hilux no arranca.

—¿Qué le pasó, y por qué suenas así?

—No lo sabemos, sayidi. He inspeccionado el motor pero no puedo ver qué está mal. Tuve que abrirlo. He estado trabajando en ello. Está oscuro, estoy sudando, casi me aplasto los dedos...

—Es suficiente —espetó Aslam—. No quiero escuchar tu historia. Estamos cruzando el barranco. No podemos esperarte más. Alcánzanos cuando puedas.

—No las ataquen antes de que nos unamos, sayidi.

—¿Quién sabe cuándo será eso? Tu vehículo podría estar totalmente dañado. Pero en cualquier caso, no pienso atacar antes del amanecer. Primero necesitamos saber dónde están. Además, podrían haber otros grupos de milicianos por aquí. Tengo que ser cuidadoso. Por eso

quiero llegar al otro lado de este maldito barranco. Vuelve a tu trabajo.

Cutter exhaló aliviado y pisó el acelerador mientras se alejaba del bosque. Había encontrado el campamento de las mujeres y examinado las marcas de neumáticos en el suelo, pero no pudo distinguir si el Mercedes del DFTF había estado allí.

Esas mujeres yazidíes necesitaban tratamiento. Por eso Samira trajo la ambulancia aquí. ¿Cómo supieron los voluntarios de ellas? ¿Que necesitaban ayuda? No usan sus teléfonos.

Intentó resolverlo y se rindió. Lo averiguaría cuando las encontrara.

Las indicaciones de Rakim eran claras. Encontró el desvío hacia el barranco y condujo con más cautela. El camino era accidentado, pero también tenía que estar atento a Hadi.

El barranco se veía oscuro y amenazador cuando sus luces lo iluminaron.

¿Debería cruzar en la oscuridad?

No tengo elección. Los hombres de Labeeb están delante de mí.

Conducía con la mano derecha, la izquierda sosteniendo su HK, listo para un ataque. Su Land Cruiser no estaba blindado y sus luces serían visibles desde lo alto, pero continuó, apretando los dientes ante el viaje sacudido y traqueteante.

Esas mujeres yazidíes, sí que saben elegir un cruce. Unas pocas pueden emboscar a cualquiera que las siga mientras el resto cruza.

Estaba sudando cuando los acantilados escarpados se volvieron más redondeados y la brisa entrante del terreno abierto más allá se hizo más fuerte. Se encogió tanto como pudo en su asiento y apagó los faros.

Apenas puedo ver para navegar. El motor me delatará, pero al menos a los hombres de Aslam les resultará más difícil apuntarme.

Si están esperando al otro lado.

No lo estaban.

Cutter condujo una milla a la izquierda del barranco cuando emergió, luego se detuvo. Bajó y dejó que su sudor se secara mientras inspeccionaba la vasta área abierta. No podía oír nada excepto los sonidos normales de la noche. No podía ver luces. No podía oler presencia humana.

Las mujeres podrían estar en cualquier parte.

Podría esconderme en algún lugar y salir por la mañana. En terreno abierto, en la oscuridad, es fácil para Aslam adelantarse.

Esperaba que las mujeres yazidíes pensaran de manera similar y se refugiaran durante la noche.

Aslam hará lo mismo.

Con ese pensamiento, Cutter abrió una lata de raciones y tuvo una cena fría bajo el cielo nocturno del norte de Irak.

Norte de Irak

HARPER ESTABA EXHAUSTA CUANDO LLEGARON AL PUEBLO ABANDONADO. SE HABÍAN DETENIDO varias veces para que el camión de Golleh se enfriara antes de alcanzar los oscuros edificios.

Suspiró agradecida cuando Rahman tomó su bolso y se apoyó en él mientras seguían a las mujeres yazidíes.

—¿No deberíamos estar en alguna casa en el centro del pueblo? —preguntó cuando Golleh los condujo a una vivienda en las afueras.

—No, puede que necesitemos huir rápidamente. Tenemos que estar en el borde. Además, hay menos de diez casas aquí. El resto han sido destruidas.

—¿Qué es este lugar? —Miró alrededor cuando Khetam encendió una lámpara de aceite. Paredes de concreto con grietas. Techo alto. El olor a aire viciado y el polvo incrustado en las pocas sillas.

—ISIL ejecutó a varios hombres yazidíes aquí —la comandante rompió el silencio que siguió a la pregunta de Harper—. Enterraron los cuerpos por ahí afuera en algún lugar e intentaron demoler el pueblo, pero para entonces los ejércitos de la coalición les pisaban los talones. Huyeron. Desde entonces, este lugar ha estado desierto. La gente dice que está embrujado. Es un rumor que hemos difundido deliberadamente. No mencionamos su nombre. Eso alimenta el mito que hemos creado. Nadie viene aquí, nadie se queda aquí, por eso es uno de nuestros espacios seguros. Hemos almacenado armas, comida, aceite, agua, todo lo que necesitamos para una larga estancia.

El rostro de Golleh estaba ensombrecido por la luz parpadeante, pero Harper podía sentir la fuerza que irradiaba de ella.

—Gracias —dijo agradecida, sintiendo que sus ojos se humedecían—. *Podría habernos enviado a la carretera y llevado al resto a Sinjar. No lo hizo.*

—No, somos nosotras quienes debemos agradecerles —dijo la comandante, sonriendo brevemente—, por ayudarnos. Usted, sayyidati —se dirigió a Samira—, tiene manos mágicas. Mis amigas dicen que se sienten mucho mejor.

—Las tiene —dijo Harper con orgullo—. Puedo confirmarlo —Sus mejillas se sonrojaron ante la mirada que le lanzó la doctora.

—Vayan a descansar. Estableceremos un perímetro. Partiremos temprano por la mañana.

—TAMPOCO HABRÍAN VIAJADO DE NOCHE —DECLARÓ ASLAM MIENTRAS VISUALIZABA EL MAPA de la región en su mente.

Se había despertado al amanecer y estaba bebiendo el té que un combatiente había preparado.

—Se habrían escondido en algún lugar.

—¿Dónde, sayidi? —preguntó Nabil.

—El pueblo más cercano es ese...

—¿Aquel donde matamos a los hombres yazidíes? —Su hombre se enderezó ante su gesto brusco—. Ese lugar está embrujado.

—Es donde yo iría —dijo Aslam con seriedad—. Vamos a comprobarlo.

Sus soldados subieron a sus vehículos ante su señal y se dirigieron al pueblo desierto.

El comandante terrorista sonrió sombríamente ante los remolinos de polvo que los acompañaban y reducían la visibilidad.

Hasta los vientos están de mi lado.

EL REPIQUETE DE LA TIERRA DESPERTÓ A CUTTER. SUBIÓ RÁPIDAMENTE LAS VENTANILLAS ANTES de que el vehículo se llenara de barro y arena, y sacudió la cabeza. *Ahí va mi comienzo temprano. Con este tipo de visibilidad, no puedo ir a ninguna parte.*

Esperaba que no durara mucho.

ASWAD HAFEEZ MALDIJO Y SE ENVOLVIÓ LA GUTRAH ALREDEDOR DE LA BOCA Y LA NARIZ, aunque estaba dentro de su SUV.

—¿De dónde salió esta tormenta? —bramó.

Los cuatro hombres que lo acompañaban no respondieron.

—Ese barranco debería estar a solo un par de kilómetros —El comandante del Ejército de Qaim escudriñó a través del parabrisas mientras la tormenta se arremolinaba a su alrededor y sacudía sus vehículos.

—¿Por qué son importantes estas mujeres yazidíes, sayidi? —preguntó un combatiente.

—Podemos intercambiarlas —explicó Hafeez pacientemente, como si hablara con un niño—, si las capturamos. Escuchaste lo que nuestros hombres en Karbalaa oyeron por casualidad. Que un grupo de asesinos de Hadi está cazando esclavas fugadas. Este es el único paso por el que esas mujeres pueden venir. Las estaremos esperando.

—Esos terroristas las estarán siguiendo.

—Los eliminaremos. Recuerda, tenemos más hombres a los que podemos llamar.

—No están cerca, sayidi. Están cazando a Aram Zafar.

Los labios de Hafeez se tensaron al oír el nombre. Sus soldados se habían dispersado por su territorio, pero ninguno de ellos había encontrado al empresario.

¿Empresario? ¡Bah! Estoy seguro de que es un criminal o un soldado del ejército que ha desertado. Ningún civil puede acabar con mis hombres como lo hizo él.

—Si lo atrapamos a él y a las mujeres... Alá nos habrá bendecido. Acerca este vehículo un poco más al barranco.

Condujeron medio kilómetro antes de rendirse. El viento era tan fuerte que temían que su vehículo resultara dañado.

—Deténganse —ordenó Hafeez—. No podemos arriesgarnos a que se nos averíe un vehículo en este terreno. Esperemos a que pase la tormenta.

—¿A QUÉ DISTANCIA ESTAMOS? —LABEEB ASLAM ESCUDRIÑÓ A TRAVÉS DEL POLVO QUE SE arremolinaba a su alrededor.

—A un kilómetro o dos, sayidi —Su conductor hizo una mueca cuando las piedras golpearon el parabrisas—. Deberíamos detenernos.

El comandante intentó ver a través de la tormenta, pero una espesa manta de barro y tierra volando nublaba su visión. El viento silbaba al pasar junto a su Hilux. Todos habían cerrado sus chaquetas y envuelto sus gutrahs alrededor de sus rostros mientras las ráfagas de viento se colaban por las juntas de las ventanas y llenaban el interior del vehículo con una película de polvo.

—Nabil —Aslam se comunicó por radio con el segundo vehículo—. Detengámonos aquí. Envía a tres hombres a pie al pueblo. Que lo revisen y nos informen.

—¿En esta tormenta, sayidi?

—Naam —espetó—. ¿No crees que las mujeres la usarán como cobertura para escapar?

—Si nosotros no podemos movernos ni un centímetro, ¿cómo lo harán ellas? Nuestras radios se apagarán pronto. La tormenta afectará su señal...

—¡HAZ LO QUE TE DIGO!

—YA LO OÍSTE. NABIL SE VOLVIÓ HACIA SUS HOMBRES—. USMAN, TAZ, BILAL, USTEDES SON los mejores rastreadores. Revisen el pueblo e infórmennos.

—Pero...

—Si no lo hacen, Aslam los matará y dejará sus cuerpos para que los buitres los devoren.

Los tiradores no necesitaron más persuasión.

Nabil hizo una mueca cuando el viento aullante llenó su vehículo al forzar las puertas para abrirlas y salir.

—Más les vale que estén allí —dijo, maldiciendo cuando el barro inundó su vehículo.

—¿QUÉ SUCEDE? HARPER SE UNIÓ A GOLLEH, SAMIRA Y RAHMAN, QUE CONVERSABAN EN VOZ baja en la cocina.

—Bebe esto primero. —La doctora sonrió y le dio un vaso de té—. Lo necesitarás.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Oyes esa tormenta? —La comandante yazidí inclinó la cabeza hacia las ventanas que traqueteaban.

—Naam —respondió Harper, asintiendo—. Ha estado soplando desde que me desperté.

—No podemos irnos hasta que amaine. Lo que significa que los hombres de Hadi tampoco pueden seguirnos.

—Eso es bueno, ¿no? ¿Por qué las caras serias?

—Mi camión está peor de lo que pensábamos. Hay una grieta en el cárter del motor por

donde se está fugando el aceite. Hemos estado intentando arreglarlo toda la noche, pero no tenemos mucho equipo aquí.

—¿Se puede reparar?

—Podemos esperar. —Golleh se encogió de hombros—. Si no podemos, yo y algunos combatientes los escoltaremos hasta la Carretera 1, mientras el resto se queda aquí.

Harper asintió distraídamente mientras bebía, y entonces las palabras hicieron mella.

—¿Se quedarán? —Levantó la mirada, horrorizada—. Los terroristas los encontrarán. Deben estar buscando incluso ahora.

—Pueden protegerse.

—Hadi llamará a más hombres y los rodeará.

—Sayyidati —dijo suavemente la comandante—, esta es la única manera.

—Tiene razón. —Samira le pasó un brazo por los hombros—. De lo contrario, nosotros también quedaremos atrapados aquí y...

—No somos más importantes que ellos.

—Lo son —dijo Golleh con firmeza—. Mi decisión está tomada.

Harper se apoyó en la doctora siria en busca de apoyo mientras contenía las lágrimas.

—Juré que no iba a llorar más —dijo, sonriendo débilmente—. Pero, Golleh, Khetam y las mujeres yazidíes...

—Le estábamos diciendo que nos quedaríamos también —dijo Rahman, sacudiendo la cabeza con resignación—, pero ella fue firme. Ni siquiera me permitió ayudar con su camión. Me impidió ir a la casa donde están trabajando en él.

—Golleh no quiere demasiado movimiento en el pueblo —explicó Samira—. Aunque haya una tormenta afuera, los hombres de Hadi podrían acercarse sigilosamente. No quiere que ninguna mujer se muestre en las calles.

USMAN, TAZ Y BILAL DECIDIERON CORRER. ERA LA ÚNICA FORMA DE VENCER A LA TORMENTA, decidieron. *Correr* no era la palabra correcta para el ritmo que llevaban, pero era más rápido que caminar.

Tropezaron y cayeron varias veces y tuvieron que sostenerse de los hombros para asegurarse de no perderse.

La visibilidad se reducía a un par de pies, y tenían que mirar al suelo para evitar que la arenilla y hasta pequeñas piedras les golpearan los ojos.

Avanzaron en la dirección aproximada del pueblo, maldiciendo, jurando y tosiendo.

KHETAM SE AGACHÓ BAJO LA PROTECCIÓN DE UNA ROCA FUERA DE UNA CASA Y MIRÓ cautelosamente. Todo lo que podía ver era un remolino marrón de polvo espeso.

Se retiró rápidamente cuando su rostro ardió al ser golpeado por la tierra. Tosió y dio la espalda a la tormenta para beber un trago de agua.

Había permanecido toda la noche de guardia y debía ser relevada en otra hora. Comprobó que su AK-47 estuviera bien envuelta y giró para enfrentar la llanura.

Parpadeó cuando creyó ver sombras moviéndose en la tormenta.

No, se dijo a sí misma. *No hay nadie ahí afuera.*

La cortina de polvo se levantó por una fracción de segundo para revelar tres figuras que se tambaleaban hacia ella.

Usmán creyó ver una sombra amenazante delante. Levantó la cabeza para comprobar si era el pueblo y la bajó rápidamente cuando una piedra le golpeó en la frente.

Pensó que era el viento lo que lo arrastraba hacia adelante; solo cuando una mano lo abofeteó se dio cuenta de que alguien lo estaba arrastrando y golpeando.

KHETAM DERRIBÓ AL PRIMER HOMBRE DE UN PUÑETAZO Y GOLPEÓ AL SEGUNDO EN LA CABEZA con un garrote. El tercer desconocido cayó al suelo, llorando ruidosamente, pero sus palabras se perdieron en la tormenta.

Se quedó helada de miedo cuando agarró sus rifles y miró a través de la tormenta, pero no pudo ver a ningún otro hombre. Maldijo cuando se dio cuenta de que había perdido su radio. La buscó, pero no pudo encontrarla.

No había nada más que hacer que meter a los hombres dentro. No podía llamar a los otros centinelas; su voz se perdería en la tormenta.

Noqueó a los hombres con golpes salvajes y arrastró al primero adentro.

HARPER SE GIRÓ AL OÍR UN ALBOROTO.

Una ráfaga repentina de viento cuando se abrió la puerta. Khetam entró tambaleándose, arrastrando algo.

¡Es un hombre!

—Hay dos más afuera —gritó la combatiente, y salió para agarrar a otro soldado. Arrastraron los dos cuerpos adentro y respiraron pesadamente.

—¿Quiénes son? —Golleh volteó a los hombres con su bota.

—¿Están...? —Los ojos de Harper se abrieron de par en par, sorprendida, al ver a los hombres de aspecto rudo.

—No, están inconscientes —respondió Khetam—. Los noqueé. Venían a través de la tormenta a pie. Tenían armas. Las rompí contra la pared y las dejé afuera.

—¡Los hombres de Hadi! —escupió un soldado.

—Podrían ser cualquiera —advirtió la comandante—. Tráeme agua.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Harper y se acercó a Samira y Rahman.

Obtuvo su respuesta cuando un soldado regresó con un cubo de agua. Golleh lo vació sobre el primer hombre que Khetam había arrastrado adentro.

¡Eso no es seguro! Harper miró con sorpresa a Samira. *Podría ahogarse.*

Se tragó sus palabras ante la negación con la cabeza de la doctora.

Golleh está a cargo. Sabe lo que hace.

—¿Tenían radios? —La comandante retrocedió cuando el hombre volvió en sí, jadeando y arcadas.

—Solo les encontré rifles —respondió Khetam—. Deben haberlas tirado al suelo si las tenían. Podemos buscarlas cuando pase la tormenta.

—¿Quién eres? —Golleh se inclinó sobre el hombre, que se sentó y miró alrededor aturdido. Su rostro se volvió inexpresivo cuando los vio.

—Hombre duro. —La comandante lo pateó en el vientre y lo mandó al suelo.

Harper agarró el antebrazo de Rahman y lo apretó dolorosamente.

¿Va a torturarlo? ¿Frente a nosotros?

—Veamos qué tan duro es realmente. —Golleh sacó su cuchillo y lo acercó al ojo derecho del hombre.

Harper enterró su rostro en el hombro de Rahman cuando el hombre gritó.

—¡NO! ¡POR FAVOR!

Miró alrededor para ver al hombre retrocediendo por el suelo, solo para toparse con una línea de mujeres yazidíes inflexibles.

—Te hice una pregunta.

Golleh era implacable. Su rostro no mostraba emoción alguna. Sus ojos eran pozos oscuros e insondables.

—ASLAM. LABEEB ASLAM NOS ENVIÓ. —El hombre miró con temor el cuchillo de la comandante.

—¿Aslam? ¿No son hombres de Hadi?

—Naam. —El soldado asintió rápidamente—. Estamos en su célula. Aslam le informa a él.

Se derrumbó y confesó todo lo que sabía cuando la hoja se acercó más a su rostro. Las palabras salieron en un torrente hasta que no tuvo más que decir.

—¿Qué crees que hará Aslam si no regresas?

—No lo sé.

—¿Hadi también viene?

—No lo sé.

—¿Qué planeaba hacer Aslam cuando nos capturaran?

—Llevarlos de vuelta a las Montañas Hamrin.

Se encogió cuando un gruñido recorrió a las mujeres yazidíes.

—Ustedes son como mis hermanas —balbuceó—. No las tocaría. No-

Golleh lo pateó en la sien y lo golpeó en la cabeza.

—Llévenselos. Átenlos bien, amordácenlos y pónganlos en el cuarto de atrás.

El miedo se retorció dentro de Harper como una serpiente.

Aslam tiene trece hombres, a dos millas de distancia.

El soldado había confesado la ubicación aproximada del terrorista.

Podría hacer que Hadi viniera de las montañas y nos atacara. No podemos irnos hasta que la tormenta pase. Y si lo hacemos-

—Khetam. —Golleh interrumpió sus pensamientos—. Ve a descansar. Tú, Zahura y Jeelan vendrán conmigo cuando la tormenta termine. Llevaremos a nuestros amigos de DFTF a la carretera. El resto se quedará aquí si el segundo camión no puede ser reparado para entonces.

—Eso no será necesario —dijo Samira con firmeza—. Nos quedaremos aquí hasta que todos

podamos irnos.

—Sayyidati. —Los ojos de la comandante brillaron—. Esto no es una discusión. Estén listos para irse tan pronto como el viento amaine.

Giró sobre sus talones y salió de la casa, seguida por las mujeres yazidíes. Solo Khetam se quedó atrás; se acurrucó en el suelo y se cubrió con una manta delgada.

—¡NO PUEDES HACER ESTO! —estalló Harper dirigiéndose a la soldado—. Aslam las matará o las capturará. Sabrá que están aquí una vez que esos hombres no regresen. Conseguiré más soldados—

—Hemos estado luchando la mayor parte de nuestras vidas. Esta será solo una más. —La soldado les dio la espalda para dormir.

Harper la miró y luego a Samira y Rahman. Agarró la manga de la doctora y la arrastró a otra habitación, con el conductor siguiéndolas.

—No podemos dejar que Golleh haga esto —susurró acaloradamente—. Nuestra mejor oportunidad es permanecer juntos.

—Elegió este pueblo por una razón —dijo Rahman, mirando alrededor de la habitación vacía—. Pueden vigilar en todas direcciones y estar preparadas.

—¿Preparadas? —se burló Harper—. ¿Y si los terroristas las superan en número?

—Aslam solo tiene trece hombres con él —intervino Samira.

Harper se volvió hacia ella enfadada. —Puede conseguir más. ¿Por qué estás tan tranquila...?

La doctora extendió su palma, que estaba temblando. —Así de tranquila estoy —dijo, sonriendo sin alegría—. Pero Golleh tiene mucha más experiencia que cualquiera de nosotras. Tenemos que confiar en ella.

—Nuestros teléfonos no tienen señal de red —dijo Harper con amargura—, de lo contrario podríamos haber pedido ayuda.

—Incluso sus radios están caídas. Intenta no entrar en pánico. —Samira le apretó el hombro.

Harper se mordió el labio y asintió. Caminó de un lado a otro de la habitación cuando la siria se fue, junto con el conductor. Sentía un nudo en el estómago; tuvo que meter las manos en los bolsillos para ocultar su temblor.

Samira tiene razón. Tengo que recomponerme.

Respiró profundamente, inhalando y exhalando, llenando sus pulmones de aire, hasta que los latidos de su corazón se ralentizaron.

Salió a la habitación grande donde Khetam estaba durmiendo. Samira y Rahman estaban cerca de la ventana.

Algo sobre ellos...

Lo comprendió.

El viento estaba amainando.

Cutter arqueó una ceja cuando lo sintió. La lluvia de arena y piedras contra su Land Cruiser había disminuido. Levantó la cabeza y escuchó.

Sí, el viento ha bajado.

Todavía no podía ver nada más que la cortina de barro marrón a su alrededor. Se encogió de hombros con fatalismo. Estaba tan cómodo como podía estar en su vehículo, tumbado en el asiento trasero. *Las mujeres no pueden ir a ninguna parte, y Aslam tampoco.*

Esperó.

LABEEB ASLAM TAMBORILEABA CON LOS DEDOS EN SU ASIENTO CON IMPACIENCIA. NO HABÍA tenido noticias de los tres hombres que había enviado.

—¿Se habrán perdido? —pensó en voz alta.

—Podrían haber sido capturados, sayidi —respondió su conductor.

—Usman, Taz y Bilal son luchadores experimentados. No se dejarán capturar.

Aslam no se sentía tan seguro como sonaban sus palabras. *No*, se dijo a sí mismo. *Deben estar refugiándose de la tormenta. Volverán con un informe cuando puedan.*

Levantó la cabeza bruscamente. ¿Era eso...?

—Se está alejando, sayidi —exclamó su conductor—. ¿Lo oye?

El líder asintió, sonriendo ampliamente. Pronto se pondrían en marcha.

EL VIENTO QUE ENTRÓ CUANDO SE ABRIÓ LA PUERTA NO ERA MÁS QUE UNA FUERTE BRISA. Golleh sacudió sus botas y se quitó el pañuelo de la cara para sacudir la arena.

—La despertaré —dijo, señalando a Khetam con la cabeza—, en el último momento. Cuando estemos listas para irnos.

—No —añadió, leyendo la mirada de Harper—, el otro camión sigue averiado.

Se acercó a la jarra de té, llenó tazas para ellas y las trajo. —Sé que estás asustada, pero no tenemos otra opción.

La tormenta amainó afuera.

El furioso golpeo contra la casa se desvaneció.

Una espesa cortina de polvo aún colgaba en el aire, pero Harper sabía que no duraría mucho.

Gimió involuntariamente.

CUTTER SALIÓ DE SU VEHÍCULO Y LIMPIÓ EL BARRO INCRUSTADO. PATEÓ LOS NEUMÁTICOS Y levantó el capó.

El motor debería arrancar. Cruzó los dedos mentalmente. Le daré un poco más de tiempo.

La visibilidad aún era baja. *Apenas puedo ver más allá de cincuenta metros. Mejorará cuando salga el sol.*

Se estiró y esperó.

LABEEB ASLAM SALIÓ DE SU HILUX E INTENTÓ USAR SU RADIO. SEGUÍA SIN FUNCIONAR.

—Voy a dar un paseo —gritó a su conductor y a Nabil, que habían venido a su vehículo—. Quédense aquí. Veré si consigo señal.

—Iré con usted, sayidi —dijo un soldado, adelantándose.

—No. Quédense aquí. También necesito orinar. No hay nadie alrededor. No me perderé.

Trotó hacia la desolación hasta que los dos Hilux se convirtieron en pequeños puntos en el paisaje. Orinó con un suspiro y miró en dirección al pueblo. Creyó distinguir sus edificios mientras se despejaba la bruma de la tormenta.

Estoy tan cerca que incluso podría ir caminando.

CUTTER ENCENDIÓ SU MOTOR Y DIO UN PUÑETAZO AL AIRE CUANDO ARRANCÓ SUAVEMENTE. Comprobó su teléfono en busca de señal. Sin suerte. Sacó un mapa militar de la guantera y lo extendió.

Si yo estuviera guiando a las mujeres yazidíes, me escondería en el pueblo más cercano.

Recordó la escena de la masacre del EIIL y se dirigió hacia allí con determinación.

Aslam estará por ahí, en alguna parte. Tengo que llegar a ellas antes que él.

—¿CÓMO QUE NO ARRANCA? —EXPLOTÓ HAFEEZ CONTRA SU CONDUCTOR—. ¡INTÉNTALO OTRA vez!

—La suciedad debe haber obstruido el motor, sayidi —respondió lastimeramente su hombre—. No pasa nada. Compruébelo usted mismo.

El comandante del Ejército de Qaim maldijo mientras se inclinaba y giraba la llave con furia. El motor no arrancó.

—¡HAZ ALGO! —gritó—. Ve a revisar el motor.

Salió de su vehículo enojado e intentó usar su radio. Sin éxito. Miró con rabia a sus soldados mientras se agolpaban alrededor de su conductor e inspeccionaban el motor.

—Estamos atrapados en medio de la nada —comenzó; entonces escuchó un vehículo acercándose.

Un Land Cruiser oscuro apareció por detrás de la formación rocosa tras la que se encontraban.

CUTTER AGARRÓ SU HK BAJO EL SALPICADERO, PREPARADO PARA UN TIROTEO.

Cinco de ellos. Están armados, pero parecen estar revisando su vehículo. ¿Serán hombres de Hadi?

Ninguno de los desconocidos alcanzó sus armas cuando se detuvo a cierta distancia.

—¿Problemas con el motor? —preguntó en tono conversacional, con su HK justo debajo de la ventana, apuntando a los hombres.

—Naam —respondió uno de los hombres, que estaba a cierta distancia.

Parece ser el líder. El primero en hablar en un grupo de personas suele serlo.

—Me detendría a ayudar, pero no tengo repuestos. Tienen un vehículo diferente. Además, tengo que llegar a Misharah —mintió—. ¿Necesitan agua? ¿Comida? De eso tengo suficiente.

—¿Tienes teléfono?

—No hay señal.

—Aceptaremos agua. Somos aldeanos de Gunde Shela —dijo el líder, sonriendo—. No se preocupe por nuestras armas. Tenemos que llevarlas para protegernos. Terroristas, grupos milicianos... están por todas partes todo el tiempo.

Cutter asintió. Estaba dispuesto a creerle al hombre. Sin embargo, salió por el lado del pasajero con el Toyota entre él y los hombres y sacó una cantimplora extra. Se acercó al borde del capó con su HK debajo de la línea de visión y lanzó el recipiente de agua al líder.

—Eso es todo lo que puedo dar.

Se estaba volviendo hacia su vehículo cuando escuchó un suave murmullo y sintió una oleada de energía recorrer al grupo.

—¿Su nombre, sayidi? —preguntó el líder.

—Aram Zafar —respondió Cutter automáticamente.

—¡ES ÉL! —gritó el hombre y se abalanzó sobre su arma. Los hombres alrededor del capó se dispersaron y buscaron sus rifles.

Cutter tenía cobertura. Ellos no.

Su HK estaba en su mano; las armas de ellos estaban cruzadas sobre sus pechos y hombros.

Se agachó detrás de su Land Cruiser y, con su primera ráfaga, cosió a dos hombres en las piernas. Su segunda ráfaga fue deliberadamente dirigida cerca de la cabeza del líder.

—¡ALTO! —El hombre levantó las manos en el aire.

—Tiren sus armas —ordenó Cutter—. Aléjense de ellas.

Los rifles cayeron al suelo. Los hombres retrocedieron tambaleantes para ayudar a los heridos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Soy Aswad Hafeez —gritó el líder mientras se agarraba la oreja y la apartaba con la mano ensangrentada.

Mi bala debe haberle rozado.

Cutter disparó al suelo cerca de un cuarto hombre que no se había alejado mucho de su rifle.

—Inténtalo si quieres morir.

El soldado retrocedió varios pasos.

—¿Aswad Hafeez? No he oído hablar de ti. ¿Por qué alcanzaron sus armas?

—¡SOY EL LÍDER DEL EJÉRCITO QAIM! —gritó el hombre con ira—. ¿NO HAS OÍDO HABLAR DE MÍ? TODOS MIS SOLDADOS TE ESTÁN CAZANDO.

—No diste mucha pelea. Tus hombres en esos puestos de control tampoco. —Cutter sonrió con desprecio—. ¿Qué clase de ejército son ustedes?

—YA LO VERÁS...

—Deja de hablar. Puedo matarlos a todos y dejar sus cuerpos aquí. Estoy seguro de que ni

siquiera los buitres se alimentarán de ellos.

Hafeez soltó una retahíla de maldiciones ante el insulto, pero cerró la boca cuando una bala silbó en el aire cerca de su cabeza.

Cutter rodeó su vehículo con cautela y se acercó. Se inclinó para recoger las armas. La mano de uno de los soldados se dirigió rápidamente a su cintura; el hombre cayó hacia atrás cuando tres balas le perforaron el pecho.

—Te lo advertí —le dijo Cutter fríamente a Hafeez.

Recogió los rifles por las correas, retrocedió hacia su Toyota y los arrojó en la parte trasera. Luego disparó a los neumáticos del camión y subió a su vehículo. Dio la vuelta al vehículo de Hafeez para perforar las ruedas restantes, levantó la mano burlonamente hacia el hombre y se alejó conduciendo.

Probablemente estoy cometiendo un error al dejarlos con vida.

Sin embargo, no tenía interés en el Ejército Qaim.

Aslam. Su sonrisa se desvaneció.

¿Está delante de mí o detrás?

— **L**a visibilidad aún no es muy buena —dijo Golleh con tensión—. Podemos irnos ahora, pero no podremos ver muy lejos.

Harper no esperó a escuchar la respuesta de Samira o Rahman. Murmuró una excusa y se dirigió al baño, que no era más que cuatro paredes y un techo alrededor de un agujero en el suelo. Cerca había un cubo oxidado lleno de agua.

Estaba limpio, pero su higiene no le interesaba.

Había luchado con su culpa y la promesa que se había hecho a sí misma.

Samira y Rahman. Estas mujeres yazidíes. No puedo quedarme sentada sin hacer nada.

Sacó su teléfono y lo encendió. Rezó en voz baja mientras lo sostenía por encima de su cabeza y finalmente captó una sola barra de señal.

Lo bajó con cautela y tecleó rápidamente un mensaje. Observó atentamente mientras la Tierra giraba y daba vueltas, y entonces llegó la notificación de *entregado*, por fin. Retiró la tarjeta SIM y la reemplazó por una nueva. Salió del baño, se aseguró de que nadie la estuviera mirando y arrojó la batería al exterior. Insertaría una nueva cuando estuvieran en camino.

Regresó a la casa y se unió a Samira, Rahman y Golleh, esperando haber actuado correctamente, esbozó una falsa sonrisa y escuchó la información de Golleh.

WASHINGTON DC

LA VICEPRESIDENTA JILL DALTON SE LANZÓ FUERA DE LA CAMA CUANDO LEYÓ EL MENSAJE. ERAN las tres de la mañana, pero se había despertado instantáneamente cuando su teléfono vibró.

—Es ella —le dijo a Phil, quien se incorporó, alerta, ante sus palabras—. Ha enviado otro mensaje. —Se lo mostró y salió de su dormitorio.

Marcó un número y contuvo la respiración.

—Clare —respondió una voz. Sin *hola, qué tal, por qué llamas tan tarde, qué pasa*. Era característico de la Directora de la Agencia, que respondía cualquier llamada solo con su nombre.

—Es Harper. —La vicepresidenta no pudo evitar que su voz temblara—. Me envió un mensaje hace apenas un minuto.

—Que Catelyn se una a la conferencia.

Dalton asintió, aunque Clare no pudiera verla, y marcó otro número.

—He reenviado el mensaje de Harper a ambas. —Se había recompuesto para cuando Feder se unió a la llamada.

—Sí —respondió la Directora de la CIA. Tampoco cuestionó por qué se requería una llamada en conferencia a esa hora. Si la vicepresidenta la había organizado, tenía que ser importante—. Labeeb Aslam. Está en nuestro radar. Una mala pieza. Trece hombres con él...

—Harper dice que se está preparando para atacar una aldea, la misma donde los terroristas mataron a varios yazidíes. No mencionó ningún nombre. Tienen que actuar rápido.

—Déjemelo a mí —respondió Feder, con su voz de juego—. Haré que mi gente averigüe dónde es. Lo manejaremos como antes. Me pondré a trabajar. —Se desconectó de la llamada.

—Tiene que estar cerca —susurró Dalton—. Debe estar en la aldea que Aslam está apuntando.

—O podría haberlo escuchado —dijo Clare, tratando de aliviar sus temores—. ¿Recuerdas Garbir? Ella no estaba cerca de ese ataque. ¿Has tenido noticias de Grogan?

—No, pero Quindica y Difiore me informan regularmente. Dijeron que Grogan tenía confirmación de que Harper está en Siria. Estaba cerca de encontrarlos.

—¿Siria? En ese caso, están bien lejos de esta aldea. Estarán a salvo. Grogan los localizará pronto. Es bueno.

CLARE SE PELLIZCÓ EL PUENTE DE LA NARIZ CUANDO TERMINÓ LA LLAMADA. SE SIRVIÓ CAFÉ DE la cafetera, que estaba perpetuamente en cocción lenta, y bebió lentamente mientras visualizaba el terreno iraquí.

Tomó su teléfono satelital e hizo una llamada.

—¿Zeb?

—Sí, señora.

Sonaba como si hubiera estado despierto durante mucho tiempo. Sin bostezos ni cansancio en su voz.

—¿Los demás están durmiendo?

—Ya no, señora.

—Lo siento...

—No es necesario disculparse, señora.

—¿Has tenido contacto con Grogan?

—¿Cutter? —Sorpresa en la voz de Zeb—. Llamó a los gemelos hace cinco días pidiendo ayuda.

—¿Te dijo por qué está en la región?

—No, señora.

—Está rastreando a Harper Dalton. Se ha unido a DFTF como voluntaria.

Sonrió cuando escuchó un suave jadeo y el sonido de movimiento. Debía haber puesto la llamada en altavoz para que el resto del equipo escuchara.

—¿Harper Dalton, señora? —preguntó Meghan bruscamente, confirmando sus sospechas—. ¿La hija de la vicepresidenta?

—Sí. —Clare los informó rápidamente—. El último informe de Grogan decía que estaban en Siria.

—Hemos estado siguiendo conversaciones, señora. Un grupo de mujeres huyó de Karbalaa y puede que hayan cruzado a Irak. Hay informes vagos de que una ambulancia iba con ellas. Hubo algunos disparos en el camino y más tarde, al otro lado de la frontera, le dispararon al Ejército de

Qaim de Hafeez.

—¿Harper? —la Directora se enderezó.

—Nada de esto es información confirmada, señora. Hemos estado siguiendo algunas cuentas de redes sociales y sitios web de la darknet... pero nadie ha dicho que alguna mujer haya resultado herida o capturada. Sospechamos que escaparon y los disparos... solo podrían haber sido de Cutter. El Ejército de Qaim está buscando a un tal Aram Zafar. Descubrimos que es su alias. El grupo de milicianos está tuiteando sobre su deseo de atraparlo.

—¿Pueden cruzar a Irak? ¿Como respaldo para él?

Frunció el ceño ante el silencio que siguió, y luego su rostro se aclaró.

—¡Ustedes ya planeaban ir desde el principio!

—Sí, señora —respondió Zeb—. Les ayudaremos a salir si lo necesitan.

Clare colgó, satisfecha.

El equipo de Zeb y Grogan. Pueden iniciar guerras.

O terminarlas.

Norte de Irak

LA MAQUINARIA MILITAR SE PUSO EN MARCHA UNA VEZ QUE EL PRESIDENTE MORGAN AUTORIZÓ el ataque con drones.

El dron Reaper fue sacado de su hangar en Erbil por un piloto de lanzamiento y recuperación de línea de visión. Una vez en el aire, su mando pasó a la tripulación en la Base de la Fuerza Aérea Creech, en Nevada.

La tripulación: un piloto de dron, responsable de navegar la aeronave no tripulada, y un operador de sensores, que manejaba las cámaras y guiaba los misiles.

En los días en que el clima y la tecnología se alineaban, la tripulación del dron podía ver su objetivo con vívido detalle. En los días malos, los objetivos eran puntos en sus monitores, lo que requería conjeturas para separar a los inocentes de los culpables.

Ese día en particular, el dron, basándose en la inteligencia de la CIA —que en realidad era de Harper—, no contaba con las mejores condiciones ambientales para trabajar. La tormenta de polvo había pasado, pero en lo alto permanecía una neblina. El Reaper estaba equipado con cámaras de alta resolución y sensores infrarrojos, pero incluso su equipo de alta tecnología no podía penetrar los escombros en el suelo.

Transmitió imágenes a su tripulación en Creech, que veía a los terroristas de Aslam y sus vehículos como hormigas. También vio a Hafeez y sus soldados, a Labeeb Aslam y a Cutter, ambos a cierta distancia.

El piloto del dron se concentró en el grupo de puntos que eran los hombres de Aslam, los indudables. La inteligencia era concluyente en que eran terroristas. Lanzó el Hellfire.

Ignoró a las otras hormigas, que estaban dispersas; en circunstancias normales, también las habría atacado.

El operador de sensores guió el misil, y en treinta segundos desde el lanzamiento, los soldados de Labeeb Aslam fueron destruidos, dejando sus vehículos como cascarones ardientes.

La tripulación del dron vigiló desde las alturas, confirmó la eliminación y voló el Reaper de vuelta a Erbil.

El piloto y el operador de sensores no sabían que Labeeb Aslam había sobrevivido.

Harper dio un respingo cuando el suelo tembló.

—¡YA VIENEN! —gritó y agarró las manos de Samira y Rahman.

Golleh salió corriendo de la habitación con su rifle en mano, mientras Khetam se incorporaba frotándose los ojos.

—Estamos a salvo —dijo la comandante al regresar, con una sonrisa sombría en su rostro—. Hubo una explosión a cierta distancia. Podemos ver la nube de polvo. Nadie viene hacia nosotros. Tenemos buena visibilidad y nuestros centinelas del perímetro habrían detectado a Aslam y sus hombres si se acercaran.

¡Ataque con drones!

Harper no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que todas las miradas se volvieron hacia ella.

—Naam —Golleh la miró con curiosidad—. Podría ser eso. No hay nada más allí afuera que pudiera causar esa explosión.

Una ráfaga de charla emocionada llenó la habitación cuando más mujeres yazidíes entraron corriendo.

Drone. Aslam ha muerto. Estamos salvadas.

Harper captó fragmentos de su conversación mientras se abrazaban y aplaudían.

Mamá lo ha conseguido.

La opresión en su interior se alivió. El miedo que la había atenazado empezaba a desvanecerse.

—¿Es cierto? ¿Estamos a salvo? —exigió saber Samira.

—Naam —Golleh asintió, sonriendo ampliamente—. Zahura lo vio. La explosión y la bola de fuego fueron lo suficientemente grandes...

—Fue enorme —los ojos de la soldado brillaban—. Debe haber sido un Hellfire con alguna carga especial. Tuve suerte de estar mirando en esa dirección, hacia el norte, por donde cruzamos. Aslam y sus hombres ya no existen. Nadie podría haber sobrevivido a eso.

Harper vio cómo los hombros de la doctora se relajaban de alivio. La abrazó instintivamente y sintió los brazos de Rahman rodeándolas a ambas. Contuvo las lágrimas. Su madre, de quien había huido, era la razón por la que estaban vivas.

Lo procesaré más tarde, se prometió a sí misma. Se aferró a Samira mientras las mujeres yazidíes celebraban a su alrededor.

CUTTER PISÓ LOS FRENOS CON FUERZA, SE LANZÓ FUERA DE SU VEHÍCULO Y RODÓ POR EL SUELO al ver la explosión. Supo instintivamente que era un ataque con drones. Podía ver la nube de polvo en el horizonte, justo delante. También sabía que tirarse al suelo era inútil si el equipo del dron lo consideraba hostil.

Sin embargo, no vino ningún Hellfire en su dirección para pulverizarlo.

Tiene que ser el grupo de Aslam. Se puso de pie y se sacudió el polvo. *Hafeez está detrás de mí, con un vehículo averiado. No puede ser él. Podrían ser más de sus soldados.* Lo pensó mientras volvía a subir al Toyota y reanudaba su marcha.

No, decidió, tiene que ser Aslam quien fue eliminado.

Lo que significaba que Harper había enviado un mensaje a su madre.

Debía estar en esa aldea, o en algún lugar cercano.

Pisó a fondo el acelerador.

LABEEB ASLAM GIRÓ AL ESCUCHAR LA EXPLOSIÓN Y TRASTABILLÓ HACIA ATRÁS POR EL CALOR Y la onda expansiva. Cayó al suelo y se encogió, tratando de convertirse en el blanco más pequeño posible.

Levantó la cabeza después de un rato y se puso de pie con cautela. Podía ver los vehículos ardiendo en la distancia.

—¡NABIL! —gritó y luego se dio cuenta de que su voz no podía recorrer esa distancia. Aunque pudiera, su grito era inútil. Sus hombres estaban muertos.

Aulló de rabia al darse cuenta de lo que había sucedido. Un dron estadounidense había matado a sus combatientes.

¡Podrían estar observándome incluso ahora!

Miró al cielo, pero la bruma de polvo oscurecía su visión. Sin embargo, seguía vivo, lo que significaba que el dron se había alejado, tomándolo por un civil.

¡ME VENGARÉ!

Gritó con fuerza en las vastas llanuras, dándose cuenta de que las mujeres yazidíes eran de alguna manera responsables de la muerte de sus soldados.

Corrió rápidamente hacia la aldea.

GOLLEH SONRIÓ LEVEMENTE MIENTRAS SE MANTENÍA APARTADA DE LAS MUJERES QUE VITOREABAN y celebraban. Samira y Laila estaban en medio de ellas, besándoles las mejillas como si fueran responsables del ataque con misiles. Le daban palmadas en la espalda a Rahman hasta que él levantó las manos en señal de rendición.

Los centinelas del perímetro también habían entrado, y por un momento se sintió tentada de ordenarles que volvieran a sus puestos de guardia.

Déjalos relajarse unos momentos más, se dijo a sí misma. Se lo merecen.

Sabía que la amenaza aún estaba ahí fuera. *No sabemos si todos los hombres de Aslam han muerto. Y aunque así fuera, ¿estará Hadi muy lejos?*

Pero eso podía esperar.

Se colgó la carabina al hombro y estaba a punto de responder a la pregunta de Khetam cuando la ventana detrás de la soldado se hizo añicos y un hombre irrumpió en el interior.

—¿QUIÉN? —gritó el hombre, girando su arma en un arco mientras las mujeres yazidíes chillaban, huían de él y se agrupaban frente a Golleh—. ¿QUIÉN MATÓ A MIS HOMBRES? ¿QUIÉN ORDENÓ ESE ATAQUE?

Golleh se quedó helada. ¿Aslam? ¿Es él?

El extraño tenía los ojos desorbitados, pero su agarre en el rifle M4 era firme. El polvo cubría su cabello y su uniforme de combate.

—¿QUIÉN? —volvió a gritar. Extendió la mano y agarró a la mujer más cercana.

—¡DÍGANME O ELLA MUERE!

—Es doctora —Golleh se sorprendió de lo calmada que se sentía. Se abrió paso entre las mujeres y se adelantó. Podía ver que Laila, la rehén, estaba hiperventilando. Sus ojos estaban abiertos de miedo, su boca abierta, pero ningún sonido salía de ella. El rifle del hombre armado estaba firmemente presionado contra su costado, con su mano libre enredada en su cabello.

—Es voluntaria del DFTF —dijo la comandante yazidí, calculando distancias. Pudo ver a Khetam moverse hacia un lado, su mano deslizándose hacia su arma, que colgaba a su costado.

—¡ALTO! —El extraño echó un vistazo a la soldado—. ¡SI TE MUEVES OTRA VEZ, ESTA MUJER MUERE!

—Ya dije que es doctora —repitió Golleh con calma. *No sabrá que Laila no lo es.*

Khetam se relajó ante la amenaza del hombre. Dejó de moverse. Su mano se aflojó.

—Si la matas, ¿crees que vivirás? Míranos. Te superamos en número —le recordó Golleh mientras daba otro paso adelante. Siete pies entre ella y el extraño—. Muchas de nosotras estamos armadas. Si disparas a Laila, te mataremos. Si sobrevives, podrías necesitar la experiencia del DFTF para tratarte.

El extraño la observó a ella y al resto de las mujeres. Sus ojos volvieron a ella con un brillo de reconocimiento.

—Eres tú —gruñó—. Estaba seguro de que había una luchadora liderando a nuestras esclavas...

—¿Tus esclavas? —le interrumpió Golleh furiosa—. Eres Labeeb Aslam, ¿verdad? Oímos que nos estabas cazando. —Se irguió con orgullo—. Somos mujeres yazidíes. No somos esclavas de nadie. No pertenecemos a nadie. Sí, tienes razón. Fui comandante en la unidad Ezidxan. Luché contra ti...

—¡USTEDES SON NUESTRA PROPIEDAD! ¡LAS MUJERES EXISTEN PARA SERVIRNOS! ¡LAS LLEVARÉ DE VUELTA A NUESTRA BASE!

Aslam temblaba de rabia. Su arma se movió del costado de Laila varios centímetros hasta

apuntar al suelo.

Golleh aprovechó la oportunidad.

Se lanzó hacia Laila, golpeando su hombro contra la voluntaria y enviándola al suelo. Su mano izquierda se disparó para apartar el rifle de Aslam, pero el terrorista reaccionó al instante. Dio un paso atrás y extendió su pierna para hacerla tropezar.

Golleh se maldijo interiormente mientras caía al suelo.

—¡ALÉJATE! —rugió a Laila, quien fue levantada y alejada por Samira y Rahman.

—¡NADIE SE MUEVA! —gritó Aslam mientras las luchadoras yazidíes avanzaban—. ¡LA MATARÉ!

—Atrápenlo —ordenó Golleh—. Es solo un hombre.

—¿QUIERES QUE ELLA MUERA?

—ATRÁPENLO. —Golleh miró fijamente a Khetam.

—Tú. —Aslam la golpeó brutalmente con su cañón y apuntó su rifle hacia ella inmediatamente, antes de que pudiera reaccionar.

—No nos servirás como esclava —gruñó—. Eres demasiado problemática.

Golleh podía ver su dedo tensarse en el gatillo. Su rifle estaba debajo de ella, su forma dura clavándose en su espalda. Aslam podría dispararle antes de que lo alcanzara. Siempre se había preguntado cómo moriría, y con feroz orgullo supo que sería allí, frente a sus amigas, que no perdonarían al terrorista.

—Soy Golleh, ex capitana de la Unidad de Mujeres Ezidixan. Soy un problema para el ISIL.

Los ojos de Aslam se encendieron ante eso.

Su dedo presionó con más fuerza el gatillo.

Justo cuando una pantera saltó dentro de la habitación.

¡Es un hombre! Golleh corrigió su suposición inicial.

El recién llegado embistió a Aslam y le torció el arma hacia abajo para que los disparos dieran inofensivamente en el suelo de tierra.

Golleh se arrastró hasta ponerse a salvo mientras algunas de las mujeres yazidíes gritaban y se encogían. La comandante yazidí giró su rifle para acabar con Aslam, pero él y el desconocido forcejeaban en el suelo y no presentaban un blanco claro.

—No disparen —ordenó a sus soldados mientras observaba con el dedo en el gatillo.

Aslam maldecía y juraba mientras golpeaba a su atacante, que ahora estaba encima, agarrándole la garganta. Había perdido su arma cuando el recién llegado lo atacó y tuvo que recurrir a los puñetazos.

El desconocido era delgado, de pelo oscuro, mandíbula estrecha y con barba incipiente en el rostro. No emitía ningún sonido mientras el terrorista le golpeaba las costillas y se impulsaba hacia arriba, tratando de quitárselo de encima. Él seguía estrangulándolo y estrellándole la cabeza contra el suelo.

Aslam intentó arañarle la cara; el hombre se echó hacia atrás y, al hacerlo, resbaló en el suelo. Con un rugido, el terrorista se impulsó hacia arriba y se quitó de encima al atacante, que resbaló en el barro suelto y perdió el equilibrio.

—¡AHORA MORIRÁS! —chilló el asesino del EIIL y se lanzó a por su arma. Se retorció como una anguila y levantó su arma para apuntar al atacante, quien se impulsó desde el suelo usando solo los codos y los pies para propulsarse hacia adelante, en un movimiento que Golleh no había visto antes.

Su mandíbula cayó cuando vio que el hombre pasaba por debajo del rifle de Aslam, lo golpeó hacia arriba para enviar los disparos al techo, lo agarró por la cintura, se enderezó y se llevó al terrorista consigo, en una carrera de zambullida por la ventana por la que había entrado.

Golleh oyó disparos por encima de los gritos de las mujeres y el estruendo de los cuerpos.

—¡AL SUELO! —siseó.

—¿Qué? Por qué... —comenzó Samira y fue interrumpida por Khetam, quien se lanzó sobre la siria y Laila, tirándolas a ambas al suelo. Rahman echó un vistazo a las mujeres yazidíes, que yacían boca abajo en el suelo con sus rifles apuntando a la ventana, y se tumbó en el suelo también.

—No disparen a lo loco —susurró Golleh—. Esperen mi orden.

Sus ojos estaban fijos en la ventana por la que habían desaparecido los hombres, su dedo tenso sobre el gatillo. Oyó movimiento y se tensó.

Dos manos aparecieron a la vista, levantadas, sin armas en ellas.

El desconocido se mostró con cautela, su rostro sombrío ante la vista de las armas apuntándole.

—Tira tu arma al suelo —ordenó Golleh en árabe.

Él se descolgó el rifle y lo colocó suavemente en el suelo.

—¿Alguna otra arma?

Sacó una pistola y un cuchillo y los puso junto a su rifle.

—¿Quién eres?

—Aram Zafar.

Cutter observó a la mujer de rostro duro, que parecía dispuesta a acribillarlo sin perder el sueño por ello.

Es ella. La que guió a las mujeres yazidíes a un lugar seguro. Está acostumbrada al mando. La mujer vestía un uniforme de combate bien usado, botas polvorientas, y su cabello oscuro estaba recogido hacia atrás y atado. Sus labios estaban apretados; el sudor brillaba en su rostro, pero el M4 apuntado hacia él estaba firme como una roca.

Miró más allá de ella, hacia las mujeres que estaban en el suelo. Ellas también parecían no dudar en disparar. No podía ver a Harper entre la multitud de cuerpos.

—¿Puedo entrar?

Todavía estaba fuera de la casa, de pie sobre las contraventanas de madera rotas de la ventana.

—¿Dónde está Aslam?

—Detrás de mí. Muerto.

—Khetam, compruébalo. Prepárate para una trampa.

La mujer se puso de pie y se acercó a la ventana sin exponer su cuerpo.

—Póngalo boca arriba —ordenó bruscamente.

Cutter volteó el cuerpo de Aslam para mostrar el rostro del terrorista.

—Está muerto.

—Entre —ordenó Golleh—. Despacio. Quédese dentro con las manos en alto. No se mueva. Khetam, registre si lleva armas. Zahura, Jeelan, lleven más soldados con ustedes y comprueben si está solo. Informen y luego vuelvan a la guardia.

Cutter observó, impresionado, cómo las mujeres obedecían sus órdenes. Khetam lo palpó bruscamente y confirmó que no llevaba armas. Tocó su teléfono, un modelo común, en el que Beth y Meghan habían cargado varias aplicaciones.

Podría preguntar para qué son. Pero Khetam no encendió el teléfono. Sostuvo la radio de Rakim, que él había estado llevando, y le lanzó una mirada. Él la devolvió impassible y observó cómo revisaba su billetera.

Se tensó, fue hacia Golleh y le susurró al oído.

—¿Puedo bajar las manos?

—¿Quién es usted? —exigió la líder sin acceder a su petición.

—Aram Zafar, ya se lo dije. Khetam debe haber visto mi licencia de conducir.

—Ese es su nombre. ¿Quién es usted realmente?

—Soy un hombre de negocios...

—¿Hombre de negocios? Nunca he visto a un hombre de negocios que ataque y mate a un terrorista de esa manera, uno que lleve esas armas como si estuviera acostumbrado a ellas.

—Yo...

—No hay nadie más en el pueblo —dijo Zahura al entrar por la puerta—. Está solo. Hay una Toyota...

—Es mía —interrumpió Cutter.

—Vuelve al perímetro —le dijo Golleh—. Estén alerta. No ha respondido a mi pregunta —continuó cuando la combatiente se fue.

—Déjeme bajar los brazos. Me duelen.

—Parece ser un soldado entrenado. Estoy segura de que está acostumbrado a cosas peores que unos brazos adoloridos.

Varias mujeres yazidíes se rieron mientras todas se ponían de pie.

¡Rahman!

Cutter vio al único hombre entre ellas, y cuando el conductor se movió, reconoció a las mujeres detrás de él.

Samira... y esa es Harper con su disfraz.

—Dispáreme si quiere —dijo malhumorado mientras bajaba las manos. No reveló el enorme alivio que sentía. *Si Aslam las hubiera capturado...* Alejó ese pensamiento, tomó una botella de agua del suelo y bebió de ella.

Golleh y Khetam lo observaban como halcones cuando terminó. Las mujeres yazidíes se quedaron detrás de ellas y se dispersaron, algunas rodeando protectoramente a los voluntarios de DFTF.

Miró discretamente a Harper mientras se limpiaba la boca. Su rostro estaba pálido y parecía asustada, pero no parecía estar herida de ninguna manera. Estaba de pie cerca de Samira y observaba, con el conductor detrás de ellas.

No puedo identificarme a menos que hable con ella a solas.

—Ya se lo dije. Soy un hombre de negocios...

—¡ALTO! —Golleh alzó la voz—. Khetam reconoció su nombre. El Ejército de Qaim lo está buscando. Usted atacó sus puestos de control. Está por todo internet.

Un murmullo se extendió entre las mujeres. Cutter era consciente de las miradas penetrantes de Harper y Samira.

—Khetam —le dijo a la soldado—. Rompa la solapa superior de mi billetera. Desgarre la costura.

La combatiente la rompió y sacó la tarjeta oculta en su interior.

—Aram Zafar —leyó en voz alta—. Capitán del Servicio de Inteligencia Nacional de Irak. —Lo comparó con la fotografía en ella y se la pasó a Golleh, visiblemente impresionada.

La comandante no compartía su entusiasmo.

—¿Por qué está solo?

—He estado trabajando encubierto en el norte de Irak durante mucho tiempo, recopilando información sobre Hadi y sus hombres.

—Eso podría ser una falsificación.

¡Lo es!

—Sayyidati —se dirigió a ella—, ¿por qué me tomaría tantas molestias?

—Para llevarnos de vuelta al ISIL. Bajo Hadi, los terroristas se han vuelto más inteligentes. No está fuera de su alcance usar identidades falsas para acercarse a nosotras.

La inspiración lo golpeó. —¿Ha oído hablar del Coronel Reyhan Kader?

—¿De la Policía Iraquí? ¿Quién no?

—Llámelo. Es el único que conoce mi tapadera. Él confirmará mi identidad.

—¿Por qué deberíamos llamarlo? ¿Por qué no podemos llamar a su oficina?

—Sayyidati, así no es como funciona el Servicio de Inteligencia Nacional. Si llama al número en el directorio, o se negarán a confirmar algo o negarán que Aram Zafar trabaje allí. Nuestras tapaderas deben mantenerse.

—¿Por qué nos estás siguiendo?

—Escuché que Hadi había enviado un grupo de soldados a Siria...

—¿Cómo te enteraste de eso?

—Esa radio —señaló con la cabeza donde yacía en el suelo— es de uno de los hombres de Hadi. Estaba en su campamento junto al río cerca de Karbalaa.

—Eso fue en Siria —los ojos de Golleh brillaron—. Usted es iraquí. Su historia es increíble.

—Sayyidati, soy un agente encubierto. ¿No cree que cruzar la frontera sería una de mis especialidades? Rakim. Esa es su radio.

Golleh y Khetam intercambiaron miradas.

Parece que han oído hablar de él.

—¿Dónde está?

—Muerto. Yo estaba detrás de ustedes, en el cruce del barranco, pero no estaba...

—¿Ordenaste ese ataque con drones?

Notó que Harper se mordía el labio. Ella desvió la mirada cuando sintió su mirada.

—Informé por radio a mi oficina sobre los hombres de Hadi —mintió—. Ellos podrían haber organizado el dron.

—¿No era uno estadounidense?

—No lo sé —fingió impaciencia—. No he tenido tiempo de consultar con mi gente. Quizás sepa que las redes de comunicación no son muy buenas aquí, y esa tormenta no ayudó.

—No confío en usted —respondió Golleh rotundamente—. Estará bajo vigilancia constante —hizo un gesto a un soldado, quien recogió las armas de Cutter y le devolvió su billetera y teléfono.

Se los guardó en el bolsillo y bebió otro trago de agua mientras las mujeres yazidíes se agrupaban alrededor de Golleh, quien daba varias órdenes.

—¿Qué están esperando? —le preguntó a la comandante cuando se apartó—. No es seguro quedarse aquí mucho tiempo. Hadi...

—Tienen un camión averiado —interrumpió Rahman, que estaba lo suficientemente cerca para escuchar—. Estamos esperando a que lo reparen.

—Tienen su ambulancia. ¿Por qué no pueden viajar algunas de las mujeres en ella?

—Está llena de equipamiento —dijo Samira, acercándose—. Soy Samira Latif, la doctora de DFTF. Y esa es Laila Ahmed. Sin ella, Rahman y yo no podríamos funcionar.

Harper estrechó la mano de Cutter con firmeza mientras sus mejillas se sonrojaban.

—Nuestra furgoneta no puede llevar pasajeros, por eso tenemos que esperar a que el equipo de Golleh repare su camión —continuó la doctora.

—¿Cómo se encontraron con las mujeres yazidíes?

—Khetam nos encontró en Siria. Es una larga historia.

—Ya no es seguro para ustedes viajar de pueblo en pueblo.

—Naam. Volveremos a Mosul. Golleh nos acompañará hasta la carretera y regresará con su equipo una vez que su camión...

—No creo que hayan avanzado mucho —murmuró Rahman—. Escuché a algunas de las

mujeres. El daño en la carcasa del motor es peor de lo que pensaban.

—No pueden quedarse aquí —le dijo Cutter a Golleh con urgencia cuando se unió a ellos.

—Soy consciente de eso —espetó ella—. Estamos trabajando tan duro como...

—No es solo de Hadi de quien tienen que preocuparse.

—¿Qué quiere decir?

—El Ejército de Qaim. Aswad Hafeez está cerca del barranco. Los estará cazando tan pronto como lleguen sus hombres.

Cutter informó a Golleh sobre su hallazgo del líder del Ejército de Qaim, mientras los voluntarios de DFTF y varias mujeres yazidíes escuchaban.

La comandante se limpió el sudor de la cara y maldijo suavemente. —Podemos resistir a un grupo, pero si ambos atacan...

—Mi Toyota. Puede llevar a varias mujeres.

—¿Tú, Zafar? —se burló Golleh—. Ya te lo dije, no confío en ti.

—Tengo que ir a Rabia a encontrarme con unas personas. Está en la Carretera 1, donde pueden alquilar un camión para ir a donde se dirijan. Samira y su equipo pueden volver a Mosul. Voy para allá después de mi trabajo, así que puedo seguirlos y asegurarme de que lleguen a la ciudad a salvo.

—Sinjar —dijo la comandante con orgullo—. Ese es nuestro hogar, donde están sus familias —indicó a las mujeres a su alrededor.

¿Sus familias? ¿Qué hay de la suya?

Harper interrumpió sus pensamientos antes de que pudiera expresarlos.

—Sayidi —dijo, señalando sus costillas—, te han dado una paliza. Debes estar magullado. Ven a la habitación interior. Samira y yo examinaremos tu pecho.

Era la primera vez que la oía hablar.

—¿Tu acento, sayyidati? —sonrió—. Trabajé con muchos soldados estadounidenses. Hablas como...

—Estudié allí, en Estados Unidos, antes de regresar a Irak cuando supe que mi familia había muerto. —Su rostro se cerró, como si no quisiera responder más preguntas.

—Estoy adolorido —dijo, haciendo una mueca—, pero nada está roto. No necesitamos una inspección.

No puedo arriesgarme a que vean mi chaleco antibalas. Podrían hacer preguntas al respecto.

—¿Estás seguro? —preguntó Golleh bruscamente—. ¿Ningún disparo te rozó?

—No. Estamos perdiendo el tiempo. Necesitamos irnos. Mi plan, que vengan en mi Toyota, es el único que tenemos.

—¿Qué tan grande es tu vehículo?

—Un Land Cruiser. Tengo algo de equipaje, pero cabrán tantos soldados como podamos. El resto...

—Irán en nuestro camión. Naam. Muéstrame tu vehículo.

Maldijo interiormente cuando ella se dirigió a la puerta sin esperar su respuesta. No parecía

que le fuera a dar ninguna oportunidad de hablar con Harper.

Ella ajustó su rifle cuando él la alcanzó y se apartó unos pasos.

Sí, todavía duda de mí.

—¿Luchaste en la guerra? —dijo, entablando conversación.

—Con la Unidad de Mujeres Ezidxan.

La miró con interés. —Me encontré con algunas de tus combatientes hace varios años. Eran buenas.

—Mejores que los hombres. No cedimos ni un centímetro.

—¿Dónde están ahora? ¿Las supervivientes?

—Algunas regresaron con las familias que les quedaban. Otras viven solas en Sinjar.

—¿Qué hay de tu familia?

—No tengo ninguna.

—¿Cómo sucedió todo esto? —Hizo un gesto hacia la casa en la que estaban, queriendo decir, *¿cómo terminaste liderando a las mujeres?*

Ella no respondió. La charla intrascendente había terminado.

Gruñó cuando llegaron a su Toyota y pasó los dedos sobre el capó.

—¿Qué hay ahí? —Señaló la caja de armas.

—Mi equipo.

—Servirá —concluyó—. Volvamos.

Golleh dio una palmada cuando regresaron a la casa, ante lo cual las mujeres yazidíes, junto con los voluntarios, se reunieron a su alrededor.

—Nos vamos en media hora. Dejen de trabajar en ese camión. Usaremos el Toyota de Zafar en su lugar.

—No podemos usar su ambulancia —dijo Cutter, dirigiéndose al personal de DFTF—. Es demasiado llamativa. Tenemos que dejarla atrás.

—No —objetó Samira—. Esa furgoneta es cara. Está completamente equipada...

—Sayyidati, DFTF siempre podrá recuperarla más tarde. Los hombres de Hadi y Hafeez la estarán buscando. Tu Mercedes llamará la atención. Es más seguro, no solo para ustedes sino para todos nosotros, dejarla aquí.

Ella hizo ademán de protestar, pero se mordió el labio y asintió de mala gana cuando Rahman y Harper le susurraron al oído.

—No cabremos todos en dos vehículos —objetó una combatiente.

—Soy consciente de eso. ¿Quieres quedarte aquí y enfrentarte a Hadi y al Ejército de Qaim?

La soldado no respondió.

—¿Qué hay de esos tres hombres? —preguntó Rahman—. Los hombres de Aslam que Khetam capturó.

—No vendrán con nosotros —respondió Golleh secamente.

—¿Los dejaremos atrás?

—Naam.

—Pueden morir de...

—Están muertos. Intentaron escapar cuando ocurrió ese ataque con drones.

—Será un viaje apretado —continuó Golleh cuando nadie habló—, pero solo será hasta Rabia. Allí, alquilaremos otro camión y el resto de ustedes irá a casa.

—¿El resto de nosotras? —Khetam captó sus palabras—. ¿Adónde irás tú?

—Con Zafar. Para asegurarme de que nuestros amigos de DFTF lleguen a casa.

No confía en mí.

—Iré contigo.
—Nosotras también —corearon Zahura y Jeelan.
—Esto no es un picnic —dijo Golleh, mirándolas con el ceño fruncido—. Tienen hogares...
—Nadie nos espera —dijo Khetam desafiante—. Tú lo sabes. No tenemos nada más que hacer.
—Vayan, empaquen —gruñó la comandante, lo que despidió a las mujeres.

CUTTER TUVO SU OPORTUNIDAD UNOS MINUTOS DESPUÉS.

Estaba en la ventana cuando sintió una presencia en la habitación. Se giró para ver a Harper, que estaba recogiendo botellas de agua vacías. Ella le sonrió y se inclinó hacia ellas cuando una radio crepitó.

—¡LABEEB! ¿ESTÁS AHÍ?

La radio estaba apretada contra la pared, cerca de donde ella estaba.

Esa debe ser la de Aslam. La de Rakim está con los soldados yazidíes.

—¡Labeeb! ¿Puedes oírme? —La voz era insistente—. Soy Hadi.

Harper se quedó paralizada, al igual que Cutter.

—¿Te contactó Faris? Esa ambulancia de DFTF con nuestras esclavas. Una de ellas es una espía estadounidense. Es Laila. Ella...

Tomó la radio y la apagó. Su rostro estaba pálido y sus manos temblaban cuando se volvió para mirarlo.

Se humedeció los labios e hizo ademán de hablar cuando Golleh entró en la habitación, junto con Samira.

—¿Qué sucede? —exigió saber la comandante yazidí, leyendo su lenguaje corporal.

—Le estaba contando a Laila sobre Hadi —dijo Cutter con naturalidad—, sobre lo peligroso que es.

—¿Por qué tuviste que hacer eso? —le espetó Samira—. ¿No crees que ya está lo suficientemente aterrada? —Rodeó con un brazo a la voluntaria y se la llevó.

Harper lo miró con una expresión que no pudo descifrar y luego entraron en la habitación. Cutter era consciente de que Golleh lo observaba, así que puso su mejor cara de póker.

—No confío en ti.

—Ya lo has dicho varias veces.

—Te estaré vigilando.

—Adelante. ¿Puedo tener mis armas y mi cuchillo?

—No.

—Podríamos enfrentar problemas.

—Te mantendremos a salvo.

Se dio por vencido.

MEDIA HORA DESPUÉS, TAL COMO GOLLEH HABÍA ORDENADO, SE PUSIERON EN MARCHA.

Cutter los guió fuera del pueblo. A su lado, en el asiento del copiloto, estaba Golleh, con su rifle apuntándole. Detrás de él iban Samira, Harper y Rahman, flanqueados por Khetam y Zahura. Apretujadas en la parte trasera estaban Jeelan y varias mujeres más.

Ajustó el espejo para ver el camión abarrotado que los seguía y tomó la pista hacia Rabia.

—Seguiremos este tipo de caminos todo el trayecto —le informó a la comandante.

—Estas son las únicas carreteras hasta que lleguemos a la autopista —resopló ella.

Los viajeros adicionales y el terreno rocoso hacían que el avance fuera lento.

—Sayidi —se burló Khetam cuando pasaron sobre un bache profundo—. Hay otro adelante.

Pasa por encima, por favor. Mi cuerpo necesita la sacudida.

Él sonrió cuando los soldados se rieron estrepitosamente y comenzaron a cantar.

Dos millas después, bajaron por una pendiente pronunciada y volvieron a subir. Llegaron a la cima de la colina y se encontraron con un jeep repleto de hombres armados.

El vehículo estaba a menos de diez metros, sus ruedas levantando polvo mientras avanzaban.

Cutter podía ver a los hombres barbudos a través del parabrisas del Jeep mirándolos fijamente. Vio cómo la boca del conductor se abría de par en par mientras los señalaba.

—¡AL SUELO! —rugió y pisó los frenos. Su mano derecha voló a la guantera para agarrar la Glock de repuesto mientras que con la izquierda bajaba la ventanilla. El arma voló por el aire mientras cambiaba de mano, y un instante después estaba disparando contra el Jeep, cuyos ocupantes también estaban agarrando sus armas.

El parabrisas se hizo añicos. Una explosión roja salpicó lo que quedaba de él. Un segundo arma crepitó. Golleh, con la cabeza agachada bajo la línea de la ventana, solo sus ojos visibles, su M4 apuntando al Jeep. Más rifles hablaron desde fuera mientras Cutter introducía un nuevo cargador.

Una bala golpeó su parabrisas en el borde del techo. Apareció un patrón en forma de estrella. Alguien gritó detrás de él, pero no podía permitirse mirar atrás mientras seguía disparando, junto con las mujeres yazidíes, hasta que los disparos dejaron de venir del otro vehículo.

—¡Cúbreme! —espetó Golleh y comenzó a abrir la puerta.

—¡NO! Espera aquí. Yo lo comprobaré.

Yo tengo armadura, ella no.

—Golleh, no discutas. Por favor. Ahora no.

Ella asintió bruscamente y se sentó más erguida.

—Sayidi —dijo una voz desde atrás—. No creo que debas...

Se interrumpió cuando él salió. Glock en un agarre a dos manos. Ojos en la mira, mira en el Jeep. Dedo curvado sobre el gatillo, listo para el más mínimo movimiento.

Una nube de polvo se elevó en su primer paso al dejar la cobertura de su puerta. Otro paso lo llevó de lado. Cutter dio un amplio rodeo, presentándose como un blanco, rodeando el Jeep.

Tres hombres en el frente, todos desplomados sobre el volante. El reflejo en las ventanillas laterales le impedía ver a través.

Fue a la parte trasera, donde la puerta del Jeep estaba abierta. Un tirador, tendido a medias fuera, levantó la mirada cuando se acercó y alzó su rifle.

Cutter le disparó en el pecho, lo que hizo que el hombre cayera al suelo, donde quedó inmóvil.

Tres hombres más dentro estaban tendidos en un montón. Se acercó a la puerta trasera con cautela. Dos pasos lo llevarían al vehículo.

Sus pies crujieron en la tierra suelta, un sonido que el tirador parecía estar esperando. Gritó mientras se quitaba de encima a los hombres y se lanzaba fuera, disparando.

Cutter cayó al suelo. Una bala zumbó cerca de su mejilla y se estrelló contra el suelo. Esperó. Se tomó su tiempo, y cuando el pistolero llenó la puerta, apretó el gatillo rápidamente. El cuerpo del tirador se sacudió, se deslizó hacia abajo y quedó inmóvil.

Cutter se arrastró hacia adelante y se inclinó para echar un rápido vistazo dentro. No había señales de movimiento.

Se echó hacia atrás cuando oyó un paso y apuntó a la figura que apareció alrededor del Jeep.

—Están muertos —le dijo Golleh impasible.

Se puso de pie, pensó en comprobarlo él mismo y sacudió la cabeza.

Confía en ella. No es nueva en esto.

Registró a los hombres a los que había disparado en la parte trasera y no encontró identificación. El teléfono del conductor era un modelo antiguo, en el que había un nombre que reconoció.

—Hafeez —dijo en voz alta—. Estos son soldados del Ejército de Qaim.

¿Por qué están aquí? ¿Tienen refuerzos?

Entrecerró los ojos mirando el camino, pero no había otro vehículo acercándose.

—Hafeez ha llamado a todos sus hombres —conjeturó—. Empezará a cazarme. Puede que también sepa de ti.

—Naam —asintió Golleh impasible. No hizo ningún comentario cuando él se guardó el teléfono y la radio del conductor.

Khetam y Zahura asomaron la cabeza desde la parte trasera del Land Cruiser cuando regresaron.

—Actuaste rápidamente —dijo la primera soldado con admiración. Se puso de pie y se le unieron otras combatientes—. Jeelan abrió la puerta trasera cuando empezaste a disparar. Salimos por ella y disparamos al Jeep.

Los ojos de Samira y Harper estaban muy abiertos cuando él se subió al volante.

Están en shock, pensó mientras las miraba por el espejo retrovisor.

Rahman, sin embargo, se había recuperado.

—Zafar —dijo con sentimiento—. Te uniste a nosotros hace solo unas horas, pero he visto más tiroteos en ese tiempo que en todos mis años con DFTF.

— Los hombres de Aslam —dijo Zeb mientras inspeccionaba los restos del Hilux y examinaba los cadáveres. Entrecerró los ojos mirando al sol. Casi mediodía.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —preguntó Bwana mientras masticaba chicle y observaba los escombros.

—Tiene que haber un paso a través de las montañas —Beth señaló los acantilados a lo lejos—. Rastreamos el teléfono de Cutter por ahí.

—¿Por qué no vinimos por ahí? —se quejó Roger—. Nos habríamos ahorrado el problema de cruzar el puesto de control de Rabia.

—Lo habríamos hecho si lo hubiéramos sabido —suspiró Meghan—. Supongo que Cutter tampoco lo sabía. Él estaba siguiendo a Harper.

—Esas mujeres que huyeron... ¿podrían estar con ellas las voluntarias médicas?

—Es posible. Si conocen bien el terreno, podrían saber de esta ruta.

Zeb hizo un gesto circular en el aire y todos volvieron a sus Land Cruisers blindados.

—Recuérdame —dijo Broker, mirándolo a través de sus gafas de sol cuando se puso al volante—, ¿por qué estamos revisando este lugar? Ya hemos rastreado su teléfono. Podemos alcanzarlo.

—Tenemos que saber quién está interesado en él —gruñó Zeb. Meghan se sentó a su lado, mientras Beth se unió al operativo mayor. Bear y Chloe, Roger y Bwana iban en el segundo vehículo. Formación estándar cuando tenían dos vehículos.

—Él no sabe que lo estamos siguiendo, ¿verdad?

—No —confirmó la gemela mayor—. Puede desactivar su GPS, cambiar su batería y tarjeta SIM todo lo que quiera, pero una de las aplicaciones que cargamos en su dispositivo le permite a Werner saber dónde está.

Werner, su software de inteligencia artificial, el corazón de sus operaciones.

Zeb se dirigió hacia el sur, en la dirección que su amigo había tomado, y llegaron al pueblo abandonado después de una dura conducción. Los operativos se dividieron y lo inspeccionaron en equipos de dos personas, alerta, listos.

—¿Qué pasa? —preguntó Meghan, notando el rostro sombrío de Zeb.

—Este pueblo no tiene nombre. Solía tenerlo, pero ya nadie se refiere a él por ese nombre. Fue escenario de una masacre.

Ella se estremeció cuando él la informó. Se detuvo cuando él levantó una mano.

—Alguien estuvo aquí —señaló las huellas fuera de la casa en el borde del pueblo—. Muchas personas.

—Mujeres —dijo ella, señalando la basura acumulada en una esquina, dentro.

—Ajá —asintió él—. ¿Habrá alcanzado a Harper?

—Esa basura no parece ser solo de dos mujeres.

Él asintió, fue hacia la ventana rota y silbó suavemente al ver el cuerpo afuera.

El viento sopla en la otra dirección, por eso no lo oímos.

—Otra casa muestra signos de ocupación reciente... —anunció Beth mientras el resto de los operativos se unían a ellos. Se interrumpió cuando él salió por la ventana y se agachó sobre el cuerpo.

—Labeeb Aslam —Zeb reconoció al hombre muerto—. Uno de los lugartenientes de Hadi.

Su rostro estaba sombrío cuando se enderezó.

El terrorista ya debe saber que su hombre está desaparecido. Vendrá a buscarlo.

—**F**aris —habló Lais Hadi por su radio con ira contenida—. Labeeb está muerto. Alguien cortó mi transmisión cuando intenté contactar con su radio, y desde entonces, no he podido comunicarme con él.

—¡Ese ataque con drones, sayidi! Laila Ahmed es la responsable.

—Naam —respondió el comandante de manera ominosa—. Su ambulancia debe haberse unido a las mujeres yazidíes. Deben haber descubierto que las estaba siguiendo. Es la única explicación.

—Tenemos que atraparla antes de que mate a más de los nuestros.

—Estoy bajando de las colinas, Faris. ¿Dónde estás tú?

—Todavía registrando los pueblos.

—No. Se dirigirán a Rabia o a Mosul. Ella es inteligente. Sabrá que la perseguiremos. Una vez que llegue a la Carretera 1, estará a salvo. Encontrémonos en algún punto intermedio y cacémosla. Nos coordinaremos cuando estemos más cerca.

—No es seguro para ti...

—Faris —siseó Hadi, y los hombres que lo acompañaban se encogieron de miedo. Conocían ese tono de voz. Precedía a una furia asesina—. No te lo estoy preguntando. Irak no estará a salvo hasta que acabemos con ella. ¿Cuántos hombres tienes contigo?

—Cuatro.

—Yo tengo diez. Dieciséis en total. Los mejores combatientes que tenemos. Les mostraremos a los americanos que tenemos dientes y que mordemos.

—Grogan también estará por ahí.

—Recuerda lo que te dije. Laila Ahmed y las plataformas. Todo lo demás es secundario.

—Naam, sayidi.

FARIS AKBAR MIRÓ HACIA AFUERA, SIN VER REALMENTE, CUANDO TERMINÓ LA LLAMADA. ESTABA fuera de un pueblo cerca de Duhok. Llegar a Rabia o Mosul les llevaría un par de horas, con el estado de las carreteras.

—Vamos a la autopista —ordenó—. Y estad alerta.

—Abbas —llamó a su hombre—, ¿las mujeres siguen allí?

—Naam, sayidi. Los soldados americanos también. No están haciendo nada.

—Quédate con ellos. Esas plataformas son importantes.

Guardó su radio en el bolsillo y le hizo un gesto a su combatiente para que condujera.

Hadi le había pedido que se olvidara de Grogan, pero no había forma de que lo hiciera.
Él está ahí, en alguna parte. Incluso podría estar con Laila Ahmed.
Sus dedos se crisparon en anticipación.

ASWAD HAFEEZ MIRÓ HACIA ATRÁS A LOS HOMBRES QUE LO ACOMPAÑABAN Y ASINTIÓ CON satisfacción. Cuatro hombres en su camioneta, otros cinco en el vehículo detrás de ellos. Diez feroces combatientes del Ejército de Qaim.

Zafar y esas mujeres. Los atraparé a ambos.

Conducían por las llanuras del norte de Irak, registrando pueblos, dirigiéndose hacia el suroeste, en dirección a la Carretera 1.

Cutter envió el mensaje cuando se detuvieron para beber agua.

Prepárate para moverte rápido.

¿Qué? ¿Por qué?

Refiérete a mí por mi alias, Aram Zafar. Envíame indicaciones para llegar a tu lugar.

—¿Con quién estás mensajeando? —preguntó Golleh con sospecha, acercándose por detrás.

Dejó de responder a Difiore, apagó su teléfono y lo guardó en el bolsillo.

—Con las personas que voy a encontrar en Rabia.

—¿Quiénes son?

—Algunos investigadores.

—¿No tienen nombres?

—No significarán nada para ti, sayyidati. Deberías confiar en la gente.

—Lo hago. Pero tú... hay algo en ti. Estás ocultando algo.

—¿Acaso no lo hacemos todos, Golleh?

—Estamos listos para irnos —dijo fríamente y se dirigió hacia su Toyota.

Cutter se puso al volante y arrancó cuando todos se hubieron subido.

Tenemos que darnos prisa. Hafeez también estará siguiéndonos la pista.

Captó la mirada de Harper en el espejo, pero ella agachó la cabeza y entabló una conversación con Samira.

No pude estar a solas con ella. Debe estar preguntándose por qué no he mencionado esa llamada de radio.

¿ES REALMENTE UN SOLDADO IRAQUÍ? ¿TIENE RAZÓN GOLLEH EN NO CONFIAR EN ÉL?

A Harper se le revolvía el estómago cada vez que recordaba la llamada de radio. *¿Habrá escuchado todo?*

No sabía qué pensar de Zafar. Había llegado a conocer bien a su escolta del Servicio Secreto, algunos de los cuales se habían convertido en amigos.

Zafar, él está un nivel por encima de ellos. Debe ser algún tipo de soldado de fuerzas especiales. Seguro que no es un burócrata de inteligencia.

No sabía qué pensar de su afirmación de que había informado sobre el paradero de Aslam.

¿De verdad cree que ese ataque con drones fue iraquí?

Alejó sus preocupaciones, lo que se volvió más fácil cuando los dedos de Samira encontraron los suyos debajo del asiento.

Se le encendió el rostro. Apartó la mano cuando Rahman se aclaró la garganta a su lado y, discretamente, le mostró el dedo medio.

Samira importaba. ¿Zafar?

Golleh se asegurará de que no haga ninguna tontería.

Ocultó su sonrisa al ver a la comandante yazidí en el frente, alerta, observándolo como un halcón.

—¡Z AFAR! —bramó Hafeez cuando se encontraron con los hombres muertos en el Jeep.

—¿Un solo hombre hizo esto, sayidi? —preguntó un combatiente con dudas, mientras inspeccionaban el vehículo destrozado y su contenido.

—¿Quién más? —se burló el comandante del Ejército Qaim—. ¿Crees que esas mujeres yazidíes son capaces de abatir a nuestros hombres? Eran buenos luchadores. No habrían permitido que un grupo de mujeres acabara con ellos. Es Zafar.

Tocó el capó, que estaba frío. Observó el estado de los cuerpos, que sugería que no llevaban mucho tiempo muertos.

—Ha ocurrido recientemente. En algún momento de hoy. Vámonos. No puede estar muy lejos.

El viento arreció.

GIRABA EN REMOLINOS A SU ALREDEDOR CUANDO EL EQUIPO DE ZEB LLEGÓ AL JEEP.

—¿Cutter? —preguntó Bwana desde detrás del pañuelo que se había envuelto alrededor de la cara.

—Podría ser. O podría ser cualquiera de los grupos. Hay muchos de ellos en esta parte del país. —Zeb recogió un casquillo gastado y lo examinó de cerca. *¡Esto es de un HK! No muchos terroristas o grupos de milicianos usan esas armas.*

Lanzó el cartucho a Bear, que estaba más cerca; lo atrapó con destreza y asintió.

—Es él. Solo Cutter podría causar este tipo de daño.

—¿Solo? —dijo Roger arrastrando las palabras—. Tuvo algo de ayuda. También encontré algunos cartuchos de M4.

—Puede que se haya encontrado con Harper. Los voluntarios podrían tener armas. O esas mujeres que iban con ellos —conjeturó Chloe.

Tendrían que ser combatientes, reflexionó Zeb mientras echaba un último vistazo y se apresuraba a volver a su Toyota.

Sabía que el equipo compartía su sensación de urgencia.

La visibilidad está empeorando. Si Cutter se refugia en algún lugar para protegerse... eso le da más tiempo a Hafeez o Hadi para encontrarlo.

La cortina de polvo descendió poco después de que reanudaran su viaje. Pero no los cubrió por completo. El viento ocasionalmente abría agujeros en ella, ofreciéndoles largos tramos de visibilidad, razón por la cual Zeb siguió adelante.

Fue la razón por la que vieron los camiones refugiados bajo un árbol a su izquierda.

Redujo la velocidad para comprobar si los ocupantes necesitaban ayuda. Vio un rostro barbudo que le devolvía la mirada desde el interior del primer vehículo.

HAFEEZ OYÓ EL RUGIDO DE LOS MOTORES Y ORDENÓ A SUS HOMBRES QUE SE DIVIDIERAN. CINCO se escondieron al otro lado de la carretera, mientras él permanecía dentro de su camión. Los hombres restantes se cubrieron detrás de sus vehículos mientras esperaban que llegaran los vehículos.

—¿No está Zafar delante de nosotros? —le preguntó un soldado por radio.

—Quién sabe —respondió irritado—. Podría ser cualquiera. Pero tenemos que ser cuidadosos. Detengan los vehículos y comprueben quién va dentro. Solo los aldeanos pueden pasar.

Los sonidos se hicieron más fuertes, y dos vehículos coronaron la cima de una colina y bajaron por la pista accidentada.

Land Cruisers. Pocos aldeanos los tenían. Podrían ser empresarios. Y entonces vio al conductor y al pasajero en la parte delantera. *¿Es esa una mujer? ¿Son estadounidenses?*

—Deténgalos —dijo por la radio, que sostenía bajo la ventanilla—. Pregúntenles quiénes son.

No pueden ser soldados. Viajarían en vehículos militares.

ZEB NO PUDO DISTINGUIR QUIÉN ERA EL HOMBRE EN EL CAMIÓN. EL POLVO EN EL AIRE Y EL reflejo de la ventanilla oscurecían su visión. Estaba a punto de acelerar cuando dos hombres armados salieron a la carretera por la derecha.

—Cuidado —advirtió suavemente por el micrófono de su cuello mientras reducía la velocidad hasta detenerse.

—¿Sí? —Bajó la ventanilla un centímetro.

—¿Quiénes sois?

—¿Quiénes sois vosotros? —espetó Meghan antes de que Zeb pudiera responder—. ¿Por qué estáis bloqueando la carretera?

El tirador no parecía estar acostumbrado a que las mujeres le respondieran. Lanzó una mirada al Barbudo en el camión, cuyos labios se movieron.

¿Está hablando por radio?

—Dos camionetas, pero solo tres hombres que podamos ver —advirtió Zeb. Levantó su HK con naturalidad y lo llevó a la altura de la cadera. Vio cómo Meghan imitaba su movimiento mientras miraba desafiante a los tiradores.

—¿Quiénes sois y adónde vais?

—¿Sois hombres de Hadi? —Meghan fulminó con la mirada al hombre.

—¿Hadi? No, somos Qaim...

Se interrumpió rápidamente y levantó su rifle.

—¡ESE ES HAFEEZ, EN ESE CAMIÓN!

Zeb hizo una mueca al oír el grito de Beth en su auricular justo cuando más tiradores surgían por la derecha.

—¡Maniobra! —gritó y giró el volante bruscamente hacia la izquierda.

HAFEEZ MIRÓ ATÓNITO AL TOYOTA, QUE APARENTEMENTE SALTÓ DE LA PISTA Y SE DIRIGIÓ directamente hacia él. El segundo viró hacia la derecha, hacia la zanja donde sus hombres se habían estado escondiendo.

—¡MATADLOS! —gritó.

Y solo entonces se dio cuenta de los dos hombres que se habían lanzado desde la parte trasera del segundo Land Cruiser y ahora yacían en el suelo, disparando a sus hombres en la carretera.

ZEB EMBISTIÓ LA CABINA DEL CAMIÓN, DONDE HABÍA ESTADO SENTADO HAFEEZ, Y METIÓ SU HK por la ventanilla bajada, barriéndola con una larga ráfaga. El Toyota se llenó de sonidos de disparos mientras Meghan, Beth y Broker se unían.

—Hay más tiradores detrás de ese segundo camión —dijo Chloe con naturalidad. Las balas rebotaban en el capó y el techo. Varias marcaron el parabrisas blindado pero no lo penetraron.

El camión se deslizó, girando en la tierra, por el impacto del Land Cruiser. Zeb dio marcha atrás inmediatamente y embistió el segundo camión, lo que obligó a varios tiradores a saltar fuera del camino; fueron rápidamente abatidos por el fuego devastador de su equipo.

—¡ALTO! —gritó alguien.

Zeb comprobó los espejos y se tranquilizó al ver a Bwana y Bear aún tumbados en la carretera. Habían eliminado a los hostiles que los habían abordado y no parecían heridos.

—¿Hafeez? —llamó.

—Dejad de disparar —gimió el líder del Ejército Qaim.

—Tirad vuestras armas.

—¡Estoy herido! No puedo moverme.

—Tiradlas.

Varias manos aparecieron desde detrás de los dos camiones, arrojando rifles al aire.

—Salgan con las manos en alto.

Hafeez salió de detrás de su vehículo, cojeando y agarrándose el hombro. Maldecía continuamente cuando se le unieron cuatro combatientes que también estaban heridos.

—¿Son todos? —gritó Zeb.

—Naam.

—Aléjense varios metros.

—¿Por qué?

—Háganlo.

—Déjame hacer los honores —dijo Bwana con una sonrisa en la voz.

Zeb observó en el espejo cómo su amigo lanzaba dos granadas que explotaron detrás del camión de la milicia. Nubes de tierra se elevaron en el aire mientras los vehículos se estremecían y el metal se doblaba.

Hafeez gritó y se arrojó al suelo.

—¿POR QUÉ HICISTE ESO?

—Podrías haber tenido más tiradores detrás de esos camiones —se rio Bwana.

—No los tenía.

—¿Por qué deberíamos creerte?

Sacó otra granada de su bolsillo y la sostuvo sobre Hafeez, quien intentó retroceder arrastrándose, pero fue detenido por el pie de Bwana en su pecho.

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?

—¿Cuántos hombres más están esperando en el camino?

—¡NO HAY NADIE!

El líder de la milicia observó hipnotizado cómo Bwana lanzaba el explosivo al aire y lo atrapaba juguetonamente.

—¡LO JURO! —gritó, con sudor y lágrimas corriendo por su rostro—. No hay nadie más esperando en emboscada. Mis combatientes están dispersos por todo el país.

—¿Estás cazando a Zafar?

—NAAM. ESE PERRO...

Aulló cuando Bwana le pateó el vientre. El agente guardó la granada y lo registró en busca de armas. Hizo una señal de pulgar hacia abajo al equipo de la Agencia y ató y amordazó al comandante.

Bear se unió a él, silbando, como si estuvieran dando un paseo. Los dos hombres aseguraron a los combatientes de la milicia de rostros huraños y se acercaron a Zeb.

—Cinco tiradores —Bwana se limpió el sudor de la frente e inclinó la cabeza hacia el camino—. Tres de ellos estaban en la zanja. Habían preparado una emboscada.

—No funcionó —dijo Bear con seriedad.

— **E** stá empeorando —murmuró Cutter entre dientes. Escudriñó a través del parabrisas, navegando lentamente entre la polvareda arremolinada.

—¿Esto? —respondió Golleh con desdén—. No es nada. Hemos viajado en peores tormentas.

Él se encogió de hombros para aliviarlos y se inclinó hacia adelante para hacer circular el aire por su espalda. Revisó sus espejos para confirmar que el camión de las mujeres yazidíes les seguía y maldijo cuando se sacudieron brutalmente al pasar por un bache.

No quiero un eje roto a estas alturas.

Rabia estaba a media hora de distancia, pero no podía arriesgarse a ir a toda velocidad. *No con este viento. Hafeez y Hadi también están ahí fuera.*

No creía que montarían una emboscada tan cerca de la ciudad y con ese clima, pero no iba a correr riesgos, por lo que había instruido a los combatientes de Golleh que estuvieran alerta.

RESPIRÓ CON MÁS FACILIDAD DESPUÉS DE VARIOS KILÓMETROS, CUANDO EL VIENTO AMAINÓ Y LA visibilidad mejoró para revelar Rabia en la distancia. Edificios achaparrados. Camiones en la carretera. Sin señales de hombres armados.

Condujo por las calles, sintiendo la sensación de alivio dentro de su vehículo.

—¿Adónde vas? —frunció el ceño Golleh cuando se alejó del centro de la ciudad y se dirigió a las afueras—. El puesto de control está en esa dirección. No hay nada allí.

Él no respondió; estaba visualizando la ciudad en su mente, siguiendo las indicaciones que Difiore le había enviado por mensaje, hasta que llegó a la casa, que tenía un muro derrumbado, un patio polvoriento y dos Land Rovers estacionados enfrente. Un soldado de rostro duro salió de detrás de uno de ellos y levantó su rifle en señal de advertencia.

—Aram Zafar —dijo Cutter, bajando su ventanilla para anunciarse. Contuvo la respiración y esperó que Difiore hubiera seguido sus instrucciones de usar su alias.

—¿Todos ellos están contigo?

—Naam...

Se interrumpió cuando Difiore salió por la puerta, con la Glock a su lado. Quindica detrás de ella.

—Esos no son iraquíes —siseó Golleh suavemente mientras le clavaba su arma en el costado—. Este guardia... parece extranjero.

—Son estadounidenses.

—¿ESTADOUNIDENSES? —Su voz se elevó. Khetam exclamó sorprendida. Podía ver el asombro de los voluntarios de DFTF en el espejo retrovisor.

—Naam. Esas mujeres son del FBI.

—¿FBI?

Hizo una mueca al oír el grito de Golleh en su oído, consciente de que el soldado los estaba mirando fijamente. Difiore y Quindica seguían en la puerta, observando con curiosidad.

—Están trabajando con el Servicio de Inteligencia Nacional... una especie de ejercicio de intercambio de conocimientos. Les paso mi información sobre Hadi.

—¿Cómo sé que son del FBI?

—Puedes pedir ver sus placas. O, por favor, habla con el Coronel Kader. Él lo sabe todo. Ese ataque con drones... también se lo hice saber. Podrían haber organizado un Reaper desde su base en Erbil.

Oyó un jadeo detrás de él y supo que era Harper. Ella lo convirtió en un ataque de tos, y cuando se recuperó, él agarró el cañón del rifle de Golleh y lo apartó de su cuerpo. Ella no se resistió.

Cutter salió de su vehículo y mantuvo la puerta abierta para Khetam, Jeelan y los voluntarios de DFTF. Estaba observando a Difiore y Quindica, que parecían atónitas cuando reconocieron a Harper.

No la delaten, articuló sin voz.

La detective asintió imperceptiblemente y se acercó a ellos.

—Zafar —preguntó formalmente en inglés—. ¿Quiénes son todas estas personas?

—Samira, Laila y Rahman son voluntarios de DFTF —dijo, presentándolos en el mismo idioma—. Y estos son...

—Golleh. —La líder yazidí estrechó las manos de la detective y la SAC—. Naam, hablo inglés —dijo, ante la mirada sorprendida de Cutter—. Somos yazidíes. Nosotros y nuestros amigos de DFTF nos juntamos por seguridad. Zafar nos encontró en un pueblo.

Difiore la miró y luego a Cutter, esperando más explicaciones.

GOLLEH IGNORÓ SU MIRADA Y DIO UNA PALMADA, LO QUE ATRAJO A LAS MUJERES CERCA DE ELLA.

—Khetam, tú, Jeelan y Zahura, alquilen un camión en el mercado y lleven a nuestras mujeres de vuelta a sus hogares. Me quedará con Zafar y escoltaré a Samira, Laila y Rahman a Mosul.

—Yo también me quedaré, Golleh —respondió Khetam.

—Y yo —se unió Jeelan.

—No. —La voz de la líder yazidí se endureció—. Si esta gente —señaló con la cabeza a los estadounidenses— es quien dicen ser, no tenemos nada de qué preocuparnos. Si no lo son, yo me encargaré de Zafar. Pero todas ustedes deben irse a casa. Su viaje ha terminado. Están a salvo. Vayan con sus familias. Khetam —dijo con voz ronca—, no discutas. Sigo siendo tu comandante.

La soldado la miró con rebeldía y maldijo suavemente. Marchó hacia Cutter y lo pinchó con el dedo índice.

—Si algo le pasa a Golleh, te cazaré, te despedazaré y alimentaré a los buitres con tus intestinos.

Vio que Difiore reprimía una sonrisa burlona, pero antes de que pudiera responder, la guerrera le dio la espalda. Khetam hizo un círculo en el aire con la mano y apresuró a las mujeres yazidíes al único camión, que partió con una bocanada de escape oscuro.

—Nosotros también deberíamos irnos —le dijo Samira.

—Entren —ofreció Quindica—. Refréscense. Dejen que el viento amaine, y nos iremos todos. También tenemos que estar en Mosul.

Cutter se quedó atrás mientras el SAC conducía a las mujeres a su casa. Escudriñó la calle. Algunos vehículos abandonados, un camión que pasaba, nada que despertara sus sospechas.

—¿Todo tranquilo por aquí? —le preguntó al guardia.

—Sí, señor. Ninguna presencia hostil.

Cutter inspeccionó el perímetro y caminó por la calle para hacerse una idea del vecindario.

No tenía motivos para desconfiar del guardia, pero había algo en el ambiente que lo inquietaba.

No era el viento.

—¡SAYIDI! ABBAS ESTABA A PUNTO DE ESTALLAR DE EMOCIÓN. —¡ESTÁN AQUÍ!

—¿Quiénes son *ellos*? —la voz impaciente de Faris Akbar se escuchó por la radio—. ¿Dónde es *aquí*?

—Zafar, sayidi, junto con la gente del DFTF. Llegaron hace unos minutos. Están con las mujeres del FBI. Había otras mujeres también, pero se fueron.

—¿Zafar? ¿Esos voluntarios que hemos estado buscando?

—Naam, sayidi. Están en la casa al otro lado de la calle donde estoy.

—¿Te vieron?

—No. He estado escondido bajo una lona en un camión averiado. Puedo ver la casa a través de las grietas en los laterales.

—Quédate ahí. Infórmame si se van, y síguelos si lo hacen.

—¡RABIA! ORDENÓ FARIS AKBAR A SU CONDUCTOR. SUS OJOS BRILLABAN. EL VIENTO QUE SE levantaba le parecía un presagio.

Su presa estaba cerca.

—¿Tú también lo ves? —murmuró Difiore.

—Sí —asintió Quindica—. Es obvio.

Lo es, coincidió la detective. Hay algo entre Samira y Harper. Se había dado cuenta en el momento en que las dos hablaron entre sí. La forma en que se inclinan la una hacia la otra, cómo se les iluminan los ojos; son conscientes de la presencia de la otra...

—¿Éramos así nosotras en los primeros días?

—¿Éramos? —se burló Quindica y le dio un discreto golpe con el hombro—. Todavía lo somos.

—Estoy segura de que Cutter no se ha dado cuenta.

Difiore sonrió ante el resoplido de la SAC. Su sonrisa se desvaneció cuando miró a Golleh.

La líder yazidí observaba desde una ventana, erguida e impasible. No había participado en la charla trivial y había ignorado la conversación entre los estadounidenses y los voluntarios de DFTF.

—Sayyidati —dijo Rahman, uniéndose a ella en la mesa que estaba poniendo con comida—. ¿Es para nosotros?

—Sí —se rió la detective cuando el estómago de él rugió sonoramente—. Sírvete.

HARPER TARAREABA MIENTRAS SE DESENREDABA EL PELO CON LOS DEDOS. HABÍA ACEPTADO LA oferta de Difiore de ducharse en el pequeño baño y se había cambiado a ropa limpia.

Sus dedos se detuvieron cuando pensó en los agentes del FBI. *¿Están aquí por mí?*

Me habrían llevado aparte y me habrían dicho algo. Negó con la cabeza. No, no saben nada de mí.

¿Y qué hay de Zafar? Frunció el ceño, recordando lo que había dicho sobre el ataque con drones. *¿No fue mamá quien lo ordenó? ¿No recibió mi mensaje?*

Trató de resolverlo y luego se encogió de hombros. Se sentía viva después del baño. Estaban a salvo. Pronto estarían en Mosul.

Dejó sus preocupaciones a un lado y salió del dormitorio.

—¡Comida! —exclamó—, justo lo que necesito.

Mordió una manzana y habló con la boca llena.

—No me esperaron. Uste... ¿Qué...? —se interrumpió.

Samira y Rahman la miraban fijamente desde la mesa. Difiore y Quindica, de pie, la observaban con expresiones extrañas. Golleh, mirando con curiosidad desde la ventana. Zafar, en

la puerta, quieto, en silencio.

—¿Qué ha pasado?

—Tu voz. —Samira dejó caer su tenedor con estrépito.

Harper jadeó. *¡Hablé en inglés, con mi acento normal!*

—Tus ojos. —El rostro de la doctora palideció.

¡Mis lentillas! ¡Olvidé ponérmelas de nuevo!

Nadie se movió. Nadie habló durante varios segundos.

—Laila, ¿quién eres? —Samira pareció forzar las palabras—. ¿Eres estadounidense? ¿Por qué no nos lo dijiste? ¿Qué estás ocultando? —Su voz se elevó.

El corazón de Harper latía con fuerza. No podía soportar la mirada en el rostro de Samira.

—Sí —admitió con voz quebrada—. Yo...

—¿Cómo te llamas?

Harper la miró, tratando de traspasar la ira de la siria.

—¿Cómo te llamas? —repitió la doctora.

—Harper Dalton.

—¿Dalton? —La voz de Samira era tan baja que apenas se oía—. ¿Es... eres...? —Temblaba visiblemente.

—Sí —sollozó Harper—. Soy la hija de Jill Dalton.

Rahman se desplomó en su silla, que crujió, siendo el único sonido en la habitación.

—Me escapé de casa. No podía soportarlo. Pero, debido a quién era, tuve que asumir esta identidad. Tenía la intención de decírselo cuando llegáramos a Mosul. No podía mantener la farsa por más tiempo. Me estaba pesando...

—Me molestaba —dijo Samira con voz entrecortada, como si no hubiera escuchado el arrebató de Harper—. Que estos ataques con drones ocurrieran siempre que habíamos dejado algún pueblo. Los atribuí a la coincidencia. DFTF ha sido acusada de tantas cosas, pero que uno de nuestros voluntarios fuera un espía estadounidense... una de mis amigas... no, pensé, eso no podía pasar. Lo aparté de mi mente...

—¡SAMIRA! —Harper se dejó caer de rodillas frente a la doctora. Las lágrimas corrían por su rostro, pero no le importaba—. No sucedió así. No quise... Afzal, cerca de Erbil. Me sorprendí cuando el paciente que tratamos dijo que estaba cerca. Me aterroricé. Fue el primero sobre el que le envié un mensaje a mi madre. ¿Qué más podía hacer?

—Soraya y su madre. Las mataste.

—¡LO SÉ! TENGO QUE VIVIR CON...

—Aslam —continuó la siria con voz monótona—. Debería haber sospechado algo cuando vino a esa casa, desafiándonos.

—¡No! Escuchaste a Zafar. Fue él...

—No fui yo.

Harper se giró hacia él, conmocionada. Estaba de pie donde estaba, en la puerta. Alto. Rostro de granito. Algo parecido al arrepentimiento en sus ojos.

—No informé de eso. Fue una mentira que dije para protegerte.

—¿Protegerme? ¿Tú? ¿Qué...?

—No soy de la Inteligencia Nacional Iraquí. Mi nombre es Cutter Grogan. Tu madre me envió. Vine a Irak para encontrarte y llevarte a casa.

Harper retrocedió tambaleándose como si la hubieran golpeado. Miró a él, a los agentes del FBI y luego a Samira, que tenía una expresión cerrada en su rostro.

—¡NO! Tienes que creerme —gritó—. No sabía nada de él. ¡Samira! Por favor. Te a...

—¡Basta! —dijo la doctora con dureza—. Cállate. No quiero oír nada más.

Harper la miró fijamente mientras ella apartaba la vista. Miró frenéticamente alrededor de la habitación y, con un sollozo, huyó al dormitorio y se encerró en él.

Harper lloraba mientras la tormenta arreciaba afuera. Sollozaba y gemía mientras el viento intentaba destrozar la casa. Su vida se había desmoronado, y por la forma en que las ventanas traqueteaban y las puertas crujían, parecía que la naturaleza estaba tratando de acabar con el mundo exterior.

Cuando se le secaron las lágrimas, solo le quedaron arcadas secas.

Soraya y su madre. Las mataste tú.

Las palabras de Samira resonaban en su mente. Se le cortó la respiración al recordar la expresión de la doctora.

Se tambaleó al ponerse de pie y se limpió los ojos con la manga. Fue al baño e inspeccionó la pequeña ventana en lo alto. Se subió al tanque de agua para alcanzarla y empujó la palma contra ella.

Se abrió ruidosamente. Contuvo la respiración, pero nadie sacudió la puerta del dormitorio.

Gruñó mientras se izaba con dificultad y se apretujaba por la abertura. Los bordes ásperos le magullaron la piel, y una astilla de madera le perforó el antebrazo. Se la quitó sin cuidado cuando cayó al suelo. Un rasguño no era nada comparado con lo que sentía por dentro. Se envolvió la cara con la bufanda que había traído consigo y gateó a lo largo de la pared hasta la parte trasera de la casa.

Había un Land Rover con dos hombres dentro, uno de los cuales parecía Diego. Había escuchado a Difiore mencionar sus nombres y que los guardias se alternaban entre el frente y la parte trasera.

Gateó hacia el frente. El único guardia parecía estar jugando con su teléfono dentro del vehículo.

Harper buscó en la oscuridad y encontró una piedra pequeña. Corrió hacia el vehículo y golpeó la ventanilla.

—¡Señora! —El guardia la bajó e hizo una mueca por el polvo que entraba—. ¿Qué está...?

Ella estrelló la piedra contra su sien, metió la mano dentro y abrió la puerta.

Había tenido suerte con su golpe. El guardia quedó completamente inconsciente.

Lo sacó a rastras y lo arrastró hacia un lado. Lo dejó en el suelo con la cara hacia la pared. Se apresuró a volver al Land Rover y regresó con una manta delgada, que envolvió cuidadosamente alrededor de su rostro para que no se ahogara en la tormenta.

Unos minutos después, estaba en la carretera.

A cierto nivel, era consciente de que no estaba pensando racionalmente; de que estaba actuando de manera irresponsable.

Sin embargo, el rostro de Samira y sus duras palabras permanecían en su mente.
Soraya y su madre. Las mataste tú.

ABBAS SOLO VIO A LA MUJER SUBIR AL VEHÍCULO Y ALEJARSE CONDUCIENDO.

No la siguió. Las instrucciones de Akbar habían sido claras. Tenía que quedarse con las mujeres del FBI y los equipos de minería, que estaban en el segundo vehículo.

Intentó usar su radio. No había señal. Sacó su teléfono celular. Una sola barra.

Escribió un mensaje y se lo envió a Akbar.

CUTTER SE DESPERTÓ AL INSTANTE CUANDO LA PUERTA PRINCIPAL SE ABRIÓ Y EL VIENTO ENTRÓ de golpe.

—¿Problemas? —Se unió a Difiore y Quindica, que estaban conferenciando en voz baja con el guardia.

Pudo leer el rostro tenso de la detective en la tenue luz cuando ella se volvió hacia él.

—Harper se ha ido.

Harper sabía la dirección general hacia donde se dirigía. Se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos contra el polvo que golpeaba el parabrisas. El vehículo era sacudido y zarandeado por el fuerte viento, pero podía navegar si conducía lentamente. Ayudaba que las carreteras estuvieran desiertas.

Aumentó su velocidad una vez que Rabia quedó atrás, y giró en dirección a Garbir.

—SU TELÉFONO. CUTTER SE APRESURÓ HACIA EL DORMITORIO Y LO REGISTRÓ RÁPIDAMENTE. Regresó con su bolso y el dispositivo en la mano. —Lo dejó atrás. Parece que se llevó su cartera, nada más.

Se dio la vuelta cuando se encendió la luz. Samira y Rahman.

—¿Qué pasa? —El conductor reprimió un bostezo.

La doctora gimió suavemente cuando Difiore explicó brevemente.

—Separémonos —ordenó Cutter—. Vamos a dispersarnos y buscar. Mantengan sus teléfonos con ustedes. —Hizo una mueca cuando vio que su dispositivo no tenía señal.

—No puede haber ido lejos —dijo Samira, temblando—. No con este clima. Yo hice esto. Debería haber escuchado. Me desquité...

—No hay tiempo para eso. Vamos a encontrarla.

Se abrigaron contra la tormenta y esperaron en la puerta ante su gesto.

—¿Armas? —preguntó a Difiore y Quindica.

—Tenemos nuestras Glocks —respondió el SAC.

—Esas pueden no ser suficientes.

Samira sollozó cuando se dio cuenta de su implicación. Se secó los ojos rápidamente y siguió a los agentes del FBI fuera de la casa.

Cutter agachó la cabeza contra el viento y corrió hacia la parte trasera de su Land Cruiser. Desbloqueó la caja de armas, sacó varias HKs y las metió en una bolsa de gimnasio, junto con cargadores de repuesto.

—Sáquenlas de su vehículo —le gritó a Difiore—. ¿Cuántos de ustedes vienen conmigo?

—Yo voy con ellos —respondió Samira rápidamente antes de que el detective pudiera reaccionar.

—Y yo voy con Samira —añadió Rahman.

—Mantenerlos a salvo es nuestro trabajo. —Diego hizo un gesto con la cabeza hacia Difiore y Quindica—. Ya estamos reducidos a dos hombres. No puedo dejarlos fuera de mi vista.

Había descubierto al soldado inconsciente y lo había llevado dentro de la casa, donde el hombre yacía, aún desmayado.

Cutter maldijo interiormente. *Ocho de nosotros, pero solo podemos organizar dos equipos de búsqueda. No puedo pedirles a los soldados que vayan por separado sin revelar la identidad de Harper.*

No estaba listo para hacer ese conocimiento público.

En cualquier caso, solo tenemos dos vehículos.

—Traigan los equipos a mi Toyota —le dijo a Difiore—. De lo contrario, será un ajuste apretado para todos ustedes.

Ella asintió y, con la ayuda de todos, transfirieron el equipo a su Land Cruiser.

—Buscaremos en...

—Círculos. Entendido. —Quindica asintió y se apresuró hacia el Land Rover.

Cutter se puso al volante mientras Golleh, que había sido una espectadora silenciosa todo el tiempo, se deslizó en el asiento del pasajero. Miró fijamente a través del parabrisas hacia el Land Rover, cuyas luces traseras destellaron y desaparecieron en la tormenta.

Cutter salió y condujo en la dirección opuesta a la que Difiore había tomado y comenzó su búsqueda en barrido. Círculos concéntricos alrededor de la casa que se hacían más amplios después de cada pasada.

Echó un vistazo a su acompañante, que no hablaba, no expresaba ninguna emoción y seguía mirando por la ventana.

—Nos deslizamos al inglés.

Golleh aceptó su disculpa con un gesto.

—Tenía razón en no confiar en ti —dijo cuando habían terminado la primera pasada. Les había llevado cuarenta minutos completar el pequeño círculo en el viento huracanado—. No eras quien decías ser.

—No soy el enemigo.

Ella inclinó la cabeza brevemente.

—La hija del vicepresidente. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire—. ¿Por qué no la sacaste de la aldea?

—No tuve tiempo de estar a solas con ella. Era obvio que era buena amiga de Samira y Rahman y también te apreciaba a ti. No quería que sintieran que ella había traicionado su confianza.

—Lo hizo.

—Tenía sus razones.

—Soraya y su madre están muertas por su interferencia.

—¿Qué harías tú en su situación, Golleh?

Ella no respondió. Miró por la ventana impasiblemente.

De repente se le ocurrió.

Nunca la he visto sonreír o reír. ¿Cuál es su historia?

Una pequeña piedra golpeó su parabrisas, llamando su atención a la tarea en cuestión.

Comenzó otra búsqueda en círculo.

ABBAS ESCUDRIÑABA A TRAVÉS DEL POLVO, CONDUCIENDO LENTAMENTE MIENTRAS SEGUÍA AL Land Rover. Tenía que mantenerse bien atrás ya que no quería delatarse, y la tormenta no hacía fácil el seguimiento.

Maldijo cuando perdió de vista el vehículo y se rindió después de un rato. Regresó a la casa y vio que el Toyota también faltaba. Envío un mensaje a Akbar y exhaló cuando fue entregado.

Esperaba que las mujeres regresaran pronto; de lo contrario, tendría que enfrentar la ira del líder terrorista.

D ifiore miró de reojo a Samira mientras Diego conducía a través de la tormenta.

Los dos soldados al frente. Difiore en el medio, atrás, entre la doctora y Quindica. Rahman en la retaguardia.

La siria presentaba una figura solitaria mientras miraba por la ventana. Sintió la mirada de Difiore y se volvió. Sus ojos se posaron en la mano de Quindica sobre el muslo de la detective, pero no hizo ningún comentario.

—Debería habérmelo dicho. Traicionó nuestra confianza.

No menciones su verdadero nombre, advirtió Difiore con los ojos y gesticuló discretamente hacia Diego. Había sido sugerencia de Cutter mantener la identidad de Harper en secreto para los soldados. Ella y Quindica habían estado de acuerdo. *Cuanta menos gente lo sepa en esta etapa, mejor*. Había inventado una historia sobre una acalorada discusión que había estallado en la noche, lo que había llevado a Laila a escapar. *Diego no se lo tragó. Pude verlo en sus ojos. Pero lo entenderá cuando la encontremos*.

—No tenía elección —respondió suavemente—. ¿La habrías llevado contigo si lo hubieras sabido?

—¡Tú la defenderías! Es estadounidense.

—No es por eso...

—Soraya aún estaría viva. Su madre también.

—Sí —admitió Difiore—, y eso es algo con lo que tendrá que vivir el resto de su vida. ¿Debería haber hecho lo que hizo? No lo sé. Es fácil para nosotros juzgar. No hemos vivido en sus zapatos.

Qué diablos, ¿qué tengo que perder? Decidió hablar con franqueza.

—Esto es poco común. —Levantó su mano, entrelazada con la de Quindica. Los ojos de Samira se agrandaron, sugiriendo que sabía a qué se refería la detective.

—Tienes que decidir si vale la pena. Si puedes aceptar lo que Ha... —Se contuvo—. Lo que Laila hizo.

—Y —continuó Difiore, a pesar del fuerte codazo de Quindica indicando que debería dejar de dar consejos—, deberías pensar si habrías actuado de manera diferente si hubieras sido Laila.

Se volvió hacia el frente y escudriñó a través del viento, esperando, rezando por ver el Land Rover de Harper.

La tormenta comenzó a amainar a las cuatro de la madrugada.

Harper ni se molestó en mirar el tablero para ver cuánto había conducido. Era mucho. El arrepentimiento crecía en ella.

No debería haber huido. Debería haberme quedado y razonado con Samira. Ella y los demás deben estar muy preocupados.

Cutter Grogan y su revelación apenas ocupaban sus pensamientos. Se ocuparía de eso más tarde.

Estaba tentada de dar la vuelta, pero tenía miedo de perderse en la oscuridad. No había encontrado ningún mapa en el vehículo. Controló su miedo tanto como pudo y siguió conduciendo.

Garbir no debería estar lejos. *Llamaré a Samira desde el teléfono de algún aldeano.*

Algo brilló a lo lejos. Las luces traseras de un vehículo. Se acercó a él. Una Hilux al lado de la carretera.

Estaba a punto de pasarla cuando varios hombres salieron de su escondite detrás del vehículo y bloquearon su camino.

—RABIA HA QUEDADO MUY ATRÁS, SEÑORA —DIEGO ENCONTRÓ LA MIRADA DE DIFIORE EN EL espejo—. ¿Quiere que continuemos?

—Volvamos —respondió Quindica—. Nuestras comunicaciones siguen muertas, aunque el viento parece estar disminuyendo. Cutter podría haber tenido más suerte.

—¡Tenemos que seguir buscando! —Samira se volvió hacia ellos—. Podría estar en cualquier parte.

—Lo haremos —la tranquilizó Difiore—. Sin embargo, necesitamos consultar con Grogan.

Diego estaba dando marcha atrás con el Land Rover en la carretera y enderezándolo cuando un vehículo salió de la penumbra y los embistió.

— Nada de suerte —dijo Cutter con severidad mientras intentaba llamar a los teléfonos de Difiore y Quindica. Habían regresado a la casa después de una búsqueda infructuosa, solo para encontrar que el Land Rover no estaba. El tercer soldado estaba dentro, donde lo habían dejado. Parecía que estaba durmiendo.

Golleh se cruzó de brazos y miró calle abajo. Su pañuelo estaba cubierto de tierra, al igual que su cabello. Había estado despierta todo el día y apenas había dormido por la noche, sin embargo, su postura era erguida y sus ojos fieros.

No hay nada que la doblegue.

—Descansemos un rato. Deberían regresar pronto —dijo, con más convicción de la que sentía.

—¿Y si Harper no está con ellos?

—Tendremos que involucrar a más gente en la búsqueda.

—Eso no sería prudente. Podría estar perdida. Si la noticia llega a oídos de los terroristas o de algún grupo miliciano...

—Soy consciente de los riesgos —suspiró y le hizo un gesto para que entrara en la casa—. Ya lo resolveremos por la mañana.

—Ya es de mañana.

Él levantó las manos en señal de rendición y entró pisando fuerte.

NO PODÍA DORMIR. SE TUMBÓ SOBRE LA FINA MANTA Y SE QUEDÓ MIRANDO EL TECHO. INTENTÓ llamar a los números de Difiore y Quindica varias veces sin obtener respuesta. Envío varios mensajes, pero ninguno de los dos contestó.

Se revolvió inquieto y se incorporó cuando Golleh vino a verlo a las seis de la mañana.

—Les ha pasado algo a ellos y a Harper.

— **H**adi —Difiore reconoció al hombre del medio y extendió la mano hacia la HK en su regazo.

—¡No lo hagas! —ordenó Quindica cuando los hombres dispararon al aire—. Pueden eliminarnos fácilmente.

El líder terrorista agitó su arma en el aire, mientras se disparaban más tiros.

—Quiere que arrojemos nuestros rifles, señora —dijo Diego con tensión.

Su vehículo estaba de lado en la carretera debido al accidente. Grupos de hombres bloqueaban su salida por todos lados.

—Estaremos bien —tranquilizó Difiore a Samira y Rahman, pero sabía que sus palabras eran vacías.

—Hagamos lo que dice —dijo Quindica con voz cortante—. Cutter nos encontrará pronto. Él nos sacará de esto.

Difiore asintió a Samira, quien bajó la ventana. Se inclinó sobre la doctora y arrojó su rifle. Un hombre se acercó a ellas y, sin decir palabra, le golpeó la cara con la culata de su rifle.

DIFIORE NO SABÍA QUÉ HORA ERA CUANDO RECUPERÓ LA CONCIENCIA. SE SENTÍA ATURDIDA. LOS sonidos parecían venir de muy lejos, y sentía la cara como si estuviera cubierta de sangre. Pasó la lengua por el interior de su boca. No había dientes rotos, por lo que podía notar. Sacudió la cabeza y se estremeció de dolor. Al menos eso ayudó a agudizar sus sentidos.

Tenía las manos atadas a la espalda y los pies asegurados con gruesas cuerdas. Estaba en el suelo, con la espalda contra la pared. Quindica a su derecha, con una mirada preocupada en sus ojos. Más allá estaban Rahman y Samira. Se le cortó la respiración al ver a Harper, junto al sirio. Su miedo era palpable a pesar de los varios pies que las separaban. Diego y su soldado yacían atados junto a la hija del vicepresidente. El sargento sintió sus ojos sobre él y la miró, con el rostro sombrío y los ojos sombríos.

—No saben quién es Harper —murmuró Quindica por la comisura de la boca.

Ellos. Hadi y sus hombres.

El líder terrorista gesticulaba furiosamente a un hombre.

¡Ese es Faris Akbar!

Más allá había un grupo de aldeanos en bancos, custodiados por combatientes.

¿Bancos? ¿Aldeanos?

La espiral de temor se apretó dentro de Difiore.

—Estamos en una escuela —dijo la SAC, confirmando su creciente comprensión.
—En Garbir.

—Harper iba conduciendo hacia el pueblo —susurró Quindica—. Akbar la capturó.

—¿Cómo la encontró?

—¿Cómo nos encontró Hadi a nosotros? —replicó la SAC.

—¿Alguien nos estaba vigilando?

—Es posible. Hadi tiene hombres en todas partes.

Difiore se esforzó por escuchar sobre qué discutía el líder terrorista.

Equipos. Captó la palabra. *¡Por supuesto! Los quiere. Debe haber asumido que estaban en nuestro vehículo.*

—¡Abbas! —gritó Hadi, atrayendo la atención de todos—. Su teléfono no está disponible.

Se interrumpió, furioso, y vio que Difiore lo observaba. En un instante, se abalanzó sobre ella.

—¿DÓNDE ESTÁN? —Le tiró del pelo con fuerza, gritando en inglés—. ¿DÓNDE ESTÁN LOS EQUIPOS?

—No... sé... de... qué... hablas —jadeó ella.

Alguien gritó. No sabía si era Samira o Harper, o ambas.

—¡DÉJALA EN PAZ! —gritó Rahman y cayó al suelo cuando Akbar lo golpeó con su rifle.

Quindica se lanzó contra las piernas de Hadi y recibió su rodilla en la cara. Gruñó. Sus labios se partieron, pero antes de que pudiera atacar de nuevo, Hadi la abofeteó y la hizo tambalearse.

—¿Dónde está mi equipo? —gruñó el líder.

—No lo sé —le espetó Difiore con los dientes apretados.

—¿No lo sabes? —Tiró con salvajismo—. Estaban en tu Land Rover. ¿ADÓNDE FUERON? ¿Cómo lo sabe?

—No están con nosotros —intervino Diego rápidamente.

Hadi y Akbar se volvieron hacia él.

—Soldado americano —dijo suavemente el teniente—. He matado a muchos de ellos. Lo disfruté.

Sacó su pistola y le disparó al segundo soldado en la cabeza.

Difiore quedó aturdida. Le tomó un momento asimilar lo sucedido. Samira chilló. Harper gritó, y con un gruñido bajo, Diego se lanzó desde el suelo.

Tenía los pies atados y las manos a la espalda, pero su rabia fue suficiente para impulsarlo mientras embestía con el hombro a Akbar y lo derribaba.

Le dio cabezazos salvajemente al terrorista, maldiciendo, hasta que Akbar rugió y le clavó el codo en la garganta. El asesino se quitó a Diego de encima y se abalanzó sobre él. Sacó su

cuchillo y lo dirigió hacia el cuello del sargento.

—¡ESTÁN CON UN AMIGO! —gritó Difiore—. ¡LOS TRANSFERIMOS A SU VEHÍCULO!

Akbar mostró los dientes en una sonrisa malvada, con la punta de su cuchillo apoyada en la garganta de Diego.

—¿Amigo? —Ladeó la cabeza—. ¿Es Grogan?

Difiore asintió cuando él pinchó el cuello del soldado.

—¿Dónde está?

—No lo sé —jadeó ella. Gotas de sangre brotaron de la garganta del sargento.

—¡EN RABIA! —gritó cuando Akbar hizo ademán de clavar el cuchillo.

—¿Tienes su número?

—Sí.

—Él vendrá a nosotros —le dijo Akbar a Hadi y hundió su cuchillo en Diego.

Difiore no pensó. No esperó para calcular los vectores de ataque. El cuerpo tembloroso de Diego, los gritos de los voluntarios de DFTF y los aldeanos la hicieron actuar.

Se lanzó desde el suelo y se abalanzó sobre Akbar, vagamente consciente de que Quindica se había lanzado sobre Hadi.

La detective recibió el golpe de Akbar en la cara. No la detuvo. Aterrizó sobre él y le mordió el hombro con fuerza, gruñendo, rugiendo, su furia haciéndola ignorar sus contraataques. Sintió que su brazo con el cuchillo se elevaba y se retorció fuera de su cuerpo antes de que pudiera apuñalarla y le dio un cabezazo. Él gritó de rabia y luchó furiosamente hasta que quedó encima y llevó el cuchillo a su garganta.

Ella se quedó inmóvil, consciente de que Hadi también había sometido a Quindica. *Si tuviéramos las manos y los pies libres...*

—Podemos matarte ahora mismo —los ojos de Akbar brillaban.

—O —Hadi se movió sugestivamente sobre la SAC—, podemos divertirnos con ellas y luego matarlas.

—No te olvides de ella también —dijo Akbar, mirando con furia a Harper—. Es la espía americana. Es la que hizo que mataran a Nasser.

Los labios de Hadi se curvaron cuando Harper gimió. —No la he olvidado. La violaremos frente a estos americanos, la mataremos y luego jugaremos con ellas.

Samira sollozó a medias y se acercó a Harper, protectoramente.

Está en estado de shock. ¿Cómo saben Akbar y Hadi que Harper es americana? ¿Saben quién es?

No. Luchó contra el pánico creciente. Lo habrían mencionado. Sería una rehén demasiado valiosa si supieran quién es realmente.

—Trae primero a esa americana aquí —Hadi golpeó a Quindica en el vientre y se bajó de ella—. Y que traiga los equipos. Los necesitamos.

—Llámallo —Akbar registró el cuerpo de Difiore con una mano mientras la otra sostenía el cuchillo en su cuello. Sacó su teléfono y se lo puso delante—. Hazlo.

—¡HAZLO! —gritó enojado cuando ella no se movió. La volteó boca abajo y le estrelló la cara contra el suelo.

Ella giró la cabeza justo a tiempo para recibir el golpe en la mejilla. Apretó los dientes contra el dolor y sintió que él forcejeaba con sus manos. Ella pateó hacia atrás y gruñó de agonía cuando él le clavó el codo en la espalda. Agarró su dedo índice con salvajismo y lo presionó contra su teléfono.

—Está desbloqueado —anunció y se puso de pie. Le dio una patada en el costado mientras se desplazaba por el menú.

Difiore rodó torpemente sobre su espalda y miró a Harper y Samira. Respiraban con dificultad, con los ojos abiertos de pánico. Pensó que gemían continuamente, pero no podía estar segura por encima de los chillidos y sollozos de los aldeanos. Estaba clavando los talones en el suelo para deslizarse hacia ellas y ofrecerles consuelo cuando Akbar jadeó.

Levantó la vista de su teléfono y se apresuró hacia Harper. Le agarró la cabeza hacia atrás para examinarla.

—¡Ojos azules! —dijo, asombrado—. No lo notamos antes.

—¿Y qué? —dijo Hadi con impaciencia—. Es americana. Estaba disfrazada todo el tiempo. Llama a este hombre Grogan.

—Sayidi, no, no lo entiendes. Mira esto.

El corazón de Difiore se hundió cuando le mostró su teléfono al líder.

Las cejas de Hadi se juntaron. Miró a Harper y luego de nuevo a la pantalla.

—Ella es... —comenzó.

Akbar se rió triunfalmente. —Naam. Es la hija de la vicepresidenta Jill Dalton. Tenemos en nuestras manos el premio más grande que podríamos haber imaginado.

Cutter comprobó que el soldado estuviera dormido y lo envolvió con otra manta.

—Busquemos una vez más —le dijo a Golleh—. La tormenta ha pasado. Tenemos luz del día. Podemos movernos rápidamente.

Se dirigían a la puerta cuando su teléfono vibró.

—¡Por fin! —Su mano voló al bolsillo y lo sacó. El número de Difiore.

—¿Dónde diablos has estado? —explotó.

—Grogan. —La voz sonaba como el raspar de papel de lija.

—Faris Akbar. Creí que estabas muerto. —Cutter se dio cuenta al instante de qué se trataba la llamada. Se le heló la sangre, consciente de que Golleh lo miraba con curiosidad.

—Te equivocaste, americano. Igual que yo pensé que te habíamos matado.

—Tayyib Mansour está muerto. Uno de dos no está mal. Me conformo.

—¡ERA MI HERMANO! —gritó Akbar.

—Murió como cualquier otro terrorista.

—¿RECUERDAS LO QUE LE HICIMOS A TU ESPOSA?

Golleh le arrebató el teléfono de la mano y lo puso en altavoz. Cutter hizo ademán de recuperarlo, pero ella lo detuvo con el dedo índice.

—¿RECUERDAS CÓMO SUPLICABA? ¿CÓMO SUPLICABAS TÚ?

Un rugido llenó sus oídos. Su visión comenzó a oscurecerse.

Golleh le dio un fuerte puñetazo en el hombro, lo que lo trajo de vuelta al presente.

—No lo he olvidado —respondió Cutter, sorprendido de lo calmado que sonaba—. No lo haré hasta el día que muera.

—¡QUE SERÁ HOY! —se jactó Akbar—. ¿SABES A QUIÉN TENEMOS CON NOSOTROS? ¡A LA HIJA DEL VICEPRESIDENTE! ¿QUÉ DIRÁ AMÉRICA CUANDO SE ENTERE DE QUE EL ISIL LA HA CAPTURADO?

—Sabes cómo terminará esto. Si le haces daño de alguna manera, no habrá lugar donde esconderte, ningún sitio donde huir. Te cazaremos. Ofreceremos recompensas tan grandes que tu propia gente te traicionará. Nosotros...

—¡BASTA! —chilló Akbar. Respiraba con dificultad—. No hables. Escucha. Tienes algo nuestro. Tus amigos... ¿te dije que también los tenemos?

—Necesito pruebas.

—¿Pruebas? ¿Crees que esto es una negociación...?

Cutter terminó la llamada.

—¿QUÉ HAS HECHO? —le gritó Golleh—. Los matará.

—No lo haré. Ya lo habría hecho si quisiera. Necesita esos equipos que están en mi vehículo.

—¿Qué son? ¿Por qué son tan importantes?

No hay tiempo para explicar la minería de criptomonedas.

—Los terroristas los usan para ganar dinero en internet.

—¿Eso se puede hacer?

No pudo evitar sonreír levemente ante su expresión. —Naam. Es complicado. Te lo contaré cuando todo esto termine.

Su teléfono sonó.

—¿QUIÉN TE CREES QUE ERES? ¿QUIERES QUE MATE...?

Cutter terminó la llamada.

—Estás jugando con fuego —se enfureció Golleh—. Tiene tantos rehenes. Puede matar a cualquiera de ellos para castigarte. Solo necesita a una prisionera, Harper Dalton. Todos los demás son...

Akbar llamó de nuevo.

—Quiero pruebas de que todos están vivos —habló Cutter antes de que el terrorista despotricara.

La respiración fuerte del asesino llenó el aire. —Revisa tu mensaje —dijo con aspereza después de un rato.

Cutter tocó la aplicación y abrió la fotografía.

—¿Qué le pasó a Rahman? ¿Por qué está en el suelo?

—¿Así se llama? Intentó ser un héroe. No está muerto. Está inconsciente.

Amplió la imagen y miró fijamente las dos figuras en el borde.

—Diego y su...

—Los maté —se burló Akbar—. También intentaron ser héroes. —Su voz bajó amenazadoramente—. Si juegas, mataré a más.

La rabia en su interior borboteó. Amenazaba con consumirlo. Golleh lo ayudó a recuperar el control. Lo agarró de la camisa con el puño izquierdo y lo sacudió con todas sus fuerzas.

—Esa fotografía no prueba nada —espetó—. Podrías haberla tomado en cualquier momento. Pon a alguien al teléfono. Uno de los agentes del FBI. Déjame hablar con ellos.

—¿QUIÉN CREES QUE TIENE EL CONTROL?

—¿Qué otra opción tienes? Los matas, los torturas... ¿qué conseguirás con eso? Entrarás inmediatamente en una lista de objetivos...

—Estás jugando con fuego —explotó Akbar. Gritó inarticuladamente y otra voz se escuchó.

—Grogan, aún no nos ha hecho daño. Harper está ilesa...

¡Difiore!

—¿Has oído eso? —siseó Akbar—. Basta de charla. Trae lo que queremos en dos horas. Y quizás, solo quizás, algunos de estos rehenes salgan con vida.

—¿Llevarlos a dónde?

—Ven solo. Sin ejército. Sin policía. Sin soldados estadounidenses. Tenemos ojos y oídos en todas partes. Sabremos si vienen contigo. Si no vienes en dos horas, empezaré a matar. Sabes cuánto disfruto eso.

—¿Llevarlos a dónde? —repitió Cutter.

—¿Aún no lo has descifrado, Grogan? —se burló Akbar—. Ven a Garbir. A la escuela.

Cutter se pellizcó el puente de la nariz en el repentino silencio cuando terminó la llamada.
—Tiene todas las cartas en la mano. Puedo llamar a todo el ejército de Estados Unidos y él...

—Él y Hadi los matarán a todos —asintió Golleh—. Puede que lo pongan en internet. Esa será su victoria. No les importará si viven o mueren después. Ese acto por sí solo motivará a otros terroristas.

—Naam.

—No dejarán ir a nadie. Se apoderarán de esas plataformas y matarán a todos.

—Sí.

—Akbar... tú y él tienen historia.

—Escuchaste parte de ella.

—Si vas a esa escuela, estás muerto.

—¿Crees que no lo sé? —Levantó las manos.

—¿Y aun así irás? ¿Sin pedir ayuda?

—Naam.

—Entonces, ¿qué estamos esperando?

Cutter la miró de manera extraña.

—Esta no es tu lucha, Golleh. Vete a casa. Ve a Sinjar. No hay manera de que pueda agradecerte lo suficiente por mantener a Harper, Samira y Rahman a salvo, pero aquí termina para ti...

Ella lo abofeteó.

—Nadie —advirtió en voz baja—, nadie le dice a Golleh qué hacer.

GOLLEH SE VOLVIÓ HACIA ÉL Y SALIÓ MARCHANDO DE LA CASA CON SU RIFLE A LA ESPALDA.

Y se detuvo en seco.

Había ocho de ellos.

Dos de los hombres eran tan grandes como puertas de granero. Sus músculos se abultaban bajo las mangas de sus chaquetas. Uno tenía una barba bien recortada, mientras que el otro estaba completamente afeitado. Otros dos hombres, con aspecto de modelos, llevaban gafas de sol, uno mayor que el otro. Una mujer menuda junto a un par de hermanas. *Gemelas*, se corrigió Golleh. Ojos verdes, cabello castaño rojizo. El último hombre estaba tan quieto que uno habría pensado que no respiraba. Sin embargo, lo hacía. Impasible. Ojos oscuros, cabello corto y

oscuro, mirándola como si le leyera el alma. Todos estaban profundamente bronceados, pero ella sabía que no eran iraquíes. Lo sentía.

Se fijó en sus armas. Todos llevaban HK. La que ella tenía, que Grogan le había dado, era del mismo modelo que las de ellos.

Su mano se movió involuntariamente hacia su rifle. Ninguno de ellos se movió. Permanecieron allí bajo la brillante luz del sol, observándola, sin amenazarla.

No sabía cómo, pero estaba segura de que las ocho personas frente a ella eran capaces de una inmensa violencia.

—Golleh —llamó Grogan desde atrás y se detuvo en seco ante la escena.

—Eso no será necesario —dijo, apartándole la mano de su HK—. Son amigos.

Ella lo siguió bajando los escalones y se quedó de pie, vigilante. Golleh no confiaba fácilmente en nadie, y no iba a empezar ahora.

—¿Cómo encontraron...? —comenzó Grogan.

Una de las hermanas puso los ojos en blanco, lo que fue suficiente para detenerlo.

—¿Tú eres...? —preguntó una de las gemelas en árabe, mirando a la comandante yazidí.

—Golleh —la presentó Grogan—. Ella...

Se calló cuando la otra hermana levantó un dedo.

Los ojos de la gemela mayor se encendieron.

—No puede haber muchas mujeres con ese nombre. La Leona de Sinjar... ¿eres tú? —Hablaban el idioma como una residente local.

—Eso fue hace mucho tiempo. Nadie usa ese nombre ya. Lo prohíbo.

Lo sintió entonces. Respeto. Se notaba en la forma en que los extraños la miraban. En el calor de los ojos de las hermanas.

—¿Leona? ¿Sinjar? —Grogan extendió los brazos impotente—. ¿De qué va esto?

—Ese fue el nombre que le dieron durante la guerra —dijo la hermana menor suavemente—. Estuvo en las redes sociales durante unos días, y luego los amigos de la unidad Ezidixan lo eliminaron y borraron todos los rastros de tales apodos, para proteger sus identidades.

—¿Por qué nadie me lo dijo? —Se volvió hacia Golleh—. Tú, Khetam, Jeelan... nadie dijo nada.

—No necesitas saberlo todo —dijo la gemela menor de manera cortante.

A Golleh le llevaba mucho tiempo sentir simpatía por la gente. Sin embargo, haría una excepción con estos extraños. Cualquiera que pusiera a Grogan en su lugar era alguien a quien conocer.

Sintió los ojos del último hombre sobre ella. Seguía sin expresión. Sus ojos eran pozos oscuros e insondables. Apartó la mirada de ella hacia Grogan.

—Habla.

Parecía que todos eran fluidos en árabe.

Grogan se lo explicó todo, manteniéndose en el mismo idioma. Habló rápidamente, y cuando terminó, la única reacción de los extraños fue una ligera tensión alrededor de los ojos.

—Adentro —El hombre señaló la casa.

No era una petición.

Golleh los condujo hasta la mesa, donde la hermana menor sacó una pantalla. Sus dedos bailaron sobre las teclas y apareció un mapa. Hizo zoom en él, y allí estaba Garbir. Imágenes satelitales de alta definición.

La líder yazidí estaba familiarizada con el pueblo por sus visitas anteriores.

—Esa es la ruta principal —dijo, señalando el camino—. Esa roca cerca de la entrada es bien

conocida. Es como un letrero que indica que el pueblo es Garbir. Solo hay una calle, esa. Una tienda de comestibles. Y esa es la escuela.

—Tendrán hombres en el perímetro, soldados dentro —comentó Grogan—. Treinta, cincuenta, cien... demonios, todos los hombres de Hadi podrían estar allí.

—No —comentó el hombre que parecía ser el líder del equipo—. No tantos. Mover tantos soldados los delataría. ¿Cuánta gente hay en el pueblo?

—Trescientos —respondió la gemela—. Pero muchos estarán fuera. Trabajando en los campos, idos a Rabia o Mosul.

—¿Sabes dónde fue asesinada Soraya?

—Esa habitación. Es el salón de actos. Parece que puede albergar a cincuenta estudiantes.

—El número de aldeanos que son rehenes no importa —dijo la mujer menuda con impaciencia—. Serán prisioneros.

—Naam —asintió el líder—. Quería calcular el alcance del daño...

Golleh levantó la cabeza de golpe. —¿Van a montar un rescate? ¿Ocho de ustedes?

—Diez de nosotros —respondió el hombre negro. Su sonrisa era como una manta cálida—. Algo me dice que no te ibas a quedar de brazos cruzados.

—¿Cómo? Estaremos en desventaja numérica. Tienen rehenes. Tienen a Harper.

—Veinte o treinta hombres... —comenzó la hermana más joven, y luego miró a Grogan con irritación—. Cutter no tiene modales. Debería habernos presentado. Soy Beth —extendió su mano y estrechó la de Golleh cálidamente—. Mi hermana, Meghan —señaló a su gemela.

—Mayor que ella —dijo la hermana con voz arrastrada.

—No por mucho —replicó Beth.

—¿Son estadounidenses? —preguntó Golleh después de las presentaciones.

—Naam.

—¿Soldados?

—Se podría decir eso.

Algún tipo de equipo de Fuerzas Especiales, adivinó la líder yazidí. Había notado que ninguno de ellos había mencionado sus apellidos.

—No creo que Hadi tenga cincuenta hombres —continuó Beth, señalando su mapa—. Eso sería demasiado notorio. Calculo que serán veinte o treinta. Tendrá algunos hombres alrededor del pueblo, pero la mayoría estarán dentro de la escuela, para vigilar a los rehenes.

—Naam —asintió Zeb.

—Incluso esa cantidad de tiradores es mucha —argumentó Golleh—. Esta es una misión suicida.

—Sayyidati, déjame adivinar. Estabas lista para entrar allí junto con Cutter. Solo ustedes dos. ¿Eso no era suicida?

—¿Grogan los llamó para pedir ayuda?

—No.

—¿Casualmente estaban en el país?

—Naam. Sabíamos que él estaba aquí, en Rabia, y decidimos buscarlo. No sabíamos que todo esto había sucedido esta noche.

—Esta no es su operación. ¿Por qué están haciendo esto? ¿Porque Harper es estadounidense? Deseó poder retirar sus palabras en el momento en que las pronunció.

Zeb se quedó inmóvil. Nada cambió en su rostro; no se movió, pero ella pudo sentirlo.

—Haríamos esto por cualquiera, sayyidati —retumbó la voz profunda de Bear en la casa—. Estadounidenses, iraquíes, sirios, yazidíes... no importa quiénes sean los rehenes.

Ella asintió ciegamente, su rostro enrojeciendo de vergüenza. —Lo sien...

—No es necesario —Meghan le apretó el antebrazo—. Somos extraños para ti. No nos conoces. Cualquiera habría asumido lo mismo. Además —sus ojos brillaron con picardía—, estar con Cutter no es saludable. Hace que la gente actúe irracionalmente.

—¡Vaya! —exclamó Grogan, pero antes de que pudiera defenderse, Broker silbó agudamente y señaló el mapa.

—Centrémonos en esto.

—Naam —asintió Golleh—. ¿Cuál es el plan?

Beth respondió inmediatamente.

—Enviar a Cutter a morir.

Cutter se rascó la barbilla cuando Beth repasó el plan.

—Hadi y Akbar sabrán que no estoy solo, que ustedes están conmigo. Tienen espías en el pueblo.

—Sabemos cómo lidiar con eso —respondió Zeb.

—¿Cómo?

—¿Hemos terminado aquí? —El líder del equipo ignoró su pregunta—. Ese guardia...

—Lo dejaremos aquí —Cutter garabateó una nota y la deslizó bajo la manta del soldado.

Miró a Golleh, quien asintió. Ya no había nada que los retuviera en Rabia.

Las gemelas los guiaron hacia dos Land Cruisers de color apagado estacionados junto a su vehículo. Meghan se acercó a uno de los vehículos y abrió la puerta trasera con un floreo.

—Conoce al espía de Akbar.

Cutter miró fijamente al hombre atado, que los observaba a él y a Golleh con temor.

—Estaba en esa camioneta —dijo la gemela mayor, señalando el vehículo destrozado—. No lo habríamos visto si la lona que lo cubría no hubiera salido volando en la tormenta.

—Abbas —dijo Chloe con seriedad—. Ese es su nombre. No tardó mucho en derrumbarse. Ha estado siguiendo a Quindica y Difiore desde Mosul. Informaba a Akbar, quien le ordenó vigilar los equipos.

Beth hurgó en su bolsillo y sacó un teléfono móvil.

—Esto estaba con él.

Cutter arrancó la cinta de la boca del tirador y lo agarró del pelo.

—¿Qué le dijiste a Akbar?

—¡YA LES DIJE TODO! —gritó el hombre aterrorizado, señalando con la cabeza a los operadores de la Agencia.

—Te estoy preguntando yo.

—Nada...

Se le cortó la respiración cuando Cutter sacó su Amtac.

—Le conté sobre la primera mujer y luego sobre los agentes del FBI. Los seguí pero los perdí en la tormenta. Regresé a la casa.

—¿Cómo sabes que son del FBI?

—Akbar tiene un espía en la policía —su voz se elevó cuando Bwana se movió amenazadoramente—. ¡NO LE DIJE NADA MÁS! ¡NO PUDE! ¡NO HABÍA SEÑAL EN LA TORMENTA!

Podemos usarlo.

Cutter le volvió a poner la cinta en la boca, lo arrastró hasta su Toyota y lo arrojó en la parte trasera. Tomó los auriculares color carne y el micrófono de cuello que Beth le entregó y se los puso.

—Tendré que quitármelos cuando esté en Garbir.

Golleh también se puso sus dispositivos de comunicación y lo siguió en silencio hasta su vehículo.

—Tus amigos son buenos —dijo cuando ya estaban en marcha, con los vehículos de la Agencia muy atrás.

—Naam. Los conozco desde hace tiempo. Siempre me han cubierto las espaldas.

—Son buenos, pero no creo que ni siquiera ellos puedan ayudar.

—Tenemos que intentarlo.

—Voy contigo.

El Land Cruiser se sacudió cuando él pisó el freno sorprendido.

—¿Tú? Ya hablamos de esto en la casa. Estarás con Beth y Meghan. Akbar y Hadi no saben de ti. Abbas les dijo que tus amigos se han ido. No mencionó que te quedaste.

—VOY. CONTIGO. A. LA. ESCUELA.

Golleh golpeó su palma con el puño en cada palabra, enfatizando su intención con los sonidos de los golpes.

—Puede que no salgas con vida.

—¿La muerte? —se rió con desdén—. No le temo a eso.

—¿Por qué quieres estar allí?

—Tengo asuntos pendientes.

—¿Qué tipo de asuntos?

Un teléfono sonó antes de que pudiera responder.

—Es Akbar —Levantó el teléfono de Abbas y se lo mostró a Golleh.

Ella asintió y habló en voz baja con Beth mientras él giraba hacia el costado de la carretera y aparcaba. Corrió hacia la parte trasera y agarró a Abbas.

—Haz exactamente lo que te diga, o morirás, aquí y ahora.

El combatiente asintió varias veces.

Cutter le arrancó la cinta y le apretó su Glock contra la sien. Aceptó la llamada y la puso en altavoz.

—¡ABBAS! —La voz de Akbar salió con fuerza—. ¿Dónde estás? ¿Sabes cuántas veces Hadi y yo intentamos llamarte?

—Es la tormenta, sayidi —dijo el terrorista, tragando saliva antes de leer lo que Cutter garabateó en un bloc de notas—. Te llamé pero no había señal. ¿Recibiste los mensajes que envié...?

—Naam. Hemos capturado a las mujeres. Una de ellas... no importa, pronto lo sabrás. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy siguiendo a Zafar, sayidi. Es el único que queda. Estamos fuera de Rabia...

—¿Está solo? —ladró Akbar.

—Sí, sayidi —Abbas adoptó un tono sorprendido cuando Golleh se unió a Cutter y le apretó su HK contra la ingle.

—Síguelo, pero no dejes que te vea. Avísame de inmediato si algún soldado, policía o cualquier otra persona se une a él.

—Naam. No sé a dónde va.

—Yo sí. Viene a Garbir. ¿Tiene los equipos?

—No los sacó. Siguen en su vehículo.

—Muy bien —La voz de Akbar se suavizó—. Lo has hecho muy bien. Cuando llegues aquí, podrás jugar con una de las mujeres.

El rostro de Abbas palideció cuando Cutter y Golleh lo pincharon con fuerza con sus armas. Gotas de sudor rodaron por su cara.

—Disfrutaré eso, sayidi —dijo, esforzándose por hablar con normalidad—. ¿Cuántos guardias hay en la entrada?

—Alim y Sadiq, cerca de la roca. Tengo otros alrededor del pueblo. No entres al pueblo. Eres nuestros ojos afuera. Quédate atrás, deja que Grogan entre e infórmanos si ves alguna amenaza.

—Naam, sayidi.

—¿A qué distancia está?

—Está conduciendo despacio. Debería llegar en unas dos horas.

—Deja que venga. Lo estoy esperando con ansias.

— **V**iene. Solo —se regocijó Akbar—. Abbas lo ha confirmado. Difiore intentó controlar su pánico al escucharlo. Harper se desplomó contra Samira y cerró los ojos. Quindica le dio un codazo en el muslo a Difiore y esta asintió, sabiendo lo que la SAC intentaba transmitir.

Aún no ha terminado. Pero ¿qué puede hacer Cutter solo?

Hadi y su lugarteniente estaban de pie en el centro del salón, hablando en voz baja, con sus hombres distribuidos por toda la sala. Los asesinos les habían amordazado después de la llamada de Cutter y habían arrastrado los cuerpos de los soldados.

—¡No pueden hacer esto! —Un frágil aldeano se levantó de su banco—. Ya basta de matar. Déjennos ir.

Hadi y Akbar lo miraron sorprendidos. Algunos de los guardias se rieron con desprecio.

—¿Tú nos vas a detener, viejo? —se burló el líder mientras se acercaba a él.

—¿Cómo podría...?

Hadi se movió engañosamente rápido. Volteó su rifle y lo estrelló contra el vientre del hombre, lo giró velozmente y empujó el cañón contra su cara.

Una mujer gritó. Los aldeanos de alrededor se alejaron a toda prisa, pero fueron empujados de vuelta por el círculo de guardias amenazantes.

Difiore contuvo la respiración mientras pasaban momentos angustiosos, consciente de que Samira gritaba desesperadamente detrás de su mordaza.

Hadi se enderezó, pateó salvajemente al hombre en el muslo y retiró su arma. Sonrió con malicia cuando un murmullo de alivio recorrió la sala.

—Sus vidas —anunció— están en mis manos. Cuando el sol se ponga, algunos de ustedes seguirán vivos; otros no. Los que serán asesinados son los que protesten.

Regresó al frente y miró lascivamente a Harper.

—Y algunos de los que vivan —susurró—, desearán estar muertos.

Difiore miró hacia los voluntarios de DFTF y encontró los ojos de Rahman. El conductor había recuperado la consciencia. Su rostro estaba impasible, inexpresivo. Un hilo de sangre le corría por la sien debido a un golpe propinado por un guardia.

¿Qué puedo decirles?, pensó Difiore con amargura. Cutter morirá junto con nosotros.

El tiempo era crucial.

—Ve más despacio —espetó Beth.

Recibió un clic de confirmación de Cutter en su auricular. Sus ojos estaban clavados en la pantalla, con Broker mirando por encima de su hombro, mientras rastreaban el Land Cruiser de su amigo.

—A dos millas de distancia —anunció—. ¡AHORA!

Zeb se desvió del camino de tierra, bajando por la zanja que corría a su lado y hacia un grupo de árboles. Bear, al volante del segundo vehículo, navegó en la dirección opuesta.

—Tengo cobertura —llamó después de un rato—. En una formación rocosa. Danos unos minutos. Cubriremos el Land Cruiser con una lona para ocultarnos mejor.

Ella y Meghan ensamblaron rápidamente dos drones y los lanzaron por la ventana. Chocaron los puños cuando las transmisiones aparecieron en la pantalla de la hermana menor.

—Los pájaros están en el aire.

Beth los navegó con pericia hasta que se elevaron y los dirigió hacia Garbir.

Los UAV estaban recubiertos con una pintura inteligente que se adaptaba al color de fondo, haciéndolos indetectables a simple vista. Estaban cargados de tecnología: cámaras HD, infrarrojos y visión nocturna, una torre de telefonía celular, LIDAR, de todo.

—Dos hombres en la roca —anunció.

—Esos serían Alim y Sadiq —Broker se asomó por encima de su hombro—. Cutter, ¿por qué te has detenido?

—Para ganarles tiempo.

—La escuela tiene varias ventanas...

—¿Puedes ver a través de ellas?

—No —Beth sopló para apartar el cabello de su cara con frustración—. La luz refleja en las paredes. Las imágenes térmicas muestran un grupo de cuerpos en la parte trasera y algunos en el frente.

—Esos serían Gina, Peyton y los demás —supuso Meghan—. Hadi y Akbar los querrían allí, para lograr el máximo efecto.

—Sí...

—¿Qué hay del perímetro? —interrumpió Bear.

—Estoy llegando a eso. Un hombre contra una casa, a la izquierda del pueblo, uno en la parte trasera, y dos están detrás de la escuela a la derecha del pueblo, donde están estacionados sus vehículos de escape.

—Seis de ellos —Zeb los sumó.
—¿Tan pocos? —exclamó Roger sorprendido—. Hubiera pensado que tendría más.
—Los tiene. Están dentro de la escuela.
—Y no tenemos ojos sobre ellos —concluyó Chloe.
—Aún no —la corrigió Beth. Levantó la mirada hacia Zeb—. Ya sabes qué hacer.
—Sí, señora —Una sonrisa fantasmal cruzó sus labios y desapareció—. Ocupar esos tejados.
—Tendremos que saber cuál es su protocolo de comunicaciones —reflexionó Broker.
—Bear y yo lo averiguaremos —dijo Bwana amenazadoramente.
—Cutter —llamó Beth—. ¿Escuchaste todo eso?
—Sí. ¿Abbas aguanta?
—Ni un suspiro desde que lo transferimos a nuestro vehículo.
—Puede que intente advertir a Hadi o Akbar.
—No lo hará —Se inclinó hacia atrás y miró fijamente al cautivo, que parecía asustado—.
Ponte en marcha.

—ÚLTIMA OPORTUNIDAD —DIJO CUTTER, MIRANDO A GOLLEH MIENTRAS REANUDABA LA
marcha—. Salta aquí y espera...
—¿A que mueras? Me arriesgaré.
—Nada ha cambiado. Solo porque Zeb y su equipo estén con nosotros... las probabilidades
siguen en nuestra contra. Sabes de lo que son capaces Hadi y Akbar. Lo que les hacen a las
mujeres...
—Conduce.

Cutter bajó su ventanilla y arrojó fuera su micrófono de solapa y auricular. Golleh hizo lo mismo. El viento había arremetido y se precipitó dentro de la cabina, trayendo consigo calor y polvo. A lo lejos, podía ver una nube de polvo baja que parecía acercarse rápidamente.

¿Nos ayudará la tormenta?

Se encogió de hombros. No importaba.

Garbir apareció a la vista, con la roca en su entrada destacándose notablemente contra los tonos terrosos del pueblo.

Avanzó hacia ella y se detuvo cuando una mano salió de detrás y le hizo una señal.

—Bajen las ventanillas y salgan.

Cutter obedeció la orden.

Un tirador salió de detrás de la roca con su rifle apuntándole.

—¿NO ESTÁS SOLO? ¿QUIÉN ES ESA?

—Voy con él —espetó Golleh.

—SOLO EL AMERICANO. NADIE MÁS ENTRA AL PUEBLO.

—Ella viene —dijo Cutter con firmeza—, o ambos regresamos a Rabia.

—¡TÚ, AMERICANO! —El dedo del tirador se tensó sobre el gatillo.

—Espera. —El segundo guardia salió de su escondite y puso una mano sobre el primero para contenerlo—. Regístralos.

—Ya sabes lo que dijo Hadi. Solo él puede entrar.

—Hadi nos matará si le disparamos, idiota. Regístralos primero.

El primer tirador gruñó con ira y cacheó bruscamente a Cutter y Golleh. Inspeccionó el Land Cruiser y volvió con el segundo hombre, quien sacó su radio.

—Son dos. Una de ellos es una mujer. Naam. —Asintió con la cabeza—. Los registramos. No tienen armas ni teléfonos. Naam, los equipos están en el vehículo.

Colgó y apuntó con su arma hacia el pueblo.

—Caminen —ordenó—. Vayan a la escuela. Es el edificio grande a la derecha. No pueden perderse.

—¿Qué hay de mi vehículo?

—Déjalo aquí. ¡VAYAN!

—¿Por qué no nos dispararon? —susurró Golleh mientras sus pies crujían en el polvo.

—Eso habría sido demasiado fácil para Akbar. Le gusta el espectáculo. Quiere torturarme frente a todos los prisioneros.

—¡Abbas! —la voz de Hadi sonó furiosa a través del teléfono móvil del combatiente—. ¿Quién es esa mujer que está con Grogan? ¿Por qué no nos informaste sobre ella?

—¿Grogan? ¿Se refiere a Zafar? —respondió el hombre atado, intentando sonar lo más normal posible con el cuchillo de Broker clavándose en su entrepierna.

—Sí, él —dijo el líder terrorista con impaciencia—. Es estadounidense. ¿Qué hay de la mujer?

—No la vi en su vehículo, sayidi. Le dije, la tormenta...

—¿Se unió a él en el camino?

—No. Debe haberse subido a su vehículo en la casa. Debe ser una de las mujeres yazidíes. No se detuvo en ningún lugar. Lo he estado siguiendo todo el tiempo. Debe haber llegado al pueblo. Me quedé atrás y estaba por llamarle...

—Naam, está en el pueblo. Los equipos están con él. Mantente atrás. Avísanos si llegan soldados.

—Sí, sayidi.

Se desplomó cuando terminó la llamada y Broker alivió la presión sobre él. —Grogan morirá —gruñó—. Hadi y Akbar lo harán mirar mientras violan a las mujeres y...

Beth lo abofeteó.

BWANA Y BEAR SE ARRASTRARON RÁPIDAMENTE POR LA ZANJA, GUIADOS POR LAS INSTRUCCIONES susurradas de Beth en sus auriculares. Se detenían cada vez que ella se los ordenaba, cuando Alim o Sadiq salían de detrás de la roca, y reanudaban la marcha a su orden.

Vestían ropa opaca, rifles pintados con colores de camuflaje, nada en ellos que reflejara la luz del sol. Incluso sus gafas estaban hechas de materiales compuestos que evitaban cualquier destello.

El sudor goteaba de sus barbillas mientras sus codos se hundían en el suelo duro, sus dedos de los pies les daban el impulso para propulsarse hacia adelante.

—¡ALTO!

Se detuvieron.

—DEBÍ HABERLA TOCADO —SE QUEJÓ SADIQ—, CUANDO LA ESTABA REGISTRANDO. TENÍA buenas curvas.

—Naam —asintió Alim—. Hadi y Akbar no sabían que ella estaba aquí. Deberíamos haberla mantenido aquí y divertirnos. Ellos tienen muchas mujeres para jugar allá dentro. Nosotros no tenemos...

Se interrumpió cuando el Diablo se levantó del suelo. Alto. Ancho. Amenaza en sus ojos. Alim comenzó a gritar una advertencia cuando un cuchillo voló por el aire y se clavó en su garganta.

BWANA AGARRÓ EL CABELLO DE SADIQ Y SOSTUVO SU CUCHILLO CONTRA LA GARGANTA DEL terrorista.

—Haz un sonido, por favor —suplicó—. Para que pueda matarte.

El combatiente hizo un sonido ahogado pero no se movió. Bear dejó el cuerpo de Alim en el suelo y limpió su cuchillo en su ropa. Se volvió hacia Sadiq y le clavó la hoja en el muslo sin previo aviso.

La gran mano de Bwana cubrió la boca de Sadiq y ahogó su grito.

—Tú —dijo Bear fríamente—, nos dirás todo lo que sabes. Harás todo lo que te digamos.

—LA ROCA ES NUESTRA.

Zeb reconoció el informe de Bwana con un doble clic mientras se agachaba y corría hacia el pueblo.

Había trazado un gran círculo y se acercaba a Garbir de frente, desde un lado, hacia el único guardia que, según el comentario de Beth, estaba orinando contra la pared de espaldas al terreno abierto.

Zeb echó la precaución al viento.

Beth tiene ojos en el cielo. Me advertirá de cualquier amenaza.

Se enderezó y se lanzó en una carrera, cubriendo terreno rápidamente, dirigiéndose hacia el soldado, que lo oyó y comenzó a girarse pero no pudo reaccionar a tiempo.

Zeb chocó contra él y le estrelló la cabeza contra la pared brutalmente, y otra vez para asegurarse, luego se tendió sobre él hasta que el hombre dejó de estremecerse.

—El lateral es nuestro —jadeó en el micrófono de su cuello.

ROGER TOMÓ EL CAMINO FÁCIL.

Estaba a cincuenta metros del guardia en la parte trasera del pueblo. El combatiente estaba alerta, sus ojos moviéndose de un lado a otro mientras jugueteaba con su radio.

El tejano se acomodó y apoyó su HK en el hombro.

—¿Estás seguro de que eso es lo que dijo Sadiq? —dijo mientras se comunicaba con Bear—. ¿Que la próxima verificación para todos los guardias es en una hora?

—Correcto.

El tejano sonrió, apuntó y eliminó al guardia. La bala voló por el aire y salpicó los sesos del terrorista en la pared. El sonido del disparo se perdió en el viento creciente. Roger corrió y arrastró el cuerpo hasta donde se había estado escondiendo. Miró al cielo e hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

—¿Tienes su radio? —preguntó Beth.

—Sí.

MEGHAN Y CHLOE SE SEPARARON. LA PEQUEÑA OPERATIVA SE ARRASTRÓ LO MÁS CERCA QUE pudo de los vehículos de escape. Podía oír sus risas y oler sus cigarrillos.

—¿Lista? —le preguntó a Meghan.

—Adelante.

Se puso de pie y pisó deliberadamente hojas secas. Los guardias se giraron y, en la fracción de segundo que les tomó procesar lo que vieron, la gemela mayor atacó.

El HK de Meghan describió un arco cerrado y golpeó al primer guardia en el cuello. Lo hizo girar y lo estrelló contra la cabeza del segundo soldado; este se desplomó en el suelo. El primer soldado no había terminado. Su boca se estaba abriendo para gritar cuando Chloe le cortó la garganta.

Arrastraron los cuerpos hasta la maleza profunda, se tumbaron boca abajo y apuntaron sus rifles hacia la parte trasera de la escuela.

—Perímetro asegurado —anunció Meghan.

ZEB SE IMPULSÓ HACIA ARRIBA Y SE AGARRÓ DEL TECHO BAJO DE LA CASA. SE SUBIÓ Y SE TUMBÓ sobre su superficie caliente.

—Pueden verme desde la escuela —susurró en el micrófono de su cuello.

—No —le corrigió Beth secamente—. ¿Ves el tanque de agua en la casa frente a ti?

—Sí. Pero no es...

—Es lo suficientemente grande para ocultarte. La línea de visión desde la escuela... olvídale. No lo entenderás. Son vectores y ángulos y cosas así, que Werner calcula al vuelo con los feeds de los drones. Acércate a la escuela tanto como puedas. Te avisaré si quedas expuesto. Mira a tu derecha.

Bwana le saludó discretamente. *Bear también está con él.* Miró a su izquierda para ver a Roger tumbado en otro techo.

—Ve —espetó Beth—. No tenemos mucho tiempo.

Zeb se arrastró sobre la panza en el techo caliente hacia la escuela mientras la tormenta azotaba Garbir, produciendo un sonido agudo y lastimero que hacía traquetear las contraventanas sueltas y parecía anunciar la muerte.

El camino a la escuela era corto, pero pareció eterno. Cutter, con Golleh a su lado. Pequeñas nubes de polvo se alzaban con cada paso. El viento tiraba de su ropa, aplastándola contra sus cuerpos un momento y alejándola al siguiente.

Buena idea la de Meghan al hacer que conservara mi armadura. Aunque no hará ninguna diferencia. Akbar o Hadi me la quitarán cuando la vean.

Cutter se sentía frío y vacío mientras entraban en el patio de la escuela y subían las escaleras. La líder yazidí a su lado permanecía inexpresiva, con la mirada perdida.

La puerta se abrió antes de que llegaran. Un guardia apareció brevemente e hizo un gesto con la cabeza para que entraran. La cerró tras ellos y los registró, luego señaló hacia el frente de la escuela.

Cutter lo captó todo rápidamente. Aldeanos a su izquierda y derecha, varios de ellos sangrando, sollozando o gimiendo suavemente. Seis guardias patrullando a su alrededor.

Cuatro ventanas daban al patio, todas abiertas. *¿Podrán Zeb y su equipo verlas? Ni siquiera sabía si habían logrado llegar a los tejados. Incluso si lo han hecho, ¿podrán ver a través? ¿Tendrán ángulos de tiro?* No había forma de advertirles sobre los guardias.

El combatiente los empujó por el pasillo hacia la pizarra. Se le cortó la respiración al ver a Harper, atada y amordazada, aterrorizada, mirándolo. Samira y Rahman la flanqueaban, Quindica y Difiore a su derecha.

Sintió una mirada en su espalda y se giró para ver a Jabbar, que se había levantado a medias y lo miraba, conmocionado.

—¿Zafar? —su susurro flotó en el aire.

Y entonces estaban frente a Hadi, que se erguía majestuosamente delante de los prisioneros. Dos guardias más en las esquinas.

¿Dónde está Akbar?

Un golpe lo alcanzó por detrás y lo arrojó al suelo.

Cutter jadeó al inhalar el polvo del suelo. Su cabeza daba vueltas, pero antes de que pudiera recomponerse, una mano le agarró del pelo y lo levantó brutalmente.

—¡Cutter Grogan! —La voz sonó momentáneamente distante. Faris Akbar estaba frente a él, con una mueca de desprecio y gruñendo, su mano izquierda aferrando el rifle.

—He esperado tanto tiempo para esto.

El terrorista le golpeó en el estómago.

Cutter gimió y se dobló, agarrándose el vientre. Jadeó mientras se enderezaba lentamente para ver al asesino echando el brazo hacia atrás para otro golpe.

—Basta —ordenó Hadi. El líder frunció el ceño hacia el comandante yazidí, que no se había movido ni reaccionado—. ¿Quién eres tú?

Ella pareció erguirse. Sus hombros se echaron hacia atrás.

—Golleh.

Un murmullo recorrió la habitación. Varios guardias hicieron un doble vistazo.

—Eres tú —Hadi se recuperó de su sorpresa—. La Leona de Sinjar. Mataste a tantos de nuestros hombres. Te estábamos cazando, pero eras como un fantasma.

Ladeó la cabeza con curiosidad. —¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estás con él?

—Vine por ti.

—¿Por mí? ¿No por Akbar o por alguno de los prisioneros? ¿Viniste por Lais Hadi?

—¿Recuerdas una pequeña aldea en Sinjar? Tú y tus hombres vinieron de noche...

—He estado en tantas aldeas y he matado a tanta gente... No los recuerdo a todos.

—Recordarás esta. Tú y tus hombres estaban reuniendo niños para dispararles. Irrumpiste en una casa. Una madre jugaba con su hija de dos años. La niña intentaba leer un libro. Esa visión te enfureció. Arrebataste a la niña y la lanzaste contra la pared. Murió. Era mi hija. Me uní a la unidad Ezidixan al día siguiente. La Leona de Sinjar nació esa noche.

Hadi aplaudió lentamente y sacudió la cabeza con fingida admiración. —¿Me has estado cazando todos estos años?

—No. Paré cuando terminó la guerra. Sabía que eventualmente morirías. Pero entonces tus hombres vinieron a nuestras aldeas para capturarnos y tuve que tomar el mando. Grogan... cuando se cruzó con nosotros, supe que el destino había intervenido. Era mi oportunidad de llegar a ti.

—Aquí estoy yo, y ahí estás tú —dijo Hadi con arrogancia—, como mi prisionera.

—Lais Hadi. No verás la puesta del sol. No verás otro amanecer. Morirás hoy.

La habitación resonó con las palabras de Golleh.

—¿Qué puedes hacer? —El líder terrorista la abofeteó con fuerza—. Estás rodeada por mis hombres.

Su cabeza se sacudió bruscamente. Rebuscó su teléfono y marcó un número.

—¿Abbas? ¿Dónde estás?

—Estoy fuera de la aldea, sayidi —la voz sonaba metálica, pero lo suficientemente clara para que Cutter la escuchara—. Todo está tranquilo. Puedo ver a Alim y Sadiq a través de mis prismáticos.

—Bien —Hadi se relajó—. Llamaré a los otros guardias.

—No es necesario, sayidi. Acabo de rodear la aldea. Todos están alerta. Estamos a salvo.

Hadi terminó la llamada y le mostró los dientes a Cutter. —¿Y tú, americano? ¿Compartes su confianza?

—Ella es Golleh —Se encogió de hombros. *Ahora sé por qué no sonrío.*— Lo que ella dice, sucederá.

—Esto es lo que sucederá —se burló Hadi—. La tomaré frente a todos. La poseeré. Disfrutaré quebrando su espíritu.

Agarró la barbilla de la líder yazidí y sacudió su cabeza salvajemente. —Enviaré a mis hombres a las aldeas para recuperar a las esclavas que rescataste. Son nuestras. Está sucediendo en todas partes. ¿Has oído sobre Kabul? Ha caído. Allí también las mujeres serán propiedad...

Ella apartó su mano de un golpe. —Nadie nos posee...

—Y entonces —continuó, ignorándola—, mis hombres disfrutarán de todas las mujeres y las matarán aquí. Será una lección para los americanos y para esta aldea. Pero no nuestro premio. Harper Dalton. No, la llevaremos a las montañas. Piénsalo...

—Hagas lo que hagas hoy, morirás —estalló Cutter—. ¿Crees que mi país se quedará de brazos cruzados sin hacer nada? Nuestros militares, junto con los soldados iraquíes, peinarán las montañas...

—Grogan —siseó Akbar—. Esto es lo que ustedes los americanos nunca entenderán. ¿Nos importa morir? El ISIL capturando a la hija de tu vicepresidente, manteniéndola prisionera... ¿sabes cuántos combatientes se apresurarán a unirse a nosotros? Nos levantaremos de nuevo.

Tiene razón. Hay muchos que odian a Occidente. Estos terroristas atraerán a muchos de ellos.

—Llévame a mí —dijo Cutter, jugando su mano. Era por lo que había conducido hasta Garbir—. Tortúrame. Eso es lo que Akbar quiere. Ponlo en internet. Úsalo para tu propaganda. Ex soldado de las Fuerzas Especiales Americanas suplica que le perdonen la vida antes de ser decapitado... piensa cómo resonará entre tus seguidores. Llévame a mí, haz conmigo lo que quieras, pero deja ir a todos los demás.

Alguien lloró. Difiore y Quindica se sacudieron como si se hubieran sentado sobre un cable electrificado. Un guardia se removió.

Akbar explotó. —¡BASTA! —gritó. Arrojó su rifle lejos y sacó un largo cuchillo—. ¡BASTA DE HABLAR! ¡HADI, VOY A ACABAR CON GROGAN AHORA MISMO...!

Se abalanzó sobre Cutter, quien se preparó.

Un tubo voló por el aire y aterrizó frente a Akbar, quien se detuvo en seco. Rodó un par de veces y se detuvo. Era achaparrado, voluminoso y diferente a cualquier arma que Cutter hubiera visto.

—¡GRANADAS! —gritó Hadi. Él y Akbar se lanzaron hacia atrás, junto con los guardias, cuando un segundo proyectil cayó al suelo.

Esas no son granadas.

Cutter se lanzó hacia el tubo más cercano, mientras Golleh iba por el segundo.

Lo atrapó con ambas manos y tiró con fuerza. Una Glock y varios cargadores se derramaron cuando el proyectil se abrió. Cutter rodó sobre su hombro y disparó contra Akbar, que estaba agachado contra la pared.

Su disparo falló. Golleh disparó, pero también falló.

—¡ALTO! —rugió un guardia.

Cutter se quedó paralizado cuando el combatiente apretó su rifle contra el cuello de Harper.

—Tiren sus armas —dijo Akbar mientras se enderezaba triunfante—. O ella muere.

—Deberías haber agarrado a la otra mujer —reprendió Hadi al guardia—. No, idiota. Sigue sujetándola por ahora.

—Grogan —dijo Akbar mientras recogía su cuchillo—, ¿recuerdas cómo gritó tu esposa...

El viento desgarró las ventanas y atravesó la habitación. Pareció traer consigo la bala que le voló la cabeza al guardia y roció la cara de Harper con sangre y huesos.

Cutter se lanzó sobre Akbar, quien miraba incrédulo al soldado caído. Pasó por debajo de la mano del terrorista que sostenía el cuchillo y lo embistió con todo su cuerpo, estrellándolos a ambos contra el suelo.

—¡GINA! ¡PEYTON! —rugió mientras forcejeaba con Akbar.

Se arriesgó a echar un vistazo. Difiore y Quindica se habían arrojado protectoramente sobre Harper, Samira y Rahman. Golleh gruñía mientras saltaba sobre Hadi. Un guardia cayó, y entonces se dio cuenta de que el susurro no era el viento sino la lluvia de balas que venía de las ventanas.

Ese agujero en la pared... a través de ese también. ¿Cómo pasó eso?

El puño de Akbar se estrelló contra su cuello. —¿Recuerdas cómo gritaba tu esposa cuando la estaba violando?

La ola de furia que invadió a Cutter borró la habitación. Le dio un cabezazo al terrorista. Apenas sintió el cuchillo atravesando su ropa y perforando la carne bajo su hombro derecho.

Cutter no cedió. Llovió golpes sobre Akbar mientras rodaban por el suelo, cada uno tratando de quedar encima, intentando alcanzar el arma más cercana.

Se agachó cuando el terrorista cortó el aire con su hoja, pero no lo suficientemente rápido, y sintió un cálido hilo de sangre en su mejilla.

—Lentamente —se rió Akbar—. Te desgarraré lentamente. Tayyib era mi amigo. Mi hermano. Tienes que pagar por eso.

Cutter atrapó la estocada entrante con ambas palmas y torció la muñeca del asesino con fuerza para hacerle soltar el cuchillo, que repiqueteó en el suelo y se deslizó lejos. Gruñó cuando Akbar le dio un puñetazo en el cuello, y su visión se oscureció momentáneamente. Alguien cayó encima de él, aplastándolo contra el terrorista.

Echó un vistazo rápido. Quindica, quien de alguna manera se había liberado, había saltado sobre él para disparar a un guardia que le estaba apuntando.

Akbar intentó sacarle los ojos.

Cutter se echó hacia atrás para escapar y sintió que la agente del SAC rodaba lejos, lo que le dio espacio para atrapar la cabeza del terrorista y romperle la nariz con su frente.

Akbar chilló en sus oídos mientras sus manos caían. Se levantó con las piernas, arrojó a su atacante y se lanzó hacia su rifle.

No puedo dejar que lo alcance.

Cutter se abalanzó desesperadamente sobre el cuchillo, lo atrapó con una mano, sabía que era tarde, era consciente de que Akbar gritaba triunfalmente mientras levantaba el rifle; sintió que la primera ronda pasaba junto a él, la segunda le rozaba el hombro. Lanzó la hoja hacia Akbar, una parte de su mente maravillándose de cómo había logrado un lanzamiento tan perfecto. La hoja atravesó el aire y se enterró en el pecho del asesino.

Cutter estaba sobre él al instante. Algo golpeó su propio pecho como un tronco de árbol, pero la adrenalina y la rabia lo impulsaron hacia adelante para apartar el rifle de Akbar con su mano izquierda, arrancar el cuchillo con un sonido de succión y clavarlo en su garganta y mantenerlo abajo y ver cómo la luz se desvanecía de los ojos del terrorista.

Se apartó rodando al oír un chillido, se lanzó hacia su Glock y la levantó.

Golleh. Sangre en su rostro. Cabello suelto y volando alrededor. Encima de Hadi, golpeando con sus manos desnudas, maldiciendo.

Un guardia se levantó del suelo y gritó de rabia mientras disparaba salvajemente al aire.

Cutter le disparó dos veces y comprobó a Difiore, que todavía estaba encima de los voluntarios del DFTF.

—¡QUÉDENSE ABAJO! —gritó, repitiéndolo en árabe a los aldeanos.

Se agachó y corrió a lo largo de la línea de bancos, inclinándose para revisar a los otros guardias, volteándolos para confirmar que estaban muertos. Notó los agujeros en la pared, que parecían como si puños gigantes los hubieran atravesado.

¿Un Barrett hizo eso? Ese de arriba es lo suficientemente grande como para que un dron vuele a través. Beth debe haber navegado uno adentro, lo que les dio visual.

Giró cuando Jabbar gritó en advertencia.

Akbar, que de alguna manera seguía vivo, apoyado sobre un codo, estaba levantando su rifle lentamente, la rabia en sus ojos palpable incluso a distancia.

Cutter le voló la cabeza con un solo disparo y, en el silencio subsiguiente, Golleh gritó y se enderezó, pisoteó el cuello del líder terrorista y empujó hacia abajo con todo su peso hasta que dejó de moverse, y le escupió.

Lais Hadi estaba muerto.

Llegó a Difiore como una serie de secuencias en cámara lenta.

La pelea de Cutter con Akbar. El cuchillo brillando en el aire. Su rugido de rabia.

El salto de Peyton para disparar al guardia que amenazaba a Cutter.

Los gruñidos de Golleh mientras se enfrentaba a Hadi con las manos desnudas, sin pestañear, incluso cuando él le había disparado. El terrorista había fallado, pero para entonces ella estaba sobre él como el animal por el que le apodaban.

La detective liberó a Samira y Harper, quienes cayeron instantáneamente en los brazos de la otra, sollozando de alivio.

—¿Estáis bien? —les preguntó—. Harper, ¿estás herida?

Ninguna respondió.

Liberó a Rahman, quien estaba aturdido, murmurando suavemente para sí mismo, mientras apartaba la mirada de los terroristas muertos en el suelo y se tocaba la cara.

—¿Rahman? —Le apretó el hombro. Él no respondió.

—Están en estado de shock —dijo Peyton mientras se acercaba—. Todos ellos.

—Tú...

—Estoy bien. No pude hacer mucho.

—Salvaste a Cutter. Ese guardia venía por detrás de él.

—¿Quién era ese?

Se volvieron hacia Harper, cuyo rostro estaba mojado por las lágrimas, con Samira sosteniéndola. La hija del vicepresidente se estremeció cuando vio a Hadi y Akbar y apartó la mirada rápidamente.

—¿Te refieres a quién vino a rescatarnos? —adivinó Difiore—. No lo sabemos. Podría ser la policía iraquí. Cutter conoce a alguien importante allí. Debe haberles llamado. Aún no hemos hablado con él. ¿Qué hay de ti? ¿Ellos...?

—No —Harper medio sollozó, medio rió y atrajo el brazo de Samira más cerca—. Akbar me capturó. Me abofeteó varias veces, pero ninguno de ellos me tocó. ¿Crees que él... ellos habrían...?

—¿Violado? —completó Difiore, sombríamente—. Sí.

—Ustedes están más heridas que nosotras —dijo Samira mientras soltaba a la hija del vicepresidente, tomaba la barbilla de la detective y examinaba su rostro—. Ambas. Tráeme agua —le ordenó a Rahman.

—No tenemos huesos rotos —la detuvo Quindica—. Los aldeanos. Ellos necesitarán tu ayuda.

—Golleh y el señor Grogan también. Ellos tomaron...

Difiore encontró fuerzas para reírse—. No necesitas ser formal con él. Llámalo por su nombre.

Se volvieron para observarlo por un momento mientras recogía las armas de los terroristas y las guardaba en un rincón, con la ayuda de Golleh. La comandante yazidí parecía tan distante como siempre, a pesar de la paliza que había recibido. No hablaba ni sonreía, su rostro mantenía su habitual expresión impasible.

—No aceptarán ayuda. Ya habrás adivinado cómo son ambos. No parece que estén gravemente heridos. Vamos con los aldeanos.

Siguió a Peyton y a los voluntarios mientras se dirigían a los residentes de Garbir y comenzaban a revisarlos.

—Soy Jabbar, sayyidati —dijo el anciano que había protestado, mientras se ponía de pie temblorosamente—. ¿Están ustedes bien?

Difiore y Quindica habían aprendido suficiente árabe conversacional para desenvolverse. La detective parpadeó para contener las lágrimas repentinas ante su preocupación.

¡Él es quien fue golpeado, y nos está preguntando por nosotras!

—Estamos bien, sayidi, pero usted...

—Necesita sentarse —interrumpió Samira y lo ayudó a volver al banco—. Quédese quieto mientras lo reviso. ¿Cree que algo está roto?

—Estos médicos —el anciano del pueblo sonrió con picardía a la detective— creen que saben más que nosotros. No, sayyidati. Akbar no me lastimó tanto.

Difiore se acercó a los agujeros en las paredes y los tocó.

—¿Barrett? —preguntó cuando sintió que Cutter se acercaba.

—Supongo.

—Los tiradores corrieron un riesgo. Podrían haber matado a los aldeanos.

—Debieron haber calculado que todos se tiraron al suelo con el primer disparo.

Le sonrió irónicamente—. Estoy magullado y sangrando. Estoy seguro de que recibí un disparo. Pero, ¿acaso la Primera Detective Gina Difiore, Agente Especial Adjunta a Cargo, pregunta por mí? No. Eso demuestra lo mucho que le importo.

—Samira se ofreció a revisarte, pero la detuve. Los aldeanos la necesitaban. No te vas a morir pronto.

Se mordió el labio para reprimir una sonrisa cuando Cutter se llevó la mano al pecho teatralmente y fingió estar herido.

—Akbar te disparó —se unió Quindica—. Lo vi. ¿Llevas...?

—Armadura —Levantó su camiseta para mostrar el chaleco—. Se sintió como una patada de mula.

—¿Cómo sabías lo que había en ese tubo?

—No lo sabía. Fue una suposición afortunada que hubiera armas en ellos.

—¿Suposición? ¿No lo sabías? ¿No planeaste ese rescate?

—Con Hadi y Akbar reteniéndolos a todos como rehenes, no había mucho que pudiéramos planear. Tuvimos que improvisar, y aun así, estaba seguro de que no funcionaría.

Difiore lo miró fijamente, recordando sus palabras ofreciéndose a Akbar a cambio de la liberación de ellos.

Lo golpeó con fuerza en el hombro, sobre el corte que había ensangrentado su camiseta.

—No. Vuelvas. A. Hacer. Eso. Nunca —gruñó—. No te hagas el héroe...

Enterró su rostro en el pecho de él y sintió sus brazos rodeándola. Tembló por varios

momentos y luego se soltó.

—Esto no cambia nada —dijo, sorbiendo y secándose los ojos—. Aún no puedes llamarme por mi nombre.

—Por supuesto que no.

Quindica frunció el ceño ante el viento que se arremolinaba fuera de la escuela—. ¿Por qué Kader no ha entrado? Necesitamos ambulancias...

—¿Kader? —preguntó Cutter, perplejo.

—¿No fue su equipo el que disparó?

—No.

—¿Llamaste al ejército?

—No.

Sonrió cuando alguien silbó afuera.

—Ya lo verás.

Difiore lo siguió fuera de la habitación y se detuvo en seco ante la vista.

La tormenta no era tan fuerte como la noche anterior, pero aún hacía sonar puertas y ventanas y llevaba trozos de periódico y envoltorios de plástico. En el patio de la escuela, de pie, había ocho personas. Todos armados, inmóviles a pesar del viento.

Difiore observó al hombre negro y a las tres mujeres, dos de las cuales eran claramente gemelas, y adivinó al instante quiénes eran mientras examinaba al resto del grupo.

¡Zeb Carter! Los amigos de Cutter.

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Quindica asintió y dijo:

—Sí.

La detective puso nombres a las caras rápidamente. Bwana, el afroamericano; Bear era el de la barba recortada; Broker y Roger, los guapos; Chloe; Beth y Meghan Petersen; y Zeb, al lado de la hermana mayor, inmóvil, inexpresivo, sus ojos oscuros sin revelar nada.

Los vimos una vez antes, pero llevaban máscaras.

—Gracias —dijo agradecida.

Bwana inclinó la cabeza con aire regio.

Sintió los ojos de Zeb como si estuviera leyendo sus pensamientos. Él miró detrás de ella cuando aparecieron Samira, Harper y Rahman, pero se mantuvo en silencio.

—¿Cómo nos encontraron? ¿Grogan se puso en contacto con ustedes? ¿Dónde estaban?

—Lo encontramos nosotros —respondió Zeb secamente. Sin más explicación.

—Aún no estamos fuera de peligro —dijo Cutter, moviéndose inquieto—. El Ejército Qaim está ahí fuera. Aswad Hafeez me está cazando.

—Él no es un problema. No lo será, ni para nadie más, nunca más.

No hubo más aclaraciones.

—¿Cómo está todo el mundo?

—No lo sé.

Difiore miró a Cutter y luego a Zeb, quien había respondido.

¿Qué fue eso?

Antes de que pudiera preguntar, Zeb señaló al cielo.

Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos hacia el cielo, haciendo una mueca por el polvo. Entonces lo oyó.

El sonido de rotores, cada vez más fuerte.

Dos helicópteros aparecieron a la vista; uno se mantuvo en el aire mientras el otro levantaba polvo al dar una vuelta por el patio de la escuela, para luego regresar a aterrizar.

—¡Black Hawks! —gritó a Quindica, quien asintió—. Cutter o Zeb deben haberlos conseguido para Harper.

Gritos de sorpresa detrás de ellos, mientras los aldeanos salían de la escuela para mirar.

—¡DOUG! —gritó Harper cuando un hombre de traje corrió hacia ellos, mientras varios soldados saltaban del helicóptero y cubrían el patio.

Debe ser de su equipo del Servicio Secreto.

—Señora —los ojos del agente recorrieron la multitud, deteniéndose en Difiore, Quindica y Cutter antes de fijarse en Harper—. Vamos a casa.

—Pero... yo...

—Tiene razón —dijo la detective suavemente—. Hadi y Akbar están muertos, pero los terroristas del EIIL siguen por ahí. También los grupos de milicianos. Tu cobertura ha saltado. Estás en alto riesgo incluso si tienes protección a tiempo completo.

—No puedo irme así sin más. Samira... —Harper agarró la manga de la siria—. Ellos también estarán en riesgo. —Tragó saliva.

—Sí, señora —respondió Doug—. El presidente ha autorizado su evacuación también. Samira Latif, Rahman Abdul —se dirigió formalmente a los voluntarios—, los Estados Unidos de América les agradecen por mantener a salvo a la Srta. Dalton. Nuestro país les da la bienvenida. Les ofreceremos reasentamiento y aceleraremos su proceso de ciudadanía.

—¿Yo? —la doctora parecía conmovida—. ¿Ir a América? ¿Cómo es eso posible? Todo lo que tengo está aquí.

—¿Todo? —preguntó Harper.

¡Quédate callado! Difiore fulminó con la mirada a Cutter cuando hizo ademán de hablar.

La siria se lamió los labios. Retorció sus manos y miró a Rahman en busca de apoyo.

—Tiene razón —dijo el conductor, asintiendo hacia el agente del Servicio Secreto.

—¿Estás lista para dejar atrás Irak?

—No tengo nada aquí. Ninguna familia. Ustedes son mis amigos. Si ambos se van, ¿qué me retiene aquí? Además, siempre podemos volver.

—Espero que te quedes allí —dijo Harper suavemente. Sus palabras estaban claramente dirigidas a Samira.

—Todo será nuevo —dijo la siria, inquieta.

—Estaré allí para ayudar.

—Tu madre...

—Viviremos por nuestra cuenta.

—Tenemos mucho que resolver.

—Lo haremos.

Samira asintió. Se tucó el cabello detrás de la cabeza avergonzada, consciente de las miradas sobre ella.

—Tienes razón. Mi todo no está aquí.

—¡Vayan! —dijo Difiore, suspirando aliviada.

Harper, radiante, no se movió. Se volvió hacia Jabbar, juntando las manos en un gesto suplicante.

—Todo esto es por mi culpa...

—Sayyidati. —Cojeó hacia ella, le cogió las muñecas y las bajó suavemente—. Lo que Alá quiere, sucede. Muchos han muerto innecesariamente, pero el mal también ha sido destruido. Ve, con la bendición de Garbir.

Harper tomó la mano de Samira con una risa encantada y corrió hacia el helicóptero. Rahman

las siguió, sonriendo irónicamente, y saludó al equipo desde el interior.

Difiore entrecerró los ojos cuando los rotores aumentaron su velocidad y levantaron una cortina de polvo que oscureció al equipo de Zeb Carter.

—Espero que te gustaran los chocolates.

Una voz flotó sobre el ruido de los helicópteros.

Esa es Beth. Se agachó en la nube de polvo que cubría todo el patio. *¿A qué se refería con los chocolates?*

¡Esa otra misión! Nos atacaron pero no nos hicieron daño. No sabíamos quiénes eran, entonces. Ella, Quindica y los agentes del FBI que estaban con ellas habían recibido cajas de chocolates y flores de forma anónima.

Se enderezó cuando los helicópteros partieron y la nube de polvo se disipó.

Zeb Carter y su equipo habían desaparecido.

— **N**o —Cutter detuvo a Difiore cuando la detective hizo ademán de salir del patio para buscar al equipo de Zeb—. Se retiran rápido. Ya se han ido.

—¿Estaban en el país todo este tiempo? ¿Cómo te encontraron? ¿Dónde os reunisteis?

—Detective Difiore...

—Detective de Primera Clase y ahora, ASAC —le corrigió ella.

—Sí —sonrió él—. Tus preguntas pueden esperar. Vamos a conseguir ayuda policial y médica.

Sacó su teléfono y marcó un número.

—Kader.

—Reyhan, me pregunto si te acuerdas de mí.

—¡Cutter Grogan! Hay mucha gente que puedo olvidar, pero tú no. Intenté contactarte. No sé si tus amigos...

—No hay tiempo para todo eso, Reyhan —Cutter le informó rápidamente y se volvió hacia Difiore y Quindica cuando terminó la llamada—. Estará aquí en una hora. Está organizando ambulancias y policía desde Rabia.

—Aram Zafar... ¿o debería llamarte Cutter Grogan? —Jabbar se acercó a él.

—Sayidi —le dijo Cutter disculpándose—. Tenía que mantener mi disfraz.

—¿Eres estadounidense?

—Naam.

—Hablas como un iraquí. Laila, o Harper, ¿es realmente la hija del vicepresidente estadounidense?

—Naam —informó al anciano del pueblo, quien asintió.

—Ahora entiendo de lo que hablaba. No es a mí ni al pueblo de Garbir a quien debe pedir perdón. Debe encontrarlo dentro de sí misma. Alá la ayudará.

Su culpa no desaparecerá. Nunca lo hace. Aunque Samira está con ella. Eso podría ayudarla a vivir con ello.

—Aram Zafar —Jabbar interrumpió sus pensamientos.

Los ojos del líder del consejo le taladraron.

—Ese nombre, lo que nos contaste sobre ser un hombre de negocios... no lo eres, ¿verdad?

—No, no de ese tipo.

—Nos diste esperanza por un tiempo.

Cutter sintió vergüenza. Su cara ardía. Se tragó sus palabras. *¿Qué puedo decir? Tiene razón.*

Sintió los ojos de Golleh mirándole impasiblemente. Ella no comentó, no se movió de su posición en la puerta de la habitación. Asintió distraídamente cuando Quindica le apretó el antebrazo y observó al anciano del pueblo regresar con su gente.

Llegaron vehículos policiales y médicos con luces parpadeantes y sirenas aullantes y lo mantuvieron ocupado mientras daba declaraciones y les ayudaba a asegurar el edificio.

Reyhan Kader entró en el patio y lo abrazó fuertemente. Cutter lo llevó dentro de la habitación, donde el coronel silbó y sacudió la cabeza.

—No has dejado nada para que limpiemos. ¿Hiciste todo esto tú solo?

—Tuve ayuda.

Kader sonrió cuando no elaboró más. —Sé cómo trabajas. Está bien. ¿Cómo quieres manejar esto? —Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a Golleh.

Se apresuró hacia ella e hizo una reverencia. —Es un honor conocerla, sayyidati. Soy Reyhan...

—Sé quién eres —inclinó la cabeza—. Gracias por ayudar a nuestra gente.

—Ojalá hubiera podido hacer más —metió la mano en su bolsillo y le dio su tarjeta—. Llámeme si puedo hacer algo por usted. En cualquier momento, en cualquier lugar. Sayyidati, supongo que no quiere ser mencionada en ninguna cobertura.

—No.

—Nuestra presencia no puede ocultarse —Cutter asintió y se señaló a sí mismo y a los agentes del FBI—. Jabbar no podrá evitar que los aldeanos chismorreen, y la noticia se extenderá. Hazlo pasar por una operación conjunta iraquí-estadounidense que acabó con Hadi y Akbar. Pero mantén nuestros nombres fuera de esto.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando el rostro del coronel se tornó grave.

—Tú y tus amigos deberían ir a la base militar en Erbil y quedarse allí hasta que salgan del país. Los partidarios de Hadi y Akbar siguen ahí fuera. Los terroristas y los soldados del Ejército de Qaim no han terminado. Se dirigirán contra los estadounidenses... cualquiera que parezca occidental.

Cutter asintió. Había estado pensando en líneas similares. *Tengo que llevar a las mujeres a casa. Hoy.*

Se acercó a Quindica y Difiore cuando la SAC le hizo señas y tomó el teléfono con el que estaba hablando.

—¿Sí? —preguntó. *¿Quién es?* articuló sin voz a sus amigas.

—Cutter, Phil y yo no podemos agradecerte lo suficiente. Harper nos llamó desde el helicóptero... —la vicepresidenta Dalton medio sollozó y luego se compuso—. Hablaremos extensamente cuando estés en casa. Habrá un jet esperando en Erbil en una hora.

—Me aseguraré de que Quindica y Difiore suban, señora.

—Tú también necesitas estar en él. No discutas. Es una orden. Encontraste a Harper. Tu trabajo está hecho. Vuelve a casa.

—Sí, señora —cedió y devolvió el teléfono a Quindica.

—SE SIENTE APRESURADO —SE QUEJÓ DIFIORE CUANDO SE ABROCHARON LOS CINTURONES EN EL jet en Erbil, noventa minutos después.

Lo es, reflexionó. No había podido hablar con Jabbar de nuevo. Estaba ocupado, pero también podría estar ignorándome.

Golleh había sido su habitual yo implacable.

—No te preocupes por mí —había dicho, resistiéndose a su intento de abrazarla.

Kader le había dado una fuerte palmada en la espalda y no había ocultado su alivio de que los estadounidenses se fueran.

—Completamos nuestra misión —dijo Quindica, consolando a su compañera.

—¿Qué hay de nuestra investigación? Cripto...

—Sabes muy bien que podemos llevarla a cabo desde DC. Diablos, eso solo fue una excusa para que estuviéramos en Irak para ayudar a Cutter. Lo sabes, y Bart lo supo todo el tiempo.

—Tu amigo, Zeb Carter —Difiore lo miró con curiosidad—. No es muy conversador, ¿verdad?

Cutter sonrió brevemente ante su descripción. —No.

—Nunca nos dijiste cómo llegaron a estar allí.

—Durante una cena en Nueva York, en un restaurante de mi elección.

—¿Qué le preguntaste allí? *¿Cómo está todo el mundo?* —citó.

Cutter suspiró. —Tenemos amigos en Afganistán. Gente que nos ayudó. No sé si todos lograron salir a salvo.

—¿Qué hay de aquellos que no pudieron subir a nuestros vuelos? —preguntó Quindica preocupada—. ¿Los sacarás?

—Zeb lo hará —dijo con certeza, aunque no había hablado con su amigo. *Lanzará una operación clandestina si es necesario.*

El avión se inclinó y, por un momento, creyó ver aldeas a través de las nubes. *Difiore tiene razón. Nos vamos con prisa.*

Volveré, se prometió a sí mismo.

Tenía asuntos pendientes.

A Cutter le llevó dos semanas hacerlo realidad. Los primeros días de su regreso estuvieron llenos de reuniones con la vicepresidenta y su familia. Una agradecida Jill Dalton había insistido en que les informara personalmente y lo había hecho participar en varias cenas de celebración.

—¿Te has reconciliado con tu madre? —le preguntó a Harper durante una de ellas.

—No del todo —dijo ella, sonriendo—. Sin embargo, las cosas son diferentes. Mejores. Yo también fui irresponsable. —Miró a Samira y sus mejillas se sonrojaron—. Y ella está conmigo. Todas las asperezas se han suavizado. Estamos iniciando una misión, una organización benéfica. Samira, Rahman y yo. Para ayudar a los refugiados de países afectados por la guerra. Utilizaré sin vergüenza el nombre de mi madre para conseguir que los donantes contribuyan.

Él había cumplido su promesa a Difiore. Las llevó a ella y a Quindica a cenar y les contó todos los detalles.

—Meg y Beth —dijo la detective, haciendo girar su copa de vino—. Estoy segura de que me caerán bien.

—Las dos os llevaréis bien con ellas.

Finalmente regresó a Nueva York; limpió sus correos electrónicos, respondió a posibles clientes e hizo la llamada.

—Necesito un favor.

—Lo que sea. Cuando sea. Donde sea. ¿Quieres mi riñón? ¿Los dos? ¿Quieres mi corazón? Pídelo y lo tendrás.

Cutter hizo una mueca ante la respuesta. Estaba acostumbrado al melodrama del hombre. *Sin embargo, lo dice en serio. Cada palabra.*

—No necesito nada de eso, sayidi...

—¿Sayidi? ¿Después de todos estos años sigues llamándome así? Soy yo quien debería usar esa palabra. Dime qué quieres. Haré lo que pueda.

—¿Has oído hablar de Garbir?

—¿Garbir? —El hombre pensó por un momento y chasqueó los dedos—. ¿No salió en las noticias recientemente? ¿No es donde la hija de la vicepresidenta fue secuestrada por terroristas?

—Sí. —El gobierno había trabajado con Kader para difundir la noticia y controlar el ciclo informativo. Que Harper había estado trabajando encubierta con el DFTF todo el tiempo y había sido tomada como rehén por terroristas. La operación de rescate había sido llevada a cabo por el SWAT iraquí, liderado por el coronel, con la ayuda del ejército estadounidense.

—¿Por qué te interesa? Es un pueblo pequeño, sin importancia.

—Para mí sí la tiene, sayidi. —Le dio al hombre los antecedentes.
—¿Eso es todo lo que me pides? Pondré a mi equipo a trabajar en ello de inmediato.
—Gracias, sayidi.
—No. Gracias a *ti*.

AL DECIMOCUARTO DÍA, CUTTER ACOMPAÑÓ AL HOMBRE EN SU JET PRIVADO A MOSUL. PASARON la noche en un hotel y partieron temprano por la mañana en un coche blindado.

La reunión del consejo estaba terminando cuando llegaron a la escuela. Los aldeanos que salían del edificio los miraron boquiabiertos. Muchos reconocieron a Cutter y lo abrazaron.

—¿Está Jabbar dentro? —le preguntó a uno de ellos.

—Naam, sayidi.

Cutter guió al hombre por las escaleras y a través de la puerta.

—¿Es aquí donde sucedió? —susurró el visitante.

—Sí.

El anciano del pueblo estaba con dos hombres junto a la pizarra. Interrumpió su conversación y los miró fijamente mientras se acercaban a él.

—¿Cutter? —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—Tenía algo de trabajo, sayidi.

—¿Otra misión de rescate?

—No, sayidi. Conoce a Aram Zafar —dijo, presentando al hombre.

No pudo evitar sonreír ante la sorpresa en el rostro del jefe del consejo.

—Naam, ese es realmente su nombre. Es estadounidense, pero...

—Nací aquí. —Zafar tomó las manos de Jabbar entre las suyas—. Al sur de Bagdad. Hace muchos años, antes de que comenzara la guerra. Mis padres se fueron a América, donde crecí, pero nunca olvidé mis raíces.

—Estoy confundido —respondió el anciano del pueblo—. Zafar, eres bienvenido en nuestro pueblo. Pero, Cutter, no entiendo...

—Es un hombre de negocios, sayidi. Uno de verdad. Tomé su nombre ya que era fácil crear una identidad basada en sus antecedentes. Ha abierto escuelas y hospitales en Irak. Restaurantes, centros comerciales... todo lo que te dije, todo existe, pero es suyo. Mira aquí.

Abrió un periódico iraquí y le mostró un artículo sobre Aram Zafar. *Multimillonario filántropo, hijo de Irak*, comenzaba el titular.

—Te hice una falsa promesa. Te mentí. Pero...

Cutter se detuvo cuando el multimillonario le apretó el hombro.

—Yo las cumpliré. Lo conozco muy bien. Él cumple su palabra, y si no lo hace, hay una buena razón. Lo que te dijo, yo lo llevaré a cabo. —Abrió su maletín y sacó un plano del sitio—. Puse a mis ingenieros a trabajar en este proyecto cuando Cutter vino a verme. Aquí es donde estará la gasolinera. No muy lejos de este pueblo. Ya he solicitado al gobierno todos los permisos. Esta escuela —miró alrededor del edificio—, me gustaría construir una nueva, si el consejo lo permite.

Las manos de Jabbar temblaban. Buscó a tientas y se sentó en su silla.

—¿Realmente harás esto? ¿Por Garbir?

—Sí, sayidi.

—Costará mucho dinero.

—El dinero no significa nada para mí.

—¿Por qué?

Zafar sonrió y ocupó la segunda silla. Su cabello gris brillaba bajo la luz; sus rodillas crujieron cuando se sentó. Las arrugas marcaban su rostro y las venas se destacaban en sus brazos.

—El dinero era lo único que me interesaba cuando era joven. Era inteligente. Sabía cómo hablar. Era bueno para los negocios. Me hice rico rápidamente. Compré empresas en América, en todo el mundo. Di entrevistas, salí en televisión muchas veces. Quería ser el hombre más rico del mundo. Mi esposa y mi hija... siempre me preguntaban qué haría con toda esa riqueza. Les decía que nunca tendrían que trabajar de nuevo. Ellas decían que no necesitaban tanto. No las escuché. Seguí construyendo mi negocio. Nuestra hija creció. No le gustaba en lo que me había convertido. Se mudó. Se fue a México, sayidi. Enseñaba inglés en una escuela, en un pequeño pueblo como Garbir. Yo era una de las personas más ricas del mundo. Ella podía hacer lo que quisiera, pero se convirtió en maestra. No lo entendía.

Destapó una botella de agua, bebió de ella y se limpió los labios. —Mi esposa y yo nos unimos a ella en unas vacaciones una vez. No me gustó. No había hotel en el pueblo. Su casa no tenía aire acondicionado. Las carreteras no eran buenas para mi coche. Un día, un cartel de la droga atacó la escuela. No lo sabía entonces, pero mi hija los había denunciado a la policía. Casualmente estábamos en la escuela en ese momento. Sucedió rápidamente. En un momento, los niños estaban en la escuela, y nosotros dentro de un aula; al siguiente, los pistoleros estaban disparando.

—Mi hija murió ese día. Murió intentando salvar a los niños. Se arrojó frente a ellos. Muchos más maestros y niños habrían muerto si este hombre —se volvió hacia Cutter— no hubiera aparecido. Él y sus amigos. Hasta el día de hoy no me ha dicho por qué estaba allí, cómo apareció en ese preciso momento. Él y sus amigos dispararon a esos pistoleros. Mi esposa también habría muerto, pero Cutter la salvó. Recibió las balas que iban dirigidas a ella. Estuvo en el hospital durante mucho tiempo. Podría haber muerto. ... Desde ese día, el dinero no ha tenido ningún significado para mí. Vivo en una casa pequeña estos días, sayidi. En California. Como una persona común. Mi hija tenía razón. Mi esposa —falleció hace unos años— también tenía razón. ¿Cuánto necesitamos realmente?

Respiró profundamente y miró a Cutter. —Traeré empleos a Garbir. Esa es mi promesa.

CUTTER SALIÓ DE LA ESCUELA MIENTRAS ZAFAR Y JABBAR CONVERSABAN. SE APOYÓ CONTRA SU vehículo y estaba mirando distraídamente calle abajo cuando sintió unos ojos sobre él.

Se volvió para ver a Golleh.

—Escuché que estabas en el pueblo —No había sonrisa en su rostro ni en su voz.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó él, asombrado.

—Jabbar me pidió que me quedara unas semanas. Estoy dando clases de defensa personal a las mujeres.

Se veía igual. Rostro severo, cabello recogido hacia atrás, pantalones de combate y una chaqueta sobre su top. Nadie podría confundirla con algo que no fuera lo que era. Una comandante.

—¿Volverás a Sinjar después?

—No lo sé. Amo esas montañas, pero hogar... esa palabra no tiene mucho significado para mí.

Sé a lo que se refiere.

—Ese día, estabas tan segura de que Hadi moriría. ¿Por qué?

—Conocí a tus amigos. El que llamas Zeb Carter... vi en él lo que sé que está en mí, y en ti.

—¿Qué es eso?

—Él también ha sufrido. Una gran pérdida.

—Naam.

—No le importa si muere. Ni a ti, ni a mí. Si personas así se juntaran, ¿cómo podríamos fallar?

Garbir seguía con sus asuntos a su alrededor. Un camión se detuvo frente a la tienda de comestibles y el conductor saltó para descargar cajas de productos.

—¿Se vuelve más fácil?

Él supo instintivamente a qué se refería. *Vivir sin Riley.*

—Lo que hago, ayuda.

Ella asintió y se quedó con él en silencio hasta que Zafar y Jabbar salieron y ella se marchó tan silenciosamente como se había acercado.

—Nos hemos acostumbrado a ella —dijo el anciano del pueblo, sonriendo a su espalda mientras se alejaba—. Está ahí. Como esa roca en la entrada del pueblo. No cambia, no habla, nadie la ha oído reír... oh, sabemos que se irá algún día, pero mientras esté aquí, somos bendecidos.

Tiene razón.

—¿Algún hombre ha atacado el pueblo?

Jabbar se rió. —No te preocupes por ellos. Garbir es como Golleh. Sobrevivirá. Los terroristas vendrán y se irán, pero nuestro pueblo seguirá en pie cuando ellos estén muertos.

Estrechó la mano de Zafar y abrazó fuertemente a Cutter.

—Ve en paz, amigo mío. Jabbar entiende. Y, dile a Harper. Bisma Kazmi también lo habría hecho.

RECIBIÓ LA LLAMADA CUANDO ESTABA CON ZAFAR EN EL JET EN MOSUL.

—Mueve tu trasero a DC —le espetó Difiore—. ¡Ahora!

—¿Dónde estás? —preguntó con sospecha cuando él no respondió inmediatamente.

—Garbir.

—¿GARBIR? —gritó.

Sonrió cuando escuchó a Quindica hacerla callar en el fondo.

—¿Qué estás haciendo allí? —le preguntó la detective.

—Arreglando las cosas.

—Puedes explicar eso cuando regreses. ¿Cuán pronto puedes volver?

—Estamos volando a Nueva York. Puedo reunirme contigo mañana.

—¿*Estamos*? No importa. No necesito saberlo ahora. Muévete tan pronto como aterrices.

—¿Qué pasa?

—Uno de los afganos que fue evacuado de Kabul tiene información para nosotros.

—¿Qué tipo?

—Del tipo ataque terrorista.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—Está en París.

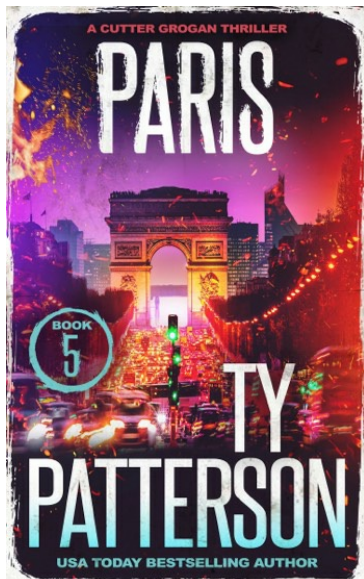
—Gran ciudad. Tú y Quindica deberían visitarla. Pero de nuevo, no tiene nada que ver conmigo.

—Lo hemos hecho, y sí tiene que ver. Se niega a hablar con nadie que no seas tú.



MÁS LIBROS

Haz clic [aquí](#) para descargar The Watcher, una novela corta exclusiva para los suscriptores del boletín de Ty Patterson



Descubre Paris, [aquí](#), el próximo thriller de Cutter Grogan

Únete al grupo de lectores de Ty Patterson en Facebook, [aquí](#)

CAPÍTULO EXTRA DESDE PARÍS

Cutter Grogan se estaba poniendo los vaqueros y alargaba la mano para coger su camiseta cuando la puerta se abrió de golpe.

¡Tiradores!

Se lanzó desesperadamente al suelo y oyó cómo el espejo se hacía añicos cuando una bala lo alcanzó.

Mi Glock está en la funda sobre la cama. Demasiado lejos para alcanzarla.

Los dos atacantes llevaban máscaras. ¿Podría haber más?

No lo sabía. No tenía mucho tiempo para averiguarlo. La habitación no era grande, y solo la cama lo separaba de los asesinos, que estaban cerca del pasillo.

El colchón se estremeció por una ráfaga de disparos. Una pluma flotó hasta él. *Están usando armas con silenciador, pero aun así se oirán los disparos. Ellos tampoco tienen mucho tiempo.*

Agarró la silla del tocador por una pata. *Puedo levantarla.*

La balanceó con una mano por encima de la cama en dirección a los atacantes y se lanzó hacia la mesita de noche, donde agarró la lámpara y la arrojó en la misma dirección.

Con un rugido, se lanzó sobre el colchón. Vislumbró a los tiradores agachándose y se estrelló contra ellos de lado. Lanzó una patada y alcanzó a uno de ellos en la barbilla. Golpeó al segundo con un codazo y sintió el silbido de una bala que le pasó rozando la cara. Agarró la mano que sostenía el arma, la retorció salvajemente y forzó el dedo del gatillo del hombre a presionar repetidamente, por encima de su hombro, hacia el segundo tirador.

¡Uno menos!

El superviviente lo golpeó con el puño y se irguió para morderlo. Cutter se echó hacia atrás, lo que dio espacio al atacante para escabullirse y correr hacia la ventana.

No puedo dejar que escape.

Oyó gritos fuera de la habitación. Alguien chilló.

—¡Appelle la police! —gritó y se lanzó contra el tirador.

Su impulso los llevó a ambos por encima del alféizar, atravesando el cristal y saliendo de la habitación.

Se giró en el aire para quedar encima del tirador y se preparó para el impacto.

Un toldo amortiguó su caída. Los envolvió, pero antes de que pudiera liberarse, sonó un crujido y aterrizaron en el suelo. Cutter luchó por liberarse de la tela, consciente de que el tirador no se movía, y maldijo cuando descubrió que el hombre estaba muerto.

Se rompió el cuello con esa mesa contra la que chocamos.

Le arrancó la máscara al asesino.

No, no lo reconozco.

El creciente clamor de voces le recordó que había caído de un elegante hotel en la Rue de Rivoli, a poca distancia del Louvre.

¡Y estoy sin camiseta!

—Désolé, madame —se disculpó ante la anciana que estaba sentada en una mesa cercana. Ella arqueó una ceja y continuó conversando con su acompañante con sangre fría.

Solo en París, pensó Cutter con una sonrisa, y se inclinó para registrar el cuerpo.

—¡ALTO!

Los coches patrulla frenaron en seco y los agentes lo rodearon.



MENSAJE DEL AUTOR



Gracias por tomarte el tiempo de leer *Ricochet*. Si te ha gustado, por favor considera contárselo a tus amigos y publicar una breve reseña.

Suscríbete a la [lista de correo](#) de Ty Patterson y obtén *The Watcher*, una novela corta de Zeb Carter, exclusiva para los suscriptores del boletín. Únete al Grupo de Lectores de Ty Patterson en Facebook, [aquí](#).

LIBROS DE TY PATTERSON:

Zeb Carter Thrillers

Quince libros en la serie y contando

Cutter Grogan Thrillers (Universo Zeb Carter)

Nueve libros en la serie y contando

Hawke and Stryker Thrillers (Universo Zeb Carter)

Dos libros y contando

Zeb Carter Short Stories

Tres libros y contando

Warriors Thrillers (Universo Zeb Carter)

Doce libros en la serie

Gemini Series (Universo Zeb Carter)

Cuatro thrillers en la serie

Warriors Series Shorts (Universo Zeb Carter)

Seis novelas cortas en la serie

Cade Stryker Series

Dos thrillers de ciencia ficción militar

SOBRE EL AUTOR

Ty ha sido cavador de zanjas, vendedor de té a granel, vendedor de artículos de cuero, vendedor de lubricantes marinos, mecánico de motores diésel y ahora es autor de thrillers de acción.

Ty tiene el privilegio de que a los lectores de thrillers les encanten sus libros. «Imposible de soltar», «Turboalimentado», «Ty establece el estándar en la escritura de thrillers», son algunas de las reseñas de sus libros.

Ty vive con su esposa e hijo, quienes toleran su ridícula creencia de que él está a cargo.

